



REINOS OLVIDADOS

LIRIEL LA ELFA OSCURA - VOL. 1

LA HIJA DE LA CASA BAENRE

Elaine Cunningham

timunmas

Lectulandia

La guerra ha terminado, y los drows regresan a Menzoberranzan para enfrentarse a lo inconcebible: sus ejércitos están derrotados y su magia se ha desvanecido bajo la cruel luz del sol. Se someterán a la autoridad de las matronas y la tiranía de Lloth, ya que no tienen otra elección. ¿O hay otro camino?

Liriel Baenre es una princesa drow de espíritu despierto que busca la aventura con el mismo apasionamiento con que la mayoría de los de su raza persiguen el poder. Cuando descubre un modo de llevar su magia a la superficie, decide ponerse en camino para llevar a cabo una peligrosa búsqueda. Perseguida por enemigos de su propio país. Liriel tampoco encuentra una calurosa bienvenida en el mundo de la luz.

Lectulandia

Elaine Cunningham

La hija de la casa Baenre

Liriel la elfa oscura I

ePUB v1.0

Garland 03.02.11

más libros en lectulandia.com

Para Judi, hermana, amiga y una mujer independiente

Preludio

Existe un mundo donde los elfos danzan bajo las estrellas, donde las pisadas de los humanos trazan inquietos derroteros en círculos cada vez más amplios. En esa tierra pueden correrse aventuras, y hay magia suficiente para atraer a exploradores y a soñadores con mil secretos. Allí hay maravillas más que sobradas para colmar la existencia de un dragón, y la mayor parte de los habitantes de ese mundo se contentan con los retos que proporciona la vida.

Sin embargo, unos cuantos recuerdan los relatos nocturnos que los aterrizaron y deleitaron de niños, y buscan las historias susurradas y las sombrías advertencias para hacer caso omiso de ellas. Intrépidos o necios, esos espíritus tenaces se aventuran en lugares prohibidos situados bajo las tierras que los vieron nacer. Los que sobreviven hablan de otra tierra más maravillosa aún, un mundo oscuro y diferente hecho de la misma urdimbre de la que están hechos los sueños... y las pesadillas. Este mundo es la Antípoda Oscura.

En cuevas tachonadas de piedras preciosas y recorridas por túneles sinuosos, cauces turbulentos y horadadas por cavernas inmensas, las criaturas de la Antípoda Oscura establecen sus hogares. Son mundos hermosos y traicioneros, y tal vez el más importante de ellos sea Menzoberranzan, la fabulosa ciudad de los drows.

La vida en la ciudad de los elfos oscuros ha estado siempre dominada por el culto a Lloth —la diosa drow del caos— y por una pugna constante por el poder y la posición social. No obstante, en las sombras de los templos y de las grandes casas regentes, lejos de la Academia que enseña técnicas de combate y fanatismo, gentes complejas y de toda condición se entregan a la diaria tarea de vivir.

Aquí los drows, tanto nobles como plebeyos, viven, trabajan, intrigan, juegan y —de vez en cuando— aman. Ecos de su común herencia elfa pueden observarse en el arte que prodigan en hogares y jardines, el perfecto acabado de sus corazas y adornos, su afinidad por la magia y el arte, y el feroz orgullo que demuestran por su destreza en el combate. Aun así, ningún elfo de la superficie puede deambular entre sus oscuros primos sin sentir horror, y sufrir una muerte rápida y terrible; pues a los drows, a pesar de lo raros y maravillosos que son, siglos de odio y aislamiento los han convertido en una macabra parodia de sus antepasados elfos. Logros sorprendentes y atrocidades espeluznantes. Esto es Menzoberranzan.

Hubo una época, unas tres décadas antes de que los dioses recorrieran los reinos, en que el caos y desorden de la ciudad de los elfos oscuros alcanzó un breve y costoso equilibrio. Los drows pudientes aprovecharon tales intervalos de tranquilidad para dar rienda suelta a su gusto por el lujo y el placer, y muchos de sus momentos de ocio los pasaron en Narbondellyn, un elegante distrito de la ciudad que presumía de amplias avenidas, casas magníficas y tiendas caras, todo ello realizado a partir de la

piedra y la magia. Una luz tenue bañaba el panorama, en su mayor parte procedente del resplandor multicolor de los fuegos fatuos, pues todos los drows sabían conjurar esa luz mágica, y en Narbondellyn su uso era pródigo. Los fuegos fatuos realizaban las esculturas de las mansiones, iluminaban los letreros de las tiendas, concedían a las mercancías un fulgor tentador y brillaban como un bordado en los vestidos y capas de los adinerados transeúntes.

En los territorios de la superficie muy por encima de Menzoberranzan, el invierno empezaba a declinar y el sol del mediodía se esforzaba por calentar el severo paisaje. La Antípoda Oscura no conocía estaciones y carecía de un ciclo de luz y oscuridad, pero los drows seguían ocupándose de sus asuntos según los antiguos ritmos olvidados de aquellos antepasados suyos que habían vivido bajo la luz solar. El calor mágico de Narbondel —el pilar de piedra natural que hacía las veces de reloj de la ciudad— ascendía hacia su punto medio mientras el invisible sol llegaba a su cénit. Los drows podían leer el mágico reloj incluso en una total oscuridad, pues sus agudos ojos percibían los más sutiles espectros de calor con una precisión y detalle que incluso un halcón envidiaría.

A esa hora las calles hervían de animación y los drows eran con diferencia la gente que más abundaba en Narbondellyn. Elfos oscuros vestidos con opulencia deambulaban por la amplia vía, curioseaban en las tiendas, o se detenían ante mesones y tabernas elegantes para saborear copas de burbujeante vino verde especiado; entre tanto, la guardia de la ciudad hacía frecuentes rondas montada en enormes lagartos enjaezados, y los mercaderes drows azotaban a sus animales de tiro —en su mayoría lagartos o babosas gigantes— mientras carreteaban sus productos al mercado. De vez en cuando, la oleada de actividad se rompía para dejar paso a un drow noble, por lo general del sexo femenino, que viajaba con todo lujo sobre una litera transportada por esclavos o un mágico disco flotante.

Unos pocos seres de otras razas también recorrían Narbondellyn. Eran esclavos que atendían las necesidades de los elfos oscuros. Criados goblins avanzaban tambaleantes tras sus señoras drows, con las compras apiladas en los brazos; y en una tienda, atado con cadenas y a instancias de tres drows bien armados, un herrero enano reparaba a regañadientes espléndidas armas y joyas para sus captores. Un par de minotauros actuaban de guardas domésticos en una mansión majestuosa, flanqueando la entrada y colocados cara a cara de modo que los largos cuernos curvos formaran una mortífera arcada. Una docena más o menos de kobolds —parientes de pequeño tamaño y con colas de rata de los goblins— acechaban en estrechos nichos de piedra, y sus ojos bulbosos escudriñaban las calles sin pausa. De vez en cuando, una de las criaturas salía al exterior para recoger un pedazo de cordel desechado o para limpiar tras el paso de una montura lagarto; pues era tarea de los kobolds mantener las calles de Narbondellyn limpias de basura y su dedicación a tal deber quedaba asegurada por

un capataz ogro armado con un látigo y dagas.

Uno de estos kobolds, con la espalda surcada de marcas recientes del látigo del ogro, estaba muy atareado dando brillo a un banco que había cerca del final de la calle, y tan deseoso estaba el esclavo por evitar futuros castigos que no observó la silenciosa aparición de un disco flotante. Sobre el mágico transporte viajaba una mujer drow ataviada con espléndidas vestiduras y joyas, y tras ella marchaban en extraño silencio sesenta soldados drows, todos vestidos con refulgentes cotas de mallas y luciendo la insignia de una de las casas regentes de la ciudad. El látigo de cabeza de serpiente que la mujer llevaba en el cinturón proclamaba su condición de gran sacerdotisa de Lloth, y la altiva inclinación de su barbilla exigía reconocimiento y respeto instantáneos. La mayoría de las gentes de Narbondellyn le tributaron ambas cosas al momento, al tiempo que dejaban paso a su séquito, y los que estaban cerca señalaron su paso con una educada inclinación de cabeza o hincando la rodilla, según marcarse su condición social.

Mientras la noble sacerdotisa se deslizaba calle abajo, deleitándose con la embriagadora mezcla de deferencia y envidia que le correspondía, su mirada se posó sobre el ensimismado kobold. En un instante su expresión pasó de la regia altivez a la cólera letal. El pequeño esclavo no le cerraba el paso, pero su inadvertencia mostraba una falta de respeto, y tal cosa no podía tolerarse.

La sacerdotisa se acercó más. Cuando la sombra de calor del disco flotante cayó sobre el esforzado kobold, el pequeño goblinoide profirió un gruñido enojado y alzó la mirada. Vio cómo la muerte se aproximaba y se quedó paralizado, como un ratón enfrentado a las garras de una rapaz.

Alzándose por encima del sentenciado ser, la mujer extrajo una delgada varita negra de su cinturón y empezó a salmodiar. Arañas diminutas rezumaron de la varita y correataron en dirección a su presa, creciendo veloces mientras avanzaban hasta que cada una alcanzó el tamaño de una mano humana. Treparon por el cuerpo del kobold, que no tardó en quedar envuelto por una gruesa red parecida a una telaraña, y una vez hecho esto, se dispusieron a alimentarse. La telaraña cubría la boca del desdichado y apagaba sus alaridos de muerte, aunque la agonía del esclavo fue breve, pues las arañas gigantes chuparon los fluidos de su víctima en unos instantes, y en menos tiempo del que se tarda en contarlos, el kobold quedó reducido a un montón de harapos, huesos y piel correosa. A una seña de la sacerdotisa, los soldados reanudaron la marcha calle adelante, y sus silenciosas botas elfas acabaron de aplastar aún más a la desecada criatura.

Uno de los soldados pisó sin querer una araña que se había rezagado —oculta entre los jirones de tela— para sorber la última gota, y el atiborrado insecto reventó con una nauseabunda detonación, que salpicó a su asesino de pus y kobold líquido. Por desgracia para aquel soldado, a la sacerdotisa se le ocurrió mirar a su espalda

justo en el instante en que la araña, una criatura sagrada para Lloth, perdía simultáneamente su comida y su vida. El rostro de la drow se crispó con expresión ultrajada.

—¡Sacrilégio! —bramó con una voz resonante de poder y magia; alargó un dedo en dirección al soldado culpable de tal afrenta y exigió—: ¡Administrad la ley de Lloth, ahora!

Sin perder el paso, los drows situados a ambos lados del soldado condenado desenvainaron dagas de largos filos, y atacaron con experta eficacia. Una hoja centelleó desde la derecha y destripó al desdichado drow; el ataque desde la izquierda lo degolló. En cuestión de segundos la lúgubre tarea finalizó, y los soldados siguieron su camino, dejando el cuerpo de su camarada sobre un creciente charco de sangre.

Únicamente un breve silencio marcó el fallecimiento del soldado drow. Una vez que quedó claro que el espectáculo había finalizado, los habitantes de Narbondellyn volvieron su atención a sus asuntos. Ni uno de los espectadores puso ninguna objeción a las ejecuciones, y la mayoría ni siquiera mostró la menor reacción ante ellas, a excepción de los esclavos kobold, que salieron corriendo con bayetas y cubetas para limpiar los despojos. Menzoberranzan era el baluarte del culto a Lloth, y allí las sacerdotisas reinaban por encima de todos.

De todos modos, el cortejo de la orgullosa mujer se mantuvo a respetuosa distancia de la negra mansión situada casi al final de la calle. En absoluto similar a las casas que conocían los habitantes de la superficie, aquella residencia estaba tallada en el corazón de una estalactita, una formación natural que colgaba del techo de la caverna a modo de enorme colmillo de color ébano. Nadie osaba tocar la piedra, pues sobre ella había esculpido un complicado entramado de símbolos que cambiaban constantemente y al azar. Cualquier parte del dibujo podía ser una runa mágica, lista para liberar su poder sobre los descuidados o los imprudentes.

Esa estalactita convertida en casa solariega era el refugio privado de Gomph Baenre, el archimago de Menzoberranzan y el hijo mayor de la reina indiscutible (aunque no coronada) de la ciudad. Gomph tenía una habitación en la fabulosa fortaleza castillo de la casa Baenre, pero el hechicero poseía tesoros —y ambiciones— que deseaba mantener lejos de los ojos de sus parientes femeninos. Así pues, de vez en cuando se retiraba a Narbondellyn, a disfrutar de su colección de objetos mágicos, para estudiar detenidamente su extensa biblioteca de libros de hechizos o para disfrutar de su última amante.

Tal vez incluso más que su evidente riqueza y famosos poderes mágicos, la habilidad de Gomph para seleccionar a sus consortes era un tributo a su posición social. En aquella ciudad matriarcal, los hombres tenían un papel subordinado, y la mayoría respondía a los caprichos del sexo opuesto; por lo que incluso alguien como Gomph Baenre se veía obligado a elegir a sus compañeras con discreción. Su amante

actual era la hija menor de una casa de poca importancia, que poseía una rara belleza, pero muy pocas aptitudes para la magia clerical. Esto último le proporcionaba una posición social baja en la ciudad y la elevaba de modo considerable en la estimación de Gomph. El archimago de Menzoberranzan no sentía mucha simpatía por la Reina Araña o sus sacerdotisas.

Sin embargo, en Narbondellyn podía olvidar durante un tiempo tales cuestiones. La seguridad de su mansión quedaba asegurada por las runas exteriores de protección y la soledad de su estudio particular estaba protegida por un escudo mágico. Ese estudio era una gran estancia de elevada cúpula tallada en piedra negra e iluminada por una única vela que reposaba sobre su escritorio; aunque para los sensibles ojos de un drow, el suave resplandor que desprendía aquel candelero hacía que la sombría cueva pareciera tan brillante como el mediodía en el mundo exterior. Allí estaba sentado ahora el hechicero, leyendo atentamente un interesante libro de conjuros que había obtenido del cadáver, a estas horas ya frío, de un rival.

Gomph era anciano, incluso según los baremos elfos. Había sobrevivido siete siglos en la traicionera Menzoberranzan, en su mayor parte debido a que su talento para la magia se veía igualado por una sutil y calculadora astucia. Había sobrevivido, pero sus setecientos años lo habían convertido en un ser amargado y frío, y su capacidad para el mal y la crueldad era legendaria incluso entre los drows. Nada de todo esto se reflejaba en el aspecto del hechicero, pues merced a su poderosa magia parecía joven y enérgico; su piel color ébano era suave y brillante, las manos de largos dedos, delgadas y ágiles. Una ondulante cabellera blanca relucía a la luz de la vela, y sus llamativos ojos —grandes ojos almendrados de un insólito tono ámbar— estaban clavados en el libro de conjuros.

Sumido en sus estudios, el hechicero sintió, más que oyó, el tenue chisporroteo que le advertía que alguien había atravesado el escudo mágico. Alzó los ojos del libro y dirigió una feroz mirada letal en dirección a la perturbación.

Consternado, no descubrió a nadie. El escudo mágico apenas era algo más que una alarma, pero sólo un mago poderoso podría atravesarlo manteniendo intacto un conjuro de invisibilidad. Las aladas cejas blancas de Gomph se juntaron cuando frunció el entrecejo, y el drow se preparó para la lucha, alargando despacio la mano hacia una de las mortíferas varitas de su cinturón.

—Mira al suelo —advirtió una voz melodiosa, una voz con un timbre de picardía y júbilo infantil.

Incrédulo, Gomph desvió los ojos hacia el suelo. Allí se encontraba un diminuto y sonriente miembro del sexo femenino de unos cinco años de edad, con mucho la criatura más hermosa que había visto jamás. Era un minúsculo duplicado de su madre, a quién Gomph había dejado hacía poco durmiendo en unos aposentos contiguos. El rostro de la niña era anguloso y sus facciones elfas delicadas; una

pelambarrera de sedosos rizos blancos le caía sobre los hombros, en contraste con su piel de bebé, que mostraba el brillo y la textura del raso negro. Pero lo más notable eran sus grandes ojos ambarinos, tan parecidos a los del hechicero, al cual contemplaban con inteligencia y sin temor. Aquellos ojos hicieron que se desvaneciera el enfado de Gomph y despertaron su curiosidad.

Debía de ser su hija. Por algún motivo aquel pensamiento agitó algo en el corazón del solitario y maligno viejo drow. Sin duda había engendrado a otros niños, pero aquello no le preocupaba, pues en Menzoberranzan, las familias seguían únicamente el linaje de la madre. No obstante, aquella criatura atrajo su atención. Había atravesado la barrera mágica.

El archimago apartó a un lado el libro de conjuros, se recostó en el asiento y devolvió a la niña su descarado escrutinio. No estaba acostumbrado a tratar con niños, pero aun así, sus palabras, cuando habló, lo sorprendieron:

—Bien, pequeña. Supongo que no sabrás leer.

Era una afirmación ridícula, ya que la criatura era poco más que un bebé. Sin embargo, la pequeña arrugó el entrecejo mientras meditaba la cuestión.

—No estoy segura —respondió, pensativa—. Porque nunca lo he probado.

Se precipitó hacia el abierto libro de hechizos y contempló la página con atención. Demasiado tarde, Gomph le cubrió los dorados ojos con la mano, maldiciendo en voz baja mientras lo hacía. Incluso los conjuros sencillos podían resultar mortales, pues las runas mágicas atacaban al ojo inexperto con una puñalada de luz cegadora, de modo que intentar leer un hechizo no aprendido podía provocar un dolor terrible, la ceguera e incluso la demencia.

No obstante, la pequeña drow parecía estar indemne. Se soltó de un tirón de la mano del hechicero y saltó hasta el otro extremo. Inclinandose, cogió un pedazo de pergamino desechado de la papelera, luego se irguió y sacó el cálamo de la preciada botella de tinta siempre negra de Gomph. Aferrando la pluma torpemente en la menuda mano, empezó a dibujar.

Su progenitor la observó intrigado. El rostro de la niña mostraba una intensa concentración mientras garabateaba con sumo cuidado unas vacilantes y sinuosas líneas en el pergamino. Tras unos momentos se dio la vuelta, con una sonrisa triunfal, para mirar al hechicero.

Este se inclinó, y sus ojos se movieron veloces e incrédulos del pergamino al libro de conjuros para luego regresar al primero. ¡La niña había esbozado uno de los símbolos mágicos! Desde luego estaba dibujado de un modo tosco, pero la pequeña no sólo lo había visto, sino que lo había recordado con sólo echarle una ojeada. Eso era una hazaña para un elfo de cualquier edad.

A Gomph se le ocurrió entonces poner a prueba a la pequeña. Extendió la palma de la mano y conjuró una pequeña pelota que resplandecía con un fuego fatuo

azulado. La niña rió y aplaudió, y él arrojó el juguete a través del escritorio en dirección a ella, que lo atrapó con destreza.

—Vuelve a arrojarlo —indicó él.

Ella volvió a reír, a todas luces encantada de haber encontrado un compañero de juegos. Luego, con un relampagueante cambio de humor, echó hacia atrás el brazo y apretó los dientes, poniendo todas sus energías en el esfuerzo.

Gomph deseó en silencio que la magia se disolviera, y la luz azul se extinguió.

Y al cabo de un instante, la pelota salió disparada de vuelta a él, casi a demasiada velocidad para que pudiera atraparla. Sólo que ahora la luz era dorada.

—El color de mis ojos —dijo la pequeña, con una sonrisa que prometía romper muchos corazones de jóvenes drows en años venideros.

El archimago lo observó y tomó nota. Luego volvió su atención a la pelota dorada de su mano. De modo que la niña ya podía conjurar fuego fatuo. Era un talento innato en los drows, pero que casi nunca se manifestaba tan pronto. ¿Qué más, se preguntó, podría hacer aquella jovencita?

Volvió a lanzar la pelota, en esta ocasión dándole impulso hacia el techo abovedado. Con las manos extendidas, la precoz criatura se elevó por los aires en dirección al reluciente juguete, levitando con una soltura que dejó sin respiración al archimago, y arrancó la pelota del aire, con una carcajada triunfal que resonó por todo el estudio mientras ella volvía a descender con suavidad hasta quedar junto a él. En aquel instante, Gomph tomó una de las pocas decisiones impulsivas de su larga vida.

—¿Cómo te llamas, criatura?

—Liriel Vandree —respondió ella de inmediato.

—Ya no. —El hechicero sacudió la cabeza—. Debes olvidar la casa Vandree, pues no eres una de ellas.

Trazó un diestro dibujo mágico en el aire con los dedos de una mano, y en respuesta, una ondulación atravesó la roca maciza de la pared opuesta. La piedra fluyó al interior de la estancia como una voluta de humo, y la oscura nube se retorció y dobló, hasta soltarse por fin del muro. En un instante se comprimió y esculpió a sí misma con la forma de un gólem del tamaño de un elfo, y la estatua viviente hincó la rodilla ante su amo drow y aguardó sus órdenes.

—La madre de la niña abandonará esta casa. Ocúpate de ello, y de que se informe a su familia de que sufrió un desgraciado accidente cuando se dirigía al Bazar.

El sirviente de piedra se levantó, volvió a hacer una reverencia y luego desapareció en la pared con la misma facilidad con que un espectro pasaría a través de un banco de niebla. Al poco rato, se oyó el alarido de una elfa procedente de una casa cercana: un grito que se inició aterrorizado y finalizó en un sibilante jadeo.

Gomph se inclinó y apagó la vela de un soplo, pues la oscuridad mostraba mucho

mejor el carácter de los drows. Toda la luz desapareció de la habitación, y los ojos del hechicero pasaron del ámbar al rojo brillante a medida que su visión se introducía en el espectro de la lectura infrarroja. Su mirada se clavó en la criatura.

—Eres Liriel Baenre, mi hija y una noble de la primera casa de Menzoberranzan —anunció.

El archimago estudió la reacción de la pequeña. El fulgor carmesí del calor desapareció de su rostro, y las diminutas manos de blancos nudillos se aferraron al borde de la mesa en busca de sostén. Estaba claro que la joven drow comprendía todo lo que acababa de suceder, pero su expresión permaneció indiferente, y su voz era firme cuando repitió su nuevo nombre.

Gomph asintió. Liriel había aceptado la realidad de su situación —difícilmente podría haber hecho lo contrario y haber sobrevivido—, sin embargo la cólera y frustración de su espíritu indómito ardía con fuerza en sus ojos.

Desde luego, era su hija.

Época de confusión

Sin prestar atención a los gritos de dolor procedentes del otro extremo del apodo de la torre, Nisstyre separó las gruesas cortinas y contempló el mercado. Los ojos del elfo oscuro, negros e inescrutables en la tenue luz de la estancia, barrieron con una mirada comedida y calculadora la escena que se desarrollaba abajo.

El Bazar era uno de los lugares más concurridos de todo Menzoberranzan, y tan bien custodiado como la fortaleza de cualquier matrona. Aquel día incluso se veían más soldados de lo normal, que se dedicaban a mantener la paz con brutal eficacia. Como capitán del grupo de comerciantes llamado El Tesoro del Dragón, Nisstyre apreciaba la diligencia con que se patrullaba el mercado, ya que protegía el comercio local. Aquel día, sin embargo, la aguda vista de Nisstyre detectaba también oportunidades de otra clase.

Los labios del mercader drow se curvaron mientras observaba cómo un par de hombres armados se llevaba a rastras el cuerpo de un buhonero calishita. La ofensa del humano había sido leve: se había mostrado demasiado vehemente en sus negociaciones, y su cliente drow había dirimido la cuestión con una daga envenenada. Por lo general los compradores aceptaban tal regateo como el juego que era; pero, en la actualidad, los irritables drows eran como yesca que aguardaba la más leve chispa.

Para el observador ocasional, el ajetreo del mercado podía parecer bastante normal, pues ciertas mercancías se vendían magníficamente; de hecho, la demanda de alimentos básicos, armas y componentes para hechizos era casi frenética. Nisstyre había visto días de mercado como éste muchas veces, por lo general en la superficie, cuando la gente se preparaba para un invierno particularmente crudo o esperaba un asedio. A juzgar por lo que veía, los drows de Menzoberranzan se estaban preparando claramente para algo, y dudaba de que supieran qué podría ser ese algo, aunque reconocía su desasosiego y pensaba sacar partido.

Sus contactos en el mundo exterior le llamaban El Zorro, y a Nisstyre le encantaba el apodo, pues se parecía bastante al feroz animal, con su rostro negro de facciones afiladas, las orejas elegantemente puntiagudas, y una original melena de cabellos cobrizos; además poseía toda la astucia de su homónimo. A diferencia de la mayoría de los drows, él no llevaba armas y además no era demasiado experto en su uso. Sus armas eran su mente —que era ágil y traicionera como la espada de un guerrero drow— y su magia.

En una ocasión, muchos años atrás, Nisstyre había vivido en Ched Nasad, una

ciudad muy parecida a Menzoberranzan. Aunque había sido un mago que prometía mucho, la sociedad matriarcal y la tiranía de Lloth puso límites a sus ambiciones, límites que no pensaba aceptar. Por ese motivo había abandonado la ciudad y descubierto un talento para el comercio, mediante el cual no tardó en abrirse paso hasta la jefatura de su propio grupo de comerciantes. Sus extensos intereses comerciales le proporcionaron riqueza, pero no el poder que ansiaba. Eso le había llegado como un regalo divino, y la divinidad en cuestión era Vhaeraun, el dios drow del robo y la intriga. Nisstyre había adoptado las directrices de su dios —establecer una presencia y poder drow en el mundo de la superficie— de todo corazón; pues una vez que quedara instituido ese reino, él, Nisstyre, planeaba servir a Vhaeraun como rey. Pero primero tenía que reclutar a sus súbditos —que también lo serían del dios— entre los drows descontentos.

En aquellos tiempos, el descontento imperaba. Los innumerables informadores de Nisstyre, y también sus propios ojos, así se lo indicaban. Los drows de Menzoberranzan se tambaleaban por culpa del desbaratamiento de la magia durante la Época de Tumultos, y de su derrota a manos de los enanos de Mithril Hall. Habían marchado a la guerra llenos de confianza en la matrona Baenre y su visión inspirada por Lloth de conquista y gloria, y habían fracasado por completo, rechazados por una alianza variopinta formada por enanos y humanos —todos ellos seres de categoría inferior— y por la cruel luz del amanecer. Como consecuencia del fracaso, los estupefactos drows se sintieron traicionados, a la deriva, y profundamente asustados. Los poderes que los habían gobernado tan despiadadamente habían mantenido al mismo tiempo a la ciudad protegida de los peligros de la salvaje Antípoda Oscura.

Pero ¿qué quedaba de aquellos poderes dirigentes? La anciana matrona Baenre que había dirigido la ciudad durante siglos, se había equivocado al buscar una guerra en la superficie y había pagado su error con la vida, al tiempo que varias de las casas más poderosas quedaban sumidas en una profunda agitación. En condiciones normales, a la mayoría de los habitantes de la ciudad le importaría muy poco cuál de las ocho casas ocupaba el consejo regente. Ahora, sin embargo, la inminente lucha por el poder los amenazaba a todos por igual. Muchos temían que la debilitada y aturdida ciudad resultara vulnerable a un ataque, procedente tal vez de la cercana comunidad ilita, o quizá de otra ciudad drow.

En opinión de Nisstyre, esos temores no eran infundados. Por lo menos la mitad de los veinte mil drows de Menzoberranzan había marchado sobre Mithril Hall, y nadie sabía con seguridad cuántos habían regresado. Pocas casas proporcionaban jamás una relación exacta de sus ejércitos privados, y nadie quería admitir una disminución en sus efectivos durante aquella época de confusión.

No era ningún secreto que varios de los más poderosos maestros de armas de la ciudad —los generales de los ejércitos particulares de las casas— estaban muertos o

habían desaparecido. Ni tampoco se limitaban las bajas a los soldados profesionales del lugar, ya que cientos de habitantes corrientes habían servido como soldados de infantería, y tan sólo unas pocas docenas habían regresado para reincorporarse a sus tareas. Para aumentar más el problema estaban las tremendas pérdidas de vidas entre las razas que servían a los drows de Menzoberranzan como esclavos. Kobolds, minotauros y razas goblins habían sido reclutados como carne de cañón para la batalla, y caído a millares bajo las hachas de los enanos de Mithril Hall y las espadas y flechas de sus aliados. Las tareas que estos esclavos habían realizado quedaban ahora sin hacer.

Otras culturas podrían aunar mano de obra y aptitudes para llenar el vacío, pero tal cosa estaba más allá de los prejuicios de los orgullosos drows. La categoría social lo era todo, y nadie estaba dispuesto a dejar a un lado una posición duramente adquirida por el bien común. Los habitantes de Menzoberranzan no pudieron unirse para ganar la guerra, y no lo harían ahora para superar sus consecuencias.

Y en eso, reflexionó Nisstyre, radicaba también su propio problema. A aquellos elfos oscuros sólo los motivaba la promesa de un beneficio personal. Posición, poder: ésos eran los señuelos necesarios para persuadir a los orgullosos drows a salir a la luz, pues si bien la vida era dura en la Antípoda Oscura, y Menzoberranzan se enfrentaba a un nuevo y aterrador caos, la mayoría de los drows no veía otra opción. Lo único que el mundo exterior ofrecía era la derrota, la deshonra y el abrasador horror que era el sol.

El comerciante dejó caer la cortina con un profundo suspiro y se dio la vuelta para contemplar un espectáculo de naturaleza muy distinta. Un drow del sexo masculino, un plebeyo de mediana edad y aspecto corriente, estaba sujeto con cadenas a una pesada silla de piedra. A su alrededor crepitaba una esfera de pálida luz verdosa, y sobre él se alzaba otro drow vestido de negro que permanecía en pie, salmodiando, con los ojos cerrados y las manos extendidas. Magia clerical fluía de cada uno de los dedos del elfo oscuro, chisporroteando como negros rayos al interior del drow encadenado. El prisionero se retorció de dolor mientras su torturador —un sacerdote de Vhaeraun, patrón de los ladrones— saqueaba sus recuerdos y le robaba los secretos.

Finalmente el sacerdote asintió, satisfecho. La esfera de luz se disipó con un leve chasquido, y el prisionero se dejó caer contra las cadenas, gimiendo en una mezcla de dolor y alivio.

Un trato curioso, tal vez, para un informador de confianza, pero Nisstyre no tenía dónde elegir. El precio de una confianza mal depositada era alto. En Menzoberranzan, todo aquel sospechoso de venerar a cualquier otro dios que no fuera Lloth era ejecutado sumariamente, por lo que todos los que seguían a otros dioses, o a ninguno, se guardaban prudentemente sus opiniones para sí.

No obstante ahora, con su ciudad sumida en la confusión y sus suposiciones más básicas bajo sospecha, había unos cuantos drows que osaban murmurar el nombre de Vhaeraun, y que soñaban con una vida libre de las limitaciones de Menzoberranzan. Era a estos drows a quienes Nisstyre buscaba discretamente. Algunos eran como aquel elfo torturado, cuyo odio al dominio matriarcal era tan intenso que estaría dispuesto a soportar cualquier cosa con tal de ver su fin. Pero la mayoría de sus congéneres requerían más. Algo que pudiera erradicar recuerdos amargos y ofrecer oportunidades para obtener posición social y poder más allá de aquello de lo que disfrutaban ahora.

Con el tiempo, se juró Nisstyre, hallaría lo que se necesitaba para persuadir a los habitantes de la ciudad para que adoptaran su causa. Al fin y al cabo, El Tesoro del Dragón era famoso por proporcionar cualquier cosa sin preocuparse por su coste.

Menzoberranzan no era el único territorio que luchaba contra los conflictos y la guerra. Muy lejos, en un territorio escarpado de colinas y bosques en el extremo oriental de Faerun, los habitantes de Rashemen conocían su propia época de agitación. La magia —la fuerza que gobernaba y protegía su tierra— recientemente había empezado a actuar de forma defectuosa. Antiguos dioses y héroes que llevaban mucho tiempo muertos habían paseado por la región, y una nación de soñadores se había visto atormentada por extrañas pesadillas y arrebatos frenéticos estando despiertos. Y lo que era más peligroso, las defensas místicas creadas por la magia de las Brujas gobernantes habían fallado, y los ojos de muchos enemigos se volvieron de nuevo hacia Rashemen.

De todos los guerreros del lugar, tal vez ninguno había sentido aquel trastorno tanto como Fyodor. Era un hombre joven, agradable, que había mostrado una mano firme en la herrería del forjador de espadas y un valor constante en la batalla. Era un trabajador incansable, pero según todos los relatos un poco soñador incluso para los criterios rashemitas. Fyodor poseía tanta facilidad para cantar o contar una historia como cualquier bardo errante, y su profunda y resonante voz de bajo a menudo se dejaba oír por encima del tintineo del martillo mientras trabajaba. Como la mayoría de sus compatriotas, apreciaba los sencillos placeres de la vida y aceptaba sus dificultades con resignada calma. Su amable naturaleza y pronta sonrisa no parecían encajar con su temible reputación; Rashemen era célebre por la fuerza y violencia de sus guerreros enloquecidos, entre los cuales Fyodor era un campeón.

Los afamados luchadores de la ciudad utilizaban un ritual mágico poco conocido para provocar sus furias combativas, y por alguna peculiaridad del destino, una parte extraviada de esa magia se liberó y fue a alojarse en el joven Fyodor, que se había convertido en un enloquecido nato, capaz de sumirse en un increíble frenesí combativo a voluntad. En un principio, su nueva habilidad había sido recibida como un don del cielo, y cuando las hordas tuiganas penetraron en el territorio desde las

estepas orientales, Fyodor se mantuvo firme junto a sus camaradas enloquecidos y combatió con ferocidad sin par.

Todo habría ido bien de no ser por otra reliquia de la época de la magia corrupta. Fyodor, el soñador, siguió viéndose atacado por las pesadillas que habían atormentado a tantos rashemitas durante la Época de Tumultos. No contó esto a nadie, pues muchos de los suyos —simples campesinos en su mayoría— abrigaban supersticiones profundamente inculcadas respecto a sueños y veían en todas las visiones nocturnas producto de la cerveza significados concretos y presagios de muerte. Fyodor creía saber lo que eran y lo que no eran los sueños.

Sin embargo, aquella noche no se sentía tan seguro. Salió de una pesadilla y se encontró sentado muy tieso en su jergón, con el corazón latiendo apresuradamente y el cuerpo empapado de sudor. Intentó sin éxito volverse a dormir, pues volvería a enfrentarse a los tuigan por la mañana y necesitaría todas sus energías. Había luchado y combatido bien, o al menos eso le habían dicho; sus camaradas habían brindado con sus frascos en su honor y alardeado sobre la cantidad de bárbaros que habían caído bajo la negra espada de Fyodor. Este, por su parte, no recordaba gran cosa de la batalla. Cada vez que combatía recordaba menos cosas sobre la lucha, y eso le preocupaba. Puede que ése fuera el motivo de que aquella pesadilla lo atormentara tanto.

En ella se había encontrado en un espeso bosque, al que al parecer había ido a parar en la confusa secuela de un arrebató de furia combativa. Sus brazos, rostro y cuerpo estaban cubiertos de dolorosos arañazos, y tenía un vago recuerdo de un jugueteo enfrentamiento con su compañero, un medio salvaje tigre de las nieves. En su sueño, Fyodor comprendió finalmente que el juego debía de haber despertado su frenesí guerrero y, aunque no conseguía recordar el resultado de la batalla, su espada estaba cubierta hasta la empuñadura de sangre aún caliente.

Ya despierto, Fyodor supo que el sueño, aunque perturbador, no era ninguna profecía de un combate futuro. Era cierto que había domesticado a un tigre de las nieves en una ocasión, pero eso había sido muchos años atrás, y se habían separado en paz cuando la criatura salvaje regresó al lugar al que pertenecía. Pero el sueño lo obsesionaba, pues en él leía su mayor temor: ¿llegaría un momento en que la furia lo dominaría por completo? ¿Sería capaz, presa de un enloquecido frenesí, de destruir no sólo a sus enemigos sino a aquellos a quienes amaba?

Una y otra vez, Fyodor vio cómo la luz se apagaba en los dorados ojos del felino, y por mucho que lo intentaba, no conseguía desterrar la imagen, o rechazar el temor de que aquello pudiera llegar a suceder.

Y mientras aguardaba la luz del alba, sintió el insoportable peso del destino sobre sus jóvenes hombros y se preguntó si tal vez el sueño no contendría una profecía.

Shakti Hunzrin se dejó caer aún más en la proa del pequeño bote y contempló con fijeza a los dos jóvenes que se esforzaban con los remos. Eran sus hermanos, príncipes pajes cuyos nombres sólo recordaba de vez en cuando. Los tres hermanos drows se dirigían a la isla de Rothe, un islote cubierto de musgo en el corazón del lago Donigarten. La casa Hunzrin estaba a cargo de la mayor parte de la agricultura de la ciudad, aparte del rebaño de rotes que guardaba la isla, y las responsabilidades de la familia de Shakti se habían cuádruplicado en la tumultuosa secuela de la guerra.

No obstante, el humor de la elfa oscura era sombrío al contemplar a sus hermanos, jóvenes sin casta armados únicamente con cuchillos y tridentes. Viajar con tan escasa escolta no sólo era peligroso, sino insultante, y Shakti Hunzrin estaba siempre alerta para detectar cualquier insulto, por insignificante que fuera.

El bote chocó contra el muelle de piedra, devolviendo violentamente los pensamientos de la drow a la realidad. Se puso en pie, apartando de un manotazo las manos de sus indignos escoltas y saltó de la embarcación sin ayuda. Donigarten podría hallarse fuera de las rutas frecuentadas por la mayoría de drows, pero allí Shakti estaba en su elemento y al mando, y permaneció sobre el estrecho muelle unos instantes, con la cabeza echada hacia atrás, para admirar la fortaleza en miniatura de lo alto.

Los aposentos del capataz se alzaban unos treinta metros sobre su cabeza, tallados en la piedra maciza que se elevaba en forma de pared vertical desde el agua. El bote de Shakti había atracado en el único punto de desembarco válido del lugar: una diminuta ensenada que carecía de las afiladas y desgarradoras rocas que rodeaban el resto de la isla. El único modo de abandonar la isla era a través de la fortaleza de piedra y el único camino para descender al muelle era una estrecha escalera tallada en la pared de roca. Las aguas alrededor de la isla eran profundas y frías, totalmente negras a excepción de algún ocasional y tenue resplandor procedente de las criaturas que habitaban las estancadas profundidades. De vez en cuando, alguien intentaba nadar en aquellas aguas, pero hasta el momento, nadie había sobrevivido al intento.

Shakti hizo caso omiso de los escalones y flotó con facilidad hacia lo alto, en dirección a la puerta de la fortaleza. El corto vuelo no tan sólo le proporcionaba una entrada más impresionante, sino que tenía un propósito práctico. Los orgullosos drows, con su amor por la belleza, no permitían que los niños imperfectos sobrevivieran y carecían de excesiva paciencia para con aquellos que desarrollaban defectos físicos durante su vida. Shakti era corta de vista y se tomaba grandes molestias para ocultarlo; temía perder pie en la traicionera escalera, y no estaba segura de qué sería peor: si la caída por la fuerte pendiente o tener que explicar por qué había tropezado.

La capataz, una mujer perteneciente a una rama de menor categoría del árbol genealógico de los Hunzrin, hizo una profunda reverencia cuando Shakti penetró en

la enorme habitación central. La recién llegada, se sintió hasta cierto punto apaciguada por aquella muestra de respeto y satisfecha de observar que sus hermanos se colocaban en posición de guardia a cada lado de la entrada, como si ella fuera ya una respetada matrona.

Depositó a un lado su única arma —una horca de tres dientes con un delgado mango tallado con runas— y se encaminó a la ventana situada al otro extremo de la habitación. La escena que contempló al otro lado no resultó alentadora. Los campos de musgo y líquenes habían sufrido un pastoreo demasiado intensivo y el sistema de riego estaba obstruido y descuidado. Los rotes deambulaban sin rumbo, paciando aquí y allá en el exiguo forraje. Sus pelajes, por lo general largos y espesos, aparecían harapientos y sin brillo, y Shakti comprendió consternada que no habría demasiada lana cuando llegara el momento de esquilar a los animales. Más preocupante aún era la total oscuridad que envolvía los pastos.

—¿Cuántos han nacido hasta ahora durante esta estación? —espetó al tiempo que se desprendía de *supiwafwi*. Uno de sus hermanos dio un salto al frente para recoger la reluciente capa.

—Once —respondió la capataz en tono lúgubre—. Dos de ellos nacieron muertos.

La sacerdotisa asintió; la respuesta no era inesperada. Los rotes eran criaturas mágicas que llamaban a sus futuras parejas con tenues luces parpadeantes. En aquella época del año, los rituales de apareamiento de los animales deberían haber iluminado con su resplandor toda la isla, pero los desatendidos animales estaban demasiado débiles y apáticos para ocuparse de tales cuestiones.

Pero ¿qué otra cosa podría haber esperado? La mayoría de orcos y goblins que cuidaban los rebaños de rotes habían sido reclutados como carne de cañón para la guerra, sin que nadie se preocupara de las lógicas consecuencias que ello tendría. Eran cosas que las sacerdotisas gobernantes no tenían en cuenta, esperando que la carne y el queso aparecieran en sus mesas como por arte de magia. En su jactancioso orgullo, no comprendían que algunas cosas no sólo necesitan magia, sino administración.

Esto Shakti lo comprendía, y de esto podía ocuparse. Se sentó tras una enorme mesa y alargó la mano para coger el libro mayor que contenía los registros de las crías. Una aguda y agradable sensación expectante aceleró sus dedos mientras pasaba las hojas. Mantener aquel libro de anotaciones había sido su responsabilidad antes de que la enviaran a la Academia, y nadie en la ciudad sabía más que ella sobre la cría de rotes. Tal vez nadie compartía su entusiasmo por el tema, pero desde luego los drows sí disfrutaban con la deliciosa carne, quesos y lana que su pericia producía.

Una ojeada a la última página redujo tanto su orgullo como su entusiasmo, pues durante sus años de ausencia, los registros se habían escrito con una letra menuda y débil. Shakti lanzó un juramento, entrecerrando los ojos hasta convertirlos en

diminutas rendijas en un intento de leer la negligente escritura, y su estado de ánimo no mejoró con la lectura.

Durante su exilio en Arach-Tinilith, estudiando para el sacerdocio y rindiendo pleitesía a las damas de la Academia, el rebaño había quedado terriblemente desatendido. Los rotes estaban muy adaptados a la vida en la isla y una cría cuidadosamente supervisada era esencial.

Farfullando maldiciones, la joven pasó las hojas hasta el final del libro, donde debían estar los registros de las existencias de esclavos. Estos eran considerablemente menos pormenorizados; en opinión de Shakti, los goblins podían hacer lo que les viniera en gana siempre y cuando sus esfuerzos produjeran suficientes esclavos nuevos. Pero según los registros, la tasa de nacimientos entre los, por lo general, prolíficos seres resultaba peligrosamente baja, y eso ella no podía permitirselo. La casa Hunzrin podría adquirir más esclavos mediante compras o capturas, pero esas cosas precisaban tiempo y dinero.

—¿Cuántos goblins quedan? —inquirió en tono fatigado mientras se daba un masaje en las doloridas sienes.

—Unos cuarenta —respondió la encargada.

—¿Eso es todo? —La cabeza de Shakti se alzó con una violenta sacudida como tensada por una cuerda—. ¿Pastores o criadores?

—Más o menos mitad y mitad, pero todos los goblins han estado pastoreando. Para mantener el orden se ha trasladado a todos los esclavos a la cabaña principal.

Aquellas noticias eran aún peores, pues significaban que los goblins carecían del tiempo y la intimidad necesarios para procrear. Aunque no es qué aquellas criaturas necesitaran mucho de ambas cosas, se dijo la sacerdotisa con repugnancia, al tiempo que regresaba al estudio del libro. De nuevo, maldijo el destino que la había alejado del trabajo que amaba; aunque por lo menos la guerra había conseguido una cosa: las normas que mantenían a los alumnos aislados en la Academia se habían relajado, pues muchos de los jóvenes luchadores, hechiceros y sacerdotisas eran necesarios en sus hogares. Los estudiantes tenían una inaudita libertad para ir y venir, y los permisos para marchar no eran difíciles de obtener de los aturdidos maestros.

Entonces un drow vestido con las toscas ropas de un jornalero irrumpió en la habitación. Cerró de un portazo la pesada puerta a su espalda y corrió el pasador.

—¡Los goblins se están sublevando! —gritó.

La voz resultaba familiar a la mujer; pertenecía a un apuesto varón con el que había tenido algún ocasional devaneo. Reconoció el tono: una agradable mezcla de temor e incredulidad. El tenue aroma a cobre de su sangre flotó hasta ella, y también eso le resultó familiar. Pero los gratos recuerdos se registraron sólo en los márgenes de sus pensamientos; sus preocupaciones estaban puestas en el rebaño y sus ojos miopes siguieron fijos en la página.

—Sí, desde luego que sí —asintió distraídamente.

El hombre retrocedió un paso, boquiabierto por la sorpresa. Sabía muy bien que Shakti Hunzrin era capaz de un gran número de cosas, pero el humor no se contaba entre ellas. Por un instante, incluso la conmoción provocada por el levantamiento goblin palideció, pero una segunda mirada al semblante malhumorado y bizqueante de Shakti convenció al drow de su error.

El recién llegado dejó de lado su momentánea sorpresa y se acercó al escritorio. Colocó violentamente el brazo cerca de los ojos de la mujer, para que la miope sacerdotisa pudiera distinguir las señales de colmillos goblins, y las largas marcas rojas de sus zarpas.

—Los goblins se están sublevando —repitió.

Por fin, consiguió captar su atención.

—¿Habéis avisado a la guardia de la ciudad? —inquirió ella.

—Lo hemos hecho —respondió él, tras una vacilación excesivamente larga.

—¿Y? ¿Qué dijeron?

—Donigarten tiene sus propias defensas —citó el drow con voz apagada.

Shakti profirió una carcajada. Traducido, aquello significaba que las matronas gobernantes tenían asuntos más importantes en que pensar que la pérdida de unos cuantos esclavos goblins o el sacrificio prematuro de algunos de los rotes. El resto de la ciudad estaba a salvo de cualquier acción desagradable que pudiera suceder en la isla, ya que la única forma de escapar de Donigarten era mediante embarcación, y el único bote estaba amarrado, atracado detrás de la oficina. Lo que significaba, claro está, que los goblins atacarían aquella habitación en la que se hallaban.

La sacerdotisa agarró su tridente mágico —el arma elegida por la familia Hunzrin — y aceptó su destino con un sombrío gesto de asentimiento. Las cosas habían llegado a aquel extremo: los nobles de las casas se veían obligados a combatir contra sus propios esclavos.

De inmediato se oyeron unos arañazos en la entrada, el sonido de los goblins escarbando la piedra con las afiladas uñas de sus menudos dedos. Los príncipes Hunzrin se colocaron a ambos lados de su hermana y alzaron sus immaculadas armas; pero Shakti no tenía la menor intención de aguardar a los pequeños monstruos. Jamás se le había ocurrido la idea de huir, pues había que atender al rebaño de rotes, y eso era lo que pensaba hacer.

Así pues, la mujer apuntó con el tridente a la puerta, apoyó el arma contra su cadera, y se cubrió los ojos con la mano libre, mientras las púas escupían magia. Tres hileras de blancas llamas salieron disparadas hacia la puerta y la pesada losa de piedra estalló proyectando una lluvia de fragmentos, en medio de un rugido atronador.

Durante unos instantes todo fue una confusión de luz cegadora, gritos de dolor y

humo cargado de olor a carne chamuscada. Luego los goblins supervivientes se reorganizaron y avanzaron. Media docena de criaturas se precipitó al interior de la estancia, empuñando toscas armas fabricadas con huesos y cuernos de rotes sujetos entre sí con tendones secos.

El hermano más joven de Shakti saltó al frente, con el tridente extendido ante sí, y atravesó al goblin más cercano, al que arrojó por encima del hombro como si se tratara de una palada de paja. La malherida criatura voló por los aires, agitando los brazos y aullando, hasta salir por la ventana posterior. Se oyó un largo gemido cada vez más apagado mientras caía en dirección a los luminosos animales que aguardaban abajo, y el siguiente sonido que les llegó fue un chapoteo seguido por un silencio total. Unas sonrisas salvajes crisparon los rostros de los hermanos Hunzrin, y ambos cayeron sobre los goblins restantes, con las armas centelleando en el aire mientras recogían su lúgubre cosecha.

Shakti se mantuvo aparte y dejó que los muchachos se divirtieran. Cuando finalizó el primer embate de goblins, fue a colocarse en el umbral de la reventada puerta para recibir a la siguiente oleada. Una hembra larguirucha de piel amarillenta fue la primera en llegar y, empuñando en alto una daga de hueso, se lanzó sobre la drow que la aguardaba. Shakti esquivó el ataque, lanzó su arma al frente y atravesó el brazo alzado de su atacante.

A una palabra de la sacerdotisa, unos rayos mágicos iluminaron las púas del arma y se introdujeron veloces en el cuerpo de la goblin. Con la primera sacudida, la feroz mueca de la esclava se convirtió en una casi cómica expresión de sorpresa. Lacios mechones de pelo se irguieron y retorcieron alrededor de su cabeza como las serpientes de una medusa, y el cuerpo flaco de la goblin se estremeció convulsivamente. Los rayos siguieron fluyendo sin pausa, y aunque la criatura aulló y gimió presa de dolor, no consiguió liberarse del tridente de Shakti. Otro goblin aferró la muñeca de la aprisionada esclava —aunque no quedaba muy claro si era para rescatar a su compañera o para robarle el arma— y también éste quedó retenido por el letal flujo de energía. Otros dos goblins que intentaban abrirse paso junto a la aullante pareja, quedaron atrapados en la cadena de magia maligna.

Con experta facilidad, Shakti mantuvo el control del arma y su magia. Unos pocos goblins consiguieron burlar la barrera de energía chisporroteante y carne abrasada, pero fueron rápidamente ensartados por los hermanos Hunzrin y arrojados a las criaturas que aguardaban silenciosas en el suelo.

Por fin dejaron de llegar goblins, y Shakti arrancó el tridente de la carne carbonizada de su primera víctima. La cadena de cuerpos se desplomó en una humeante pila. La drow pasó por encima de los cadáveres y atravesó la puerta, sosteniendo ante ella como una lanza el arma aún reluciente.

Quedaban unos pocos goblins —¡demasiado pocos!— que se alejaban

lentamente, encogidos sobre sí mismos. Una furia asesina se apoderó del corazón de la sacerdotisa al inspeccionar a su repugnante adversario, y sólo con dificultad se abstuvo de volver a atacar. Los goblins estaban delgados, agotados, y no en mejor forma que el ganado, y la naturaleza práctica de la drow reconoció que los esclavos podrían no haber visto más opción que rebelarse. Sin embargo, cuando Shakti habló, fue la necesidad, no la compasión, la que dominó sus palabras.

—Está claro —empezó a decir en tono frío y calmado— que no hay esclavos suficientes para ocuparse del rebaño. Pero ¿qué habéis ganado con este estúpido ataque? ¿Cuánto más duro no tendréis que trabajar ahora que habéis reducido tontamente vuestro número? Pero tened esto en cuenta: el rebaño de rotes es lo primero y todos vosotros regresaréis a vuestros deberes inmediatamente. Se adquirirán nuevos esclavos y todas las mujeres goblins que críen recibirán comida extra y prerrogativas de descanso; entre tanto os atenderéis a un estricto programa de trabajo. —Sopesó el arma horca significativamente—. Ahora marchad.

Los goblins supervivientes dieron media vuelta y salieron corriendo. La sacerdotisa se volvió hacia sus hermanos. Los ojos de los jóvenes centelleaban excitados por la emoción de su primera batalla y ella sabía exactamente cómo agudizar aquella chispa.

—La patrulla de luchadores de Tier Breche debería haber detenido esta insignificante rebelión antes de que llegara tan lejos. Si alguno de ellos sigue vivo, no tiene derecho a estarlo. Tú, Bazherd. Toma mi tridente y encabeza la búsqueda.

El joven dio un salto al frente para hacerse con la poderosa arma mágica, y los labios de Shakti esbozaron una sonrisa al entregarla; cualquier golpe contra la Academia drow la complacía. No tenía nada en contra de Tier Breche en general, y normalmente admitía que las academias preparaban bastante bien a luchadores y hechiceros. Pero las nobles eran enviadas a la escuela clerical, y el resentimiento que la mujer sentía por su suerte era profundo e implacable. Claro que se convertiría en una sacerdotisa, pues aquélla era la senda que conducía al poder en Menzoberranzan; pero si se presentaba otro camino para llegar a él, Shakti Hunzrin sería la primera en usarlo.

A la hora fijada, todos los hechiceros de Menzoberranzan dignos de tal nombre se escabulleron hasta un punto secreto para responder a una convocatoria sin precedentes. Uno a uno, cada asistente tomó un frasco que lucía el símbolo de la casa Baenre, rompió el precinto y contempló cómo surgía una neblina que adoptaba la forma de un reluciente portal. Uno a uno, los hechiceros drows atravesaron aquellos portales mágicos y cada uno apareció en la misma sala enorme y lujosamente amueblada, tal vez en alguna parte de Menzoberranzan, o tal vez en algún plano distante. Todos los presentes sabían con certeza que se trataba de la sala de audiencias

de Gomph Baenre, y no podían hacer otra cosa que presentarse. Incluso la casa Xorlarrin, famosa por su poderío mágico, estaba allí en nutrida representación. Siete hechiceros Xorlarrin eran maestros en Sorcere, la escuela de magia; los siete estaban sentados muy inquietos en los fastuosos sillones que se les habían facilitado.

Mientras aguardaban al archimago de la ciudad, los reunidos se contemplaban mutuamente con receloso interés. Algunos no se habían visto desde su época de preparación en Sorcere, ya que los hechiceros atesoraban sus secretos mágicos para servir al poder y prestigio de sus propias casas. La posición lo era todo, incluso entre los magos de la ciudad. Las relucientes insignias de las casas quedaban bien a la vista, y aquellos cuya herencia no les concedía el derecho a tal exhibición se contentaban con joyas hechizadas. Cientos de piedras preciosas parpadeaban a la tenue luz de la estancia, sus colores reflejados en los relucientes pliegues negros de las *capaspiwafwi* que todos vestían. Algunos de los presentes iban acompañados por sus espíritus protectores: arañas gigantes, murciélagos subterráneos, bestias modificadas mágicamente, incluso trasgos u otras criaturas del Abismo. La enorme sala se llenó con rapidez y, sin embargo, el silencio sólo pareció agudizarse a medida que cada hechicero penetraba en la estancia.

Cuando el último asiento fue ocupado, Gomph Baenre se materializó de la nada en el centro de la habitación. Como de costumbre, el drow iba vestido con la magnífica capa del archimago, un *apiwafwi* con innumerables bolsillos que según se decía estaban llenos de más tesoros mágicos y armas de los que la mayoría de hechiceros drows podía contemplar durante toda una vida. Su cinturón exhibía sin tapujos dos varitas mágicas, y nadie ponía en duda que muchas más debían estar ocultas por toda su persona. No obstante, las armas más poderosas de Gomph eran sus hermosas y afiladas manos —tan diestras en tejer conjuros mortales— y la brillante mente que lo había conducido a la cima del poder mágico... y condenado a una vida de descontento. En muchas otras culturas, alguien así sería rey. Y de todos los hechiceros de Menzoberranzan, sólo Gomph tenía el poder de convocar una reunión de aquella clase.

—No es la costumbre que los hechiceros de esta ciudad se reúnan en un único lugar —empezó Gomph, dando voz a los pensamientos de todos los presentes—. Cada uno de nosotros sirve a los intereses de su propia casa, según el juicio de su madre matrona. Así es como debe ser —añadió categórico, y se detuvo, enarcando una única ceja, tal vez para sazonar su afirmación con un toque de ironía.

—Sin embargo, tales alianzas no son desconocidas. La ciudad de Sshamath está gobernada por una coalición de hechiceros drows. Nosotros sin duda podríamos hacer lo mismo en Menzoberranzan si surge la necesidad.

Murmullos que iban desde el entusiasmo al horror inundaron la mágica estancia. Gomph alzó una mano, un sencillo gesto que ordenó —y recibió— un instantáneo

silencio.

—Si surge la necesidad —repitió con severidad—. El consejo regente se ocupará de los problemas de la ciudad. Nuestra labor es esperar y observar.

Volvió a hacer una pausa y todos los presentes captaron el silencioso mensaje. El consejo regente —las madres matronas de las ocho casas más poderosas— apenas era algo más que un recuerdo; la matrona Baenre, la drow más poderosa de la ciudad, ya no existía. Triel, la mayor de sus hijas supervivientes, asumiría el mando de la casa Baenre, pero era joven y tendría que enfrentarse a aspirantes al puesto. Recientemente, la casa que ocupaba el tercer puesto había sido totalmente destruida por criaturas del Abismo, pero no antes de que su renegada cabecilla hubiera asesinado a la matrona y a la heredera de la cuarta casa. Auro'pol Dyrr, que gobernaba la quinta casa, había caído durante la guerra. Puesto que una sucesión ordenada era una rareza, cada una de estas casas podría verse asolada por conflictos internos antes de que las nuevas matronas se hicieran finalmente con el poder. Estas matronas tendrían que enfrentarse entonces a desafíos procedentes de todas partes, pues pocas veces en la larga historia de Menzoberranzan habían quedado vacantes a la vez tantos puestos en el consejo, y al menos se podía contar con que una docena de casas iría a la guerra en un intento de mejorar su posición social. En conjunto, la lucha por restablecer el consejo regente podía durar años; años de los que la inestable ciudad no disponía.

—Conocéis los problemas a que se enfrenta Menzoberranzan tan bien como yo —prosiguió Gomph con suavidad—. Si la ciudad cae en la anarquía, nosotros los hechiceros puede que seamos su mejor posibilidad de supervivencia. Debemos estar preparados para asumir el poder.

O hacernos con él.

Estas palabras quedaron sin pronunciar, pero cada uno de los drows de la habitación las oyó y tomó buena nota de ellas.

Hijas de Baenre

Baenre ha muerto. Largo reinado, matrona Triel. —Esta expresión fue repetida muchas veces, con distintos grados de sinceridad, durante todo el día, mientras uno a uno, los nobles, soldados y plebeyos de la casa Baenre iban desfilando ante el temible trono negro —una maravilla con vida propia en cuyas relucientes profundidades se retorcían los espíritus de las víctimas de los Baenre— para jurar lealtad a su nueva matrona.

Triel Baenre en sí no era una visión impresionante. Su estatura estaba bastante por debajo del metro y medio, y su cuerpo era delgado y recto como el de una criatura. Según los patrones de los elfos drows, tampoco resultaba particularmente atractiva, y la blanca cabellera era larga y fina, sujeta en una apretada trenza que le rodeaba la cabeza como una corona. Iba vestida con sencillez: con una cota de malla elfa echada sobre la sencilla túnica negra de una sacerdotisa. Sin embargo, Triel no necesitaba los tradicionales atavíos de la realeza, ya que era una de las sacerdotisas de Lloth de más categoría en la ciudad y gozaba de todo el favor de su diosa. La joven matrona exudaba poder y seguridad, y saludó a cada uno de sus súbditos con un regio movimiento de cabeza.

En realidad, la drow no se sentía tan cómoda en su nuevo papel como parecía estar. Sentada en el trono de su madre, se sentía como una niña que representa un papel. ¡Por la sangre de Lloth, maldijo en silencio, pero si sus pies ni siquiera tocaban el suelo! Una ignominia menor, tal vez, pero para, la mente preocupada de Triel los pies que se balanceaban en el aire parecían un presagio, una indicación de que no estaba a la altura de la tarea que se le encomendaba.

La sacerdotisa era consciente de que, bien mirado, debiera haberse sentido feliz con su ascenso, pues ahora era una matrona de la primera casa de Menzoberranzan. El poder no era algo desconocido para Triel —como dama matrona de la escuela clerical de Arach-Tinilith, ocupaba una posición de gran dignidad— pero jamás había aspirado al trono de su difunta madre. La anterior matrona había reinado durante tantos siglos que había parecido eterna. Incluso ya nadie recordaba su nombre de pila, y para generaciones de drows, la madre de Triel era Baenre, era Menzoberranzan. Así pues, cada repetición de «Baenre ha muerto» resonó en la mente de la sacerdotisa como un augurio de muerte, hasta que sintió que tenía que chillar o se volvería loca.

Pero por fin la ceremonia tocó a su fin, y Triel se quedó sola para enfrentarse a la tarea de reconstruir la destrozada familia. Era un desafío formidable. La fuerza de una casa descansaba en sus sacerdotisas, y demasiadas de ellas habían perecido en la

guerra de su madre. Muchas de las hijas de la anterior matrona —y también las hijas de éstas— habían marchado a formar sus propias casas y, aunque en teoría, estas casas menores eran aliadas de la casa Baenre, su preocupación primordial era tejer sus propias redes de poder e intriga.

Además de su falta de sacerdotisas, la primera casa carecía de maestro de armas. El hermano de Triel, Berg'inyon, había desaparecido durante el conflicto. Como jefe de los poderosos jinetes de los lagartos, había encabezado el ataque contra los aliados de la superficie de Mithril Hall, y no había regresado jamás al hogar familiar. Muchos drows habían perecido en el terror y la confusión que siguió al amanecer, y no era descabellado pensar que el maestro de armas Baenre estuviera entre ellos. Aunque Triel sospechaba lo contrario, pues a menudo había percibido que los instintos de supervivencia del joven sobrepasaban con mucho su lealtad a su casa. Cualquiera que fuera la verdad que se ocultaba tras su desaparición, Berg'inyon ya no estaba con ella. Podría ser un simple joven —con apenas sesenta años de edad—, pero era un luchador vigoroso, y sería difícil de reemplazar. ¡No lo permita Lloth, se dijo Triel con enorme repugnancia, que tuviera que verse obligada incluso a tomar un patrón para ocupar el puesto de maestro de armas!

No obstante, la tarea más inmediata de la mujer era elegir a su propia sucesora en Arach-Tinilith. Por lo general el puesto de matrona de la Academia recaía en la sacerdotisa de Lloth de mayor categoría de la casa Baenre. Después de Triel, tal persona sería Merith, una plebeya introducida en las filas Baenre años atrás cuando sus considerables poderes clericales empezaron a aflorar. Merith codiciaba el título de dama matrona, pero aquello sencillamente era imposible. En cualquier capacidad, era una deshonra potencial para la casa Baenre, pues en su calidad de hija de un barrendero, no comprendía los sutiles matices del protocolo, ni era capaz de apreciar la compleja trama y urdimbre de la intriga. También era sádica en grado sumo, y en situaciones que requerían un estilete, Merith era un hacha enana. Triel esperaba que su querida hermana de adopción contrajera una rara y fatal enfermedad en cualquier momento.

Aquello dejaba a Sos'Umptu, la guardiana de la capilla Baenre, como la candidata idónea, ya que era Baenre de nacimiento, su favor con Lloth era seguro, y su posición como sacerdotisa impresionantemente elevado. Así que, tras la debida consideración, Triel envió a buscar a su hermana menor y le ofreció Arach-Tinilith.

Sos'Umptu, lejos de sentirse contenta ante su promoción, se mostró horrorizada ante la sugerencia de que abandonara la capilla Baenre. Triel instó, lisonjeó y amenazó, pero al final admitió que, al menos por el momento, ella misma debería ocupar ambos puestos. Su hermana menor recibió la decisión con un suspiro de alivio, luego echó una veloz mirada a la puerta que conducía a su querida capilla.

—No, quédate conmigo un rato —dijo Triel en tono cansado—. Tengo que hablar

contigo de otro asunto. La casa Baenre necesita grandes sacerdotisas desesperadamente, en especial nobles Baenre de nacimiento. Ya sabes que no tengo hijas, ni es probable que las tenga jamás. Me veo obligada a depender de mis hermanas y sus hijas para reconstruir nuestras fuerzas. Tú estás a cargo de los registros de nacimientos; ¿qué puedes decirme sobre nuestras perspectivas? ¿Algún talento notable entre las jóvenes?

La guardiana de la capilla carraspeó.

—Probablemente la más dotada entre ellas sería Liriel. La hija de Gomph —apuntó, cuando su hermana no dio señales de reconocer el nombre.

Los recuerdos encajaron de repente, y los ojos de Triel se abrieron de par en par asombrados mientras consideraba las posibilidades. La hija consentida y díscola de Gomph, una gran sacerdotisa de Lloth. ¡Qué absurdo, y qué delicioso!

Por lo que la drow recordaba, Gomph había engendrado a la criatura unas cuatro décadas atrás e inexplicablemente la había reclamado como propia. Liriel llevaba el nombre de la casa de su padre, lo que era casi inaudito en su matriarcal sociedad. Su madre, una belleza inútil de alguna casa menor, había desaparecido y durante muchos años se había sabido muy poca cosa de la niña, a excepción de desaprobadores cuchicheos de que Gomph permitía a la criatura hacer lo que le viniera en gana. Con el comienzo de la adolescencia, Liriel se había ganado un puesto en la frenética vida social de ciertos círculos adinerados, y la sacerdotisa había oído relatos sobre las hazañas de la joven, que habían otorgado a ésta notoriedad y admiración a partes iguales. Aunque se la consideraba testaruda y caprichosa, se decía de Liriel que poseía excepcionales poderes mentales y mágicos, y ¿qué mejor uso para tales aptitudes que el servicio de Lloth?

Triel sonrió perversa. ¡Cómo enfurecería eso a Gomph! Por ley y por costumbre, las nobles entraban en el colegio clerical con el inicio de la pubertad o en su veinticinco aniversario, lo que aconteciera primero. Gomph no había exigido a su hija que asistiera... ¡tal vez incluso se lo prohibió! El archimago no era precisamente devoto del servicio a Lloth, y Triel había advertido atisbos del amargo resentimiento del drow hacia las sacerdotisas gobernantes. Sin embargo, si la matrona Triel lo ordenaba, Gomph no tendría más remedio que enviar a su hija a Arach-Tinilith.

Y Liriel Baenre, como gran sacerdotisa de Lloth, se convertiría no sólo en una brillante joya en la corona de la casa Baenre, sino que también sería un poderoso recordatorio para Gomph de dónde se hallaba el auténtico poder en Menzoberranzan.

—Vaya. —Triel se volvió para contemplar a su hermana menor, diciendo maliciosa—: Sos'Umptu, ¡me sorprendes! No te había creído capaz de tan tortuosa sutileza.

La aludida se encogió y no dijo nada, ya que había aprendido por dura experiencia a recelar de los elogios. A decir verdad, los ojos de la sacerdotisa se

endurecieron peligrosamente mientras seguía observando a su hermana menor.

—Parece —prosiguió la nueva matrona— que la guardiana de la capilla posee aptitudes que van más allá de la esfera de influencia elegida. ¡Ocúpate de que tus ambiciones no hagan lo mismo!

—Sólo deseo servir a Lloth y a mi hermana, la madre matrona —dijo la otra con fervor, efectuando una profunda reverencia.

Aunque resultaba casi increíble, Triel percibió que la joven hija Baenre decía la verdad, y no estuvo segura de si considerar la insólita falta de ambición de Sos'Umptu con alivio o con desdén, pero sonrió a su hermana y le rogó que se levantara.

—Tu devoción te honra —observó en tono seco— y tu idea tiene mérito. Que alguien localice a la muchacha y la traiga aquí de inmediato.

—¿Quieres que Gomph esté presente cuando hables con su hija?

El calor inundó el rostro de Triel hasta hacer que su semblante brillara como un rubí enfurecido.

—No necesito la bendición de mi hermano ni en este asunto ni en ningún otro —espetó.

—Desde luego que no, matrona Triel —se apresuró a decir Sos'Umptu, efectuando otra respetuosa reverencia—. Pero creí que podrías querer, tal vez, contemplar la angustia del archimago.

El peligroso brillo de los ojos de la sacerdotisa se tornó más cálido, convirtiéndose en un destello de camaradería.

—¡Querida hermana, por el bien de la casa Baenre, debes aventurarte fuera de tu capilla más a menudo!

Entre tanto, lejos de la sala de audiencias de la casa Baenre, la hija de Gomph brincaba alegremente por los túneles de la Antípoda Oscura. Sus ojos brillaban rojos mientras taladraban la oscuridad que tenían delante y alguna que otra corriente de través se ondulaba por entre la espesa melena blanca que descendía en ondulantes rizos hasta su cintura. Llevaba ropas de viaje con botas y pantalones hechos de fino y flexible cuero, una camisa de seda acolchada, y un chaleco de fina cota de malla. Una lanza de casi un metro de longitud con punta de púas descansaba sobre su hombro y en la mano libre sostenía unas pequeñas boleadoras, que hacía girar describiendo complicados dibujos mientras andaba.

Detrás de ella, totalmente fuera del alcance de la rotante arma, avanzaba pesadamente una joven pareja drow. La hembra lucía la insignia de la casa Shobalar, un clan menor famoso por las excepcionales hechiceras que producía. El otro drow era un varón excepcionalmente apuesto, vestido con suma sofisticación, salvo por los cabellos sujetos en una única trenza, cosa que lo identificaba como plebeyo. Aquellos

dos drows llevaban lanzas idénticas a las de Liriel, y lanzaban cautelosas miradas aquí y allá mientras maniobraban por el pequeño campo de estalagmitas que se alzaban del rocoso suelo.

El túnel era estrecho, apenas lo bastante ancho para que pasaran tres o cuatro drows uno al lado del otro. Hacía miles de años, las filtraciones de agua habían tallado una serie de surcos en las rocosas paredes, dejando largas y estrechas aristas que se elevaban a ambos lados del túnel. El pasadizo parecía la caja torácica de una desconocida bestia gigante, y a los compañeros de Liriel les resultaba bastante atemorizador, por lo que mantenían sus armas bien sujetas mientras maldecían en silencio el impulso que los había sacado de la relativa seguridad de Menzoberranzan. La Antípoda Oscura era imprevisible y estaba llena de peligros, y muy pocos se aventuraban en ella sin ir acompañados de unos buenos efectivos militares y magia. Sin embargo, cuando Liriel Baenre lanzaba una invitación, ¿cómo podían ellos rechazarla?

Liriel era con mucho la hembra más popular de su pandilla, un grupo de jóvenes adinerados tanto nobles como plebeyos que perseguían el placer y la intriga con típica pasión drow. La muchacha era más joven que la mayoría de ellos —no había cumplido aún su cuadragésimo cumpleaños, lo que la situaba en medio del largo y tumultuoso período de la adolescencia— y poseía la fresca belleza de una humana que no hubiera cumplido los diecisiete. Disfrutaba también de las riquezas y posición social de una noble de la casa Baenre. Y aunque también muchas de las jóvenes drows de la ciudad disfrutaban de riquezas, posición y belleza, Liriel era excepcional por su risa fácil y un entusiasmo por la vida que resultaba poco frecuente en la sombría Menzoberranzan. Si bien había que reconocer que resultaba excéntrica en sus gustos, pues prefería perseguir la aventura y los conocimientos mágicos a la intriga social. Pero, no obstante, pocos podían negarle su peculiar encanto, y muchos jóvenes drows competían por la posibilidad de compartir sus aventuras. Aquellos que sobrevivían podían contar con una incrementada posición social, así como unos cuantos relatos interesantes que compartir en la ronda de fiestas de la noche.

Incluso con tan agradable perspectiva ante ellos, los compañeros de Liriel se sentían cada vez más intranquilos. La total oscuridad del corredor no les causaba molestia alguna, pero el silencio los atemorizaba profundamente. En Menzoberranzan, el ruido de la ciudad se fundía en un constante murmullo ahogado por la magia, sazonado con algún chillido ocasional; en aquellos túneles, sus silenciosas pisadas golpeaban sordamente en sus oídos con un sonido hueco y resonante, como piedras al caer en un pozo profundo. Liriel avanzaba como una sombra, merced a sus hechizadas botas elfas y a dos docenas de años de experiencia en tales exploraciones. Su andar era ligero y vivo, y sus ojos estaban puestos en la aventura que les aguardaba.

De todos modos, la joven no era ajena al malestar de sus compañeros. Conocía bien a Bythnara Shobalar; las dos se habían educado juntas desde una edad temprana. Al parecer, Gomph se había cansado de su precoz hija casi inmediatamente después de haberla adoptado, y la había enviado a la casa Shobalar para ser criada y formada dentro de aquel clan de hechiceras. Una rivalidad infantil había surgido entre Liriel y Bythnara que se había mantenido a través de los años, aunque Liriel se lo había tomado con tranquilidad, y de hecho le resultaba bastante divertido. Agudizaba los esfuerzos de ambas y añadía un condimento necesario a su amistad. A pesar de su mutuo interés en la magia, las dos tenían pocas cosas en común, pues Bythnara no compartía el gusto de Liriel por la aventura ni su sentido del humor. La hechicera podía mostrarse distante en ocasiones —y manifiestamente aburrida el resto del tiempo— pero Liriel estaba muy acostumbrada a los límites de la amistad.

—¿Estamos llegando ya? —se quejó Bythnara a su espalda.

—Pronto.

—¡Pero llevamos horas andando y a estas alturas sólo Lloth sabe dónde podríamos estar! ¡Podríamos morir aquí y nadie se enteraría!

Liriel echó una mirada a su espalda y guiñó un ojo a su amiga, aunque no aminoró el paso.

—Una rectificación, Bythnara: tú podrías morir aquí y no te enterarías.

—¿Acaso es eso una amenaza? —Los ojos de la hechicera se entrecerraron.

—Claro que no —repuso la otra con suavidad, devolviendo la atención al sendero que tenía ante ella—. Es un insulto. Cuando yo muera, sin duda me daré cuenta de que algo ha cambiado. Tú, sin embargo...

—Tal vez no corro por la vida a tu ritmo, pero eso no es motivo para burlarse. La cautela es la mayor parte de la sabiduría —citó la aludida con voz tensa.

—Y la mayor parte del aburrimiento —replicó Liriel, alegremente—. ¿Qué dices tú, Syzwick? —preguntó al drow. El último consorte de Bythnara, hijo de un acaudalado comerciante de perfumes, era obscenamente rico, muy decorativo y enérgico aunque manejable; todas ellas cualidades que lo hacían muy popular entre las mujeres de su pandilla—. ¿También te lo estás replanteando?

—Claro que no —respondió él con firmeza, cambiando la lanza de uno al otro hombro—. De todos modos, hace bastante tiempo que marchamos.

—Valdrá la pena todo ello —prometió Liriel, y se detuvo de improviso, alargando una mano para indicar que debían hacer lo mismo. Luego señaló al suelo y sus dos compañeros lanzaron una exclamación.

El trío se encontraba en el borde de la orilla de un río que discurría muchos metros por debajo formando una tranquila y oscura extensión de agua. El río era profundo, silencioso y muy frío, y se decía que sus aguas provenían de tierras cubiertas de hielo situadas muy por encima de la Antípoda Oscura. Aunque el aire allí

era más caliente que el agua, una constante nube de bruma flotaba sobre la corriente como un espectro guardián.

—El bote está amarrado justo debajo de nosotros —indicó la joven, señalando un largo y estrecho esquiife.

Saltó a las oscuras aguas, y haciendo uso de su habilidad natural para levitar, flotó en el aire un instante para a continuación descender hasta aterrizar con suavidad en la proa de la embarcación. Sus compañeros la imitaron con menos entusiasmo, y se sentaron a toda prisa para tranquilizar la balanceante barca, pues sabían que no podían permitir que volcara, y no sólo por las heladas aguas.

Lo cierto era que estaban allí para cazar *pyrimos*, unos pequeños y feroces peces que podían dejar en los huesos a una montura lagarto adulta en cuestión de minutos. Eran peces terriblemente agresivos, capaces de saltar fuera del agua para atacar a los animales que iban a beber a la orilla del río. Sus dientes eran tan afilados y tan poderosas sus mandíbulas que el primer mordisco resultaba a menudo indoloro, y pasaba desapercibido; pero el dolor no tardaba en aparecer, pues cualquier rastro de sangre en el agua atraía a docenas de los feroces peces. Su caza era un deporte peligroso, y los accidentes eran bastante frecuentes.

El primer desafío era conseguir llegar tan lejos, pues los túneles que conducían al río eran muy poco frecuentados y casi nunca los recorrían patrullas. El río en sí era un riesgo: engañosamente tranquilo, dado a repentinos remolinos y a fuertes y fortuitas resacas. Y los peces eran peligrosos incluso muertos; su carne era delicada y sabrosa... y muy venenosa. Preparados con cuidado, los *pyrimos* resultaban más potentes que el vino y cualquier fiesta en la que se sirvieran se convertía al instante en un acontecimiento. De vez en cuando sucedían desgracias entre los comensales, pero no eran algo corriente, pues los *pyrimos* los preparaban jefes de cocina cuidadosamente adiestrados que sabían que sus vidas dependían del resultado.

Pero para la fiesta faltaban bastantes horas, y ante ellos se extendía el desafío de la cacería. Liriel plantó una de las botas que cubrían sus pies en la orilla y empujó con fuerza, y su embarcación, sujeta a la rocosa orilla por una fina cadena de mithril, se deslizó hasta el centro del río. Cuando la nave se inmovilizó, la joven tomó su lanza y se colocó de pie en la proa, con los pies bien apuntalados para no perder el equilibrio. Bythnara imitó su postura en la popa, mientras que Syzwick se acomodaba en el centro para estabilizarla. El bote estaba diseñado de modo que pudieran cazar dos a la vez, uno en cada extremo y bien separados entre sí, pues los peces atacaban incluso después de atravesados, y más de un drow había resultado mordido por la captura ensartada de su compañero. Aunque si había sido por accidente o a propósito, ¿quién podía asegurarlo?

Liriel sacó dos pequeños frascos de la bolsa que colgaba de su cintura y arrojó uno a su amiga. Los recipientes estaban hechizados para mantener su contenido —

sangre fresca de rote— caliente. La muchacha abrió el suyo y vertió una única gota de sangre en el agua; para los ojos sensibles a los infrarrojos de la drow, la gotita aparecía de un brillante color rojo, aunque resultaría visible sólo unos instantes, ya que las heladas aguas la enfriarían enseguida. Liriel preparó su lanza y observó con atención. El reluciente resplandor se apagó, de repente y por completo.

El arma de la drow penetró como un rayo en el río y a continuación ésta la alzó con expresión triunfante: un pez del tamaño de su mano se revolvía y retorcía en su extremo. Los *pyrimos* eran imposibles de ver en el agua, ya que su temperatura era idéntica a la del gélido río, pero ahora, claramente visible en el aire más caliente, el pez tenía una suave forma ovalada, con escamas plateadas y delicadas aletas; una belleza de no ser por las aceradas mandíbulas erizadas de dientes que ocupaban toda la anchura de su cuerpo.

—Cógelo, Syzwick —indicó Liriel, como si tal cosa, y con un veloz movimiento de su lanza arrojó el letal pez al muchacho.

El drow palideció y se encogió a un lado. No había necesidad: la captura chocó con un golpe sordo contra el fondo de la caja situada a sus pies.

—Si hubieras fallado... —empezó a decir él.

—¡No ha sucedido aún! —ronroneó ella, dirigiéndole una sonrisa picara—. No te preocupes, cariño, lo último que quiero es arrojar a un *pyrimo* hambriento a tu regazo. Un mordisco, y no le servirías de nada a nadie.

Los labios de Bythnara se tensaron; al darse cuenta, Liriel reprimió un suspiro. ¡Su amiga podía resultar tan posesiva en ocasiones! Ella sólo había querido tomar un poco el pelo a Syzwick, pues sabía que el apuesto joven apreciaba el humor obscuro. Pero Bythnara siempre confundía tales comentarios por una declaración de intenciones.

Syzwick no se dio cuenta de la expresión malhumorada de la hechicera; dedicó una sonrisa lasciva a Liriel y enarcó una ceja.

—¿Un mordisco? —retó.

—Quizá dos —concedió ésta, recorriendo su cuerpo con una apreciativa mirada.

Bythnara resopló y dio a su frasco de sangre una violenta sacudida, que desperdigó sobre el río brillantes gotas de sangre.

—No eches tanta sangre al agua de una sola vez —advirtió Liriel con severidad—. Atraerías demasiados peces.

La idea calmó a la celosa hechicera y durante un buen rato las dos mujeres cazaron en silencio. Encaramada en la punta misma del bote, Liriel trabajaba veloz, inclinándose sobre el agua y ensartando un pez tras otro. A ella personalmente le importaban muy poco los *pyrimos*, más allá del reto que significaba la caza, pero los peces poseían otro valor para ella que sus compañeros no podían ni imaginar. La perspectiva de otra peligrosa aventura llamaba a Liriel en aquel día, y ésta no estaba

demasiado satisfecha con la vida para permitir que la pataleta de Bythnara la pusiera de malhumor.

La embarcación se movió ligeramente y por el rabillo del ojo Liriel vio que su compañera se había sentado y dejado a un lado la lanza. La hechicera hizo una mueca y se frotó el cuello, luego introdujo la mano en su bolsa de viaje y extrajo una pequeña botella. Vertió un poco del acre linimento en la mano y empezó a darse masaje a ambos lados del cuello.

Una lucecita de advertencia se encendió en la mente de Liriel. Había cazado *pyrimos* muchas veces, y conocía bien el agotamiento producido por la tensión y la velocidad a la que había que asestar los lanzazos. Bythnara frotaba los músculos equivocados.

Por un instante, la joven drow sintió una conocida sensación de vacío en el pecho, el sordo dolor vacío que regresaba de nuevo con cada traición. Lo dejó de lado veloz y con frialdad, al tiempo que estudiaba subrepticamente a su amiga de la infancia. Tal como sospechaba Liriel, los dedos en movimiento de Bythnara trazaban un complicado y familiar dibujo. La hechicera efectuaba un conjuro. No se trataba de un conjuro corriente, pero Liriel lo acababa de aprender la semana anterior de su nuevo y poderoso tutor, y su compañera, desde luego, no lo sabía, porque el maestro de la joven drow le había prohibido que compartiera con nadie los hechizos que le enseñaba, y por una vez ésta bendijo la codiciosa y paranoica naturaleza de los hechiceros de Menzoberranzan.

Bythnara se puso en pie, ignorando que su presa había percibido su doble juego. Liriel sabía que el siguiente movimiento de la hechicera sería lanzar una mano al frente y enviar una chisporroteante bola de fuego en dirección a la proa de la barca.

Manteniendo los pies separados en posición de caza, Liriel volvió a convocar la magia natural de la levitación, y, a continuación, con un veloz y fluido movimiento, se elevó por los aires, se volvió y arrojó su lanza como si fuera una jabalina. La punta de púas penetró en el pecho de su compañera, y el lánguido bostezo de la hechicera se convirtió en un rotundo «Oh» de sorpresa y dolor. Moviendo los brazos como un molinete, la mujer se desplomó de espaldas en el agua.

Al instante, los *pyrimos* cayeron sobre ella, y Liriel flotó sobre la nebulosa mortaja del río, observando con expresión impasible cómo el agua a sus pies se agitaba y revolvía, al tiempo que se volvía roja en la oscuridad a medida que la calentaba la sangre de su traicionera amiga.

Cuando el violento balanceo de la embarcación cesó y las aguas volvieron de nuevo a ser oscuras y heladas, la drow descendió de nuevo. Syzwick permanecía tumbado sobre el fondo del bote, adonde se había sabiamente arrojado en un esfuerzo por evitar que la embarcación volcara.

La joven contempló al apuesto drow un buen rato como si meditara qué podía

hacer con él. El perfumado linimento que la hechicera había usado procedía sin duda de la tienda de su padre, y parecía probable que Syzwick hubiera intrigado con Bythnara. A lo mejor la difunta había contado algo a su consorte que podría servir a Liriel para comprender el motivo de aquel ataque. De ser así, pensaba obtener respuestas. Le asestó una patada.

Syzwick gateó hasta el asiento central, con expresión frenética mientras sus ojos se encontraban con la implacable mirada carmesí de su oponente.

—Juraré cualquier cosa que desees —indicó el joven, y las palabras surgieron casi a borbotones—. Diré que Bythnara te atacó. Es más que creíble, teniendo en cuenta lo mucho que te odiaba. Siempre te ha odiado, eran celos más que otra cosa, y jamás se molestó en ocultarlo. Todo el mundo lo sabe. Todos nos creerán —siguió farfullando—, pues ha mencionado muchas veces que quería verte muerta. La verdad es que, por lo que yo sé no había planeado realmente actuar en tu contra. Y ¡lo juro... lo juro por la octava pata de Lloth!... que ¡jamás habría tomado parte en tal plan, incluso aunque ella hubiera pedido mi ayuda! Lo sabes, Liriel. Todos sus discursos sobre verte muerta no eran más que palabras; ya sabes cómo son esas cosas.

—Sí —respondió ella en voz tensa y sin inflexiones.

Lo sabía muy bien. Y por fin, el frenético parloteo del drow empezó a tener sentido. Él realmente no sabía nada del ataque de Bythnara; todo lo que había visto era a Liriel matando a su amante, y su única preocupación ahora era su propia supervivencia. El asesinato —porque eso era a los ojos de Syzwick— era perfectamente aceptable, incluso loable, entre los elfos oscuros, siempre y cuando no pudiera probarse. Syzwick era un testigo, y esperaba realmente ser eliminado, de modo que suplicaba por su vida, y prometía jurar que Liriel había actuado en defensa propia.

¡Qué irónico que al hacer eso el drow estuviera diciendo la verdad!, se dijo ella como aturdida. Pero jamás conseguiría convencerlo realmente de ello. Ni tampoco, por motivos que no acababa de comprender por completo, deseaba ella intentarlo.

—Bythnara resbaló y cayó al agua —dijo por fin.

La frente de Syzwick se arrugó perpleja, y aguardó a que Liriel se explicara. Cuando ésta no lo hizo, aceptó la mentira con un enérgico cabeceo.

—Bythnara se había inclinado para coger un pez cuando el bote dio contra uno de esos remolinos —dijo, improvisando—. Empezamos a dar vueltas en círculo. Ella perdió el equilibrio y cayó. Intentamos cogerla, sin embargo los *pyrimos* cayeron sobre ella con demasiada velocidad.

Contuvo la respiración mientras aguardaba la respuesta de la mujer. Poco a poco, una sombría sonrisa fue apareciendo en el rostro de Liriel, y Syzwick soltó un suspiro de profundo alivio.

—Una cosa más.

—Cualquier cosa —juró él con fervor.

—Planear una acción requiere pensar en muchas cosas; tú lo sabes. Pero una vez hecho, intenta que todo sea sencillo, ¿de acuerdo?

—Bythnara resbaló y cayó —repitió él, tras permanecer silencioso unos instantes.

—Buen chico —repuso en tono seco—. También debes tener en cuenta que los *pyrimos* pueden matar en más de un modo. No me gustaría que uno de mis invitados a la cena contrajera, digamos, una indigestión fatal.

—No diré una palabra —prometió—. Jamás.

Liriel asintió, y su sonrisa ocultó más de lo que le gustó reconocer.

—En ese caso, regresemos con estos peces a Menzoberranzan.

Liriel se dijo que estaba siendo uno de esos días en que nada parecía salir según los planes. Su intención había sido devolver a Syzwick a la ciudad junto con la mayor parte de la captura de *pyrimos*, luego regresar a la Antípoda Oscura para hacer negocios con el resto del material tóxico. Tenía varios tratos que cerrar, algunos conjuros que aprender, una clase práctica a la que asistir, unas cuantas cuentas que ajustar y una cita con cierto mercenario; todo ello antes de que se iniciaran las festividades de la noche. En resumen, se suponía que iba a ser un día de lo más corriente.

Primero tuvo lugar el «accidente» de caza; luego, justo cuando abandonaba su casa —un castillo en miniatura en Narbondellyn que su padre le había dado en su vigésimo primer cumpleaños— la alarma silenciosa de su anillo Baenre empezó a vibrar.

Liriel frunció el entrecejo, molesta, mientras rebuscaba en el fondo de su bolsa para localizar el anillo. Se suponía que debía lucir la sortija a todas horas, pero ella jamás llevaba anillos; sus largas y bien proporcionadas manos eran uno de sus rasgos favoritos, y le gustaba adornarlas con complicados tatuajes pintados y reluciente esmalte de uñas, pero se negaba a llevar anillos. Podía competir en el lanzamiento de cuchillos con el mejor asesino de tabernas y, aunque la mayoría de drows sostenía que las joyas no perjudicaban su puntería, Liriel se decía que ya corría suficientes riesgos sin añadir aquel escollo en concreto.

Encontró el anillo y lo apretó con fuerza en la mano. Sí, allí estaba: una silenciosa alarma mágica, sincronizada sólo con sus sentidos. Lo había oído únicamente en otra ocasión, cuando se le entregó el anillo hacía un par de docenas de años. Todos los nobles de Menzoberranzan llevaban una insignia de su casa; la casa Baenre iba un poco más lejos y mantenía a cada uno de sus miembros sujeto por una trailla mágica, de modo que, en cuanto sonaba la alarma, se suponía que el Baenre en cuestión debía dejarlo todo y correr a la fortaleza familiar. Hasta ahora, Liriel había sido dispensada de tales comparencias. Farfullando imprecaciones, la joven ensilló su montura

lagarto y la espoleó en dirección a la mansión ancestral.

La casa Baenre era una residencia imponente. Las formaciones naturales de roca ya resultaban sorprendentes de por sí, pero a lo largo de los siglos las matronas Baenre habían añadido complejas esculturas, cúpulas bulbosas resaltadas con fuegos fatuos y una verja mágica en forma de telaraña tejida supuestamente por la misma Lloth. En opinión de Liriel, resultaba un poco excesivo; la decadencia resultaba agradable y estaba bien, pero aquello era una exageración.

La entrada se abrió de par en par cuando se acercó y una fila de soldados Baenre le dedicó una profunda reverencia. Una sirvienta ogresa se adelantó presurosa para hacerse cargo de su montura, y una escolta de ocho mujeres armadas —la selecta guardia de la madre matrona— la condujo por las sinuosas salas hacia el centro mismo del castillo: la capilla Baenre. Aquello empezaba a oler muy mal, se dijo la joven con expresión sombría mientras avanzaba bajo la sombra de calor de su escolta.

Una reunión más impresionante aguardaba su llegada en la capilla. Había dos sacerdotisas poderosas: Sos'Umptu, guardiana de la capilla, con su tétrica túnica de sacerdotisa y su rostro cansino y piadoso, y Triel, la recién ascendida madre matrona. De las dos, Liriel prefería con mucho a la aburrida y desaliñada Sos'Umptu, pues aunque la guardiana apenas abandonaba su amada capilla, al menos mostraba fervor por algo. Triel, por otra parte, era una araña de dos patas: fría, totalmente práctica y despiadadamente eficiente. Gomph permanecía en pie, muy tieso, junto a sus hermanas, y Liriel se animó al ver a su padre hasta que reparó en su expresión sombría. Y alzándose por encima de los hermanos Baenre estaba una gigantesca ilusión mágica, un tributo a Lloth que se transformaba sin cesar para pasar del aspecto de enorme araña negra al de hermosa mujer drow. Gomph había creado aquella ilusión hacía unos cincuenta años para aplacar a la anterior matrona y se rumoreaba que aquel tributo a la Reina Araña había comprado la vida del impío archimago, que había enojado a su madre con demasiada frecuencia. Lo que resultaba menos conocido era que había modelado la imagen de la drow a imagen y semejanza de su amante de aquel momento. Liriel no recordaba el rostro de su madre, fallecida mucho tiempo atrás, pero su propio parecido con la araña-drow era extraño e inquietante. La joven drow aspiró con fuerza y penetró en la capilla.

—Aquí estás por fin —indicó Triel con voz fría.

—A tus órdenes, tía Triel —saludó Liriel con una profunda reverencia.

—Matrona Triel —reprendió Sos'Umptu con aspereza, con el agravio ante tal falta de respeto claramente escrito en el rostro. La mujer tomó aliento y se dispuso a lanzar su acostumbrada diatriba.

Pero Triel agitó una mano para acallar a su hermana, luego se inclinó al frente y clavó en Liriel una larga y escrutadora mirada.

—Se me ha comunicado que has celebrado hace ya tiempo tu vigésimo quinto

aniversario. Sin embargo no te has inscrito en la Academia como marca la costumbre y la ley para todos aquellos de sangre noble. Son casi quince años desperdiciados en frivolidades, cuando debieras haberte preparado para servir a la casa Baenre.

—He usado bien ese tiempo —declaró Liriel, alzando la barbilla y contemplando a la matrona cara a cara—. Mi padre —prosiguió con énfasis, dirigiendo una veloz mirada intencionada al archimago— se ocupó de que recibiera las mejores enseñanzas mágicas posibles.

—No has estudiado en Sorcere —señaló Triel, nombrando la escuela de magia.

—Técnicamente no —reconoció ella.

Gomph se había negado a apadrinarla en Sorcere, alegando que por ser el único miembro del sexo femenino allí y su hija, sería objetivo de muchas intrigas y acarrearía excesivas controversias. Tras prometerle que no sufriría la falta de tal adiestramiento, utilizó su poder y riqueza para conseguirle los mejores tutores y le proporcionó una generosa renta que le permitía adquirir todos los libros y componentes para hechizos que le apetecieran. La muchacha dirigió una veloz mirada a su padre, esperando recibir su apoyo, pero la expresión reservada del archimago le indicó que no podía esperar ayuda por su parte.

—No obstante he estudiado con varios de los maestros de Sorcere. Mi tutor actual es Kharza-kzad Xorlarrin —añadió, nombrando a un poderoso hechicero que se especializaba en la creación de varitas de combate.

—Según todos los informes —resopló Triel en tono burlón—, ¡tú has estado instruyendo al viejo rote, no lo contrario! Los alardes de Kharza-kzad se han extendido desde Sorcere a Melee-Magthere e incluso a Arach-Tinilith. Tus proezas han sido la comidilla de la Academia.

«También las tuyas», pensó Liriel con furia. Era bien sabido que la sacerdotisa no había tomado jamás consorte, y oscuros murmullos sugerían que los gustos de la madre matrona eran bastante pervertidos incluso para los patrones drows. Pero mencionar tales asuntos en voz alta resultaría muy poco sensato, y tampoco veía Liriel ninguna razón para confirmar o negar aquello de lo que alardeaba su tutor, así que respondió al hostigamiento de Triel con una mirada de soslayo.

La matrona Baenre dirigió una ojeada al rostro ceñudo de Gomph, y una sonrisa apenas perceptible elevó las comisuras de sus labios.

—De hecho —prosiguió con suavidad—, creo que podría decirse que hay muchos que aguardan impacientes el día en que finalmente asistas a la Academia.

Vaya. La miserable bruja había mostrado por fin sus armas. A Liriel se le cayó el alma a los pies, pero sabía que no existía modo de evitar el golpe que se avecinaba. Podía imaginar destinos peores, y le costaría aceptar la pérdida de libertad, aunque lo cierto era que disfrutaba con el estudio de la magia. Y los alardeos de Kharza, si bien totalmente falsos, le evitaban la molestia de establecer una reputación como amante

de las juergas. Entraría en la Academia con todos los honores, por así decirlo.

—¿Cuándo? —preguntó sin tapujos.

—Teniendo en cuenta que llevas un retraso de quince años, no existe una prisa especial. Mañana estará bien —contestó Triel, y sus ojos rojos relucieron con malicioso regocijo.

—Como ordenes, tía Triel —asintió Liriel—. Me presentaré en Sorcere antes de que Narbondel llegue a su punto medio.

—Me temo que no lo has entendido bien, querida criatura. —La sonrisa de la matrona se ensanchó al añadir con falsa dulzura—: Te presentarás en Arach-Tinilith.

—¿Qué?

La palabra brotó de los labios de Liriel en un alarido de rabia e incredulidad, y la joven giró en redondo para mirar a su padre. El archimago alzó una mano y la expresión de su rostro era tan severa que las protestas y ruegos de su hija murieron antes de ser pronunciados.

—Es la costumbre de la ciudad y el deseo de la matrona Triel —anunció él en tono protocolario.

Con grandes dificultades, la joven drow consiguió asentir. Furiosa con la sacerdotisa por enviarla a la escuela clerical, se sentía casi tan rabiosa consigo misma por caer en la repugnante trampa que la vieja araña le había tendido. Triel le había hecho creer deliberadamente que iría a Sorcere, cuando desde el principio la matrona había tenido la intención de enviarla a la escuela clerical. Liriel no prestó demasiada atención a las instrucciones y despedida de su tía, y sólo percibió vagamente la mano de su padre sobre el hombro, conduciéndola sin demasiados miramientos fuera de la capilla.

Se encontraban casi en la puerta cuando Triel la llamó por su nombre. Paralizada aún por la conmoción, la joven se volvió para contemplar a su pariente de más edad. Toda apariencia de jovialidad había desaparecido del rostro de la matrona, y Liriel quedó estupefacta ante la triunfal y gélida malicia de los ojos entrecerrados de su antagonista.

—Escucha con atención, muchacha: una vez en la Academia seguirás las mismas normas que cualquier otra novicia. Se espera mucho de ti. Sobresaldrás en tus estudios, mantendrás el honor de la casa Baenre y obtendrás el favor de Lloth, o no sobrevivirás. Es así de sencillo. —Dedicó a Gomph una mirada maliciosa, y a Liriel una sonrisa helada—. Pero te queda una última noche para ir de juerga. Que te diviertas.

—Que te diviertas —parodió ella con amargura mientras recorría con su padre el vestíbulo—. Esto, proviniendo de alguien cuya idea de la diversión implica azotar a la gente con serpientes.

Su blasfemo comentario arrancó una risita escandalizada a Gomph.

—Debes aprender a contener tu lengua —la reconvino—. Entre las maestras de la Academia no es común el sentido del humor.

—¡Bien que lo sé! Padre, ¿realmente debo convertirme en sacerdotisa? —inquirió—. ¿No puedes hacer algo para detenerlo?

Liriel comprendió que sus palabras eran un error en cuanto las pronunció. Todo aquel que señalara al orgulloso y frustrado Gomph que existían límites a su poder no tardaba en desaparecer del mundo de los vivos. Pero el esperado exabrupto no se produjo.

—Es mi deseo que te conviertas en sacerdotisa —respondió el archimago con frialdad.

Mentía, desde luego, y no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. ¿Acaso no era el futuro de la joven digno siquiera de aquel pequeño esfuerzo?

—Posees muchas aptitudes —continuó él— y como sacerdotisa podrías lograr muchas cosas.

—Para mayor gloria de la casa Baenre —repuso ella en tono amargo.

—Eso también —asintió Gomph, enigmático; luego permaneció en silencio un buen rato, como si sopesara con cuidado sus próximas palabras—. ¿Sabes por qué se nos tolera a los hechiceros en Menzoberranzan?

Liriel lanzó una veloz y sobresaltada ojeada a su progenitor.

—¿Para prácticas de tiro?

—¡No seas impertinente conmigo! —le espetó el archimago—. Es importante que lo comprendas. Considera esto: Lloth es la única deidad reconocida en la ciudad y sus sacerdotisas gobiernan virtualmente sin oposición. ¿Para qué necesita Menzoberranzan varones, excepto para procrear más sacerdotisas? ¿Por qué conceder a los varones el poder de utilizar magia?

—Muy pocas mujeres drows, al menos en Menzoberranzan, poseen la clase de talento mágico innato necesario para la hechicería —respondió ella.

—¿Entonces? ¿Por qué tolerar a los hechiceros?

—Existen límites a los poderes clericales —razonó la joven drow, tras meditarlo.

—Aunque ninguna sacerdotisa lo admitiría —asintió él en tono agrio—. Pero debes saber esto: muy pocas drows tienen aptitudes mágicas y los hechiceros tienen acceso a poderes que las seguidoras de Lloth no saben manejar. Este poder está cuidadosamente controlado por el matriarcado, claro está, pero Menzoberranzan necesita a sus hechiceros.

El archimago introdujo la mano en un bolsillo camuflado de su capa y extrajo un pequeño libro.

—Esto es tuyo. Apréndetelo bien, pues sin duda enloquecerías en Arach-Tinilith sin la escapatoria que te ofrece este libro. —Hizo una pausa para sonreír sombríamente—. Hice que compilaran esto para ti, una tarea que duró varios años y

costó las vidas de bastantes hechiceros, pues sabía que llegaría este día.

Aquello resultaba un poco excesivo, incluso para el melodramático Gomph, se dijo Liriel con un deje de retorcido sentido del humor. Tomó el volumen y lo abrió por el primer conjuro. Ojeó la página, y el significado de los símbolos apareció ante ella en una oleada de emoción e incredulidad.

—¡Esto es un conjuro para hacer aparecer un portal!

—Y también cada uno de los conjuros del libro —convino su padre—. Con estos conocimientos, puedes viajar a donde ninguna sacerdotisa puede seguirte.

La muchacha hojeó el libro de conjuros y su excitación fue creciendo por momentos. Los viajes mágicos resultaban sumamente difíciles en la Antípoda Oscura, y aquellos que lo intentaban por lo general acababan formando parte del paisaje. Aquel regalo le concedería mayor libertad de la que había tenido nunca. ¡Y lo que era aún mejor, su padre había previsto que llegaría ese día, y se había preparado para su llegada! Apretó el valioso libro contra su pecho.

—¡No sé cómo empezar a agradecértelo! —exclamó jubilosa.

Gomph Baenre le sonrió, aunque sus ojos color ámbar permanecieron fríos.

—Aún no, tal vez, pero cuando llegue el momento te diré en qué modo puedes expresar adecuadamente tu gratitud. Conviértete en una sacerdotisa y hazte con todo el poder que te sea posible. Pero jamás olvides que ante todo eres una hechicera. Tu lealtad me pertenece a mí.

El entusiasmo se esfumó del corazón de Liriel, que sostuvo la dura mirada del archimago, reflejando en sus ojos dorados los de él.

—No te preocupes, padre —dijo en voz baja—. No quiera Lloth que olvide jamás lo que soy para ti.

Fyodor de Rashemen

El alba acarició los abetos coronados de nieve y bajo la tenue luz la bruma que cubría sobre el lago Ashane brilló con un tono rosáceo. En el lado oriental del lago se elevaba una desolada y escarpada colina, con la cima oculta entre espesas nubes, y a los pies de esa colina un joven detuvo su pequeño y resistente caballo. Su poni de las montañas —un animal peludo, de cuerpo redondeado como un tonel y poseedor de tan mal carácter como fuerza— pateó el suelo helado y relinchó irritado.

—Tranquila, *Sasha* —canturreó su jinete con una voz de bajo profunda y sonora—. Hemos cabalgado toda la noche, pero por fin hemos encontrado el lugar.

El joven aspiró con fuerza el frío aire de la mañana.

—¿No lo sientes? —murmuró—. Aquí se celebró y perdió una batalla extraordinaria. Aquí empezamos.

Dicho esto, Fyodor de Rashemen saltó de su silla. Examinó la colina que tenía ante sí y decidió que tendría que andar. *Sasha* podría tener aspecto de cabra montesa —excepto en combate, donde parecía talmente un feroz enano de cuatro patas— pero la ladera era demasiado empinada incluso para ella. Así pues, dejó la montura sin atar e inició su marcha monte arriba.

El invierno era muy crudo ese año y la primavera tardaba en llegar. El aire era tan frío que parecía a punto de quebrarse, y la nieve crujía y chirriaba bajo sus botas mientras ascendía. Pero Fyodor se sentía a gusto en aquel clima riguroso; aquélla era su tierra, y había pasado todos y cada uno de sus diecinueve inviernos entre sus fronteras. Rashemen estaba escrito en los amplios y cincelados ángulos de su rostro, en el liso cabello oscuro del color de los árboles sin hojas y en su piel, que mostraba el tono pálido del invierno. Fyodor era un hombre fuerte y medía algo más de metro ochenta. También era una persona sencilla; viajaba cubierto de capas de resistentes prendas campesinas de abrigo y una práctica capa de lana oscura. Sus únicas armas eran una espada sin filo toscamente forjada de algún metal oscuro y un garrote de casi un metro tallado de ligera madera dura como la roca. Ahora utilizaba el garrote como bastón, hundiéndolo en la nieve una y otra vez mientras se arrastraba colina arriba.

Por fin alcanzó la cima, y permaneció allí inmóvil un largo instante, observando su tierra. El lago Ashane y el territorio circundante yacían ante él, claramente visibles a pesar de las nubes que se apiñaban sobre la cumbre montañosa. A su norte se extendía el espeso y antiguo bosque de Ashan. Enormes zonas de terreno aparecían yermas, ya que en los últimos meses cientos de árboles habían caído bajo las hachas de los bárbaros tuiganos. Los invasores habían arrasado grandes extensiones de

bosque para construir barcos para su desdichada travesía y Fyodor meneó la cabeza en mudo pesar ante la visión de una nueva herida en el territorio.

Los tuiganos habían invadido su amada Rashemen, dejando dolor y destrucción por todas partes. Él los había combatido y seguiría combatiéndolos aún de no ser por la orden de las Brujas que gobernaban el país. Fyodor había probado su valor en la batalla y había sido despedido con honor. Pero aun así, había sido despedido.

El joven aceptó su destino sin rencor, pues nadie mejor que él conocía el peligro que significaba para quienes lo rodeaban. Sin duda volvería a luchar por Rashemen, pero no se atrevía a hacerlo hasta haber dominado a su enemigo interior. Sólo la visión de aquel lugar que había sido un campo de batalla días atrás inundaba las venas de Fyodor de un familiar y peligroso calorcillo.

Así pues, el muchacho dio la espalda al destrozado paisaje y se enfrentó a la tarea que le aguardaba. Una torre de piedra coronaba la elevación; le dirigió una ojeada y avanzó pesadamente por la nieve en busca de un antiguo pozo. Tras la torre localizó una sencilla pared circular de piedra y supo al instante que había encontrado el origen del extraordinario poder de aquel lugar.

Hincó una rodilla en el suelo para honrar al antiguo y misterioso espíritu que habitaba en aquella lejana ladera. La torre había sido construida en aquel lugar de poder hacía cientos de años y la magia de las Brujas era más potente allí, por lo que un pequeño círculo de ellas podía proteger los límites occidentales de su territorio. Desde aquel lugar se lanzaban las temidas embarcaciones de las Brujas contra todo aquel que se aventurara por el lago Ashane. Sin tripulación y armadas con magia poderosa, las naves atacaban a todos los que osaban navegar por el lago; y con la ayuda del espíritu del lugar, las Brujas podían incluso convocar a los espectros de las aguas: criaturas hechas de vapor que escaldaban lo que tocaban y cuyo aliento era tan caliente que podía derretir el acero elfo. Fyodor había oído tales relatos desde la cuna y ahora estaba a punto de contemplar tales maravillas por sí mismo.

El joven se arrodilló junto al pozo y apartó un poco de nieve. Juntó entre sus dedos un puñado de tierra cubierta de hielo y lo sujetó con fuerza en la mano, y como había esperado —y temido— el recuerdo de lo que había sucedido vino a él.

Vio un círculo de mujeres, vestidas con túnicas negras y máscaras, cuyas yemas de los dedos se tocaban ligeramente mientras cantaban, fundiendo su magia en un poderoso conjuro. Observó con asombro cómo las Brujas convocaban a sus legendarios defensores contra los invasores tuiganos.

A diferencia de las poderosas mujeres que gobernaban Rashemen, o de los Ancianos que enseñaban a los hombres con talento a crear maravillosos objetos mágicos, Fyodor no conocía más magia que la que ardía en sus venas y daba alas a su espada en la batalla. Pero sí poseía un vestigio de la Visión, como sucedía con mucha de su gente. Era un don inestable, tan difícil de gobernar como un sueño, y a menudo

Fyodor tenía la impresión de que las visiones le llegaban con la suficiente frecuencia como para resultar molestas. Sin embargo, en lugares de poder como aquél, los acontecimientos, tanto maravillosos como terribles, dejaban ecos perceptibles para aquellos que podían oír.

Mediante el poder de la Visión, el joven contempló cómo las mágicas embarcaciones de las Brujas atacaban las naves construidas a toda prisa por los tuiganos, y oyó cómo aquellas hechiceras ordenaban a las brumas venenosas que cubrieran los lagos e invocaban a las gigantescas tortugas dragones que acechaban bajo las aguas. Los tuiganos perecieron a cientos, a miles.

Todo esto lo vio Fyodor, y sintió una lúgubre satisfacción ante la justicia que las Brujas repartieron. Luego, de improviso, la Visión se desvaneció. Aún en armonía con los ecos de la batalla, el joven percibió la recordada presencia de un nuevo poder, una magia malévola que marchitaba y corrompía todo lo que tocaba. Sin embargo, todo lo que vio fue tan sólo un recuerdo; no existía una imagen que acompañara a la sensación de maldad persistente, nada que pudiera hablarle del final de la batalla.

Fyodor arrojó el puñado de tierra y se puso en pie. Las respuestas que buscaba únicamente podrían hallarse en la torre, y, aunque temía lo que pudiera encontrar, la rodeó en dirección a la solitaria puerta y la abrió de una patada.

Registró rápidamente los niveles inferiores. No había ni rastro del círculo mágico que había vislumbrado. La agonía de la muerte de las mujeres permanecía aún en el aire de la torre encantada, pero las Brujas habían desaparecido. No le sorprendió; incluso en la muerte, la oscura hermandad se ocupaba de los suyos, y sin duda los cuerpos de las difuntas habían sido velozmente transportados por medios mágicos para darles honorable sepultura en la ciudad fortaleza de las Brujas situada allá en el este. No obstante, persistía un misterio: una de aquellas mujeres había poseído un antiguo tesoro mágico, y aquel tesoro no había regresado a las manos de la hermandad. La misión de Fyodor era hallarlo.

El muchacho prosiguió su búsqueda hasta alcanzar la parte superior de la torre. La estancia más alta de cualquier alcázar era por lo general la habitación más segura, el lugar donde se guardarían los tesoros.

La puerta estaba abierta unos centímetros, agotadas al parecer sus mágicas defensas. Fyodor empujó ligeramente la hoja con su garrote y ésta se abrió con un suave crujido.

Inmediatamente se vio asaltado por un hedor terrible: el nauseabundo e inconfundible aroma dulzón de la carroña humana. Se cubrió la nariz con el brazo para protegerla y penetró en la estancia. Caídos por todas partes, en varias fases de descomposición, aparecieron figuras vestidas con túnicas rojas. Algunas se diría que recién fallecidas, otras yacían en humeantes montones putrefactos y unas pocas no eran otra cosa que polvo.

—Magos Rojos —refunfuñó, y empezó a comprender lo que había sucedido.

A pesar de su juventud, Fyodor había pasado años combatiendo a los poderosos enemigos que rodeaban su país. Hasta la llegada de los tuiganos, el adversario más letal de Rashemen había sido Thay, un antiguo país gobernado por los poderosos Magos Rojos, muchos de los cuales usaban la magia para mantener sus miserables vidas mucho más allá de su duración natural; eso explicaría las muchas fases de descomposición.

Pero ¿y las muertes mismas? La respuesta a este aparente enigma era clara para alguien que había crecido a la sombra de Thay. Los Magos Rojos habían formado una alianza con los invasores de Tuigan, pero siempre estaban alerta por si aparecían oportunidades de aumentar su propio poder, y cualquiera de ellos podría haber asesinado tranquilamente a sus camaradas para obtener un beneficio personal. Durante la batalla, esos magos probablemente se habían unido para atacar a las Brujas, mientras las mujeres estaban absortas entonando su conjuro. Tras vencer a sus adversarias en el combate mágico, los magos habían irrumpido en la torre y robado sus tesoros, y a continuación uno de ellos se había vuelto contra el resto y reclamado todos los tesoros de la torre de las Brujas para sí.

Una rápida inspección de la estancia confirmó las sospechas de Fyodor. No había nada de valor: ningún libro de conjuros, ninguno de los famosos anillos y varitas rashemitas, ni un solo recipiente de nada que se pareciera a un componente para hechizos. También los cuerpos de los Magos Rojos habían sido despojados de todos los objetos portadores de magia. El mago superviviente se había llevado los tesoros mágicos de enemigos y aliados.

Sin duda ese mago había huido a un lugar secreto, para estudiar el tesoro robado hasta que llegara el momento en que dominara el suficiente poder para regresar a Thay y acrecentar sus dominios. Mucho antes de que llegara ese día, Fyodor lo habría localizado.

Pero primero tenía una tarea.

El joven arrastró a los magos muertos fuera de la torre. Localizó un peñasco convenientemente abrupto en la parte sur de la colina y arrojó los cadáveres al barranco, abandonándolos allí a merced de los carroñeros. Ni siquiera consideró la posibilidad de dar a los magos una sepultura digna; en su país, el honor había que ganárselo. Una vez que hubo sacado los cuerpos de la torre, Fyodor extrajo agua del antiguo pozo y roció con ella los alrededores de la mancillada torre y cada una de las habitaciones.

Una vez que el sagrado lugar quedó purificado, el muchacho descendió la ladera entre carreras y resbalones. Tenía un largo trecho que recorrer, con tan sólo la promesa de una batalla al final del día con que engatusar a la agotada *Sasha* para que siguiera adelante. Le resultaba muy conveniente, se dijo Fyodor, que al poni le

gustara tanto combatir.

Fyodor y *Sasha* pasaron el día buscando al mago renegado. Aunque el rashemita era un magnífico rastreador que había cazado de todo, desde rotes salvajes al escurridizo tigre de las nieves, no esperaba en realidad hallar el rastro del mago. La batalla había tenido lugar hacía muchos días y había miles de pisadas enterradas bajo la nieve recién caída; no obstante, recordó una vieja historia y creyó saber a qué lugar de aquel bosque podría haber ido un mago solitario.

Las sombras de la tarde eran alargadas cuando el joven localizó las primeras huellas. Enormes pisadas de pies de tres dedos, como los de una gallina gigante, recorrían el bosque, y las siguió hasta las profundidades del bosque de Ashan. El bosque era distinto allí, silencioso y vigilante. Las sombras eran extrañamente profundas y los elevados abetos cubiertos de nieve parecían murmurar secretos. Fyodor percibía la oscura magia del lugar y *Sasha* resopló inquieta mientras avanzaba pesadamente por la nieve.

Caía la noche cuando Fyodor encontró lo que buscaba. Desde lo alto de una colina profusamente arbolada, vislumbró un pequeño claro en un valle a sus pies, y en él se alzaba una cuidada cabaña de madera. En muchos aspectos la construcción era una vivienda rashemita bastante corriente: atractiva y confortable, con un grueso tejado de paja y postigos pintados de un color alegre. Sin embargo, al contrario de la mayoría de las cabañas, ésta se alzaba del suelo sobre gigantescas patas de pollo, y la construcción daba vueltas por el claro como si se tratara de un gallo inspeccionando su territorio.

Fyodor saltó del lomo del poni y se aproximó con cautela al claro. Había llegado hasta allí sin ningún plan definido para derrotar al mago, pero por lo general siempre se le ocurría una solución, si meditaba el asunto el tiempo suficiente. Se agazapó para observar y esperar.

Recordó los viejos relatos, cuentos de una vieja bruja que había vivido una vez en una cabaña mágica. En los relatos, la cabaña giraba y danzaba cuando su dueña —o ahora su dueño, supuso Fyodor— dormía a salvo en su interior. En ese momento, la casa daba la impresión de patrullar el claro, y al joven le pareció muy posible que el ocupante no se hallara en su interior. Dejó a *Sasha* en la ladera de la colina y descendió en dirección a la choza. Quizá fuera arriesgado, pero era más seguro que enfrentarse a la magia de un Mago Rojo, o a las perennes maldiciones de la legendaria bruja.

En la linde del claro se detuvo y empezó a canturrear las palabras de un poema infantil:

Mientras la dueña duerme,

*patas de pollo la protege.
Cuando la dueña se aleja,
patas de pollo se levanta.
Cuando la dueña regresa,
patas de pollo entrar la deja.
Stara Baba lanza su conjuro.
Escucha, cabaña, y presta atención.*

A la primera nota de la cancioncilla, la cabaña se detuvo como para escuchar, y cuando Fyodor acabó de cantar, la construcción avanzó sin prisa hasta el centro del claro, dobló las patas, y se acomodó igual que lo haría una gallina clueca. La gruesa puerta principal se abrió sola.

El muchacho bendijo en silencio al cuentista del pueblo. Muchas veces se había escabullido hasta la cabaña del anciano para escuchar relatos de sitios lejanos y de magia cotidiana, y para aprender canciones y soñar sueños. Algunos pensaban que los viejos cuentos y canciones eran sólo para entretener a los niños o para ayudar a pasar las largas noches de invierno. Aquellos que habían aprendido a soñar conocían la verdad.

El guerrero desenvainó su espada y caminó cautelosamente hacia la cabaña. En el interior encontró un revoltijo de varias magias. Frascos polvorientos atestaban las estanterías, y hierbas secas estaban desperdigadas sobre una mesa junto al antiguo mortero utilizado en el pasado para triturar plantas y convertirlas en pociones. En una enorme chimenea de piedra, borboteaba y humeaba un caldero de hierro a pesar de la ausencia de combustible o fuego, haciendo que la casita resultara agradablemente cálida. Pero no se veía ni rastro del tesoro.

—Ahora es el momento de pensar, no de soñar —se regañó Fyodor, acomodándose en la única silla de la habitación—. El mago no se ha llevado todos los tesoros de una torre de las Brujas dentro de un saco.

Escudriñó el cuarto, en busca de algo que estuviera fuera de lugar entre el sencillo mobiliario. Por fin sus ojos se posaron en la pequeña y profusamente tallada caja de madera de la mesa. La levantó y alzó la tapa; la caja estaba vacía, a excepción de algunos objetos sin valor y unas joyas.

Los ojos del joven se iluminaron. Seleccionó un diminuto anillo de oro y lo sacó con cuidado. En cuanto hubo abandonado el borde de la caja, el anillo empezó a aumentar de tamaño y creció rápidamente hasta convertirse en un grueso brazal grabado con símbolos mágicos, lo bastante grande para encajar en el antebrazo de un hombre musculoso. El rashemita dejó caer el objeto al suelo y sacó una blanquecina astilla de madera, que creció hasta transformarse en una varita tallada en madera de fresno y pintada con símbolos de brillantes colores. Fyodor continuó sacando cosas, infatigable, y a cada objeto que sacaba, otro aparecía para ocupar su lugar. El montón

de tesoros le llegaba casi a la altura de las rodillas cuando Fyodor halló por fin lo que buscaba.

Era un objeto sin importancia, una diminuta daga de oro, de no más de ocho centímetros de longitud, que colgaba de una fina cadena. La funda del arma estaba tallada con runas de alguna lengua desaparecida hacía mucho, y el metal estaba desgastado y oscurecido por los años. Fyodor se apresuró a colgar la cadena alrededor de su cuello y ocultó el valioso objeto fuera de la vista. Las Brujas no habían hecho promesas, pero habían sugerido que aquel antiguo amuleto podría ser la clave para la liberación del muchacho.

Abandonando el resto del tesoro amontonado en el suelo, el joven rashemita desapareció en la noche. Inmediatamente, la cabaña se alzó y reanudó su deambular.

Fyodor trepó colina arriba a tanta velocidad como pudo, pues deseaba estar lejos del claro cuando regresara el Mago Rojo. Palmeó a *Sasha* y saltó a la silla, y mientras tiraba de las riendas del poni para marchar, dirigió una última y triunfal mirada en dirección al refugio que el hechicero había tomado prestado.

En aquel instante las sombras de lado opuesto del claro parecieron agitarse y una única y espectral figura surgió de los árboles, seguida por otra. Pronto hubo seis de ellas, de forma humana, pero de cuerpo tan ligero y movimientos tan gráciles que parecían irreales, insustanciales. Despacio, a hurtadillas, las sombras abandonaron el refugio de la oscuridad y se deslizaron al interior del calvero con pasos silenciosos.

Fyodor se encogió y contuvo la respiración, sobresaltado. ¡Elfos oscuros! Había oído muchos relatos espantosos sobre los drows, y de vez en cuando su gente se tropezaba con ellos en las minas más profundas situadas bajo las rocosas colinas de Rashemen. Él jamás había visto uno. Eran hermosos, con sus brillantes ojos rojos y su piel tan oscura que parecía absorber la luz de la luna. También ellos iban de caza y ningún depredador vivo era tan mortífero.

Sin un ruido, Fyodor se deslizó al suelo. Aunque se hallaba lejos del grupo de drows, no quería correr ningún riesgo, pues a los ojos de aquellos seres, el calor desprendido por un hombre y su caballo brillaría con tanta potencia como un faro. Condujo a *Sasha* tras unas zarzas cubiertas de nieve y se apostó a observar.

Los elfos oscuros acecharon la cabaña que paseaba y sus armas desenvainadas relucieron bajo la tenue luz de la luna. Uno de los drows —un varón delgado de rostro zorruno con una espesa cabellera de pelo cobrizo— se adelantó. Sus manos dibujaron extraños símbolos en el aire mientras canturreaba en una lengua áspera y cortante.

—El bosque está lleno de magos esta noche —murmuró Fyodor con desasosiego.

Contempló cómo los pies del drow abandonaban el suelo y la figura empezaba a flotar hacia arriba, en dirección a la puerta de la cabaña. Mientras permanecía suspendido en el frío y enrarecido aire, el hechicero lanzó otro embrujo, luego alargó

la mano hacia el picaporte de la gruesa puerta de madera.

—Pues va a desear no haberlo hecho —comentó el rashemita con una sonrisa maliciosa. La cabaña poseía defensas mágicas, pero sin duda el ausente mago había dispuesto protecciones adicionales alrededor del tesoro que había robado.

El desastre hizo su aparición en alas de aquel pensamiento. Un estallido de luz carmesí centelleó desde la puerta, arrojando hacia atrás por los aires al hechicero drow. Este se estrelló contra un abeto y cayó al suelo. Un montón de nieve se desprendió de las ramas del árbol y cubrió al caído como si se tratara de una gruesa y redonda mortaja, pero ninguno de los otros drows fue en ayuda del hechicero, pues todos los ojos estaban puestos en la enorme puerta de madera que había aparecido de improviso en el centro del claro. Todas las armas se alzaron para combatir.

La puerta se abrió de golpe, y de algún lugar invisible situado al otro lado surgieron altos guerreros de cabeza de perro cubiertos tan sólo con sus propios pellejos peludos. Los gnolls, pues eso es lo que eran, eran enemigos naturales de los elfos, y cayeron sobre los oscuros ladrones con feroces aullidos y espadas centelleantes. Aquellos seres brotaban del mágico portal sin cesar, como si se tratara de abejas enfurecidas saliendo de una colmena. Fyodor contó veinte antes de que el fragor y confusión de la batalla le impidieran seguir con el recuento.

El corazón del joven palpitaba violentamente mientras contemplaba el combate, y no obstante todo lo que había oído decir de los drows se encontró deseando que éstos vencieran. Sólo eran seis elfos oscuros contra criaturas que les doblaban en tamaño y cuadruplicaban en número, pero ¡cómo combatían! Fyodor era un guerrero de una nación de luchadores de renombre y jamás había contemplado tal habilidad con la espada. Contempló con asombro cómo el acero elfo giraba y acuchillaba, mientras los drows danzaban y asestaban estocadas; estudió a los elfos oscuros, cómo luchaban, cómo se movían. Cómo mataban.

Los gnolls caían rápidamente y por un momento pareció como si los drows fueran a triunfar. Entonces el joven oyó un sonido familiar y temido: el seco y sordo batir de alas gigantes y un horripilante y tembloroso grito demasiado ronco para provenir de la garganta de un ser vivo. Los drows también lo oyeron y alzaron la vista al cielo. Sus ojos rojos se abrieron de par en par ante la visión del horror que se abatía sobre ellos.

Sencillamente no existían palabras para describir a las bestias oscuras. Aquellos monstruos volaban, pero no eran como los pájaros. Habían sido seres vivos en una ocasión, pero fueron transformados por la magia de un Mago Rojo y se habían convertido en retorcidas y deformes abominaciones. Fyodor no tenía ni idea de qué clase de animal había sido aquella bestia oscura, pero debió de ser muy grande, pues cuando la criatura descendió como un halcón cayendo en picado, sus alas extendidas ocultaron la luna.

El ser se abalanzó sobre el drow más alto, un varón que luchaba con dos finas espadas. En aquel momento las centelleantes armas de aquel elfo mantenían a raya a tres gnolls, y mientras luchaba danzaba sobre un montón de cadáveres de adversarios, aunque si lo hacía para intimidar a sus enemigos o para enfrentarse a aquellos seres mucho más altos que él cara a cara Fyodor no lo sabía.

Las enormes garras se abrieron de par en par cuando la bestia oscura descendió, pero en el último instante, el drow se hizo a un lado con increíble agilidad, y las monstruosas zarpas se cerraron alrededor de los tres gnolls. La criatura se elevó hacia el cielo con su carga y profirió un grito enojado al darse cuenta de que había sido engañada, al tiempo que dejaba caer a las criaturas. Agitando los brazos con desesperación entre alaridos, los hombres perro se estrellaron contra el suelo. Golpearon con fuerza y quedaron allí tumbados silenciosos y destrozados. Las enormes alas batieron con violencia, inundando el aire con su sordo ritmo a la par que la bestia oscura ascendía para lanzarse en otro ataque en picado.

Pero la bestia oscura no era el único problema de los drows. Un vórtice de diminutos y centelleantes cristales se elevó de la nieve, girando como un torbellino y adquiriendo masa y fuerza por momentos. Con un agudo chasquido, el remolino se detuvo y una criatura de aspecto humano, de dos metros y medio de estatura y robusta como un enano, avanzó entre la nieve en dirección a los elfos oscuros. Fyodor masculló un juramento. Por muy hábiles que fueran los drows, poco podían hacer contra un gólem de hielo.

Efectivamente, las espadas de los elfos oscuros rebotaban inútilmente en el hielo macizo de su nuevo adversario. Un inmenso puño blanco se cerró alrededor de un guerrero y el gólem de hielo alzó al desdichado hacia las alturas. La criatura contempló a su prisionero impasible, sin pestañear ante los golpes que el otro le asestaba una y otra vez. El brazo del elfo oscuro fue perdiendo velocidad y los golpes cayeron con menos fuerza a medida que el sobrenatural frío del puño del gólem absorbía la energía vital del drow. Con total indiferencia, la helada criatura arrojó el cuerpo sin vida a un lado y fue en busca de otra víctima.

Fyodor notó cómo los pelos del cogote se le erizaban y un hormigueo recorrió sus brazos. Bajó los ojos al suelo. La nieve bajo sus pies se había derretido y convertido en lodo.

—No —musitó—. Otra vez no, ahora no.

Luchó contra la creciente oleada de calor y furia, pero era demasiado tarde y lo sabía. Su último pensamiento consciente fue de pesar por *Sasha*. El feroz poni sin duda se lanzaría al combate junto a él, y no esperaba que su pobre compañera pudiera sobrevivir ante semejantes adversarios.

Entonces, el frenesí combativo se apoderó de él.

Nisstyre se removió y forcejeó bajo su manto de nieve, sintiendo cada uno de sus huesos y músculos doloridos por la caída. No había esperado aquel ataque —su conjuro debiera haber desarmado cualquier trampa de la puerta de la cabaña— pero claro está, jamás se había tropezado con los humanos conocidos como Magos Rojos. Estaría mejor preparado la próxima vez, siempre y cuando sobreviviera.

Finalmente consiguió abrirse paso a arañazos fuera del banco de nieve y aspiró aire profunda y entrecortadamente. Fue entonces cuando vio la aparición que descendía como una tromba de la colina y casi se olvidó de soltar el aliento.

Un humano —o eso supuso Nisstyre— apareció en el calvero. Sus oscuros cabellos se erguían sobre la cabeza como las púas de un erizo enfurecido y su rostro estaba bañado en un intenso calor. El semblante del guerrero refulgía con un tormentoso color rojo tanto en la visión normal como en la infrarroja, pero sin embargo una débil sonrisa desconcertante curvaba sus labios y, mientras descendía vociferando en dirección a la batalla, azotaba el aire con una larga espada de ancha hoja. A primera vista, el recién llegado parecía medir más de dos metros de altura, pero Nisstyre estaba acostumbrado a las ilusiones mágicas y vio más allá de ésta. El hombre en realidad medía menos de metro ochenta y, si bien poseía unos poderosos músculos, no debería haber sido capaz de blandir aquella enorme espada como lo hacía. El arma era ancha, y su filo parecía grueso y embotado, no obstante cada violento mandoble hendía el aire con un poderoso y audible silbido; mediante una magia que el elfo no comprendía, aquel guerrero era mucho más de lo que debiera haber sido.

El hechicero drow se levantó penosamente. Aunque percibía y se sentía ofendido por el extraño poder de aquel humano, su primer pensamiento —y su primer conjuro— debía dirigirse a las amenazas más inmediatas. Una extraña y desagradable criatura con aspecto de dragón descendía en picado, con las mandíbulas abiertas y las garras extendidas, en dirección a su banda de ladrones.

Nisstyre alzó una mano hacia el cielo. Una enorme bola de fuego salió disparada en dirección al monstruo volador, y las dos fuerzas letales chocaron en una explosión que hizo caer la nieve de los árboles y derribó de rodillas al gólem de hielo. La criatura draconiana cayó en barrena al suelo y se estrelló en medio de un estallido de oleosas llamas; luego, con un último y casi agradecido grito, el ser se desprendió de su antinatural vida.

Entre tanto, los tres luchadores drows saltaron sobre el gólem, desportillando y golpeando su helada carne, pero el monstruo los arrojó lejos de sí con la misma facilidad con que un perro se sacude el agua. Se alzó y sus ojos color hielo se posaron en Nisstyre. El gólem empezó a avanzar.

Antes de que el hechicero pudiera usar un conjuro de defensa, el humano saltó los últimos metros de su descenso y atravesó el claro a toda velocidad. Sin prestar

atención a los drows que lo rodeaban, se precipitó directamente contra el gólem de hielo. Esquivó un golpe lateral del puño del tamaño de un garrote del ser y, sujetando la empuñadura de su espada con ambas manos, la echó hacia atrás para asestar un tremendo mazazo.

La gruesa hoja negra apareció zumbando y golpeó la cadera de la criatura con un violento retumbo. Por un momento dio la impresión de que el ataque había tenido tan poco efecto como el de los drows, pero enseguida unas ondulantes líneas recorrieron el cuerpo del gólem y descendieron por su pierna. La gigantesca extremidad se desmoronó en forma de fragmentos de hielo y la criatura se vino abajo.

El humano saltó sobre el caído adversario, y la negra espada se alzó y volvió a descender una y otra vez hasta dejar al gólem reducido a un montón de hielo centelleante. Conseguido esto, el humano poseído por la fiebre de la batalla se arrojó sobre el gnoll más próximo y, con un poderoso golpe, seccionó la cabeza de la poderosa criatura.

—Pero la espada carece de filo —masculló Nisstyre, y sus cobrizas cejas se fruncieron consternadas mientras escudriñaba a su inesperado aliado.

El hombre se había lanzado ya sobre un par de gnolls que empuñaban espadas. Uno de los hombres-perro consiguió atravesar la guardia del humano y le abrió una brecha en el muslo. El luchador no titubeó, ni siquiera parpadeó. El sudor corría por el rostro enrojecido del hombre y colgaba en forma de diminutos carámbanos de su mandíbula —aumentando en gran medida su temible aspecto— pero, aun así, cada mandoble era tan potente como el anterior; no se cansaba, no hacía concesiones al dolor. El humano resultaría un formidable adversario y la prudencia dictó a Nisstyre que se ocupara de él de inmediato. Pero, puesto que el hombre descargaba su apetito batallador únicamente sobre los gnolls, el hechicero drow decidió esperar el momento oportuno. No tenía sentido malgastar las vidas de sus propios guerreros, cuando aquel recién llegado parecía estar tan decidido a morir luchando.

Pronto, sólo quedaron dos de los hombres-perro, a los que los cinco drows supervivientes podrían superar con facilidad. La pelea no tardaría en finalizar, y también la utilidad del humano. Nisstyre empezó a echar un rápido vistazo a su repertorio de hechizos para eliminar humanos.

Entonces, como si percibiera que sus defensores no tardarían en ser vencidos, la misma cabaña tomó parte en la batalla.

Corriendo a toda velocidad por el calvero, la choza mágica empezó a perseguir a los drows. Los elfos oscuros eran veloces y ágiles, y podrían haber escapado fácilmente al interior del bosque; pero Nisstyre les advirtió que regresaran. Sus manos extendidas chisporroteaban llenas de magia letal mientras gritaba a sus hombres que se mantuvieran firmes y lucharan, bajo pena de muerte.

Como una gallina enloquecida, la cabaña fue tras los elfos oscuros por todo el

claro, pateando y arañando, hasta que finalmente atrapó a uno bajo una enorme pata. Sus uñas arañaron a su presa una y otra vez, dejando largos surcos sanguinolentos cada vez.

El humano cargó y, antes de que Nisstyre pudiera reaccionar, el enajenado guerrero empezó a descargar mandobles contra las patas de ave de la construcción como si fuera un leñador derribando un árbol. Tras dos golpes, la cabaña empezó a tambalearse. Al tercero, una de las patas cedió, y la casa se bamboleó y cayó al suelo. Rodó varias veces y acabó deteniéndose sobre el techo de paja, para yacer patas arriba como si se tratara de un ave muerta con una sola pata. A continuación, ante el horror del hechicero drow, la cabaña se desvaneció ante sus ojos.

Siseando enfurecido, el drow se agachó y recogió un fragmento del gólem de hielo. Escupió las palabras de un conjuro sobre él y lo arrojó contra el guerrero humano, que al instante quedó encerrado de cuello para abajo en una inmovilizadora capa de hielo.

Nisstyre se aproximó despacio a su no deseado aliado.

—Quiquiera que seas, lo que quiera que seas, me has costado una fortuna en libros de conjuros y tesoros —rugió—. ¿Sabes cuánto tiempo he estado siguiendo los pasos de este tres veces maldito Mago Rojo?

Aunque hablaba en perfecto común, la muy utilizada lengua comercial de aquellos territorios, en el rostro del hombre aprisionado no apareció ni un destello de comprensión. La débil sonrisa del humano no se alteró un ápice y sus ojos azules prometieron muerte. El drow comprendió que el ataque mágico había añadido su nombre a la lista de enemigos de aquel extraño guerrero.

—¿Cómo es que luchas de este modo? —inquirió—. ¿Qué magia posees?

El otro no dijo nada, pero Nisstyre no esperaba ni necesitaba realmente una respuesta. Ya la conseguiría.

Arrojó una pizca de polvo amarillo al humano y, de inmediato, un tenue resplandor azulado surgió de un punto situado justo debajo de la clavícula. Los otros drows se habían apiñado a su alrededor para observar y con parte de su mente Nisstyre se dio cuenta de que su hechizo localizador de magia provocaba que todos ellos brillaran en una docena de lugares a medida que las armas mágicas ocultas hasta el momento eran puestas al descubierto. Observó también las miradas de evaluación y desconfianza que intercambiaban ante el veloz y sutil cambio en el equilibrio de poderes entre ellos. Más tarde, él mismo se ocuparía del asunto.

Señaló con el dedo la reluciente daga introducida en el cinturón del más fuerte de sus luchadores.

—Usa eso y atraviesa el hielo. Quiero ese amuleto intacto, pero rompe la cadena si es necesario.

El alto drow sacó su hechizada arma y empezó a desportillar el hielo que cubría el

pecho del humano. En una ocasión la hoja resbaló y le produjo una herida; la sonrisa del prisionero siguió imperturbable. Por fin, el drow consiguió sacar el colgante con la daga y rompió la cadena de un violento tirón. A continuación entregó el objeto a Nisstyre, que negó con la cabeza.

—No. Cogedlo y regresad a la Antípoda Oscura. Lo estudiaremos más tarde. Os seguiré en un día o dos; por el momento quiero ver si consigo averiguar adonde, por los Nueve Infiernos, ha ido esa cabaña.

—¿Y el humano?

—Dejadlo —rugió el hechicero—. Que padezca el frío y la intemperie. Morirá demasiado pronto para mi gusto.

El drow lanzó otro hechizo más y un reluciente óvalo hizo su aparición en el calvero; a continuación dio unas cuantas instrucciones más a su capitán y luego desapareció solo en el bosque. Uno a uno, los ladrones drows se introdujeron en el portal, de camino a sus lejanas, y aún más peligrosas, tierras.

Cuando desapareció el último drow y ya no quedó nadie a quien combatir, la furia batalladora que se había apoderado de Fyodor desapareció y el joven se desplomó en su helada prisión, totalmente agotado. Jamás sentía el dolor, el frío o el cansancio de los músculos mientras duraba la batalla. Eso siempre venía después. Había visto a otros enloquecidos morir de agotamiento o por el efecto acumulado de incontables heridas no advertidas. Y aquéllos eran hombres que, a diferencia de él, podían controlar sus furias batalladoras y provocarlas a voluntad. Fyodor se consideraba muy afortunado por haber conseguido vivir diecinueve inviernos.

Sasha, observó con pesar, no había sido tan afortunada. El fiero poni yacía enredado con el cuerpo de un gnoll contra el que había luchado con dientes y cascos, pero las numerosas y finas cuchilladas que marcaban su peludo cuerpo no provenían de la espada de un hombre-perro. Acero drow era lo que había asesinado a *Sasha* mientras se enfrentaba al gnoll, y por ningún otro motivo aparente que no fuera el placer que los elfos oscuros experimentaban al matar gratuitamente. Una helada y persistente cólera se apoderó del corazón del joven, aunque no era un residuo de la furia del enloquecido, sino la furia natural de un hombre que aborrecía la crueldad y que había sufrido la irracional muerte de una amiga.

Durante un buen rato, Fyodor no fue consciente de otra cosa que no fuera su cólera y su dolor. Luego se dio cuenta de que su prisión de hielo era más delgada. El terrible calor de su furia combativa había derretido gran parte del hielo y podía moverse un poco. La energía batalladora lo había abandonado, pero todavía le quedaba su fuerza natural, agudizada por sus siete años de aprendizaje con el armero del pueblo. Así pues, hinchó los músculos e hizo presión contra la helada prisión.

Transcurrieron unos instantes y nada sucedió, de modo que intentó balancearse a

un lado y a otro. Finalmente, el hielo que envolvía sus pies cedió y él se desplomó como un árbol tallado, haciéndose añicos su prisión al golpear contra el suelo. Estaba mojado de pies a cabeza y con heridas producidas por los pedazos de hielo en una docena de sitios, pero por fin estaba libre.

Exhausto pero decidido, Fyodor se puso en pie y recogió sus armas del suelo. Puede que no fuera capaz de responder al hechicero drow mientras lo controlaba su furia batalladora, pero había comprendido cada una de sus palabras. El amuleto que necesitaba iba de camino hacia la Antípoda Oscura.

Avanzó tambaleante hacia la luz cada vez más tenue que marcaba la posición del mágico portal y, sin una vacilación, atravesó el umbral.

La Antípoda Oscura

Sólo un día», se dijo Liriel, ceñuda, mientras ataba sus provisiones en el interior de la larga embarcación en forma de tonel. La vida que conocía finalizaría justo al cabo de un día; pero hasta que terminara ese día, nadie —ni su padre, ni la matrona Triel, ni la misma Lloth— impediría que la muchacha disfrutara al máximo del tiempo que le quedaba.

La joven drow inspeccionó por última vez su bote. Era una nave curiosa, construida en fino y ligero metal y acolchada por dentro y por fuera con sacos llenos de aire. Los costados se curvaban hacia arriba, la parte frontal finalizaba en una punta redondeada y unos cabos controlaban la posición de dos cortas espadillas. A continuación Liriel comprobó su carga: los *pyrimos*, una provisión de mejillones de agua dulce cogidos en los bajíos del lago Donigarten y almejas traídas al Bazar desde algún mar lejano. Había también unos pocos objetos mágicos de escaso valor y un vestido de fiesta que había sido lo último en moda hacía dos temporadas.

Cuando todo estuvo preparado, Liriel tomó la sogu guía y arrastró el bote a una pequeña y negra abertura en el rocoso suelo. El agua penetraba en el agujero desde una grieta en la pared y se oía el lejano torrente de agua desde algún punto en las profundidades. Dirigió la redondeada proa hacia la abertura y luego se arrojó boca abajo en el interior del bote.

La embarcación se inclinó y luego salió disparada túnel abajo, cayendo con rapidez y adquiriendo velocidad por momentos. Liriel sujetó las cuerdas guía y utilizó las espadillas para avanzar entre encontronazos por el sinuoso corredor. Un chorro de agua se elevaba por encima del bote con cada topetazo y las telarañas del bajo techo se enredaban en sus alborotados cabellos. El rugido del agua no tardó en tornarse ensordecedor en tanto que el caudal aumentaba en volumen y velocidad.

Luego, de improviso, el túnel desapareció. El agua fluía desde una docena de pasadizos similares e iba a converger en un río de aguas blancas de asombrosa velocidad y furia.

Liriel profirió una salvaje carcajada jubilosa que las ráfagas de aire y el ímpetu de las aguas se llevaron con ellas. A pocos de sus amigos les gustaba aquel deporte —proporcionaba pocas oportunidades para la intriga y sólo había simples supervivientes, no vencedores— pero Liriel adoraba cada uno de aquellos momentos que la dejaban empapada y llena de moratones. Viajar por las corrientes de agua

requería reflejos rápidos y nervios de acero, y, para lo que ella tenía en mente, le harían falta ambas cosas.

Más allá, una gran estalagmita negra surgía de las aguas, una gruesa formación de roca negra que se elevaba para tocar el extremo descendente de una estalactita igualmente impresionante. Como si se tratara de una imagen reflejada, las dos lanzas de piedra marcaban el límite izquierdo del torrente de agua. Pocos de los que se habían aventurado más allá de aquella marca habían sobrevivido.

Liriel inició la cuenta atrás y en el último momento tiró con fuerza de la cuerda situada a la izquierda. La embarcación viró con fuerza y la avalancha de agua la hizo girar en redondo. Dos, tres veces giró el bote en forma de tonel antes de enderezarse. Liriel salió empapada hasta los huesos y jadeando de frío, pero enseguida colocó el remo derecho en posición y se preparó para la sacudida que se acercaba.

La embarcación chocó de costado contra la estalagmita y quedó inmovilizada allí por la fuerza de la corriente. La joven tiró de la cuerda del remo derecho con todas sus fuerzas y el bote se apartó despacio de la roca.

Ahora venía la parte más delicada. A veces necesitaba dos o tres intentonas antes de localizar el túnel secreto. Pero la suerte le acompañaba hoy y su bote fue arrastrado a la oculta contracorriente que se precipitaba hacia el segundo tobogán de piedra. La drow profirió un grito de júbilo y se sujetó con todas sus fuerzas.

Aquel túnel descendía en una pendiente casi vertical. Liriel cerró los ojos y se sujetó contra los costados de la embarcación con manos y pies, pues nada de lo que hiciera ahora alteraría su trayectoria. Luego, de repente, el túnel ya no estaba y la nave de la joven descendía en caída libre a través de una cascada de agua y bruma.

El bote chocó contra el agua del fondo en una perfecta zambullida y se hundió hacia las profundidades. Cuando el descenso empezó a perder velocidad por fin, Liriel salió de la embarcación y nadó hacia arriba. Salió a la superficie y aspiró aire medio asfixiada, luego se dirigió a la rocosa orilla con poderosas y uniformes brazadas. Rodó de espaldas sobre el terraplén y se quedó allí tumbada, agotada pero triunfante. ¡Había sobrevivido a otra carrera más!

Tras unos instantes de descanso para recuperar el aliento, la joven se sentó y examinó los alrededores con orgullo. La catarata finalizaba en un largo y gélido estanque rodeado por las rocosas paredes de una gruta profundamente enterrada. Cuevas y nichos estaban desperdigados por doquier, pidiendo a gritos ser explorados. Una misteriosa luz azul y verde inundaba la caverna, pues allí las rocas emitían el extraño poder radiactivo que sólo se daba en la Antípoda Oscura. Tales lugares de poder, conocidos como *faerzress*, eran muy valorados por los drows y celosamente custodiados. Aquél le pertenecía únicamente a Liriel, y ésta lo ganaba de nuevo cada vez que realizaba el traicionero trayecto.

Un seco murmullo metálico brotó de las profundidades de una cueva cercana, un

sonido parecido al de una cota de mallas arrastrada sobre roca. Luego se oyó el veloz chasquido de unas garras, el enojado rugido de alguna criatura enorme que se disponía a expulsar a la invasora de su hogar. Liriel se puso en pie de un salto justo en el mismo instante en que el dragón de las profundidades surgía de su guarida.

Fyodor se dejó caer contra la rocosa pared del túnel, y sus ojos se cerraron de mutuo acuerdo. Resultaba extraño, se dijo, que la oscuridad no se intensificara cuando cerraba los ojos. Los abrió y cerró varias veces y no consiguió discernir la menor diferencia. Jamás en su vida había contemplado tal oscuridad, ni siquiera en la noche invernal más oscura. Lo envolvía de un modo más asfixiante que los estrechos túneles por los que había avanzado a trompicones o que toneladas de tierra y piedra amontonadas sobre su cabeza. Así pues, aquello era la Antípoda Oscura.

Podía oír las tenues y cada vez más débiles pisadas de los ladrones drows, pero era incapaz de discernir de dónde provenía el sonido, pues éste jugaba malas pasadas allí abajo, rebotando en los muros de los túneles y resonando a través de la piedra. Las pisadas también quedaban distorsionadas por otros ruidos: el goteo constante del agua, el repiqueteo de rocas y tierra sueltas al caer, el veloz correteo de pequeñas criaturas que no veía. Los túneles eran tan sinuosos, estaban tan llenos de recodos e inesperadas pendientes y ascensiones, que Fyodor ni siquiera podía decir si los drows estaban por encima o por debajo de él. Puede que fuera un magnífico rastreador en su propia tierra, pero se hallaba muy, muy lejos de su hogar.

Tras varios instantes de debate interno, el joven palpó en su mochila y sacó un bastón y un pedazo de tela. Ató la tela alrededor del extremo del bastón, luego alargó la mano hacia el frasco guardado en el interior de su faja. Vertió con cuidado un poco de líquido sobre la tela, y luego rebuscó en la bolsa para localizar el pedernal y la chispa.

Las chispas iluminaron la oscuridad como relámpagos y la antorcha se encendió. Bajo la repentina explosión de luz, Fyodor obtuvo su primera visión de la Antípoda Oscura.

—Por la madre de todos los dioses —musitó con una mezcla de horror y asombro.

Se hallaba en una cueva, más grande de lo que nunca hubiera imaginado. El techo describía un arco muy por encima de su cabeza, y largas y retorcidas agujas de piedra descendían en picado hacia el suelo. El sendero que seguía tenía un sólido muro de roca a lo largo de un lado y un precipicio perpendicular en el otro, y justo unos pasos más allá de donde se encontraba, el camino descendía cientos de metros hacia el interior de un desfiladero. En el otro extremo de la línea divisoria había una cortina de roca llena de agujeros que recordaba un panal gigantesco. Tras ella Fyodor distinguió más senderos que ascendían tortuosamente por las empinadas paredes del

farallón y aberturas que no podían ser otra cosa que más túneles. Maravillosos puentes contruidos de piedra y magia salvaban el desfiladero a diferentes niveles. Aquel lugar era un cruce de caminos construido a través de incontables siglos por culturas extrañas e incognoscibles, y su inmensidad y complejidad abrumaban al joven como ni siquiera podía hacerlo la oscuridad.

No obstante, dejó de lado tales pensamientos y siguió adelante con su búsqueda y, dejándose caer sobre una rodilla, examinó el suelo de roca. Por fin encontró una marca: una única gota de aguanieve casi derretida. Los ladrones drows habían pasado por allí.

Fyodor siguió el rastro de humedad cada vez más imperceptible hasta el interior de un túnel lateral, sabiendo mientras lo hacía que cada paso lo aproximaba más a la muerte. No tenía ni idea de dónde estaba, ni conocía modo alguno de regresar a la superficie una vez que hubiera recuperado el precioso amuleto. Había penetrado en la Antípoda Oscura totalmente consciente del peligro —a decir verdad, también de la aparente futilidad— de aquella conducta, pero ¿qué otra elección tenía? Sin el amuleto moriría. A lo mejor su hora tardaría un año en llegar; a lo mejor llegaría mañana mismo.

Sin advertencia previa, una gigantesca criatura con aspecto de insecto apareció en el círculo de luz de la antorcha de Fyodor. De un tono verde oscuro y con una longitud de metro y medio, el monstruo parecía el infernal producto de un cruce entre una araña y un escorpión. No tenía ojos que el joven pudiera ver, pero su excitado chirriar dejó bien claro que percibía la presencia del hombre. Unas antenas largas como látigos tantearon a un lado y a otro en busca de su presa, y las enormes pinzas de sus patas delanteras cubiertas de púas se abrieron y cerraron con fuerza varias veces con el mismo sonido que trampas de acero al cerrarse.

Tal vez, meditó Fyodor sombrío, su hora había llegado.

Liriel permaneció totalmente inmóvil mientras el dragón de las profundidades avanzaba lentamente hacia ella. Las dos fauces llenas de afilados dientes de la criatura goteaban anticipándose al banquete, y sus dos cabezas se balanceaban al andar. Aquel dragón era un fenómeno, un raro producto de la extraña radiación de la Antípoda Oscura. Más pequeño que la mayoría de los de su raza —tan sólo quince metros desde la punta de sus dos cabezas astadas hasta la punta de su única cola— la criatura estaba cubierta de relucientes escamas moradas que emitían su propia luz sobrenatural.

La bestia de dos cabezas empezó a describir un círculo alrededor de Liriel, como un lagarto doméstico jugando con una sentenciada rata. La cabeza de la derecha lucía una expresión de fatigada resignación, la de la izquierda, una maliciosa, aunque ligeramente atontada, sonrisa.

—Pequeña sí es —gorjeó la cabeza sonriente del dragón, mirando de pies a cabeza a la oscura joven elfa—. Apenas suficiente para molestarse en compartirla. Yo me comeré a ésta, y tú te puedes comer al siguiente drow que aparezca, ¿de acuerdo?

—No seas tan idiota —espetó la cabeza de la derecha con una voz profunda y áspera, pero femenina—. Llevamos a cabo este ridículo juego cada vez que viene. Empieza a estar muy visto. ¡Cómete a la drow o no te la comas, y acabemos con esto!

—Hola, Zz'Pzora —saludó Liriel, dirigiéndose a las dos cabezas y extendiendo las manos para mostrar que no llevaba armas—. Os he traído las golosinas de costumbre.

—¿Y un vestido para mí? —inquirió ansiosa la cabeza izquierda—. ¡Necesitaré algo que ponerme para asistir a la próxima cena de Suzonia!

—Salimos tan poco... —dijo con seco sarcasmo la cabeza derecha, poniendo los ojos en blanco—. Y es tan importante que quedemos bien.

La joven reprimió una sonrisa. La hembra de dragón estaba claramente confusa, pero a menudo resultaba bastante divertida. Las dos cabezas poseían personalidades distintas y bien definidas que casi siempre chocaban entre sí. La cabeza izquierda era vanidosa y frívola, y le gustaba fantasear sobre efectuar visitas a las ciudades de la Antípoda Oscura y retozar en la superficie. La personalidad de la cabeza derecha era más típica de los dragones. Amaba la soledad, los tesoros y los objetos mágicos. Aquella cabeza era la más despierta de las dos, y poseía un ingenio agudo y una lengua sarcástica. Mientras que todos los dragones eran peligrosos e imprevisibles, Zz'Pzora tenía un cierto toque de demencia añadido para hacer las cosas más interesantes. Aun así, Liriel había llegado a considerar a la criatura una amiga. Puede que una amiga enorme, peligrosa e imprevisible, pero no más traicionera que cualquiera de los otros compañeros de la joven drow.

—Voy a buscar vuestras cosas ahora —indicó, señalando en dirección al agua. El bote había salido a la superficie y flotado casi hasta la orilla. Las dos cabezas de la hembra de dragón asintieron con avidez.

Liriel tardó sólo unos minutos en remolcar la embarcación y desenvolver su carga. La criatura devoró veloz los mariscos, mientras las dos cabezas discutían todo el tiempo respecto a los bocados más deliciosos. La testa izquierda lanzó un chillido de gozo al ver el vestido desechado de la joven y suplicó a su compañera que se uniera a ella en El Cambio. Los dragones de las profundidades eran metamorfoseadores natos y podían adoptar a voluntad tanto el aspecto de reptil como el de drow. La apariencia drow de Zz'Pzora no poseía más que una cabeza, pero incluso aquella forma no podía otorgar al ser el anhelo de su cabeza izquierda de disfrutar de compañía. La drow-dragón tenía facciones nada drows: redondos ojos oscuros; una nariz chata, y gruesos labios fruncidos. Su piel mantenía el brillante tono morado de las escamas del dragón y proyectaba la misma tenue luz morada de

siempre. Cualquiera que fuera su aspecto Zz'Pzora resultaba, por no decir otra cosa peor, llamativa.

Indiferente a tales limitaciones, la hembra de dragón con aspecto de drow se introdujo en el vestido y, luego, con las manos apoyadas en las caderas, paseó por la orilla en una atrevida parodia de los andares provocativos de una seductora.

—Te queda muy favorecedor, Zip —murmuró Liriel, esforzándose por evitar que la risa se reflejara en su voz—. Suzonia se moriría de envidia.

Con un suspiro de satisfacción, la drow-dragón se dejó caer junto a la muchacha, lista para escuchar unos cuantos chismorreos, y Liriel le contó historias sobre su vida en Menzoberranzan: la sucesión de fiestas, las intrigas sociales, incluso el incidente con Bythnara Shobalar.

Una expresión de desasosiego apareció en el morado rostro elfo de la hembra de dragón.

—De modo que una hechicera murió para conseguirme los *pyrimos*. ¡Ojalá me lo hubieras dicho antes! —dijo con la voz profunda y áspera de la personalidad de su cabeza derecha; pero antes de que Liriel pudiera responder, el rostro de la drow-dragón se torció en una sonrisa maliciosa—. Si me lo hubieras dicho, ¡los habría devorado con más gusto aún! —intervino la parte que pertenecía a la cabeza izquierda—. En especial si algunos de esos pescados hubieran comido...

—Tengo que regresar ahora —anunció bruscamente la joven, pues aquello era excesivo incluso para ella—. ¿Dónde están mis armas?

La Zz'Pzora con aspecto de drow señaló en dirección a una pequeña cueva. Una luz azulada se vertía al exterior, marcando el lugar como una fuente especialmente poderosa de la radiante energía.

Liriel se agachó y penetró en el reducido recinto. Allí encontró la bolsa que había dejado con la hembra de dragón dos años atrás. La abrió con impaciencia y sacó un pequeño objeto de metal en forma de araña; las ocho patas estaban perfectamente proporcionadas y dispuestas a intervalos idénticos, y cada una terminaba en una punta afilada. La joven tomó el arma por una pata y lo arrojó a la pared de la cueva. Las patas se hundieron en la piedra.

—Perfecto —musitó.

Con su letal puntería, una daga arrojada podía ocuparse de la mayor parte de criaturas de carne y hueso; aquella nueva arma era capaz de perforar el caparazón de más de un monstruo de la Antípoda Oscura. La elfa oscura desprendió la araña de metal de la roca con su cuchillo, pues no deseaba perder ni uno solo de sus nuevos juguetes, y luego ató la bolsa de hechizadas arañas arrojadizas a su cinturón.

Antes de abandonar la gruta, recogió fragmentos de escamas que se habían desprendido o roto del cuerpo de la hembra de dragón. Las escamas de un dragón de las profundidades era un componente para hechizos raro y valioso y, una vez

disueltas en ácido, podían usarse para fabricar la apreciada tinta siempre negra utilizada por los hechiceros drows. Puesto que la pensión que recibía ni empezaba a cubrir sus gastos, Liriel se había ingeniado un lucrativo negocio. Aquellos pedazos de escamas le proporcionarían oro suficiente para financiar más aventuras, comprar más libros y aprender más conjuros.

La elfa se despidió rápidamente de Zz'Pzora y las dos amigas se encaminaron al extremo opuesto de la caverna. Allí, en una pequeña oquedad escondida, colgaba una eslinga de cuero. Liriel se sentó y aspiró con fuerza. Sobre su cabeza se alzaba un largo y recto conducto. La abertura se hallaba demasiado lejos para que pudiera verla, pero sabía por experiencia que la conduciría a un punto situado muy cerca de la entrada a la corriente de agua. Ella y Zz'Pzora habían instalado una serie de cuerdas y poleas en aquel conducto, y la hembra de dragón subiría a Liriel de inmediato y devolvería el bote a su punto de partida cuando tuviera tiempo.

Todavía con el aspecto de drow, Zz'Pzora sujetó las cuerdas. El primer tirón de la criatura lanzó a Liriel hacia lo alto con una violenta sacudida y, mientras la drow se elevaba en una serie de veloces acelerones seguidos por largas y torturantes pausas, ésta deseó fervientemente no haber agotado sus hechizos de levitación por aquel día. No había forma de saber cuándo la maliciosa y caótica personalidad de la hembra de dragón podría derrotar a la cabeza más sensata y el suelo quedaba muy lejos. Al pie del pozo yacían los aplastados restos de viejos huesos, un silencioso testimonio del destino sufrido por otras criaturas que habían caído —o a las que habían arrojado— al pozo.

Pero, una vez más, Liriel realizó el ascenso sin incidentes ni traiciones. Dejó caer tres guijarros que indicaron a la hembra de dragón que había llegado sana y salva, luego sacó su nuevo libro de conjuros de la mochila y desenvolvió las pieles que lo protegían del deterioro y el agua. El libro contenía un hechizo que le permitiría establecer un portal hasta un lugar conocido de su elección. Eligió la Torre de los Hechizos Xorlarrin.

Con una sonrisa traviesa, Liriel imaginó la reacción de Kharza-kzad ante su última travesura. Sus manos se movieron veloces realizando los gestos del hechizo y no le costó hacer aparecer el portal. No obstante, permaneció un tiempo en el borde del pozo, y sus ojos escudriñaron el amado paisaje de la salvaje Antípoda Oscura. Sospechaba que podría pasar mucho tiempo antes de que volviera a verlo.

Si alguna vez existió un momento en el que Fyodor necesitara la energía de su furia de enloquecido, era ahora. Sin embargo, el familiar calor y la furia no se apoderaron del joven rashemita, pues ya había combatido demasiado por aquel día. Así pues, desenvainó su espada y despacio, con cuidado, empezó a retroceder para apartarse del enorme escorpión-araña.

Pero la criatura parecía fascinada por la luz de la antorcha. No hizo el menor movimiento para atacar, pero en cuanto Fyodor quedó fuera de su alcance, correteó al frente hasta volver a hallarse dentro del círculo de luz. El hombre intentó escapar varias veces, no sabiendo qué otra cosa hacer y esperando que el ser se cansara de aquel juego.

Dio la casualidad de que el monstruo hizo justamente eso pero el resultado no fue lo que Fyodor esperaba.

Una de las antenas del ser se enrolló hacia atrás, luego salió disparada hacia lo alto en dirección al rostro del joven. Automáticamente, éste alzó la antorcha para desviar el ataque; la antena topó con la llama con un abrasador siseo. El gigantesco arácnido retrocedió vacilante, pero no antes de que su segunda antena saliera despedida al frente, veloz y a baja altura. El apéndice golpeó el tobillo de Fyodor y el extremo se enrolló a su alrededor como si fuera un látigo. Tan veloz fue el segundo golpe que Fyodor cayó derribado al suelo de un tirón cuando la criatura retrocedió ante la llama de la antorcha. La espalda del muchacho se estrelló sobre el rocoso suelo y un centenar de diminutas luces brillantes se encendieron tras sus párpados.

La dolorosa luz centelleó y se apagó en un instante, y Fyodor volvió a encontrarse sumido en una total oscuridad. La caída le había hecho soltar la antorcha. Tanteó el suelo en busca de su espada; también ésta había ido a parar fuera de su alcance.

El rashemita no se desanimaba con facilidad, pero empezaba a no gustarle el sesgo de aquella pelea. Extrajo un cuchillo de su faja y se incorporó en posición acuclillada. No necesitaba luz para saber dónde estaba una de las antenas del ser.

Como si percibiera las intenciones de Fyodor, el insecto aflojó el apéndice a modo de látigo. El riego sanguíneo se reanudó en el pie entumecido del hombre, y el sentido del tacto regresó en una hormigueante oleada. Tal vez, se aventuró a esperar, la criatura había perdido el interés por él ahora que ya no había luz.

Pero entonces se oyó un precipitado tintineo de innumerables patas y sintió una aguda y desgarradora puñalada cuando las pequeñas mandíbulas en forma de pico de la criatura localizaron la pierna del joven. El herido siseó de dolor y hundió con fuerza su cuchillo. El arma rebotó en el óseo caparazón del ser, y él volvió a clavarla otras dos veces, sin éxito. El monstruo se aferró a él, y sus mandíbulas laterales empezaron a rechinar en un intento de arrancar un pedazo de carne. La siguiente cuchillada del joven fue dirigida a su propia pierna.

Usando el cuchillo como palanca, Fyodor consiguió abrir por la fuerza el pico de la criatura, y luego rodó lejos de las atrozantes mandíbulas, varias veces y tan deprisa como pudo. Mientras se retiraba apresuradamente fue a rodar sobre un objeto duro y familiar.

La mano del guerrero se cerró sobre su garrote y el joven se puso en pie. La siguiente vez que la antena restalló al frente para atraparle el tobillo, lo encontró

preparado para defenderse. Mientras la antena lo sujetase, tenía una buena idea de dónde debía estar el resto del cuerpo, de modo que se abalanzó al frente y empezó a golpear violentamente al arácnido. Muchos, puede que la mayoría, de sus golpes resonaron con el sonido de la madera al golpear roca, pero unos cuantos de ellos dieron en el caparazón del monstruo. En una ocasión, la criatura atrapó su tobillo con una pinza; Fyodor aporreó el afilado apéndice hasta que éste se soltó. La tirante antena también se aflojó, y pareció como si aquella especie de escorpión fuera a soltarlo por completo; pero Fyodor no se sentía nada generoso en aquellos instantes.

El luchador plantó una pesada bota sobre la antena de la criatura, inmovilizándola en el suelo. No se atrevía a dejar que el monstruoso insecto quedara fuera del alcance de su garrote de madera, por temor a no ser capaz de prever o rechazar el siguiente ataque. El joven redobló sus esfuerzos y apaleó el caparazón protector de su adversario con todas sus fuerzas una y otra vez.

Finalmente, se vio recompensado con un chasquido y la repentina sensación de algo pulposo que cedía, indicando que la victoria estaba a su alcance. Siguió aporreando a la criatura hasta dejarla reducida a una masa informe.

Respirando con dificultad, Fyodor alargó la mano hacia el frasco guardado en su faja. La pierna le ardía con un despiadado calor allí donde la gigantesca especie de escorpión le había mordido y sabía que lo que sentía ahora no sería nada comparado con lo que iba a sentir a continuación. Extrajo el corcho del frasco y derramó un poco de líquido en la herida.

Algo más tarde —puede que poco tiempo después, o tal vez no— Fyodor recuperó el conocimiento y descubrió que había estado durmiendo sobre un lecho de fría roca. Durante varios minutos permaneció donde había caído, juntando fragmentos de recuerdos hasta que pudo rememorar todo lo que había sucedido para traerlo a aquel lugar. El terror que era la Antípoda Oscura regresó a él pero se le había añadido algo más.

Ya no oía los pasos de los drows que buscaba.

Fuegos fatuos

La expresión de Kharza-kzad Xorlarrin cuando Liriel entró tranquilamente en sus aposentos cumplió todas las expectativas de la joven. El rostro delgado del hechicero se tensó por el sobresalto, enviando una serie de ondulaciones a la telaraña de arrugas de preocupación que cubría su frente y se agrupaba alrededor de sus ojos. También tenía un aspecto culpable, y sus ojos rojos y ligeramente saltones escudriñaron la cámara de la torre como si temiera lo que pudiera seguir a la muchacha al interior de la habitación.

—He venido a recibir mi clase —anunció ésta con aire satisfecho.

El hechicero se acercó más para examinar la delicada telaraña de relucientes luces entretejidas que enmarcaba la mágica puerta.

—¡Yo no te he enseñado cómo tener acceso a un portal! —protestó con su quejumbrosa voz—. ¿Cómo lo has hecho? Nadie conoce ningún portal que conduzca a mis aposentos excepto... —Se interrumpió bruscamente, y con un veloz y nervioso movimiento se pasó ambas manos por lo que quedaba de sus cabellos.

Liriel sonrió y rodeó con sus brazos el cuello del hombre. Tendría su clase de magia, pero también tenía cierta leve venganza que obtener.

—Ya sé que no me has enseñado este truco —ronroneó—, y sólo piensa en todas las oportunidades perdidas. Imagina, podría pasarme por tu estudio privado siempre que me viniera en gana...

El hechicero Xorlarrin carraspeó varias veces y retrocedió.

—Sí. Bueno. Tal vez en otra ocasión, seguro, pero en este momento estoy ocupado en otras cosas.

—No, no lo estás —repuso ella, y su voz sonó repentinamente inflexible—. Es hora de mi clase práctica.

—Muy bien. —Kharza suspiró y alzó las manos—. Pero primero debes decirme cómo aprendiste a conjurar un portal y quién te dio el hechizo. Por tu propia seguridad debo saberlo. Los hechiceros son traicioneros y la mayoría de portales tienen requisitos ocultos, limitaciones secretas. No puedes entrar y salir de ellos a capricho.

La muchacha sacó su nuevo libro de conjuros y aseguró a su tutor que «su padre el archimago» consideraba que estaba lista para estudiar y lanzar tal magia. Liriel había descubierto siendo muy joven que el nombre de Gomph Baenre era capaz de poner fin a cualquier conversación y lo dejaba caer siempre que le daba la impresión de que podía agilizar las cosas. Como había previsto, las protestas de Kharza-kzad se

evaporaron al instante y pudieron dedicarse a lo que la había llevado allí con un mínimo del acostumbrado ceremonial que usaba el hechicero.

Juntos repasaron el nuevo libro de conjuros de la muchacha, probando palabras y gesticulaciones arcanas, explorando los límites y secretos de los distintos portales mágicos. Liriel se sumergió en la lección con su acostumbrada concentración y ésta no vaciló hasta que se acercaron a la mitad del libro.

—Este portal lleva a la superficie —murmuró, y los ojos que alzó hacia el rostro de su maestro estaban abiertos de hito en hito por la sorpresa y la admiración—. ¡Este portal lleva a la superficie! ¡No tenía ni idea de que existieran tales cosas!

—Claro que sí, querida —respondió él—. Hay muchos hechizos parecidos. Algunos grupos de asalto los utilizan, igual que los comerciantes. ¿No te has preguntado nunca cómo es que el pescado del mar de las Estrellas Fugaces, que se encuentra a tantos miles de kilómetros de aquí, aparece fresco en tu plato?

—No tengo idea ni de cómo llega del mercado a mi plato —respondió ella distraídamente—. Pero ¡imagínate, Kharza! ¡Ver las Tierras de la Luz con tus propios ojos!

El hechicero frunció el entrecejo, inquieto por la expresión extasiada de su alumna.

—Si tienes que hablar de tales cosas, Liriel, ten cuidado con quien pueda estar escuchando. Estos conjuros son atesorados como raras gemas y su enseñanza está cuidadosamente regulada por los maestros de Sorcere. Si se supiera que estás aprendiendo el acceso a tales portales, pondrían fin a tus estudios conmigo.

—Ya está sucediendo —se lamentó ella, y la luz se apagó en sus ojos—. Ésta será mi última clase. Mañana por la mañana debo presentarme en Arach-Tinilith.

—¡Tú, una sacerdotisa! —Su maestro estaba horrorizado ante la idea.

—No empecemos —refunfuñó ella, y desató los cordones que sujetaban una pequeña bolsa de cuero a su cinturón—. Pero te he traído un regalo de despedida. Esta bolsa contiene la última cosecha de escamas de dragón de las profundidades. Puedes enviar la acostumbrada mitad de los beneficios a mi nueva dirección. O mejor aún —añadió maliciosamente—, podrías traérmelos, durante una de nuestras pequeñas citas. No soportaría que terminaran, sólo porque me hayan enviado a la Academia... Y piensa en todos aquellos que se han divertido con tus jactanciosos relatos. Sin duda esperarán una continuación.

Una expresión de auténtico pánico apareció en el rostro del hechicero y éste puso rápidamente una cierta distancia entre él y su alumna. Liriel podría ser joven, pero poseía ya un considerable dominio de la magia y un talento creativo para la venganza.

—No quería hacer ningún daño —farfulló.

—Y no se ha hecho ningún daño, querido Kharza. Pero creo que deberías saber —murmuró al tiempo que se balanceaba acercándose seductoramente— que tus

insignificantes cuentos no consiguieron hacerme justicia. Fracasaron miserablemente. Es una vergüenza, que no llegues a aprender jamás los auténticos límites de tu imaginación.

Con aquella indirecta como despedida, la joven drow penetró en el aún reluciente portal y desapareció. Su alegre carcajada burlona se quedó en la sala de la torre, y seguía resonando todavía cuando un delgado drow de cabellos rojos entró en la habitación desde una antecámara.

—Es una tigresa que puede derramar sangre con zarpas de terciopelo —comentó socarrón. Nisstyre, capitán comerciante de El Tesoro del Dragón se acomodó en el sillón de Kharza y dirigió una larga y especulativa mirada al hechicero de más edad—. Parece muy interesada en la Noche superior. Deberíamos alentarla.

—Incluso aunque quisiera, no podría hacer nada —respondió Kharza muy envarado.

—Oh, pero ya lo creo que puedes. —Nisstyre tiró violentamente sobre el escritorio un volumen encuadernado en piel—. Este libro contiene oscuras tradiciones humanas, nada demasiado importante, pero puede servir para despertar su gusto por los temas prohibidos. Encuentra un modo de hacérselo llegar. A menos que me equivoque respecto a esa chica, lo devorará y querrá más. Entonces, nos presentarás. Puede regresar aquí a menudo, usando ese portal que conjura con tanta rapidez, y ella y yo podemos conversar.

—Es arriesgado.

—Los hechiceros que siguen a Vhaeraun corren muchos riesgos —replicó el comerciante con voz maliciosa, e interrumpió las farfulladas protestas del otro con una feroz mirada—. Dices que no eres de mi misma religión. Tal vez sea cierto. Pero sigues comerciando conmigo, sabiendo lo que sabes sobre mí y mi trabajo. En muchos círculos, eso haría que se alzarán unas cuantas cejas. —Rió entre dientes por un breve instante—. Por no decir unos pocos cueros cabelludos. ¿Se entregan aún las matronas de Menzoberranzan a ese pasatiempo? He oído la historia de una matrona menor que, de manera rutinaria, arrancaba el cuero cabelludo a sus amantes cuando se cansaba de ellos. Creo que hacía curtir y coser entre sí los cueros cabelludos, y tejer los cabellos en una especie de tapiz. Espero que tuviera el buen gusto de no colgarlo en su dormitorio —añadió pensativo—. Podría resultar un poco desalentador para el favorito del momento.

Kharza tragó saliva con fuerza, si bien sabía por la expresión astuta de Nisstyre que éste intentaba provocarlo. El hechicero Xorlarrin se arrebuñó en su astrosa dignidad lo mejor que pudo e intentó tomar el control de la situación.

—Te pagué un sustancioso adelanto por las varitas rashemitas que me prometiste —indicó severo—. Y sin embargo regresas ante mí sin ellas.

—Un retraso temporal. —Nisstyre hizo a un lado su protesta con un sencillo

ademán—. El grupo de asalto me precedió por otro portal, si bien por uno que los condujo a un punto situado a cierta distancia de aquí. Llegarán a la ciudad en cualquier momento.

Aquella parte era cierta, aunque algo engañosa. Nisstyre se vanagloriaba de no decir mentiras categóricas. Si Xorlarrin entendía con aquellas palabras que las mercancías por las que había pagado le serían entregadas, bien, no era culpa del comerciante que el viejo drow oyera lo que quería oír.

Concluida su transacción, el comerciante de rostro zorruno se alzó para marchar.

—No olvides dar ese libro a la muchacha Baenre. Con el tiempo, esa princesita se convertirá al culto a Vhaeraun, de eso estoy seguro. —Sus finos labios se torcieron en una parodia de una sonrisa—. ¡Jamás pensé que lloraría la muerte de la vieja bruja Baenre, pero lamento hasta cierto punto que no viviera el tiempo suficiente para presenciar la deserción de su nieta!

Alegremente ajena al hecho de que su futuro se estaba decidiendo en la Torre de los Hechizos Xorlarrin, Liriel se apresuró a regresar a su casa en Narbondellyn para preparar su última noche de juerga. Organizaba una fiesta aquella noche en una mansión que se alquilaba para tales acontecimientos y, puesto que un pequeño ejército de criados se ocupaba de los detalles, ella sólo tenía que hacer acto de presencia y divertirse.

La joven drow permaneció sentada con insólita paciencia mientras una criada experta peinaba sus cabellos con docenas de diminutas trenzas, y luego enroscaba y sujetaba los trenzados mechones para obtener un conjunto elaboradamente artificioso. Liriel acostumbraba a dejar sus cabellos sueltos, pero aquella noche necesitaba un peinado que resistiera cualquier cosa. Su vestido para la velada era también duradero y diseñado para el movimiento. De un blanco níveo y de corte atrevido, el traje tenía varias aberturas largas en la falda para que pudiera disfrutar al máximo de su pasión por el baile. Las festividades de la noche incluirían un *anedeirra* —un salvaje concurso de danza acrobática—, que Liriel iniciaría con un baile en solitario. La muchacha adoraba la libertad, la sensación de rítmico vuelo que sentía al bailar y, en su mente, el resto del festejo nocturno, aunque agradable, sería algo soso comparado con la *nedeirra*.

Cuando Liriel llegó a la mansión alquilada, sus amigos ya estaban reunidos allí. Era costumbre entre los invitados llegar temprano, a fin de mezclarse entre ellos para conspirar y beber vino verde con especias, y la llegada del anfitrión o anfitriona era la señal tradicional para que diera comienzo el baile. La joven Baenre penetró en la estancia con el acompañamiento de un lento y vibrante tamborileo. *Lanedeirra* daba comienzo.

Todos los ojos estaban fijos en ella cuando empezó a golpear el suelo con el pie

en un rítmico contrapunto al tambor. Sus brazos iniciaron un complicado movimiento sinuoso, y uno a uno los otros tambores se unieron a la música, así como extraños instrumentos de percusión que sólo los drows conocían. Entonces una flauta de voz grave empezó a tocar una extraña e irresistible tonada, una melodía que habían entonado los elfos en las Tierras de la Luz, muchos siglos atrás. Aquellos elfos que llevaban ya tanto tiempo muertos no habrían reconocido su canción ahora; su extraña magia se había modificado y alterado para reflejar a los seres que ahora la interpretaban. Hermosa todavía, la música retenía todo el misterio de la raza elfa y nada de su alegría, pues los drows habían olvidado aquella emoción. Pero sabían lo que era el placer y eran capaces de perseguirlo salvajemente en un intento de llenar ese vacío en sus espíritus elfos que no querían reconocer.

El compás de la música se aceleró y, por encima del abrupto y sincopado ritmo de los tambores, las flautas gimieron y se elevaron en una sobrenatural melodía. Liriel giraba sobre sí misma y saltaba al compás de la música, y su cuerpo se agachaba y balanceaba mientras llamaba con las manos a los expectantes drows. Luego, con un repentino fregonazo de fuego mágico, la oscura danzarina quedó perfilada en un fuego fatuo del más puro blanco. Era la señal que todos aguardaban, y el resto de drows se lanzó a la pista de baile.

Incluso en el baile, los elfos oscuros competían entre sí. Algunos utilizaban su habilidad natural para levitar a fin de realizar complicados saltos en el aire. Otros dejaron de lado las acrobacias y se entregaron directamente a la seducción, intentando atraer tantos ojos ávidos como les era posible con sus movimientos ondulantes y sensuales. No obstante, dejando de lado el estilo, todos los drows escuchaban atentamente mientras bailaban; dentro de la elaborada melodía se ocultaban claves que indicaban lo que iba a suceder. El ritmo era irregular, con fuertes redobles que aparecían inesperadamente, casi al azar, y aquellos que no entendían bien la música corrían el peligro de perder el compás. Cualquier drow que diera un tropezón era recubierto de inmediato con un fuego fatuo por uno de los hechiceros que circundaban la pista de baile y vigilaban con atención mientras los elfos oscuros daban vueltas, saltaban y pateaban el suelo. Los bailarines así marcados debían abandonar la pista bajo un coro de comentarios mordaces y risas burlonas. Pero su diversión no se estropeaba por completo, puesto que todos permanecían en los laterales para apostar sobre quién sería el siguiente en seguirlos.

La música sonaba interminable, con muy pocos de los hábiles drows errando el complejo compás. Los rostros color ébano brillaban sudorosos y algunos bailarines empezaron a quitarse prendas. En ocasiones, *unanedeirra* continuaba hasta que muchos de sus bailarines se desplomaban agotados, pero Liriel tenía otros planes para la noche y, desde su puesto en el centro de la pista de baile, hizo una señal para que finalizara la música.

Uno de los hechiceros contratados flotó por encima de los danzantes. Sus manos tejieron un hechizo y, en respuesta, la música empezó a adquirir velocidad, acelerando hasta alcanzar un ritmo imposible. La magia afectó también a los bailarines y sus pies mantuvieron el compás de la vibrante música. Empezaron a girar cada vez más deprisa y un fuego fatuo multicolor se encendió alrededor de cada elfo oscuro, convirtiendo *lanedeirra* en un frenesí de luces danzantes hasta que, por fin, los tambores se unieron en un redoble y las flautas se alzaron en una última nota aguda. Entonces, súbitamente, la habitación quedó silenciosa y a oscuras.

Fue un conjuro espectacular y los drows aplaudieron encantados. A continuación, como era costumbre tras *unanedeirra*, los bailarines empezaron a quitarse sus galas. Los sirvientes particulares se adelantaron presurosos para recoger las prendas desechadas.

Los invitados fueron acompañados, sin sentirse cohibidos por estar desnudos, al interior de otra habitación. Aquélla era una estancia de techo bajo cuyas paredes, suelo y techo estaban acribilladas de respiraderos por los que se vertían a su interior vapores perfumados que limpiaban a los bailarines y calmaban sus extenuados miembros. La dirección e intensidad del flujo de vapor cambiaba constantemente: en un momento dado efectuaba masajes con cortas y vibrantes ráfagas, al siguiente acariciaba la piel de los elfos oscuros con una suave y sensual brisa. Mientras el vapor bañaba a los drows con una sucesión de sensaciones agradables, éstos deambulaban por la sala, tal vez flirteando o tendiendo trampas de múltiples capas para sus rivales en el escalafón social o simplemente tomando sorbos del luminoso vino *verdeulaver* que contenían sus copas.

Cuando el último chorro de vapor se apagó, los elfos oscuros penetraron en grupos de cuatro o cinco por las innumerables puertecitas que recorrían la estancia. Allí, en pequeñas habitaciones privadas, se relajarían en divanes, intercambiarían chismorreos y se anotarían puntos en conversación ingeniosa mientras hábiles criados les daban masaje con aceites perfumados. El masaje era uno de los placeres favoritos en las fiestas y lo más parecido a la relajación que podía conseguir el siempre cauteloso drow.

Liriel renunció a su masaje para deambular de habitación en habitación, sacando partido de los pequeños grupos y el inusual estado de ánimo relajado para charlar con sus invitados. Sus amigos no sabían que los abandonaría al día siguiente, pero a cada uno le dedicó una sobrentendida despedida. A su manera. La mayoría de las veces, repentinos chillidos y carcajadas marcaban el paso de la joven. A los elfos oscuros les encantaban los sortilegios: insignificantes hechizos inofensivos lanzados para gastar bromas a sus compañeros, y con su adiestramiento mágico Liriel sobresalía en tal deporte. Por donde pasaba, las manos amorosas se tornaban gélidas o el aceite perfumado cambiaba de fragancia para convertirse en el perfume distintivo de un

odiado rival. Los drows, con su oscuro y perverso sentido del humor, no consideraban una reunión completa sin tales bromas y aquella noche Liriel no había ahorrado trucos para darles satisfacción.

Bastante más tarde, satisfechos y vestidos con nuevas prendas de fiesta, los invitados se reunieron en otra sala para cenar. Fue un elegante acontecimiento con varios cambios de platos, cada uno servido con un vino intenso y distinto. La conversación se tornó estridente tras la sopa y aquí y allá unos cuantos drows se deslizaron bajo las mesas para reflexionar sobre los acontecimientos de la velada o forjar nuevas alianzas sociales. La expectación general se aceleró al extenderse el rumor de que se serviría *pyrimo* como plato final. Las fiestas como aquella a menudo finalizaban en un desenfrenado festejo y un plato de *pyrimo* casi garantizaba que la celebración alcanzaría vertiginosas cotas de desenfreno.

Y así fue.

Y así prosiguió, hasta que sonó la campana que indicaba el final de la última ronda. Por ley y por costumbre, las fiestas terminaban al inicio de un nuevo día.

Liriel permaneció de pie en la puerta de la mansión que había alquilado y contempló cómo se ayudaba —o introducía, según el caso— a sus invitados a subir a literas mágicas o carruajes tirados por lagartos. Más tarde, los sirvientes que había contratado arrojarían a los convidados con menos capacidad de movimiento a la calle, donde serían recogidos por sus esclavos y conducidos en carros a sus casas. Aquellos drows que todavía disfrutaban de una parte de su agudeza remolonearon en pequeños grupos por la mansión y la calle, reacios a que acabara la noche.

De repente, el ruidoso y tambaleante grupo de festejantes quedó en silencio y sus diferentes transportes dejaron paso a un disco flotante que lucía la insignia de la casa Baenre. El mágico asiento flotó hacia la casa en impresionante silencio y Liriel sintió un nudo en la garganta al verlo acercarse. Corría por la vida a una velocidad que pocos podían seguir, sin embargo aquel instante la había atrapado.

¡Y qué poco confiaba Triel en su palabra! La matrona había amenazado con enviar a alguien para llevar a la joven a la Academia si se retrasaba, pero según las cuentas de Liriel, le quedaban horas. Sin embargo, sentada en el mágico transporte estaba ni más ni menos que Sos'Umptu, el fiel lagarto faldero de Triel y al parecer su lugarteniente.

El disco flotante se detuvo ante las puertas de la mansión y la guardiana de la capilla Baenre descendió. Su rostro se crispó con expresión ultrajada mientras se abría paso por entre la gente y la basura, y casi se abalanzó sobre su escandalosa sobrina.

—¡No había visto jamás tan frívolos excesos ni un comportamiento tan vergonzoso! —la reprendió.

—¿Es cierto eso? —inquirió Liriel, con los ojos muy abiertos en fingida

inocencia—. En ese caso, deberías salir más.

Arach-Tinilith

Hay que hacer algo con esa mocosa Baenre! —vociferó Zeld Mizzrym. La sacerdotisa temblaba de cólera y bajo los pliegues negros y morados de su túnica su pecho se elevaba y descendía con rítmica indignación.

La matrona Triel Baenre se recostó en su sillón y estudió a la maestra a cargo de las alumnas de primer año. Su enarcada ceja advertía a la enojada drow que se anduviera con cuidado.

—¿De qué se ha acusado a mi sobrina esta vez? —preguntó, recalcando intencionadamente el parentesco.

—Más travesuras —rechinó Zeld, que al parecer estaba demasiado enojada para percibir el retintín—. Esta mañana Shakti Hunzrin encontró un campo de hongos creciendo bajo su cama, sobre el fertilizante apropiado, añadiría yo.

Triel suspiró. Liriel llevaba menos de tres días dentro del recinto en forma de araña, y ya se la suponía autora de casi una docena de pequeñas travesuras. Era muy buena, Triel tenía que reconocérselo, pero temía que la joven fuera demasiado lejos. Una bromista menos hábil habría sido atrapada ya en plena acción, y algún día Liriel también daría un paso en falso. Triel tenía planes para la talentosa muchacha, planes que no incluían convertirla en una estatua de ébano para enseñar a las otras alumnas los méritos de observar el decoro.

—¿Puedes demostrar que Liriel estuvo involucrada? —preguntó con frialdad.

—No, supongo que no —respondió la maestra, tras una vacilación—. Pero Shakti se mantiene inflexible en sus acusaciones y tiene el derecho a acusar y censurar a una alumna más joven.

Triel volvió a suspirar. No era raro que las sacerdotisas novicias desarrollaran entre ellas rivalidades académicas, venganzas personales y odios. De hecho, tales cosas resultaban un excelente adiestramiento para la vida fuera de la Academia y pocas veces se reprimían. Pero aquello empezaba a convertirse en un problema. Si bien Shakti Hunzrin no era la única víctima de Liriel, empezaba a convertirse en su blanco predilecto. No es que a nadie le importara, pues la familia de Shakti no era un poder importante, e incluso algunos de los plebeyos acaudalados miraban por encima del hombro la ocupación de la familia Hunzrin, considerando con pedantería que los nobles granjeros eran poco más que destripaterrones encumbrados. Shakti tampoco ayudaba, con su omnipresente tridente y sus interminables y aburridos monólogos sobre el cuidado y la cría de los rotes. Por añadidura, la joven Hunzrin carecía por completo de sentido del humor, era vengativa con sus semejantes y despiadadamente

depravada en su trato con criados y alumnos más jóvenes. Las humillantes bromas que se le habían gastado habían saldado una docena de cuentas pendientes y proporcionado a Liriel gran número de silenciosos aplausos. En resumen, la vida en Arach-Tinilith no había resultado nada aburrida.

Justo la noche anterior, el servicio religioso se había visto alterado cuando Shakti —una alumna diligente y laboriosa que se aproximaba lentamente a la categoría de gran sacerdotisa— se había aproximado al altar para ofrecer el sacrificio nocturno. El tridente mágico de la drow había seguido a la joven, con las puntas moviéndose en una maliciosamente exacta imitación de sus característicos andares contorneantes. Liriel había negado cualquier participación, desde luego, pero Triel no se dejó engañar; aunque no había gran cosa que la matrona pudiera hacer al respecto, pues por extraño que pareciera, Lloth no se había sentido molesta. Parecía que incluso a una diosa maligna le gustaba un poco de humor negro de vez en cuando. Con el tiempo la caprichosa Reina Araña se cansaría sin duda de las payasadas de la joven drow, pero por el momento la picara muchacha era una novedad, y disfrutaba del pleno favor de Lloth.

—Servimos a la diosa del caos —indicó la madre matrona.

—Lloth sea alabada —salmodió la maestra instintivamente—. ¡Pero no tardará en llegar el día en que esa criatura malcriada vaya demasiado lejos!

—Y cuando ese día llegue, Lloth me transmitirá sus instrucciones —gruñó Triel—. ¡Ocúpate de no atreverte a hablar allí donde la Reina Araña no lo hace!

Los ojos de Zeld se abrieron de par en par al darse cuenta de hasta qué punto se había propasado y se dejó caer en una profunda reverencia.

—Te pido tu perdón y el de Lloth —murmuró, y sus dedos se movieron instintivamente para realizar el rito de súplica destinado a evitar caer en desgracia ante la Reina Araña.

—¿Qué tal progresa Liriel en sus estudios? —inquirió la otra, cortando en seco la plegaria de la maestra.

—En algunas cosas sumamente bien —admitió ésta. Su voz era más tranquila ahora y elegía sus palabras con mayor cuidado—. Posee una misteriosa habilidad para aprender y memorizar conjuros. Se rumorea que ha sido adiestrada como hechicera.

Zeld expresó aquel comentario con la inflexión correspondiente a una pregunta, pero Triel sólo respondió con una fría mirada penetrante.

—¿Estáis dejando que avance a su propio ritmo como ordené?

—Lo hacemos, dama matrona. Se ha puesto a prueba a la joven cuidadosamente y hemos descubierto que está lista para avanzar en distintas áreas de estudio. Muestra una sorprendente aptitud para los viajes mágicos. Hoy ha empezado a estudiar los planos inferiores con la clase de duodécimo año. A la velocidad con que aprende,

podría ser capaz de convocar a criaturas pequeñas, tal vez incluso andar por los planos, antes de finalizar su primer año. Sin embargo —advirtió Zeld—, Liriel resulta vergonzosamente ignorante en muchas áreas, muy por debajo de los patrones aceptables incluso para una novicia de primer año. Su educación académica ha sido lamentablemente descuidada. No conoce nada de la gran historia de Menzoberranzan, y apenas algo sobre el culto a la Reina Araña. Y si bien comprende el protocolo bastante bien, no tiene ni idea de cómo comportarse entre las filas del clero de Lloth.

—Es tarea vuestra llenar esos huecos —indicó la matrona con frialdad—. Si es cierto que Liriel ha encontrado tiempo para hacer travesuras, entonces eso significa que no se la mantiene debidamente ocupada.

Zeld se quedó rígida, pero sabía muy bien que no debía discutir con la poderosa Triel.

—Tienes mi palabra. La casa Baenre obtendrá otra gran sacerdotisa en un tiempo récord.

—Excelente. Quiero que me mantengáis informada de las actividades de Liriel.

—Oh, estoy segura de que tendrás conocimiento de ellas —repuso la otra en tono seco—. Recuerda que la han puesto en una clase de duodécimo año para estudiar el viaje por los planos. Durante al menos parte del día, Liriel y Shakti Hunzrin serán compañeras de clase.

En la intimidad de su dormitorio, Shakti Hunzrin arrojó su pérfido tridente contra la pared. El impacto del arma y su ruidoso descenso quedaron ahogados por los alaridos rabiosos de la sacerdotisa.

Los siguientes objetos que salieron volando fueron las ropas de la drow. De una forma u otra, sus prendas habían quedado impregnadas del olor del estiércol de rote y la enfurecida mujer las desgarró y lanzó lejos. Fue hacia él baño con pasos lentos y olfateó el agua de la jarra. Al menos eso no había quedado contaminado con el olor, se dijo sombría, y, tras verter un poco de agua en la palangana, empezó a frotarse el cuerpo con una esponja.

En la mente de Shakti no existía la menor duda de quién era responsable de aquel último ultraje. Recordaba la incredulidad y rabia en los ojos de Liriel cuando había ordenado a la nueva alumna que le sirviera durante el desayuno. Shakti había estado en su derecho al hacerlo, sin embargo la joven drow le había negado abierta y descaradamente el respeto que se había ganado durante doce años de duro trabajo en aquella prisión con forma de araña. Y lo que era aún peor, ¡la muy descarada no había sido castigada por ello!

Un ejemplo más, se dijo con amargura, de lo mal gobernada que estaba la ciudad. Las sacerdotisas fijaban las normas y las violaban a voluntad. A los ojos de Shakti, Liriel podía hacer todo lo que se le antojara sólo por el nombre que había heredado.

Una Baenre no podía hacer nada mal, por lo que parecía, ni siquiera después de que la vieja matrona hubiera conducido a Menzoberranzan casi a la ruina. Pero fuera lo que fuese lo que los últimos dos días hubieran traído, al menos habían dado a Shakti algo en lo que centrar su rabia, su resentimiento y su frustración. Todo lo que iba mal en Menzoberranzan tenía finalmente un nombre.

Shakti odiaba a Liriel Baenre, y la pureza y fuerza de esa emoción sobrepasaba cualquier cosa que la joven sacerdotisa hubiera experimentado antes. Odiaba a Liriel por haber nacido dentro de la familia real, y por toda la confusión provocada por el largo reinado y la desastrosa guerra de su abuela. Odiaba a la muchacha por su belleza y su instantánea popularidad dentro de la Academia. La odiaba también por su agudo ingenio; siempre que la joven drow andaba por ahí, Shakti tenía la sensación de que se estaba contando alguna gracia de la que ella no se enteraba, y lo que era peor aún, se sentía segura de que ella era el blanco de esa agudeza. Odiaba a la muchacha por su agilidad mental y la facilidad con que aprendía cosas que debieran haberle llevado años de arduo trabajo; pero más que nada, Shakti odiaba a Liriel por la libertad de que había disfrutado durante quince años. A ella le habían obligado a entrar en la Academia al inicio de la pubertad. ¿Por qué había que tratar de un modo distinto a una Baenre? Por todas esas injusticias, se juró la sacerdotisa Hunzrin, Liriel Baenre pagaría muy caro.

La elfa oscura se vistió y armó rápidamente, luego se escabulló por los sinuosos corredores que conducían al dormitorio de las alumnas de primer año. A Liriel, claro está, se le había dado su propia habitación a pesar de que la mayoría de las sacerdotisas tenían que convivir en parejas o tríos hasta su quinto año de estudio. Todas las alumnas de primer año estaban en clase, una lección de varias horas sobre las atrocidades cometidas contra los drows por otros elfos, seguida de la acostumbrada exhortación a extender la gloria de Lloth conquistando primero la Antípoda Oscura y luego exterminando todas las otras razas de elfos. Era un magnífico discurso, se dijo Shakti con amargura y del que, como de costumbre, las sacerdotisas que poseían el poder hacían caso omiso. Cuando Menzoberranzan había ido finalmente a la guerra, lo había hecho contra una lejana colmena de zánganos enanos y ¿qué tenía que ver aquel desastroso intento con el Primer y Segundo Preceptos de Lloth? Menos que nada, rezongó para sí Shakti. Pero aunque no sirviera para nada más, al menos la sesión de adoctrinamiento le concedería la soledad que necesitaba para la tarea que la aguardaba.

Lo que la mujer pensaba hacer era muy arriesgado, pero no estaba de humor para considerar sutilezas. Localizó la habitación de Liriel, luego lanzó un sencillo conjuro para crear una esfera de silencio a su alrededor y, tras lanzar una veloz mirada a sus espaldas, apuntó con su tridente a la puerta. Fuego mágico brotó de las puntas del arma y el portal de piedra se hizo añicos sin emitir el menor sonido; tras apartar a

manotazos el polvo y el humo, Shakti penetró en el aposento.

Su rival no había escatimado gastos en lo relativo a comodidades, observó con amargura la sacerdotisa, pues la habitación de la muchacha no era precisamente la celda sobria y funcional de una novicia. El estrecho camastro había sido reemplazado por una cama flotante cubierta de almohadones de seda; una enorme cómoda dorada ocupaba una pared y una mesa baja de estudio estaba equipada con candelabros de plata y toda una provisión de caras velas de sebo. Magníficas obras de arte colgaban de las paredes y los pies de Shakti se hundieron profundamente en una alfombra de incalculable valor mientras avanzaba hacia el cincelado armario. Abrió violentamente la puerta y empezó a examinar las ropas guardadas en su interior. Las túnicas negras ribeteadas de rojo de una novicia colgaban apretujadas contra una pared del armario; la mayor parte del espacio lo ocupaban trajes de fiesta, escandalosas prendas de ropa interior y camisones, y frívolos zapatos de baile.

Shakti arrugó la nariz. No era extraño que le hubieran dado su propia habitación. Sólo con que a la mitad de aquellas ropas se les diera el uso para el que aparentemente estaban destinadas, ninguna compañera de habitación podría dormir o estudiar.

Pero lo que resultó más interesante para la sacerdotisa fueron las prendas de viaje, las resistentes botas y la colección de corazas y armas dispuestas en un ordenado montón. Era concebible que Liriel pudiera hallar tiempo y oportunidades para lucir sus ropas de fiesta sin abandonar Tier Breche, pero aquel equipo era más apropiado para una patrulla por la Antípoda Oscura que para una orgía estudiantil. Sí, era cierto que los alumnos tenían más libertad para abandonar la Academia actualmente, pero también estaba claro que a Liriel se le hacía pasar por Arach-Tinilith con desesperada, casi indecente precipitación. La casa Baenre necesitaba grandes sacerdotisas para reconstruir su poder, o acabaría cayendo de su encumbrada posición de mando, y Shakti dudaba seriamente de que la matrona Triel fuera a aprobar que su preciosa sobrina abandonara Arach-Tinilith por cualquier motivo.

Por primera vez en casi tres días, los labios de la sacerdotisa se curvaron en una sonrisa. Por fin, disponía de un arma que usar contra su nueva adversaria. Tal vez tardaría algún tiempo en pescar a Liriel, pero ahora sabía qué esperar.

Sin duda era imposible, se dijo Liriel en tono cansado, que una drow pudiera morir de aburrimiento, pues el hecho de que estuviera sentada en aquella silla, todavía viva y respirando tras escuchar cuatro horas de rimbombante e incoherente diatriba era amplia prueba de ello.

Para su asombro, las otras sacerdotisas novicias parecían sentirse conmovidas por la conferencia. Murmullos de excitado asentimiento, e incluso algún grito ocasional de «¡Lloth sea alabada!» resonaban en la sala de conferencias. Tal vez las otras

mujeres sabían disimular mejor, pero Liriel lo dudaba e incluso, de ser cierto, no deseaba agudizar sus aptitudes dramáticas añadiendo sus propias exclamaciones a los coros generales. Se las apañó para tragarse cada uno de los sarcásticos comentarios que le venían a la mente y eso en sí mismo era una sincera ofrenda de respeto a Lloth. Tal comedimiento resultaba dolorosamente antinatural en la joven.

No obstante, la Academia no era tan mala como había temido. Se le había permitido traer unas cuantas sencillas pertenencias de su casa y tenía acceso ilimitado a la maravillosa biblioteca de libros y pergaminos de hechizos de Arach-Tinilith. Ansiaba explorar, también, los mágicos tesoros de Sorcere, pero tuvo el buen sentido de dejar aquel desafío para otra ocasión. Aparte de las conferencias como en la que en aquellos momentos languidecía, Liriel encontraba las lecciones fascinantes. La magia clerical resultaba especialmente intrigante y quedó claro de inmediato que se hallaba muy por delante de sus compañeras de clase en tal habilidad. Los conjuros mismos eran muy parecidos a los que había lanzado en sus primeros pocos años de estudio como maga, con una importante diferencia: su éxito dependía del favor de Lloth.

Liriel había oído el nombre de la diosa toda su vida, pero la Reina Araña jamás había sido real para ella. Sin embargo, el conjuro de su primer hechizo clerical había cambiado aquello al instante y de un modo espectacular. La joven drow había hecho magia durante años, utilizando sus propios talentos innatos y la ágil mente que se enrollaba alrededor de complicados hechizos como si los engullera de una pieza. Mediante duro trabajo, un buen adiestramiento y montones de dinero despilfarrados en libros y componentes para hechizos, se había convertido en una maga aceptable. Pero ahora, cuando lanzó su primer conjuro clerical, invocó a Lloth y la diosa había respondido.

Aquel momento fue un acontecimiento divino para Liriel. La joven no estaba acostumbrada a depender de nadie y desde sus primeros años había comprendido que en realidad no había nadie allí para ella. Tomaba lo que se le ofrecía, pero en todo aquello que realmente importaba, iba sola y lo sabía. ¡Ahora, de repente, gozaba de la atención de una diosa!

Liriel conocía bien la reputación de Lloth y el destino de aquellos que perdían el favor de la Señora del Caos. Quizás ésta se volvería también contra ella algún día; pero por ahora, Liriel sentía gratitud, incluso un esbozo de afecto, por la Reina Araña. La traición, si llegaba, no sería nada nuevo para ella, de modo que rezó una silenciosa plegaria e hizo todo lo posible por desconectarse de la voz estridente y ampulosa de la maestra. Lloth tendría que leer su corazón y comprender.

La conferencia acabó por fin. Nada tan penoso podía durar eternamente, observó la joven en tono burlón, y abandonó veloz la sala con una nada decorosa precipitación. La siguiente lección fue mucho más de su gusto: el estudio de los

planos inferiores. Tal vez no era libre para explorar la Antípoda Oscura o pasear por la ciudad en compañía de sus jueguistas camaradas, pero estaba aprendiendo a examinar otros mundos. ¡Y allí había un gran potencial!

Liriel juró que exploraría por los planos aquel mismo año. Tenía mucho que aprender antes de que fuera posible, pero el proceso era una parte del viaje.

Así pues, mientras sus compañeras de primer año iban a tomar su comida del mediodía, ella regresó presurosa a su habitación para recoger sus rollos de pergamino y su cuenco de visión. Era un recipiente redondo y negro, y perfectamente liso, y serviría hasta que pudiera hacerse con otro creado más a su gusto. Había un excelente artesano en el barrio Hacinas que podía tallar un cuenco de una única pieza de obsidiana y engastarlo en un soporte de plata grabado con runas y escenas de honra a Lloth. Por un momento Liriel se preguntó qué podría suceder si se dejara tal cuenco en la guarida de Zz'Pzora durante un tiempo para que absorbiera la magia de la Antípoda Oscura. Sus ojos bailaron al pensar en qué criaturas podría convocar y qué travesuras podrían realizar juntas.

Entonces la joven drow vio su puerta reventada y su alegre estado de ánimo se disipó como un fuego fatuo agotado. Se aproximó con cautela, lista para lanzar una esfera de oscuridad alrededor de cualquiera que pudiera encontrar, pues aquello haría ir más despacio al intruso y le daría unas décimas de segundo para meditar sobre su siguiente acción. Si bien el planteamiento «mátalos a todos y deja que Lloth los clasifique» funcionaba a la perfección en todas partes, la Academia poseía su propia jerarquía y una telaraña de intrigas que ella no comprendía por completo aún. No sería sensato, por ejemplo, atacar a alguien que registrara su habitación siguiendo órdenes de la maestra Zeld.

Liriel se ahorró la necesidad de atacar, ya que encontró la estancia vacía. Un débil y revelador aroma flotaba aún en el aire y sus labios se curvaron en una dura sonrisita. Podrían pasar todavía algunos días antes de que Shakti Hunzrin se diera cuenta de que era ella precisamente el origen del acre olor. Gracias a un sortilegio preparado especialmente para ella, aquella miserable especie de rote exudaría el hedor a estiércol por todos sus poros hasta que Liriel se cansara del juego y eliminara el hechizo. Entre tanto, aquel invisible rastro a abono le proporcionaba una divertida forma de seguir de cerca las idas y venidas de su adversaria.

Lo primero que hizo la joven fue dirigirse a su arcón de libros. Con gran alivio por su parte, comprobó que la cerradura seguía intacta. Shakti había estado más interesada en curiosear en su armario. Una imagen de la corpulenta sacerdotisa paseándose vestida con algunas de sus galas más atrevidas pasó por la mente de Liriel y ésta lanzó una sonora carcajada.

Se calmó bruscamente y examinó los daños. En teoría, debería informar a la maestra Zeld sobre la intrusión y hacer que la Academia reparara la puerta de

inmediato. Sin embargo, eso daría pie a una investigación, y algunas cosas era mejor dejarlas sin aclarar, ya que incluso aunque quisiera denunciar a Shakti, hacerlo podría concentrar una excesiva atención en sus recientes actividades. No, había decidido que haría algo mejor.

Liriel descendió a toda prisa a las cocinas a reclutar algo de mano de obra y, mientras se encaminaba a las estancias con aspecto de mazmorras de los niveles inferiores, reflexionó sobre su reciente racha de travesuras. En un rincón de su mente, la joven reconocía ser una privilegiada a la que se consentían muchas cosas y que había llevado una vida muy distinta de la que conocían muchas drows de Menzoberranzan. Pero su afortunada existencia había finalizado y las diabluras habían sido un último —y tenía que admitir que peligroso— intento de negar esa realidad. El descarado ataque de Shakti indicaba que había ido demasiado lejos. Liriel no tenía intención de iniciar una guerra y decidió actuar con más discreción a partir de ese momento. Había visto las estatuas de obsidiana del patio de la Academia —lo único que quedaba de estudiantes que habían dado un paso en falso— y no deseaba unirse a ellas.

La hora de la comida del mediodía había pasado y las subterráneas cocinas estaban tranquilas. Allí, hundida hasta los codos en un enorme recipiente de agua jabonosa, había una ogresa. La criatura tenía dos veces el tamaño de la delgada drow y parecía hecha para inspirar una repugnancia teñida de temor; los músculos se hinchaban bajo la correosa piel de la ogresa, y unos colmillos afilados se alzaban al exterior desde su mandíbula inferior. El rostro del ser mostraba una hosca expresión de odio. Vestida tan sólo con un delantal de cuero, la sirvienta atacaba las cacerolas con una ferocidad que sugería una venganza mortal contra la suciedad.

Bandejas de pescado crudo cortado en rodajas descansaban sobre una mesa, listas para ser condimentadas y servidas en la cena. La drow eligió un bocado atrayente y se lo metió en la boca, luego dedicó una sonrisa de camaradería a la otra ocupante de la cocina.

—Chirank, tengo otro trabajo para ti.

—Si Chirank hace trabajo, ¿qué das tú esta vez? —inquirió la otra con un ronco gruñido, al tiempo que se le iluminaba el rostro.

Liriel le mostró una gran moneda de oro. La ogresa agarró la moneda con una zarpa llena de jabón y la mordió con fuerza; luego contempló las profundas marcas de dientes con satisfacción y gruñó alegremente.

Al comprobar que el trato se había cerrado, la drow dio un paso al frente.

—¿Recuerdas dónde está mi habitación?... Estupendo. Hubo una especie de batalla y necesito que alguien lo limpie todo enseguida.

—¿Mucha sangre? ¿Cadáveres drows? —preguntó Chirank esperanzada.

—Esta vez no —respondió la elfa oscura en tono seco—. Lo único que se

necesita es un poco de limpieza general. Luego está la pequeña cuestión de la puerta desaparecida.

—Chirank no llevar —protestó la ogresa, poniéndose a la defensiva.

—Claro que no. Pero ¿podrías si quisieras?

La ogresa se encogió de hombros y sus ojos de bestia adoptaron una expresión cautelosa.

—¿Recuerdas la habitación en la que pusiste el estiércol de rote? —Liriel se acercó un paso—. Quiero que vayas allí, robes la puerta, y la cuelgues en mi dintel. También tendrás que reemplazar la cerradura.

—Difícil de hacer —repuso Chirank.

La elfa alzó otras dos monedas.

—Tú y yo sabemos que puedes forzar cerraduras con la misma rapidez que cualquier halfling. Nadie te verá, lo prometo.

—¿Harás que Chirank vuelva a tener aspecto de drow? —inquirió la ogresa con una mezcla de temor y fascinación.

Liriel lo meditó. No era una mala idea. Aunque Chirank era una esclava doméstica y se la podía enviar tranquilamente a los alojamientos de las alumnas para hacer algún que otro recado, su presencia podría atraer una atención no deseada. De modo que la joven conjuró rápidamente la ilusión que hacía que la enorme criatura pareciera una delicada elfa vestida con la ondulante túnica de una gran sacerdotisa; luego frunció los labios y observó el efecto general.

—Sujeta esa cuchara de allí —sugirió, señalando un largo cucharón de metal que se secaba en un escurrerplatos.

En cuanto la ogresa hizo lo que le ordenaba, Liriel moldeó el conjuro para obtener una segunda ilusión y el cucharón de Chirank se convirtió en el látigo de cabeza de serpiente que tanto gustaba a las sacerdotisas. Este resultaba particularmente espantoso, con cuatro cabezas que se retorcían enfurecidas y un mango en forma de hueso ahumado. La ogresa lanzó un alarido y soltó el látigo, que cayó al suelo de piedra con un metálico tintineo.

—¿Oyes eso? No es más que un cucharón —la tranquilizó la joven—. Si llevas eso y además andas deprisa, nadie permanecerá cerca de ti el tiempo suficiente para darse cuenta que no reconoce el rostro que llevas.

El razonamiento de la drow tenía sentido. Todo el mundo en la Academia, desde los esclavos más humildes a los alumnos más aventajados, evitaba a una enfurecida gran sacerdotisa con un látigo en la mano. Chirank se inclinó y recogió con cuidado el ondulante látigo; luego lo golpeó contra su recipiente de lavar un par de veces para asegurarse de que no era en realidad otra cosa que un cucharón inofensivo. Finalmente asintió, a todas luces impresionada.

—Tú tienes esta magia, ¿por qué necesitas a Chirank? —preguntó con toda la

razón del mundo—. Esa drow Shakti te temerá, si esta magia usas.

—Digamos que prefiero pasar desapercibida —contestó Liriel.

La ogresa gruñó, comprendiendo. Ella sabía muy bien lo sensato que era mantenerse fuera de la vista todo lo posible, pero, aun así, haría todo lo que la pequeña drow le pidiera, esta vez y cualquier otra. Aquella drow la trataba como a una hermana de manada. No confiaban la una en la otra, pero trabajaban juntas para robar y por venganza, y aquello era lo más cerca del hogar que Chirank conseguiría volver a estar jamás. Y con el oro que la elfa oscura le daba podría hacer entrar una daga clandestinamente. A los ogros no se les permitía manejar ninguna clase de utensilios afilados, y por un buen motivo. Chirank era una esclava y sin duda pasaría el resto de sus días trabajando para las sacerdotisas elfas oscuras, pero cuando muriera lo haría con una muerte de ogro y su cuerpo quedaría cubierto con la sangre de muchos drows.

La ogresa sonrió con tal ferocidad que sus colmillos perforaron la mágica ilusión y brillaron sobre su rostro de drow.

—Hora de hacer una incursión —gruñó alegremente.

Otros mundos

Más tarde aquel mismo día, Liriel se retiró a su recién reparada y cuidadosamente barrida habitación para ocuparse de sus estudios. Había encontrado un rollo de pergamino interesante en las profundidades de la biblioteca de Arach-Tinilith que ofrecía un conjuro para visitar un portal a otro plano. Era un conjuro sumamente difícil, uno que forzaría sus habilidades al límite y más allá, y la joven estaba sumida en el examen del pergamino cuando sonó un tímido golpe en su puerta robada.

Su concentración se rompió y sintió un estallido de dolor tras los párpados. Maldijo enfurecida y se frotó los ojos con los puños. Si hubiera estado intentando lanzar el conjuro y perdido la concentración, la reacción mágica podría haberla matado. ¿Quién podría haber sido tan estúpido para interrumpirla en un momento así? La hora de estudio era sacrosanta y durante ese tiempo no se permitía a ninguna sacerdotisa molestar a otra. Sin embargo, volvió a oírse la débil llamada.

Liriel apartó la silla y fue a la puerta con paso airado. Se inclinó junto a la rendija y siseó:

—Será mejor que merezca el dolor que planeo infligir. ¿Quién es?

—Soy yo —llegó la ahogada respuesta en una familiar y quejumbrosa voz masculina—. Déjame entrar, Liriel, antes de que aparezca alguien.

—¿Kharza? —masculló, sobresaltada por la inesperada visita de su tutor. Abrió la puerta de golpe y, agarrando al hechicero por la manga, lo arrastró al interior.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido! ¡No vas a creer lo que estoy aprendiendo a hacer! —exclamó la joven, llena de alegría. Su enojo había quedado olvidado por completo; ahora que Kharza-kzad estaba allí, podría ayudarla con su nuevo conjuro. Cogió el pergamino de su escritorio y lo agitó ante él—. ¡Esto me permitirá ver otros planos! ¿Por qué no estudiamos nunca tales cosas?

—Las sacerdotisas drows extraen su poder de sus aliados en los planos inferiores. Como sabes, un hechicero tiene otras fuentes de poder —respondió él, jugueteando distraídamente con la manga de su túnica—. Casi nunca invocamos el poder y los servicios de las criaturas abismales y tampoco resulta tan entretenida su contemplación.

Liriel sonrió de oreja a oreja y se dejó caer sobre un montón de almohadones.

—De todos modos, puedes ayudarme a aprender este conjuro. Siéntate, Kharza, y deja de jugar. Me pones nerviosa.

El hechicero sacudió la cabeza con tanta energía que los finos mechones blancos

de sus cabellos se alborotaron.

—No puedo quedarme mucho tiempo. Sólo quería traerte esto. —Sacó un pequeño libro de tapas oscuras de su manga y se lo entregó.

Intrigada, Liriel lo abrió y alzó para capturar la tenue luz de la vela. En las páginas de amarillento pergamino había runas extrañas, angulosas como las del lenguaje drow, pero más simples y dibujadas de un modo tosco.

—¿Qué es esto?

—Una curiosidad con la que me tropecé —explicó Kharzad, hablando a toda velocidad como si lo hubiera ensayado—. Un comerciante que conozco me vendió una caja de libros. Algunos de ellos eran valiosos, otros sólo interesantes. Me temo que éste pertenece a estos últimos, sin embargo pensé que podría gustarte, sabiendo lo insaciable que eres.

—No lo sabes bien. —La joven le lanzó una burlona mirada de soslayo.

—El orgullo de un viejo drow es su perdición —suspiró el otro, citando pesaroso una conocida expresión—. ¿Jamás olvidarás mi lamentable falta de discreción, verdad, ni te cansarás de atormentarme?

—Probablemente no —asintió ella, divertida, y luego se inclinó sobre su nuevo tesoro.

El desconocido idioma no era una barrera: un sencillo hechizo transmutó las marcas parecidas a garabatos en elegante escritura drow. Liriel hojeó unas cuantas páginas, luego alzó una mirada llena de incredulidad hacia su tutor.

—¡Este libro procede de la superficie!

—Sí, ya pensé que podría ser —repuso él, removiéndose inquieto.

—Contiene relatos sobre un pueblo llamado los rus, sus héroes y sus dioses. Se menciona algo sobre magia con runas. ¿Qué es eso?

—Ya sabes que las runas y los glifos se pueden hechizar y usar como defensas.

—Sí, sí —le interrumpió ella, impaciente—. Pero esto es algo distinto. Esto es una magia lanzada mediante la creación de nuevas runas. ¿Cómo se hace eso?

—Oh, eso, no lo sé, pero suena demasiado fácil para resultar poderoso. —Kharzad desechó la idea con un gesto despectivo—. Los magos humanos casi nunca, si es que lo consiguen alguna vez, alcanzan el nivel de poder que conocemos aquí abajo. Yo no malgastaría el tiempo en el sistema mágico de una cultura humana ya desaparecida. Pensé que el libro podría ayudarte de algún modo a satisfacer tu anhelo de lugares lejanos durante el tiempo que permanezcas confinada en Arach-Tinilith. —Se encogió de hombros como disculpándose—. Parece que no era necesario en realidad. No tenía ni idea de que fueras a estudiar otros mundos tan pronto.

—No importa. —La sonrisa de la joven fue resplandeciente—. El libro es fantástico y leeré cada palabra. El hecho de que pensaras en mí ya es un regalo.

Kharza-kzad carraspeó nervioso.

—En ese caso debería regresar a la Torre de los Hechizos Xorlarrin. Si no tienes ninguna objeción, conjuraré el mismo portal que usaste para entrar en mi estudio.

—¿Por qué no viniste por ese camino en primer lugar, en vez de deslizarte por los pasillos?

—No copié el hechizo de tu libro. Y, no obstante los rumores en contra, no sabía dónde se encontraba tu habitación —repuso con un inesperado toque de tosco sentido del humor—. Sin un punto de destino concreto en la mente, los viajes mágicos pueden ser peligrosos e imprevisibles.

—Desde luego. Podrías haber acabado compartiendo un baño de espuma con la maestra Zeld —murmuró ella, con expresión engañosamente seria.

—Sí. Ejem. Bueno. —El hechicero vaciló y las arrugas de preocupación se intensificaron en una expresión que bordeaba el pánico—. Si lo deseas, puedo convertir ese portal en permanente de modo que puedas entrar en la Torre de los Hechizos siempre que quieras. Entonces podré continuar ayudándote con tus estudios mágicos y hacerte llegar fácilmente los materiales y artículos que necesites, siempre que lo deseas. —Las palabras surgieron a borbotones y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro mientras aguardaba su respuesta.

A Liriel se le heló la sonrisa. Aunque el regalo de un libro había parecido totalmente sincero, tan extravagante generosidad por parte del hechicero sencillamente no sonaba auténtica. Kharza-kzad era cauteloso, irritable y solitario por naturaleza. No sentía afecto por los alumnos y pasaba más tiempo investigando hechizos y creando varitas que enseñando en Sorcere; su título de maestro era más bien honorario. El único motivo por el que había aceptado ser su tutor había sido el nombre y la influencia de su padre. A Kharza tampoco le gustaba correr riesgos y sin embargo allí estaba, ofreciendo saltarse las reglas de Tier Breche para seguir con su instrucción. El viejo drow llevaba un doble juego, de eso Liriel no tenía la menor duda. Pero, al fin y al cabo, eso lo hacían también todos. Mientras ella actuara con precaución, no veía ningún motivo para no aceptar lo que le ofrecía.

—Muy amable por tu parte, Kharza —respondió—. Intentan mantenerme muy ocupada aquí, pero estoy segura de que podré escabullirme antes de que pase mucho tiempo.

—Sí. Bien. Ya sabes dónde encontrarme.

Las manos del hechicero se movieron veloces efectuando los ademanes del conjuro y un tenue portal ovalado apareció en la habitación. Dio a Liriel la palabra de poder que activaría la puerta y luego salió por ella hacia la libertad de Menzoberranzan.

Una vez sola, la muchacha suspiró profundamente. Si Kharza buscaba deliberadamente vengarse por sus burlas, ése habría sido un modo genial de hacerlo, pues saber que la forma, de escapar la tenía en una sola palabra habría sido toda una

tortura para la inquieta joven. Su padre le había dado un libro de conjuros para que pudiera abandonar la Academia si era necesario, pero más tarde le había recalado la necesidad de utilizar tales conjuros con extrema discreción. Lo que probablemente quería indicarle con eso era que sólo tenía que usarlos cuando él lo ordenara, se dijo con un arrebató de rebelde cólera. Pero tenía el suficiente sentido común para comprender el riesgo que implicaba y correrlo sólo por una buena causa.

Encendió otra vela con la llama de un cabo casi consumido y luego se acomodó ante su mesa para leer. El libro que Kharza le había dado era muy viejo, y los relatos simples y bastante pintorescos. Eran historias sobre unas gentes de temperamento inquieto que hacía mucho tiempo se pusieron a navegar en chalupas por mares y ríos, primero para saquear y aterrorizar, y posteriormente para establecerse. Sin embargo había una energía, un amor por la aventura, que resonaba en cada página, y Liriel leyó hasta bien entrada la noche, encendiendo una valiosa vela tras otra.

Jamás había pensado mucho en los humanos, pero aquellos relatos le fascinaron. En aquellas hojas amarillentas había historias sobre héroes audaces, animales extraños y feroces, poderosos dioses primitivos, y una magia que era parte y tejido de esa tierra lejana. Liriel estudió detenidamente cada palabra, absorbiendo el lenguaje de aquel tiempo tan remoto, el modo de pensar de la gente, y su extraña magia. Su entusiasmo fue en aumento a cada página.

El concepto de magia con runas resultaba fascinante. Algunas runas eran sencillas y podían enseñarse; otras eran únicas y profundamente personales. Un conjurador, descubrió, tenía que dar forma a la runa antes de que pudiera ser usada mágicamente. El proceso recibía el nombre de «modelado». Se llevaba a cabo en tres fases: planeado, tallado y activación. En el curso de un viaje, o como resultado de una misión o aventura, una runa adquiría forma poco a poco en la mente de su conjurador, y sólo cuando la runa resultaba comprensible por completo podía ser tallada. Muchos conjuros especificaban la clase de superficie requerida. Una runa sencilla para acelerar la curación, por ejemplo, debía tallarse en la rama de un árbol llamado roble.

—¿Qué es un árbol? —murmuró Liriel, y a continuación prosiguió con su estudio.

El paso final cargaba la runa de poder mediante su unción o el recitado de las frases de un hechizo. Esta fase también parecía ser sumamente personal; ningún rollo de pergamino comprado facilitaría el secreto. Liriel asintió pensativa mientras lo absorbía todo. Kharza tenía razón: en un primer examen, la magia con runas parecía ridículamente simple. Sin embargo exigía algo a quien la usaba. La magia provenía de un viaje, tanto si era un viaje de la mente o la misión de un peregrino aventurero.

Un viaje. Una grandiosa misión.

Una oleada de añoranza la sacudió con la fuerza de un puñetazo. Eso, comprendió de improvisó, era lo que había ansiado toda su vida. Eso es lo que había provocado

todas aquellas incursiones en la Antípoda Oscura y el interminable revoloteo social por la ciudad. Era una viajera nata, atrapada entre seres que se contentaban con vivir y morir en una caverna que medía tan sólo tres kilómetros de anchura. Por maravillosa que pudiera ser Menzoberranzan, era un lugar pequeño para alguien como ella.

Liriel enterró la cabeza entre las manos y se esforzó por no chillar. La joven jamás había conocido la desesperación, pero ésta cayó sobre ella, y también se estrecharon las paredes de su habitación hasta amenazar con engullir la luz de la vela.

Entonces, con la misma rapidez con que había aparecido, el momento se esfumó, ahuyentado de su mente por un audaz plan. La joven levantó los ojos despacio hacia su cuenco de visión.

«¿Por qué no?», pensó, rebelde. Si se le permitía echar un vistazo al Abismo y estudiar sus criaturas y funestos secretos, ¿por qué no debía aprender más sobre su propio mundo? Tal vez en alguna parte de las Tierras de la Luz, descendientes de los rus vivían con el mismo enérgico y pendenciero espíritu despreocupado que había vislumbrado en aquel viejo libro. ¿Por qué no encontrarlos y estudiar sus costumbres?

Le pasó por la cabeza que incluso aquello podría no ser suficiente, pero al instante apartó a un lado tal pensamiento y cogió rápidamente su precioso rollo de pergamino. Había aprendido a tomar lo que la vida le ofrecía sin reflexionar en exceso sobre lo que no tenía.

Así pues, la elfa oscura encendió otra vela más y empezó a estudiar cómo podría abrir una ventana a las Tierras de la Luz.

Fyodor no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba vagando por la Antípoda Oscura, pues allí incluso el tiempo parecía distorsionado e irreal. No era sólo que se encontrara muy por debajo de la superficie, lejos de los reconfortantes ritmos del sol y la luna. La constante sensación de alerta con los nervios a flor de piel necesaria para mantenerse con vida concedía a cada instante una increíble claridad, de modo que cada uno permanecía en su mente hasta mucho después de que hubiera debido dejar paso al siguiente. En cierto modo, aquel transcurrir más lento del tiempo era como lo que experimentaba durante el frenesí enloquecido y resultaba casi igual de agotador.

Había llevado consigo a la Antípoda Oscura comida y agua suficientes para dos días, y aunque había comido y bebido con moderación, ambas cosas estaban casi agotadas. Peor aún, su provisión de antorchas empezaba a acabarse y no había visto nada en aquel lugar que diera la impresión de poder arder, lo cual era un problema; pues mientras tuviera luz, Fyodor podía seguir el rastro de los ladrones drow. Se enfrentaba a una dura elección: seguir adelante o hallar un camino de vuelta a la superficie para conseguir las provisiones que necesitaba para volverlo a probar.

Fyodor siguió adelante. El rastreo era complejo y si titubeaba ahora tal vez jamás

encontraría las huellas. Aunque eran cinco drows, andaban con paso ligero, y cualquier rastro era difícil de seguir en un terreno tan distinto al de su propia tierra.

Mientras reflexionaba sobre las dificultades de su misión, no se le ocurrió preguntarse qué haría cuando encontrara a los elfos oscuros. Sabía lo que podía hacer y esa información lo espoleó.

En su país, famoso por sus guerreros enloquecidos, Fyodor era un campeón. Era respetado en su tierra y ya se hablaba de convertirlo en un *fang*, un caudillo a cargo de un grupo de guerreros. Le respetaban, pero también le temían por lo que era y él temía aquello en lo que podía llegar a convertirse.

Una de las magias más incomprendidas de los rashemitas implicaba la destilación de *dejhuild*, una libación tan potente que era denominada comúnmente —y con toda razón— «vino de fuego». Una versión menos potente se destilaba para su comercio, pero era sin duda alguna un gusto adquirido, uno que pocos extranjeros deseaban contraer. Cada guerrero enloquecido llevaba consigo un frasco que contenía una inacabable provisión de *jhuild* y bebía de él de vez en cuando sin mayores efectos que los que se esperarían de cualquier potente bebida destilada. Pero antes de la batalla, el *jhuild* se usaba en un ritual que inflamaba las pasiones y llevaba a los guerreros a un nivel inconcebible de destreza y ferocidad. Eso era algo que se enseñaba a hacer a los rashemitas desde el momento en que nacían y nadie que no hubiera tenido ese adiestramiento podía provocar con éxito un frenesí combativo.

A diferencia de sus camaradas guerreros, Fyodor era un enloquecido nato y la furia se adueñaba de él sin necesidad de *dejhuild* o ceremonial. Combatía con mayor ferocidad que sus hermanos, pero sin su control. Mientras duraba la furia, no podía usar estrategias ni cambiar sus tácticas para ayudar o proteger a los otros rashemitas. Lo único que podía hacer era atacar, masacrar a sus adversarios hasta que no quedaba ninguno y algún día eso significaría su muerte, Fyodor estaba seguro. Sin embargo, no era la muerte lo que temía; su mayor temor era que llegaría el día en que sería incapaz de distinguir al amigo del enemigo.

La batalla en el claro del bosque le preocupaba, ya que antes de aquella noche había combatido sólo para proteger a su gente y su tierra. ¡Ahora se había sumido en el frenesí batallador para salvar a una banda de ladrones drows! Qué sería lo siguiente: ¿se uniría a los magos de Thay en sus asaltos a los círculos de las torres de las Brujas de Rashemen? No, era mucho mejor que muriera allí, en ese país subterráneo y lejano.

El sendero ante él se alzó pronunciada e inopinadamente. Fyodor trepó a lo alto de la cuesta y alzó bien alta la antorcha. Más allá, el túnel se hundía y describía una curva cerrada a la derecha. Con sorpresa, vio que una tenue luz brotaba del pasadizo.

Con sumo cuidado, con todo el silencio de que era capaz, se arrastró hacia la luz. El sonido de agua que goteaba aumentó a medida que avanzaba y el aire se tornó

húmedo como una marisma en primavera. Cuando por fin dobló el recodo, lo que vio le cortó la respiración.

Se encontraba en otra caverna. Era más pequeña que la anterior, pero más extraña que cualquier cosa que hubiera visto jamás. Los muros estaban húmedos y en ellos crecían, en formaciones de aspecto curioso, brotes de musgo y hongos que brillaban en luminiscentes tonos morados y azules. La luz se reflejaba en la húmeda roca negra e inundaba toda la cueva con aquel extraño color. Fyodor extendió la mano; incluso su piel parecía relucir de un modo raro en la tenue luz azulada.

El joven guerrero aspiró con fuerza y miró en derredor. Había llegado a considerar la Antípoda Oscura poco más que una colmena de roca maciza, pero en aquella caverna crecía una sorprendente variedad de plantas. Rizados helechos azul oscuro rodeaban un pequeño estanque, y musgo de un pálido tono plateado colgaba, como un velo de encaje, en elegantes pliegues del techo de la gruta. No muy lejos, bajo un saliente, crecían agrupaciones de hongos. Fyodor se agachó para observarlos con más atención.

Jamás había visto setas con tales colores ni formas tan curiosas; algunas se parecían a las de los bosques de su hogar, excepto que eran mucho mayores y de un fuerte tono violeta. Otras eran más etéreas, con tallos delicados y finos bordes estriados que parecía que iban a desmenuzarse si se tocaban. Había pedos de lobo, envueltos de carmesí y azul lavanda, y blanquecinos champiñones que se alzaban como robustos y bajos centinelas.

Fyodor decidió que podía intentar comer alguna de las curiosas plantas, pero sólo como alternativa a la muerte por inanición. Incluso en su país las setas llevaban veneno; ¿quién podía decir qué efectos podrían tener aquellas extrañas plantas? Al menos los blanquecinos y gruesos champiñones resultaban algo familiares; si llegaba el momento, probaría esos primero. Alargó la mano para tocar uno, y el champiñón se echó hacia atrás y profirió un agudo y siseante alarido.

Fyodor apartó la mano al instante.

—Las setas chillan —masculló, incrédulo.

A saber qué tendrían que decir los helechos. No le interesaba averiguarlo, pero había agua más allá del macizo de plantas y no podía permitirse despreciarla.

Vadeó por entre los rizados helechos sin incidentes, luego se detuvo en seco. Los huesos de algún viajero muerto hacía mucho tiempo yacía medio dentro medio fuera del agua. Pero ¡qué huesos! Parecían los restos de un lagarto, aunque el esqueleto tenía el tamaño de un corcel de guerra; más extraño aún era que restos de cuero podrido y pedazos de metal descansaban alrededor de los enormes huesos. Fyodor se inclinó para verlos mejor. El esqueleto estaba intacto, a excepción de un hueso roto en una pata.

El guerrero meneó la cabeza al comprender lo que debía de haber sucedido.

Alguien había usado aquella especie de lagarto como montura y, cuando la pata se rompió, el inútil animal fue abandonado, negándole incluso el don de la muerte. Fyodor pensó en *Sasha* y se preguntó qué clase de ser podía tratar a una montura fiel de ese modo.

Se inclinó para beber agua y supo al instante cómo le había llegado finalmente la muerte a la desesperada criatura. El agua desprendía un leve olor mineral. Fyodor sumergió la mano y la olió. En una ocasión anterior ya había oído la cal, fue durante una época en que la peste se llevó a muchos de los habitantes de su poblado y jamás olvidaría aquel terrible verano, ni el aroma de la cal al ser espolvoreada en el interior de la única y enorme fosa. Se puso en pie y se alejó del mortífero estanque.

Fyodor paseó la mirada por la caverna. El agua discurría en arroyuelos por las paredes y un goteo más fuerte resonaba por el lugar procedente de túneles situados más allá. Seguramente no todos los afluentes del estanque serían venenosos y como él tenía que encontrar agua pronto, sin duda ésa era su mejor oportunidad de hacerlo. Sin embargo, los túneles eran tan sinuosos que el agua que oía con más claridad tanto podía estar al girar la esquina como a un día de camino. Lo mejor que podía hacer, decidió, era continuar siguiendo a los ladrones drows, porque ellos también necesitarían agua, y a lo mejor lo conducirían hasta ella. Así pues, examinó rápidamente los pasadizos que abandonaban la caverna y encontró las huellas del paso de botas elfas.

El luminoso resplandor azul se desvaneció cuando dejó atrás la cueva, y la pálida luz de su antorcha pareció pura y saludable en comparación. El sendero que seguía era estrecho y empinado, y no tardó en tener que esforzarse para respirar en el enrarecido y extraño aire. Al poco rato de andar localizó el agua. Una pequeña cascada se derramaba desde un rocoso nicho, esparciendo sus gotas sobre un arroyo poco profundo y veloz. El agua seguía el sendero unos pocos pasos, luego desaparecía por un agujero en el suelo del túnel. Sobre la abertura, tendida de un extremo del túnel al otro, colgaba una enorme telaraña. Las gotas atrapadas allí reflejaron la luz de la antorcha de Fyodor y convirtieron la tela en un millar de prismas con los colores del arco iris. El joven observó la presencia de unos cuantos insectos diminutos que pasaban rozando la superficie del arroyo, lo que era indicio de que el agua era potable, y probó el agua, que encontró dulce.

El guerrero se arrojó al suelo y bebió con avidez, luego, lanzando un suspiro de satisfacción y alivio, alargó la mano hacia su cantimplora. Su mano se frenó en seco, y se maldijo diciéndose que era un completo idiota. Donde había telarañas, por lo general había arañas, y él se había aproximado a la gigantesca tela con tan poco sentido común como una mosca. Cara a cara con la araña más grande que había visto jamás, Fyodor comprendió lo que debía sentir una mosca atrapada.

La cabeza de la araña era casi tan grande como el puño de un hombre, y bajo la

débil luz de la antorcha su peludo y redondeado abdomen negro resplandecía como el de un bien acicalado gato casero. La criatura completa debía de medir casi un metro de anchura, y sus ocho enormes patas estaban dobladas en una tensa posición acucillada.

El rostro sobresaltado de Fyodor contempló a éste, reflejado mil veces en los ojos múltiples de la criatura. El horror que esperaba sentir no llegó; al contrario de la criatura-escorpión, aquel ser no era una bestia estúpida y voraz, sino que mostraba una apariencia de vigilante inteligencia. El ser estaba claramente tan interesado en él como el guerrero en el arácnido, y se mostraba igual de cauteloso. Despacio, en silencio, la araña gigante retrocedió, moviendo una pata cada vez, y cuando estuvo fuera de su alcance profirió un bajo y chirriante sonido y empezó a elevarse en el aire.

Fyodor observó con asombro cómo el animal se deslizaba hacia arriba por un hilo de seda. Había visto a arañas hacer aquello muchas veces en su mundo, pero nunca había advertido la gracia y elegancia del silencioso vuelo. Resultaba extraño que una criatura tan grande pudiera moverse por un sendero tan fino; y más extraño aún, que el gigantesco arácnido desapareciera sencillamente en mitad del vuelo, mucho antes de haber alcanzado el techo del túnel.

¿Tendría poderes mágicos? Reflexionó. Si las setas de aquel lugar podían chillar, a lo mejor una araña podía utilizar magia.

O tal vez obedecía a alguien que sí podía.

La idea espoleó al joven a actuar. Llenó con rapidez su cantimplora y echó a correr por el túnel. Si aquella araña era alguna especie de mensajero, su presencia en aquel lugar no tardaría en ser conocida; y si no recuperaba el amuleto pronto, sin duda moriría en aquel mundo de pesadilla. Por encima de todo, no debía perder la cabeza.

Eso al menos sí lo sabía: la Antípoda Oscura no era sitio para los que soñaban.

La noche se había consumido casi antes de que Liriel sintiera que estaba lista para probar el conjuro. Primero encendió varias velas y las colocó alrededor de los bordes del cuenco de visión, pues una imagen conjurada carecía de calor y, por lo tanto, no podía ser contemplada sin luz. Llenó el cuenco de agua y, en lugar de la sustancia pulverizada que pedía el hechizo, rompió una esquina de una de las viejas páginas de su libro y la arrugó en el agua.

Salmodiando, pronunció las palabras del conjuro. El agua se arremolinó con fuerza, luego se inmovilizó adquiriendo un brillante color negro. La joven se inclinó impaciente sobre el cuenco.

En su interior vio agua, una gran extensión de agua, que se elevaba y descendía en olas de blancas crestas. «Un mar», pensó emocionada. Había oído hablar de tales cosas. Aquel mar era maravilloso, tan grande y despejado, y lleno de posibilidades. El

agua subía y bajaba a pesar de no haber rocas ni rápidos visibles que explicaran el movimiento, y hendiendo las embravecidas aguas se encontraba el bote más grande y extraño que había contemplado nunca.

La embarcación era larga y estrecha, construida con una gruesa sustancia pálida y coronada con enormes alas blancas que se curvaban con fuerza a un lado. Las alas no se movían, pero el bote navegaba sobre las aguas con fascinante rapidez, lanzando al aire chorros de blanca espuma al atravesar las olas. Lo más pasmoso de todo era la proa de la nave, que estaba toscamente tallada con la forma de la cabeza de un dragón.

De modo que todavía vivían descendientes de los rus, se maravilló Liriel, y todavía cruzaban los mares para realizar largas travesías con sus naves. ¿Adonde podrían conducirla las alas de ese dragón, se dijo anhelante, si pudiera viajar con los inquietos humanos? Se inclinó más, asiendo los costados del cuenco de visión con ambas manos mientras devoraba la imagen que tenía ante ella.

La embarcación viró bruscamente. Las blancas alas revolotearon un instante y luego se tensaron con fuerza hacia el otro lado. Justo al frente, visible por encima del dragón rampante de la proa, había una isla, sus bordes oscurecidos por la bruma y la espuma. Liriel sabía lo que eran las islas, pues incluso en la ciudad existían pequeños islotes de roca y tierra en el lago Donigarten. Pero ese lugar se parecía tanto a los pastos de los rotes como el negro y melancólico Donigarten a aquel mar. La isla era inmensa, con una orilla salpicaba de rocas por todas partes y elevados acantilados; y era verde, tan verde que su contemplación hería la vista.

La isla se fue acercando cada vez más, pues la embarcación volaba hacia ella con asombrosa velocidad. Una ensenada hizo su aparición, una gran bahía curva resguardada por las plantas más altas y extrañas que la joven había visto jamás. Había muelles y diminutas figuras de gente que aguardaba para dar la bienvenida a los viajeros. Liriel se sintió atraída por aquel puerto del mismo modo que había escuchado la llamada del mar y, sin un parpadeo y apenas sin respirar, mantuvo la mirada fija en el interior del recipiente.

Transcurrieron varios minutos antes de que advirtiera el dolor que ardía detrás de sus ojos. En un principio lo achacó a su intensa concentración; luego se dio cuenta de que el cielo cambiaba de color. El maravilloso y vivido color azul noche se desvanecía para dejar paso a un luminoso color plateado y el mar también cambiaba, transformándose en un brillante gris con toques rosáceos que hería sus ojos. Súbitamente, Liriel comprendió lo que sucedía.

—El amanecer —musitó admirada—. El sol se acerca.

El sol. El inexorable y abrasador enemigo que había derrotado a su gente en la batalla contra los enanos, la luz cegadora que los mantenía prisioneros Abajo. Curiosamente, Liriel no experimentó el temor ni la repugnancia que le habían

enseñado que debía sentir; lo único que sentía era un anhelo irrefrenable de ver tales maravillas con sus propios ojos. Para conseguirlo, daría cualquier cosa, se juró.

Entonces la realidad de su vida regresó a ella con la violencia de una puñalada y la tentadora imagen del cuenco de visión se desvaneció al instante. Liriel se desplomó hacia atrás en su silla.

No, se corrigió a sí misma; por algo así, lo daría todo.

Puede que no temiera al sol, pues sus ojos habían sido preparados para soportar la luz de las velas desde su quinto año de vida; pero Liriel sabía lo que sucedería si salía a las Tierras de la Luz: su oscura magia elfa se consumiría.

Había oído las historias que se explicaban a media voz sobre la desastrosa guerra en la superficie y cómo los hechizos salían mal y los componentes para conjuros se desintegraban con la llegada del amanecer. En la superficie sería vulnerable como no lo había sido nunca y sus innatos poderes drows también se desvanecerían. Liriel suponía que podía vivir sin fuegos fatuos, sin el delicado vuelo de la levitación y sin la *máagicapiwafwi* que le proporcionaba invisibilidad; podría incluso ser capaz de sobrevivir sin la increíble resistencia a los ataques mágicos que era patrimonio de un drow. Suponía que podría vivir, pero llevar una vida así sería como pedirle a un músico que renunciara al sentido del oído, o a un pintor al de la vista.

Sí, tal vez podría realizar su viaje a la luz, pero a costa de su identidad. La oscura magia elfa era más que una colección de conjuros, poderes y armas; era su pasión y su patrimonio. Fluía por sus venas; conformaba cada uno de sus planes y acciones. Con ella, era una drow. Sin ella, ¿qué sería?

Como en sueños, Liriel se levantó de su mesa y tomó el cuenco de visión, que volcó, dejando que el agua se derramara despacio sobre el suelo cubierto de alfombras. Luego arrojó el recipiente a un lado y se dejó caer boca abajo en su lecho.

Por segunda vez en su vida, Liriel deseó llorar. La primera vez fue el día en que perdió a su madre. Ahora lamentaba la pérdida de un mar abierto y de un sueño recién nacido.

La Doncella Oscura

La noche pasada en blanco dejó a Liriel ojerosa y malhumorada. Su humor no mejoró a medida que transcurría la jornada, ni siquiera durante la clase avanzada sobre los planos inferiores. Shakti Hunzrin estaba allí, totalmente empapada en perfume para disfrazar el permanente olor a abono, aunque había sustituido su acostumbrada expresión torva por una sonrisita afectada de autocomplacencia, y siguió cada movimiento de Liriel con mirada especulativa y mesurada. La robusta sacerdotisa tramaba algo, de eso la joven no tenía la menor duda, y aunque la joven Baenre no se sentía excesivamente preocupada, no estaba de humor para ese juego.

Ni tampoco tenía tiempo. La maestra Zeld parecía consagrada a ocupar cada momento de su nueva alumna con dos actividades distintas, preferiblemente en extremos opuestos de la Academia. A la joven se le había suprimido el escaso tiempo libre para que pudiera asistir a más lecciones aún, e incluso, a partir de ese momento, tomaría sus comidas en compañía de un tutor. Asistir a una conferencia sobre las complejidades del protocolo clerical era suficiente para acabar hasta con el apetito de la muchacha, y ésta apartó a un lado la comida, sin haberla probado, a pesar de que el entrante —caracoles picantes al vapor— era uno de sus platos predilectos. Liriel tuvo que correr para cumplir su nuevo horario, y al final del día sus brazos estaban llenos de pergaminos con conjuros y libros sobre costumbres y tradiciones que debía aprender para la siguiente ronda de clases.

Puesto que no era una persona que aceptara el atropello en silencio, Liriel se encaminó al estudio de la maestra Zeld, donde expresó sus inquietudes con su acostumbrada energía.

La maestra permaneció impassible hasta que la princesa Baenre hubo terminado su rimbombante discurso.

—La dama matrona me ordenó que te convirtiera en gran sacerdotisa en un tiempo récord. Tengo mis órdenes —dijo en voz baja y amenazadora— y tú tienes las tuyas.

No había gran cosa que Liriel pudiera decir para contestar a aquello, de modo que se levantó para irse. Sabía que Zeld sospechaba que era la autora de las travesuras y había creído que la maestra se limitaba a mantenerla demasiado ocupada para que no se dedicara a tales diabluras. De haber sido ése el caso, un pequeño recordatorio del apellido de la joven y su paternidad habrían sido suficientes para poner de nuevo en vereda a la maestra; pero puesto que la orden provenía de la matrona Triel, no había

modo de que Liriel pudiera pasarla por alto.

«Estupendo», decidió la muchacha con amargura mientras se dirigía a grandes zancadas hacia su habitación, profusamente cargada con sus tareas. «Me convertiré en gran sacerdotisa antes de los cuarenta y cinco, sirva para lo que sirva, y habré muerto de agotamiento, claro está, ¡pero al menos la casa Baenre tendrá la satisfacción de quemarme con uno de esos látigos de serpiente en la mano!»

Cuando por fin regresó a su dormitorio, la mayoría de las alumnas dormía ya. La puerta de su habitación estaba intacta y cerrada con llave, pero el tenue olor entremezclado de perfume y excrementos de roto flotaba en el pasillo, lo que le indicó que su intimidad había sido invadida de nuevo.

Con un siseo de rabia arrojó a un lado pergaminos y libros, y se inclinó para examinar la cerradura. Una rápida mirada le indicó lo que había sucedido. Chirank no había cambiado la antigua cerradura, como Liriel había indicado, y lo único que Shakti necesitó para entrar en la estancia fue una de sus viejas llaves, ya que a las alumnas no se les permitía atrancar sus puertas con hechizos.

Liriel maldijo a la ogresa por su estupidez, a sí misma por su descuido y al libro que la había mantenido despierta toda la noche con viejas historias y sueños inútiles. Abrió de un tirón la puerta y entró para evaluar los daños.

La cerradura de su cofre de libros mostraba varios arañazos diminutos, como si alguien hubiera intentado forzarla. No obstante, el fino, casi invisible hilo de tela de araña que Liriel había tendido a lo largo de un costado del cofre permanecía intacto. Shakti podía poseer una magia formidable, concedió Liriel, pero tenía mucho que aprender sobre robos. Dentro del armario todo parecía seguir igual que como lo había dejado, pero no dándose por satisfecha con las apariencias, la joven hechicera se cubrió los ojos, y luego lanzó un conjuro que podía dejar al descubierto cualquier acción mágica.

Una esfera de luz azul apareció de improviso alrededor del pulcro montón de prendas de viaje y Liriel alargó la mano para tocar la reluciente bola; no sintió nada, pero en cuanto la yema del dedo atravesó la luz, la esfera reventó tan silenciosamente como una pompa de jabón. Se trataba de una alarma, dispuesta para sonar cuando se tocara el montón de ropa.

De modo que eso era lo que tramaba Shakti, comprendió la joven con un cierto regocijo. La sacerdotisa Hunzrin pensaba pescarla escabullándose fuera de la Academia. Si era eso lo que quería, ¡tendría que hacerlo mejor!

La elfa oscura aguardó hasta que el resplandor azulado del hechizo se apagó. Transcurrieron varios segundos, ya que había muchos pergaminos y objetos mágicos en su habitación y la reveladora luz iluminaba dolorosamente la estancia. Cuando pudo volver a ver sin molestias, registró metódicamente el lugar en busca de cualquier otro regalo que Shakti hubiera podido dejar.

Por fin lo localizó: oculta en los primorosos frunces y pliegues de unas colgaduras había una pequeña gema oval. Era una piedra mediocre de un blanco turbio con motas azules, pero Liriel supo enseguida de qué se trataba. Una gema así se podía hechizar para cualquier propósito y se usaba en ocasiones para ayudar a ver tanto planos lejanos como adversarios cercanos. Esa en concreto era sin duda una especie de mecanismo de visión.

Liriel apretó con fuerza la piedra en su mano mientras decidía qué era lo mejor que podía hacer. Los conjuros necesarios para activar la gema era muy difíciles y ello hizo subir varios puntos su opinión sobre Shakti Hunzrin. Cuando la sacerdotisa no estaba motivada por la rabia ciega, podía resultar una adversaria creíble; tal vez incluso una muy respetable, reflexionó la joven.

Había una tentación oculta en aquel pensamiento y la joven drow la atrapó al vuelo. Una sorda y siniestra risita escapó de sus labios mientras la idea tomaba cuerpo; si Shakti quería pescarla escabullándose de la Academia, ella estaba más que dispuesta a complacerla.

—Muy bien —anunció en voz alta—, que empiece la cacería.

En primer lugar, Liriel conjuró una esfera de oscuridad alrededor de la joya, impidiendo por completo la visión a cualquiera que la espicara. Aquello atraería el interés de su enemiga y daría comienzo al juego. A continuación se vistió rápidamente con sus ropas de viaje y se armó con una variedad de armas pequeñas y prácticos conjuros, además de coger el libro de conjuros que Gomph le había dado, que guardó en la parte superior de su bolsa de viaje. Cuando estuvo lista, Liriel ya había urdido un plan que confería a su escapada un pícaro toque de venganza creativa.

Echándose *supiwafwi* alrededor de los hombros, salió subrepticamente al vestíbulo. La capa mágica podía otorgar invisibilidad a quien la llevara y con sus botas encantadas Liriel andaba tan silenciosamente como una sombra. Tan deprisa como se atrevió a hacerlo, la joven se encaminó hacia los lujosos apartamentos que alojaban a las maestras de Arach-Tinilith.

Una de tales instructoras, una sacerdotisa recientemente ascendida de la casa Faen Tlabbar, tenía fama de poseer, en grado sumo, el lascivo temperamento de las mujeres de aquel clan. La maestra Mod'Vensis Tlabbar casi nunca carecía de compañía, pues tenía a los maestros y alumnos tanto de la escuela de magia como de la academia de lucha a mano, por lo que, en opinión de Liriel, el dormitorio de una hembra Tabblar era un lugar excelente para esconder la joya de visión de Shakti.

Ésa, desde luego, era la parte delicada. Para reforzar su resolución, la muchacha imaginó lo que, probablemente, sucedería al cabo de unas horas. El hechizo que iba a lanzar oscurecería la gema durante varias horas, lo que daría a Shakti tiempo más que suficiente para llevar sus acusaciones y esfera de visión a la maestra Zeld; pero la

escena que aparecería cuando el círculo de oscuridad se desvaneciera sería sin lugar a dudas muy distinta de la que la sacerdotisa Hunzrin había esperado.

Liriel sonrió satisfecha mientras imaginaba cómo la expresión triunfal de Shakti se transformaba en una de contrariedad... y pánico. No envidió a su adversaria la tarea de explicar cómo y por qué se había inmiscuido en la intimidad de la maestra Mod'Vensis. ¡Hacerlo requería una lengua mucho más ágil que la que poseía Shakti!

Con tan agradable pensamiento para darse fuerzas, la joven drow se agazapó y esperó. El inhabitual silencio tras la puerta de la sacerdotisa Tlabbar indicaba que las correrías nocturnas no se habían iniciado aún.

Al poco rato, un apuesto y joven alumno de lucha se deslizó con cautela por los pasillos en dirección a la puerta de Mod'Vensis y Liriel se preguntó por un instante si habría algo de verdad en el rumor sobre que las mujeres Tlabbar elaboraban una poción que provocaba la devoción apasionada de cualquier varón que la tomara. Una buena idea, supuso la joven, si se carecía de tiempo y talento para la seducción más convencional. El comportamiento del joven parecía respaldar el rumor, pues su forma de actuar mientras corría hacia la cita con su amante revelaba más ardor que discreción.

El varón se acercó a la puerta y empezó a golpear con los nudillos en un complicado código. Liriel se arrebujo aún más en *supiwafwi* para que la ayudara a sofocar mejor su sombra de calor. Flexionó los dedos varias veces para darles mayor agilidad, luego se aproximó cautelosamente y, con el sigilo que había aprendido de su doncella —una mediana ratera convertida en esclava—, introdujo la gema de visión en el dobléz de las botas del hombre. La puerta se abrió y unas manos femeninas engalanadas con una manicura letal y una fortuna en joyas salieron al exterior y tiraron violentamente del joven.

Con una amplia sonrisa, Liriel regresó apresuradamente a su propia habitación. Con la ayuda de su cuchillo de hoja fina, reemplazó con rapidez la cerradura de Shakti por la que había tenido ella antes; luego cerró la puerta y colocó una sencilla alarma diseñada por ella misma: una pequeña pirámide de copas apiladas contra la puerta. No resultaría tan efectivo como una protección mágica, desde luego, pero si alguien intentaba abrir la puerta, ¡el ruido atraería al menos una atención no deseada!

Quedaba una cosa por decidir: su destino. Liriel sacó el libro de conjuros de Gomph de su bolsa y lo dejó caer, abierto, sobre su mesa de estudio. Sintióse temeraria y casi mareada por la idea de libertad, cerró los ojos y proyectó el dedo hacia abajo para elegir el conjuro que lanzaría. Bajó la mirada y se cubrió rápidamente la boca con una mano para reprimir un alarido de puro júbilo.

Aquella noche saldría a la superficie.

Pronunció la palabra de poder que activaba el portal de Kharza— *kzad*, y saltó a través de él, para ir a aterrizar a cuatro patas en los aposentos de su tutor en la Torre

de los Hechizos Xorlarrin. Kharza no se hallaba en su estudio a aquella hora, pero siguió el sordo y chirriante sonido de los ronquidos del hechicero hasta su dormitorio.

No todos los elfos oscuros dormían, pero Kharza evidentemente era uno de los que lo hacían. Unos pocos drows todavía descansaban en forma de ensueño elfo, una especie de meditación vigilante, pero con cada siglo que transcurría, aquellos drows menguaban en número. Los elfos oscuros, incapaces ya de encontrar la paz en su interior, necesitaban la inconsciencia del auténtico sueño para descansar. Aquello le iba muy bien a Liriel, pues resultaba mucho más fácil localizar a alguien que roncaba que a alguien que simplemente soñaba.

No tardó en localizar el dormitorio y saltó al lecho de su tutor. Arrodiándose sobre el hechicero, sujetó su camisa de dormir con ambas manos y lo sacudió hasta despertarlo. Kharza salió de su, en absoluto élfica ensoñación, farfullando y despeinado, e inmediatamente buscó a tientas alguna clase de arma.

Liriel volvió a zarandearlo y por fin los ojos del otro se clavaron en su atacante. Su pánico se desvaneció y la exasperación inundó su rostro arrugado.

—¿Qué hora es? —inquirió ella.

—En estas circunstancias —bufó él—, ¿no crees que debería ser yo quien hiciera esa pregunta?

—No. —La joven volvió a zarandearlo con energía—. Arriba, en la superficie, ¿qué hora es allí? ¿A qué hora marca la puesta de sol Narbondel, y cuándo regresa éste?

Emociones encontradas —temor y comprensión— aparecieron en los ojos de Kharza-kzad.

—¿Vas a ir Arriba? Pero ¿por qué?

—Llámalo cacería —respondió la joven drow sin darle importancia; rodó fuera del lecho y se quedó allí de pie, con las manos apoyadas en las caderas—. Bueno, ¿no vas a ayudarme?

El hechicero apartó a un lado las sábanas.

—Debería enviarte de vuelta a Arach-Tinilith —refunfuñó, pero se puso una túnica y la ató a su cintura mientras seguía a su alumna a su estudio.

Aseguró a Liriel que acababa de oscurecer en las Tierras de la Superficie y juntos ensayaron las palabras y ademanes de los conjuros de portales que la joven necesitaría.

—Debo insistir en una cosa —advirtió—. Debes conjurar un portal que localice a otros drows que estén en la superficie. Las Tierras de la Luz están llenas de peligros a los que jamás te has enfrentado. Estarás más segura en compañía de otros drows.

—¿De veras? —repuso ella con hiriente sarcasmo—. Nunca antes había observado que fuera ése el caso.

Kharza no le discutió el comentario.

—Aun así, con tu insignia de la casa Baenre y tu propia, más que considerable, magia, serás bien recibida por cualquier expedición de saqueo o grupo de comerciantes que haya oído hablar de Menzoberranzan. Deberías estar a salvo.

Liriel aceptó de mala gana. Acostumbraba a efectuar casi todas sus exploraciones sola, no quería que su primera visión de las Tierras de la Luz quedara contaminada por la presencia de extraños. Pero, impaciente como estaba por ponerse en marcha, lanzó el conjuro y penetró en el portal.

Al instante se vio arrojada a un túnel en forma de impetuoso torbellino, en una estimulante caída libre que iba más allá de cosas como la velocidad y el tiempo. Era algo parecido a descender las corrientes de agua, pero sin las rocas, el ruido ni los violentos encontronazos. Resultaba aterrador y maravilloso. Y terminó demasiado pronto.

La muchacha se encontró de repente de rodillas. La cabeza le daba vueltas, el estómago no acababa de decidir qué hacer con las dos últimas comidas que había tomado y sus manos aferraban algo húmedo y verde.

—Helechos verdes —murmuró, al reconocer las plantas—. Qué curioso.

La sensación de náusea que siguió al mágico viaje desapareció con rapidez, y la drow se incorporó despacio. Protegiéndose los ojos con la mano, alzó la mirada despacio hacia el cielo.

¡El cielo! La momentánea imagen que le había ofrecido su cuenco de visión no había conseguido prepararla para aquella enorme e infinita bóveda, tan brillante como los zafiros casi negros que los drows amaban por encima de todas las piedras preciosas. Mientras miraba cada vez más hacia lo alto, algo en las profundidades de su ser pareció liberarse y emprender el vuelo.

¡Y las luces! La mayor y más brillante debía ser lo que Kharza había llamado luna; era redonda y de un blanco reluciente, apenas asomándose desde detrás de las lejanas colinas. Salpicando el cielo azul zafiro se veían miles de luces más pequeñas que a sus sensibles ojos aparecían no tan sólo blancas, sino amarillas, rosadas y de un nítido azul pálido. ¡Si eso era la noche, se maravilló Liriel, hasta qué punto podría llegar el resplandor con la llegada del amanecer!

¡Y el aire! Estaba vivo y se arremolinaba a su alrededor en una exuberante ráfaga, transportando con él cientos de aromas vegetales. La joven extendió los brazos a ambos lados y elevó el rostro al danzante viento, aunque resistió, con un gran esfuerzo, la tentación de desprenderse de sus ropas y dejar que las caprichosas brisas jugaran con su piel.

Los sonidos que las corrientes de aire le llevaban eran igual de exóticos y seductores que los aromas. Oyó la sorda llamada ahogada de alguna ave desconocida sobre un telón de fondo de un coro de cantos repetitivos y chirriantes que recordaban ligeramente los ronquidos de Kharza. Se aproximó despacio hacia aquel croar,

atravesando un grueso macizo de los extraños helechos verdes. Al otro lado había un estanque, y el sonido provenía de unas pequeñas criaturas verdes sentadas sobre anchas hojas que flotaban en el agua. Las criaturas se parecían un poco a gordos y redondos lagartos, y durante muchos minutos la joven se contentó con escuchar su canto, pues en la Antípoda Oscura, los lagartos no cantaban.

Más allá del estanque se extendía un bosque, un enorme revoltijo de plantas que recordaba en algo los huertos de setas gigantes que crecían aquí y allá en la Antípoda Oscura. Aquél no estaba lleno de hongos, sino de altas plantas verdes, y ella había visto algo parecido en su libro, un tosco dibujo que ilustraba un mito llamado «El árbol de Yggsdrasil». Aquellas plantas, pues, debían de ser árboles.

La joven bordeó apresuradamente el estanque para examinar uno de los árboles más de cerca. Acarició la áspera corteza, luego arrancó una de sus hojas y la estrujó entre los dedos para aspirar su aroma.

Allí donde mirara, todo era verde, brillante y nítido bajo la reluciente luz de la luna que empezaba a alzarse, y la imagen de su cuenco de visión no la había preparado del todo para aquello. El verde era el color más difícil de encontrar en la Antípoda Oscura y allí había tantas variedades que la simple palabra no podía ni empezar a abarcar todas las tonalidades y matices. Liriel se adentró en el bosquecillo, tocando uno y otro árbol, al tiempo que exploraba los perfumes, texturas y colores del lugar. Luego, con un débil grito de deleite, se inclinó para recoger un objeto familiar.

Era una bellota, un dibujo que aparecía a menudo en su nuevo libro de tradiciones locales. Se detuvo y examinó las hojas del árbol situado justo encima. Sí, la forma era correcta; eso, pues, debía de ser un roble, el árbol que se mencionaba tan a menudo en la magia de runas de los antiguos rus.

Llevada por un impulso, Liriel trepó a las ramas del roble y ascendió tan alto como pudo. Tras encontrar un lugar cómodo en el que instalarse, se inclinó hacia atrás y miró en dirección al estanque y las colinas situadas más allá. Aquel árbol era algo magnífico y comprendió por qué la magia de las runas usaba el poder del roble para ayudar en las curaciones. Había un misterio y grandeza en aquel árbol que jamás había visto en las plantas de la Antípoda Oscura, ni siquiera en las setas salvajes de mayor tamaño. Pensó en los micónidos, extraños hombres-hongo dotados de sensibilidad y más altos que los drows, y se preguntó qué clase de hombres-árbol habitaría en aquel maravilloso bosque.

Entonces le llegó el olor a humo transportado por las corrientes de aire y el sabroso perfume de la carne asada. Liriel casi había olvidado la insistencia de Kharza-kzad en que utilizase un portal hechizado para localizar un campamento drow. El humo, supuso, debía de provenir de uno de tales campamentos.

Sabía que debía presentarse a los desconocidos drows de inmediato, antes de que ellos percibieran su presencia y lanzaran un ataque. Por otra parte, el olor a carne

asada no indicaba que hubiera encontrado a otros miembros del Pueblo. Los drows tomaban sus alimentos tanto crudos como cocinados, y no le entusiasmaba la idea de darse de bruces con humanos o, lo que era aún peor, elfos de la superficie.

Entonces empezó la música y Liriel supo al instante que el conjuro del portal había funcionado como se esperaba. La música era familiar, con una misteriosa melodía obsesiva y complejas gradaciones en el ritmo; el puro tono argentino de la flauta era nuevo para ella, pero el estilo era inconfundiblemente drow.

Liriel descendió de su atalaya y se deslizó cautelosamente por entre las excesivamente verdes plantas en dirección a la seductora música. Se detuvo en la entrada de una pequeña caverna forestal —un trozo de terreno despejado rodeado de árboles— y contempló con asombro la reunión que tenía ante ella.

Allí, girando y saltando alrededor de una llameante fogata, bailaban una veintena de elfas oscuras, mientras otras cuatro permanecían apartadas del círculo, tocando flautas de plata y pequeños tambores. Todas las mujeres, sin excepción, eran altas y los músculos de sus desnudas extremidades, tirantes, largos y poderosos, y cada una lucía una larga melena plateada que parecía retener la luz de las llamas. Aparte de su altura, aquellas mujeres tenían el mismo aspecto que cualquier drow de los que ella conocía: eran delgadas, misteriosas y terriblemente hermosas. Tampoco se mostraban más recatadas que cualquiera de sus semejantes, pues iban vestidas únicamente con ligeras prendas de gasa que se arrollaban a sus piernas como humo.

La más alta se separó del grupo y se quedó quieta, sonriente, con las manos tendidas en señal de bienvenida en dirección al escondite de Liriel.

—Únete a nosotras, hermanita —le dijo en el idioma drow.

Sólo pronunció esas palabras y luego la elfa oscura dio media vuelta para reanudar su extática danza. Liriel, preparada para retirarse a toda prisa, se detuvo para considerar la invitación. Si la desconocida se hubiera acercado a ella con intención de conversar, la joven se habría mostrado más cautelosa; pero aquellas drows querían simplemente bailar. Tras un instante de reflexión, Liriel decidió unirse al festejo que se celebraba bajo la luz de la luna.

Se despojó rápidamente de su cota de malla y de sus armas. Bailar armado no sólo era un insulto en la sociedad drow, sino también un peligro. Un solitario cuchillo empuñado en medio de un grupo de drows que saltaban y giraban podía causar considerables estragos, y las armas se dejaban por ley y por costumbre más allá del círculo de una pista de baile. El baile era lo más parecido a una tregua honorable a lo que podían llegar los elfos oscuros y, por lo tanto, Liriel no temía a aquellas drows desconocidas tanto como podría haberlo hecho en circunstancias diferentes. Y aunque dejó atrás sus armas, se llevó su magia con ella. Así estaría más que segura.

Vestida sólo con sus polainas y su túnica, Liriel saltó al interior del círculo de canciones y luz de las llamas. Las otras drows se hicieron a un lado para dejarle sitio

y ella se adaptó enseguida a los movimientos y pautas de la danza.

La luna se alzó despacio en el cielo, proyectando largas sombras de árboles al interior del claro iluminado por la hoguera. Por fin, la música finalizó y las elfas oscuras dieron por terminada la danza con un movimiento rotatorio. La mujer alta que había llamado a Liriel se adelantó e hincó una rodilla en el suelo, un gesto que en Menzoberranzan significaba rendición. Puesto que Liriel estaba sola y aquella mujer de aspecto poderoso estaba rodeada por una veintena de otras mujeres, la joven Baenre lo interpretó como una oferta de paz, y aceptó el gesto con el suyo propio: las dos manos extendidas, con las palmas hacia arriba, para mostrar que no llevaba armas.

—Soy Isolda Veladorn —se presentó la mujer, levantándose con una sonrisa—. Estas son mis amigas y compañeras sacerdotisas. Nuestra fogata es tuya, durante tanto tiempo como quieras compartirla. ¿De dónde, si puedo preguntarlo, vienes?

Era un comportamiento extraño para una sacerdotisa, pero Liriel prefirió no hacerlo notar.

—Yo soy Liriel de la casa Baenre, casa primera de Menzoberranzan —dijo.

Tal anuncio era recibido por lo general con una mezcla de temor y respeto, pero una extraña emoción —¿compasión, quizá?— cruzó el rostro oscuro de Isolda.

—Vienes de muy lejos —comentó—. ¿Quieres sentarte un rato con nosotras y compartir nuestra comida?

Liriel echó una ojeada en dirección a la fogata. Una de las elfas oscuras había cogido un arpa —un instrumento raro en la Antípoda Oscura— y la tocaba con suavidad. Las otras mujeres estaban repantigadas a su alrededor, riendo tranquilamente mientras se pasaban pedazos de carne asada. Aquellas drows mostraban una actitud tranquila y despreocupada que la joven encontró curiosa pero extrañamente atractiva.

—Me quedaré —aceptó, y luego añadió—: Desde luego, pagaré por la comida.

—Eso no es necesario —repuso Isolda, sacudiendo la cabeza—. En honor a nuestra diosa, compartimos lo que tenemos con los viajeros.

—Esa costumbre es nueva para mí —comentó Liriel, mientras seguía a la alta drow hasta el fuego—. Pero, claro está, acabo de empezar a asistir a la Academia.

Una de las otras mujeres, una versión más menuda y delgada de Isolda, alzó repentinamente la cabeza de su comida.

—¿No será Arach-Tinilith?

—¿La conoces? —inquirió la joven, asintiendo al tiempo que tomaba una brocheta de carne asada y champiñones.

Las drows intercambiaron miradas.

—Hemos oído relatos sobre Menzoberranzan —dijo una de ellas con cautela.

Liriel tuvo la impresión de que les habría gustado hacer más preguntas, pero

Isolda lanzó una tranquila mirada alrededor del círculo para acallarlas.

—Gracias por unirme a nosotras en el ritual —indicó la mujer—. Tener a una extraña entre nosotros es una ofrenda especial a la diosa.

El miedo atenazó la garganta de la joven, que casi se atragantó con su primer bocado. La incredulidad vino a continuación, dando paso rápidamente al agravio; arrojó a un lado su comida y se incorporó de un salto.

—¡Puede que no sea de las vuestras, pero no osaréis ofrecer a una Baenre a Lloth! —rugió—. ¡El cuchillo ritual que alzaseis para matarme se volvería contra vosotras!

Todas se quedaron boquiabiertas; luego, ante el total asombro de Liriel, las mujeres de cabellos plateados se echaron a reír.

—Nosotras no adoramos a la reina de las arañas —explicó Isolda, levantándose y posando una mano sobre el hombro de la joven—. Nuestra diosa es Eilistraee, la Doncella Oscura, patrona de las canciones y la esgrima. ¡La danza a la que te uniste era un ritual de alabanza a ella!

Ahora le había llegado el turno a la muchacha de quedarse boquiabierta. En Menzoberranzan, los rituales por lo general implicaban algún tipo de sacrificio. Se salmodiaban oraciones a Lloth y se le entonaba algún que otro himno, pero el baile estaba estrictamente reservado a los acontecimientos sociales. La idea de que la danza pudiera considerarse un acto de culto resultaba por completo asombrosa, e incluso más escandaloso era el hecho de que algunos drows veneraran a otra diosa. Lo que llevó a Liriel a hacerse la más básica y terriblemente perturbadora de las preguntas. ¿Existía otra diosa a la que venerar?

Antes de que Isolda pudiera proseguir, el sonido de otro instrumento flotó hasta ellas procedente de más allá de las lejanas colinas. Era un instrumento de viento, con un profundo e insistente toque que no se parecía a nada que Liriel hubiera oído jamás. La drow se quedó inmóvil, escuchando.

—¿Qué es eso? —inquirió.

—El cuerno de caza de Eilistraee —respondió la alta sacerdotisa, y su voz sonó queda, en tanto que su rostro aparecía embelesado y atento.

Todas las drows escucharon con atención mientras el cuerno volvía a sonar, esta vez con un sencillo fragmento melódico.

Las elfas oscuras se pusieron en acción de repente. Se desprendieron de sus túnicas de gasa y se vistieron con pantalones y botas, túnicas y capas de grandes capuchas; a continuación se sujetaron armas: espadas tan bellamente forjadas y afiladas como cualquiera que Liriel hubiera visto en Menzoberranzan, arcos varias veces mayores en tamaño que las diminutas ballestas que los drows de la Antípoda Oscura usaban para sus dardos envenenados y flechas con puntas de plata tan largas como el brazo de Liriel. Una de las mujeres extinguió la fogata; otra hizo un bulto con los vestidos de baile que se habían quitado. Un brillo de impaciencia brillaba en

todos los ojos mientras las drows se preparaban para la batalla.

Su excitación era contagiosa y la joven observaba con una mezcla de curiosidad y envidia. Aquellas extrañas drows se preparaban para alguna gran aventura, allí, a cielo abierto.

—¿Qué sucede? ¿Adonde vais?

—El cuerno de caza. Es la señal de que alguien de por aquí necesita nuestra ayuda —respondió Isolda, y se detuvo en el acto de sujetarse una aljaba de flechas para mirar a la joven drow—. Habrá una batalla. Si quieres unirme a nosotras, agradeceremos una espada más.

Liriel se sintió tentada por un instante. Se sentía intrigada por aquellas drows, tan distintas de las que conocía, y sentía la llamada de la caza. Sin embargo, ¿ir de caza con aquellas mujeres de cabellos plateados, a instancias de esa advenediza Eilistraee, no sería un insulto a Lloth? Y si la Reina Araña se volvía en su contra, fuera Baenre o no, no habría lugar para ella en Menzoberranzan.

Isolda leyó la respuesta de la joven en su vacilación y le dedicó una sonrisa comprensiva.

—Tal vez eso sea lo mejor. Todavía no comprendes lo que hacemos o a qué enemigo nos disponemos a combatir. Pero recuerda, un puesto legítimo te aguarda en las Tierras de Arriba. Puedes unirme a nosotras en cualquier momento que lo desees, para vivir bajo el sol y danzar a la luz de la luna.

Y a continuación las drows desaparecieron, fundiéndose en el bosque con el mismo sigilo que cualquier patrulla de la Antípoda Oscura.

Liriel permaneció sola durante un buen rato, aspirando grandes bocanadas del vivificante aire nocturno, al tiempo que dejaba que el viento acariciara su acalorada piel. Tal vez regresaría a aquel lugar, pero sólo para aprender y observar. Por muy fascinantes que pudieran ser aquellas extrañas sacerdotisas, Liriel no estaba dispuesta a renunciar a su diosa para unirse a ellas, ni tampoco podía instalarse en aquella remota caverna arbórea. Si alguna vez salía a la superficie para pasar un período de tiempo allí, lo haría para viajar muy lejos en alas de una grandiosa aventura.

Aquella idea le vino a la mente de un modo inopinado y le resultó tan atractiva como imposible, por lo que la desechó a toda prisa. Recogió sus cosas y se preparó para regresar a Menzoberranzan.

El viaje de vuelta a la Torre de los Hechizos Xorlarrin resultaría más complicado que el que la había llevado allí. Aquel conjuro, aunque sumamente poderoso, sólo funcionaba en un sentido, y para regresar le haría falta efectuar toda una serie de conjuros de portales. Los viajes mágicos era poco fiables en la Antípoda Oscura, pues zonas de fuerte radiación mágica —como la gruta donde tenía su guarida Zz'Pzora— podían distorsionar los hechizos y arrojar al viajero fuera de su ruta.

Liriel abrió su libro de conjuros en busca del primero de ellos. Aquél, le dijo

Kharza, situaba un portal en algún punto de la serie de amplias cavernas que estaban cerca de la garganta del Dragón Muerto, a unos seis o siete días de viaje de Menzoberranzan y muy cerca de un laberinto de cuevas que se hallaba cerca de la superficie. Era un sitio de fácil acceso mediante aquel tipo de viaje, pues disponía de mucho espacio libre y nada de radiación mágica. Desde allí podría encontrar el emplazamiento de la segunda puerta, que la conduciría al perímetro de la ciudad. El último conjuro era más difícil y el portal poseía un secreto para atrapar al hechicero que viajara a la Torre de los Hechizos Xorlarrin sin la bendición de Kharza-kzad.

La joven pronunció rápidamente las palabras del conjuro y la oscuridad la envolvió como un acogedor abrazo. Liriel paseó la mirada por la Antípoda Oscura, por la agradable familiaridad de los túneles y las cavernas. Para bien o para mal, estaba en casa.

Se oyó un sobrenatural chillido agudo, que retumbó en los muros de una caverna de buen tamaño situada en algún punto por delante de ella. Otras voces se unieron a ésta en un coro de excitados y temblorosos gritos ululantes y chillidos. A su espalda, Liriel oyó una llamada de respuesta. Giró en redondo, con la mano en la empuñadura de su espada corta, al tiempo que dos estrechas rendijas de brillante luz se abalanzaban sobre ella; el característico color violeta —el color de refulgentes amatistas— sólo podía significar una cosa: un dragazhar.

Liriel se arrojó cuan larga era al suelo y rodó a un lado. Una enorme figura pasó volando sobre ella, tan cerca que sintió la ráfaga de aire que provocaba. Sus ojos, ajustados aún a las brillantes luces del cielo de medianoche, regresaron apresuradamente al espectro infrarrojo. El dragazhar, o cazador de la noche, pasó junto a ella agitando las aterciopeladas alas negras parecidas a las de un gigantesco murciélago. La criatura tenía la larga cabeza afilada de una rata, una cola con aspecto de látigo terminada en una afilada púa triangular y largas orejas curvadas que recordaban los cuernos de un dragón. Con una envergadura de unos dos metros, el cazador de la noche era uno de los murciélagos más peligrosos de la Antípoda Oscura. La joven se agazapó, sacó varios cuchillos arrojadizos de sus escondites y aguardó a que la criatura volviera a pasar.

El esperado ataque no llegó, pero los sonidos de una batalla —repetidos golpes sordos y los gritos de los revoloteantes murciélagos— surgieron de la cueva que tenía delante. Diez dragazhar, se dijo a juzgar por el resonar de los gritos, toda una partida de caza. Casi nunca atacaban nada excepto animales pequeños, pero fuera lo que fuese lo que estaban atacando esta vez se defendía bien.

Y si había algo con lo que Liriel disfrutaba era con una buena pelea; de modo que con las armas a mano, la drow avanzó lentamente por el túnel.

Una débil luz la recibió cuando dobló una curva cerrada, la pálida luminosidad violeta proyectada por ciertos hongos luminiscentes. La luz fue aumentando con cada

paso que daba, hasta que el túnel resultó casi tan brillante como el cielo nocturno que había dejado atrás. También aumentaron en intensidad los sonidos de la batalla, y los potentes chasquidos de un arma que no veía provocaban chillidos de rabia y dolor en los gigantescos pájaros.

Seguro que valía la pena contemplar aquello, se dijo alegremente la joven mientras resbalaba por una pendiente curva.

La caverna apareció ante ella. Gruesas lanzas negras de roca surgían del suelo y del techo de la cueva, para unirse en ciertos puntos como los colmillos de una bestia. Varios dragazhar giraban y se lanzaban en picado, corriendo entre las estalactitas con asombrosa agilidad. Ni una sola de las criaturas había salido indemne del combate; la mayoría estaban señaladas con largas y ensangrentadas cuchilladas, una había perdido la cola y otra aleteaba impotente en el suelo de la cueva, con el ala rota colgando inerte. Sin embargo, el adversario de los dragazhar no estaba a la vista.

La muchacha se agachó tras una formación rocosa y se alejó un poco para echar una ojeada. Lo que vio fue más sorprendente que nada de lo que aquella noche le había mostrado.

Lo que estaba acabando con los cazadores de la noche era simplemente eso y nada más: un varón humano.

El cazador de tesoros

Liriel había vislumbrado algún que otro humano en el mercado. Algunos de los mercaderes humanos más tenebrosos y desesperados se aventuraban en la Antípoda Oscura pero, como la mayoría de los elfos oscuros, ella despreciaba a aquellos comerciantes a los que consideraba chusma y no tenía tratos con ellos. Nunca antes había estado tan cerca de un humano. Curiosa, se arrastró más cerca.

Aquél era joven, más o menos de su misma edad según el modo de contar el tiempo de los humanos, o tal vez un poco mayor. El hombre le sacaba una cabeza de altura y era más alto que la mayoría de los drows y mucho más fornido. Los gruesos músculos le daban aspecto de enano alto, pero su rostro carecía de barba y las facciones eran más refinadas. No poseía nada de la elegancia drow en lo referente a figura, y a juicio de Liriel su única concesión a la belleza masculina se hallaba en el color de sus ojos, que eran tan brillantes y claros como un topacio azul pálido. El hombre tenía una oscura y magnífica pelambreira descuidadamente corta y una piel tan blanquecina que casi refulgía en la tenue luz de la caverna. Liriel jugueteó distraídamente con un mechón de sus propios cabellos blancos; el humano estaba diseñado a la inversa, oscuro allí donde ella era clara, como un espejo invertido.

¡Y aquel extraño modo de luchar! Había agarrado a uno de los murciélagos subterráneos por la cola y lo apaleaba con un garrote largo, al tiempo que utilizaba a la criatura como escudo, blandiéndola contra cualquier otro murciélago que se acercara demasiado. El dragazhar atrapado había abandonado toda idea de lucha y aleteaba frenéticamente en un esfuerzo por huir. La batalla no carecía de cierta gracia y una risita escapó de los labios de Liriel.

Al instante, uno de los seres viró y se abalanzó hacia su escondite. Los alargados ojos centellearon con la fría luz de una joya y profirió un agudo cacareo mientras caía sobre su nueva y más pequeña presa.

La joven se puso en pie de un salto, con un cuchillo en cada mano, que arrojó al mismo tiempo. Con mortífera precisión, las armas se enterraron profundamente en los ojos del atacante, el cual se estrelló contra la pared del túnel y rodó al suelo en medio de una lluvia de piedras y polvo.

La elfa oscura tenía preparada ya una segunda arma: una honda que había construido con cuero y cuerdas. Liriel se agachó y agarró un puñado de piedras pequeñas, luego colocó una en la honda y empezó a darle vueltas. El arma silbó al girar alrededor de su cabeza y el repentino lanzamiento hizo volar la piedra con la velocidad de una bola de fuego hacia donde el humano luchaba con el cazador de la

noche.

El proyectil alcanzó al dragazhar atrapado entre los ojos. Aturdida, la criatura cayó pesadamente hacia adelante. El hombre alzó los brazos para protegerse de la bestia que se le venía encima, pero el peso del animal fue excesivo para él y se desplomó bajo el gigantesco murciélago. Su garrote salió rodando por el suelo de piedra.

Al cabo de un instante, el humano apartó a un lado con fuerza el ala del murciélago y se arrastró fuera. Se encontró con la mirada divertida y curiosa de Liriel, y sus extraños ojos azules se abrieron de par en par, alarmados. Desenvainó una larga espada oscura que llevaba en una dragona y se agachó en posición defensiva; tan absorto estaba con la inesperada aparición de un drow que desatendió el ataque proveniente de los restantes cazadores de la noche, que lo flanqueaban y caían sobre él desde ambos lados.

—¡A tu espalda! —gritó Liriel en lengua drow, señalando con la mano.

El joven vaciló, tal vez no comprendiendo sus palabras, o puede que reacio a darle la espalda a un elfo oscuro, y la muchacha profirió veloz las palabras de un conjuro y lanzó la mano al frente. Una bola de fuego mágico salió disparada en dirección al humano.

Este se tiró al suelo y rodó esquivando la trayectoria de la bola de fuego. Podía ser muy rápido cuando quería; la joven tuvo que reconocérselo. Más ágil de lo que parecía, volvía a estar en pie a tiempo de ver cómo el proyectil de la elfa chocaba contra los murciélagos atacantes.

Una de las criaturas subterráneas giró a un lado en el último instante; la bola de fuego alcanzó de pleno a la otra. La fuerza del choque arrojó al animal hacia atrás y sus gigantescas alas se plegaron al frente como manos en actitud de plegaria. Liriel prosiguió el ataque con una serie de cuchillos arrojadizos; una tras otra, tres dagas silbaron en el aire y se hundieron en los ojos y el corazón del dragazhar.

El humano le dedicó un veloz y agradecido gesto de asentimiento, y alzó su espada para repeler el ataque del murciélago superviviente, que había dado una vuelta en círculo a la caverna y se dirigía ahora hacia el joven. Los colmillos relucieron bajo la débil luz mientras la criatura se abalanzaba sobre su presa, pero el humano mantuvo su arma en alto, listo para evitar el mordisco de la bestia.

«Se acabó», se dijo Liriel con una punzada de decepción. La batalla había terminado. La joven veía claramente lo que el humano no podía ver: el auténtico ataque provendría de la cola del murciélago subterráneo, pues la larga cola del ser estaba enrollada hacia arriba y atrás, lista para hundir la aserrada punta venenosa. Ninguna arma que ella pudiera lanzar lo detendría a tiempo.

La muchacha observó, impotente, cómo la criatura se abalanzaba sobre el hombre. Como había esperado, el vuelo del animal efectuó un brusco viraje

ascendente, apartando el cuerpo del alcance de la espada. La mortífera cola salió disparada al frente.

Pero el hombre lanzó la espada hacia lo alto. La pesada hoja golpeó al cazador de la noche y lo desvió de su rumbo, y el luchador se tiró sobre la cola lista para atacar. La sujetó justo por encima de la punta aserrada y se aferró a ella con ambas manos.

—¿Ahora qué? —masculló Liriel con inquietud. El hombre había rechazado el ataque con éxito, pero no tenía ningún arma para acabar con el murciélago.

Ante su asombro, éste empezó a dar vueltas a la criatura por encima de su cabeza como si se tratara de unas boleadoras gigantes. Resultaba una defensa sorprendente —la fuerza de los giros impedía que el murciélago lo atacara— pero también era poco inteligente. A pesar de su aparente fuerza física, el humano no podría mantener al murciélago dando vueltas durante mucho tiempo, ni tampoco conseguir velocidad suficiente para arrojarlo y que se estrellara contra una pared. Un ogro o un osgo podría haberlo hecho, de tener tal criatura el ingenio suficiente para concebir ese plan, pero en cuanto el hombre soltara al murciélago, éste quedaría libre para regresar volando y atacar.

A menos...

Un plan más que peculiar apareció en la mente de Liriel, y echó mano de él al instante. Haciendo acopio de toda la disciplina que le proporcionaba su adiestramiento en la magia, prescindió de todos los sonidos de la batalla y retrocedió mentalmente en el tiempo a su última noche de libertad en Menzoberranzan. Cerró los ojos y recordó la vibrante música y los fuegos fatuos del baile de *lanedeirra*. Sumergida en el frenético éxtasis de la danza, sólo había percibido débilmente la presencia del hechicero que flotaba muy por encima del suelo, tejiendo con las manos un hechizo que aceleraría los movimientos de los danzantes hasta convertirlos en una sinuosa y sincopada mancha borrosa. Pero lo había visto y ahora lo recordaba.

Sus ojos se abrieron bruscamente y sus manos repitieron los movimientos del conjuro. Al instante, un azulado fuego fatuo perfiló al humano y al murciélago. Lanzó un suspiro de alivio cuando la magia asumió el control y los movimientos del hombre empezaron a adquirir velocidad.

Liriel sacó su espada corta del cinturón y se acercó todo lo que se atrevió; luego, sujetando el arma con las dos manos, se preparó y aguardó el momento justo.

El hombre y el murciélago giraban cada vez más deprisa, atrapados por el hechizo de la elfa oscura y pintados de fuego fatuo. Muy pronto el gigantesco animal empezó a dar vueltas a tal velocidad que dejaba un rastro de luz circular tras él, y su agudo gemido quedaba ahogado por completo en el remolino de aire. Aquello tenía que funcionar, se dijo Liriel, y saltó al frente, descargando un mandoble ascendente con su espada.

La fuerza del impacto casi le desencajó los brazos, pero el afilado acero elfo

hendió tendón y hueso y cortó limpiamente la cola de la criatura. Repentinamente liberado de su rotación, el ser salió disparado hacia la pared de la caverna y se aplastó contra ella como un insecto gigante. El humano se desplomó con igual violencia en sentido contrario y rodó hasta chocar con la base de una enorme estalactita, donde quedó inmóvil, aturdido o sin vida.

Liriel volvió a guardar la espada en su vaina y su cabeza se inclinó a un lado mientras contemplaba al extraño varón. Transcurrieron varios minutos y, como él seguía sin moverse, empezó a sentir cierta preocupación. Se aproximó con cautela, se inclinó para examinarlo mejor. Con sumo cuidado alargó una mano para tocar la pálida piel de su rostro.

La mano del hombre salió disparada hacia arriba y se cerró sobre la muñeca de la joven. Liriel saltó hacia atrás con un siseo sobresaltado, pero el humano la sujetaba con demasiada fuerza para que pudiera liberarse. Con la mano libre, la drow buscó la empuñadura de un cuchillo y sus ojos entrecerrados se clavaron en la palpitante vena de la garganta del otro. Una veloz cuchillada y quedaría libre.

—Mi agradecimiento, señora —dijo él, con una voz inesperadamente grave y sonora. Sus ojos azules, a tan poca distancia, resultaban aún más llamativos—. De no ser por tu magia, ese monstruo habría acabado conmigo. En mi tierra se dice que sólo un loco agarra a un tigre de las nieves por la cola. —Bajó la mirada hacia la muñeca que le sujetaba con fuerza, y al cuchillo de su otra mano, y una irónica sonrisa crispó sus labios—. Si eso es cierto, entonces estoy dos veces loco.

Hablaba en Común, una lengua utilizada por los comerciantes. Se parecía al idioma trasgo, de modo que Liriel la comprendía, y podía hablarla hasta cierto punto. Se le ocurrió que podría comunicarse con aquel humano y en su nerviosismo se olvidó de sus asesinas intenciones y de que estaba cautiva.

—¿Cómo sabías el modo en que el murciélago subterráneo atacaría? —inquirió.

Los azules ojos del muchacho se abrieron desmesuradamente ante aquella inesperada pregunta.

—Los wyverns atacan así —respondió.

—¿Wyverns?

—Son como dragones pequeños, con colas puntiagudas y envenenadas.

La joven comprendía lo que eran dragones, y podía imaginar a tal criatura.

—Y esa espada —siguió diciendo, señalando con el cuchillo en dirección a la embotada y pesada espada que descansaba unos metros más allá—. ¿Cómo puedes cargar con un arma así? ¿De qué sirve una espada sin filo?

—Ya ves lo grande y pesada que es. —De nuevo, aquella leve sonrisa—. La mayor parte del tiempo, parece como si no pudiera sujetarla. Si fuera afilada, pequeño cuervo, ¿no podría cortarme acaso cuando la dejara caer?

Liriel también sabía lo que eran los cuervos. Algunos hechiceros los tenían como

espíritus familiares y aquellos elegantes pájaros negros eran a la vez hermosos y traicioneros. La comparación la complació, incluso aunque su ridícula respuesta no lo hiciera.

Se balanceó hacia atrás sobre los talones —todo lo que pudo con la muñeca aún firmemente sujeta en la mano de él— y examinó a aquel extraño hombre. Un humano solo, vagando por la Antípoda Oscura. O bien era sumamente poderoso, estaba loco o era más estúpido de lo que ella habría creído posible.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sin rodeos.

Los ojos azules del hombre escudriñaron su rostro y pareció como si sopesara sus palabras antes de pronunciarlas.

—En mi tierra, es costumbre entre los hombres realizar un *adajemma*. Un viaje a lugares lejanos, para que podamos ver y comprender más cosas sobre el mundo.

—*Dajemma* —repitió ella.

¡Qué cosa tan maravillosa, que un pueblo animara a sus jóvenes a viajar! No pudo evitar comparar esa actitud con el enclaustrado y xenófobo Menzoberranzan, y se sintió atravesada por una feroz punzada de envidia y descontento.

Apartó de sí el agudo dolor, pues aquello era una herejía, y devolvió su atención al humano. Comprendía el ansia de explorar y correr aventuras en cuerpo y alma, pero ¿por qué iba a elegir viajar a la letal Antípoda Oscura un habitante de la superficie? Debía de tener algún motivo, más allá de la simple curiosidad. Tal vez no querría revelarlo voluntariamente, pero ella podía leerlo en su mente.

Incluso una sacerdotisa novicia era capaz de lanzar un conjuro que le permitiera ver los pensamientos de otra persona. Para hacerlo, tenía que tocar el símbolo de Lloth. Sin embargo una de sus manos estaba fuertemente sujeta por el humano y la otra empuñaba el cuchillo; podría matarlo, pero no antes de que él le triturara los huesos de la muñeca. Un empate ilita, se dijo con ironía, recordando la cómica imagen de dos desolladores mentales enfrentados entre sí, paralizados por los hechizos controladores de la mente lanzados por cada uno. Para inclinar la balanza, Liriel buscó otra arma.

Exhibió la más deslumbradora de sus sonrisas y la dirigió en todo su esplendor hacia el humano.

—Incluso un tigre de las nieves, sea eso lo que sea, debe de ser lo bastante inteligente para darse cuenta de cuándo ha terminado una pelea. Suéltame y yo guardaré el cuchillo —ronroneó seductora—. Entonces podremos... hablar.

El hombre la contempló con franca admiración, pero sus ojos siguieron mostrándose cautelosos. Entonces, de improviso, se encogió de hombros y le soltó la muñeca.

—Supongo que no hay nada de malo en eso. ¿Por qué tendrías que ayudarme en el combate para luego volverte contra mí?

¿Por qué, desde luego?, se dijo Liriel con ironía, observando que aquel hombre tenía mucho que aprender sobre los drows. Por otra parte, ella tenía mucho que aprender sobre los humanos, y jamás había tenido la oportunidad de estudiar a uno de cerca, de modo que se apartó despacio, retrocediendo hasta quedar fuera de su alcance. Sólo entonces guardó el cuchillo.

Liriel acarició el símbolo de Lloth que colgaba de su cuello y pronunció en silencio las palabras que le permitirían atisbar en los pensamientos del joven. La Reina Araña estaba de su parte y, mientras el conjuro tomaba forma, la muchacha vio, ocupando el lugar más destacado de sus pensamientos, la imagen de una diminuta daga de oro suspendida de una fina cadena.

«Un cazador de tesoros», pensó la drow con repugnancia y rápidamente modificó su opinión del hombre a la baja. Por una baratija de oro había desafiado solo a la Antípoda Oscura. No sólo era humano y varón, además era un necio.

Sin embargo, había demostrado tanto fuerza como valentía y ella admiraba esas cualidades incluso en los seres de menor categoría. Y sin duda podría contarle más cosas sobre la superficie; podría resultar divertido tenerlo a su lado durante un tiempo.

Con Liriel, la acción por lo general seguía directamente al impulso; así que se puso en pie, con la barbilla elevada en un ángulo regio.

—Voy a regresar a mi ciudad ahora. Vendrás conmigo —ordenó.

Su cabeza trabajaba frenéticamente mientras hablaba. Dejaría al humano en su casa de Narbondellyn, bajo la custodia de sus criados, y luego regresaría a la Academia. Nadie lo sabría, y más adelante, siempre podría declarar que había comprado aquel esclavo humano a una banda de comerciantes. Los esclavos humanos no eran corrientes en Menzoberranzan, pero no eran algo insólito, de modo que su historia resultaría verosímil.

El hombre la estudió durante un silencioso instante. Estaba claro que no comprendía sus intenciones, ya que sus ojos no mostraban temor y sus oscuras cejas se fruncieron en una expresión perpleja.

—Esta es una tierra temible —dijo él despacio— y no es lugar para que alguien vaya solo. Si deseas que viajemos juntos te ofreceré mi protección mientras compartamos ruta.

—¿Tu protección? —repitió ella con incredulidad, demasiado atónita incluso para reír. Que un humano, y además un varón, se ofreciera a protegerla a ella, a una noble drow, una hechicera elfa oscura y sacerdotisa novicia de Lloth, resultaba absurdo—. No sabes nada sobre la Antípoda Oscura, ¿verdad?

—Parece que no —reconoció él.

—Mira con atención —le advirtió, extendiendo los brazos a ambos lados—. Tez negra, cabellos blancos, orejas puntiagudas, ojos que brillan rojos en la oscuridad.

Deténme si algo de esto te resulta familiar.

—Eres una drow —respondió él, sin comprender todavía.

—Bien. Muy bien. Has oído hablar de nosotros, entonces. Los drows gobiernan esta «tierra temible», en palabras tuyas, no mías, y nosotros hacemos las reglas. Sí yo no hubiera llegado, tú te habrías convertido en alimento para murciélago subterráneo. Según mis reglas, tu vida es mía. Y resulta que necesito un nuevo esclavo.

El hombre consideró sus palabras, mientras se tiraba pensativo de la oreja.

—Pero ¿por qué? Dices que no necesitas protección.

—Quiero aprender más sobre la superficie —dijo Liriel con franqueza.

—El conocimiento es algo loable —convino él— y nadie podría desear una dueña más hermosa. Pero ningún hombre ni mujer de Rashemen es esclavo de otro.

—A lo mejor iniciarás una moda. —La joven enarcó una blanca ceja.

—Tal vez no —repuso él con suavidad, pero Liriel advirtió el destello de furia en sus ojos azules y se puso en tensión, lista para actuar.

El hombre se arrojó en dirección a su garrote; pero mientras su mano se cerraba alrededor del mango, la muchacha sacó un cuchillo de su manga y lo lanzó. La hoja se hundió profundamente en la madera y se quedó temblando allí, apenas a unos centímetros de la mano del joven.

Sin, perder un segundo, la drow conjuró una pequeña esfera transparente. Oleadas de luz se retorcían en su interior y el proyectil vibraba con energía apenas contenida. Lo arrojó arriba y abajo unas cuantas veces, y una significativa sonrisa jugueteó en sus labios.

—Una bola de fuego drow —explicó con indiferencia—. Explotan al chocar. Y habrás observado que acierto a lo que apunto.

—Sabes persuadir a la gente —concedió él; aflojó las manos que sujetaban el garrote y las levantó en señal de rendición.

La ironía de su voz sorprendió a Liriel. El humano mostraba más agudeza de la que había esperado y le parecía casi una vergüenza esclavizar a una criatura así.

—Sería un desperdicio dejarte aquí para que murieras —reflexionó, hablando tanto para sí misma como para el humano—. Y sin duda morirías, solo y casi desarmado. ¡Es un milagro que consiguieras sobrevivir casi todo un día!

—¿Sólo un día? —repitió él con incredulidad.

La drow pareció desconcertada por un instante, pero luego su rostro se aclaró.

—Sin duda entraste por el túnel de la Hondonada Seca. La entrada de la superficie se encuentra tal vez a un día de esta caverna, pero supongo que puedes haber estado vagando durante mucho tiempo.

—Sólo un día de viaje —repitió él, pensativo.

—Uno —confirmó Liriel; se acercó más y le dio un golpecito con el pie—. Levanta. Nos vamos, ahora.

Hizo lo que le ordenaba e instintivamente la drow retrocedió un paso. De cerca, el hombre parecía mucho más grande. Liriel pasaba quizá cinco centímetros del metro y medio de estatura y poseía la delicada figura común a los elfos; él le sacaba al menos una cabeza y era muy fornido, con amplios hombros y brazos de gruesos músculos. La drow se sintió impresionada, pero no preocupada; con su magia y su superior armamento, seguía llevándole ventaja.

El desconocido pareció reconocerlo, pues le dedicó una respetuosa reverencia.

—Soy Fyodor de Rashemen, y da la impresión de que ahora haremos *ladajemma* juntos. Pero antes de que vea tu tierra, tal vez te gustaría escuchar una historia sobre la mía.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —respondió la drow con una mueca, perpleja ante la curiosa oferta.

—Pero más tarde podría no ser capaz de recordar este relato en concreto.

Eso lo creía, pues parecía un poco retrasado, con su audaz mirada y su lenta y reflexiva manera de hablar. Y francamente, empezaba a sentir curiosidad por lo que tuviera que contarle, pues había algo en la forma y cadencia de su conversación que le resultaba familiar. Los relatos de su nuevo libro de costumbres tenían ese mismo tono. Así pues, le indicó que siguiera con un conciso movimiento de cabeza. El hombre se recostó en la pared de piedra y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cierta campesino atravesaba el bosque de camino al mercado, con un enorme saco echado al hombro —empezó Fyodor con su voz grave, en el mismo tono tranquilo que si estuviera sentado ante la chimenea de su casa—. A poca distancia un lobo, un enorme y feroz depredador, escapó de una trampa y puso pies en polvorosa, perseguido de cerca por los cazadores. El lobo se tropezó con el campesino y le suplicó que lo ayudara. El hombre ocultó al lobo en su saco y cuando aparecieron los cazadores, les dijo que no había visto ningún lobo. Cuando ya no hubo peligro, el campesino abrió el saco y el lobo saltó fuera, enseñando los dientes.

—El hombre fue un estúpido ayudando a una criatura así —comentó Liriel.

—Eso parecería. El campesino suplicó por su vida, recordando al lobo que lo acababa de salvar de los cazadores; pero el lobo se limitó a contestar: «Los viejos favores se olvidan enseguida».

»El campesino se sintió muy afectado ante tan negra visión de la vida y pidió al lobo si podía preguntar la opinión de las tres primeras personas que encontraran. Si todos estaban de acuerdo en que los viejos favores se olvidan enseguida, el campesino no diría nada más y consentiría en convertirse en la cena del lobo. Así que se pusieron en marcha y al cabo de un rato se encontraron con un caballo viejo, un animal lo bastante grande para montarlo, y le preguntaron si pensaba que los viejos favores se olvidan enseguida. El animal lo meditó y estuvo de acuerdo en que así era. «Durante muchos años serví a mi dueño, llevándolo a dondequiera que quiso y

tirando de su carro hasta el mercado. Sin embargo ahora que soy viejo, me ha echado de los pastos para que muera en el sendero.» El campesino y el lobo dieron las gracias al caballo y siguieron su camino. Al poco se encontraron con un perro viejo, tumbado a la sombra de un árbol y le hicieron la misma pregunta. El perro respondió al instante: «Sí, así es el mundo. Durante muchos años serví a mi amo, protegiendo su casa y su familia. Pero ahora que soy viejo y mis dientes están demasiado mellados para morder, me ha echado».

»Al poco tiempo se tropezaron con una zorra, que es una prima pequeña y más lista del lobo. Contaron a la zorra lo que había pasado entre ellos y le hicieron la pregunta. Pero ella replicó: «¡No me creo vuestra historia! Es imposible que un lobo tan grande pudiera caber en ese saco». Y el lobo, ansioso por demostrar que su historia era cierta, se metió en el saco. La zorra cogió los cordones del saco con los dientes y tiró de ellos cerrándolo con fuerza, luego dijo al campesino: «¡Rápido! ¡Arroja el saco y al lobo a aquel barranco de allí, y luego discutiremos qué pago me debes por haberte salvado!».

»El campesino levantó el saco y lo balanceó con todas sus fuerzas. Al hacerlo, golpeó a la zorra y la arrojó al barranco junto con el lobo. Luego el hombre se detuvo junto al borde del elevado precipicio y gritó a la magullada zorra: «¡Los viejos favores se olvidan enseguida!».

—¿Conoces otras historias como ésta? —preguntó Liriel, que se había echado a reír, complacida por el tortuoso giro del final.

—Muchas.

La drow asintió, confirmando en silencio su decisión de añadir a aquel humano a su colección de sirvientes, luego volvió a adoptar su expresión torva y blandió la reluciente esfera que sostenía en la mano.

—Andarás frente a mí. Si intentas escapar o atacar, te arrojaré la bola de fuego.

—Como tú digas —aceptó él.

Juntos abandonaron la caverna tenuemente iluminada y se encaminaron de vuelta al portal de Liriel. Pero el hombre no podía andar en la oscuridad, y no hacía más que tropezar, hasta que finalmente, cerca de la entrada de un pequeño túnel, se detuvo y sacó un palo de su mochila. Golpeando piedra contra metal hizo saltar una chispa y encendió el extremo envuelto en tela del palo. La repentina llamarada de luz hirió los ojos de la drow.

—Apaga eso.

—A diferencia de ti, yo no puedo ver en la oscuridad —respondió él con suavidad—. Ni tampoco puedo seguir andando más sin beber. Combatir monstruos y contar historias son tareas que dan mucha sed.

Cuando la drow no puso objeciones, el hombre sacó un frasco de su faja y lo inclinó hacia atrás para tomar un buen trago. A continuación ofreció la botella a

Liriel.

—Esto lo prepararon en mi país. Somos famosos por tales cosas. Puedes tomar un poco si quieres, pero es muy fuerte —le advirtió.

Liriel sonrió con afectación. Mucha no gente, desde orcos a enanos de las profundidades, abrigaban aquel concepto erróneo sobre los aparentemente frágiles drows. Los vinos y licores de los elfos de la superficie no eran desconocidos en Menzoberranzan, y si bien éstos podían tener un sabor dulzón y ligero, unas cuantas copitas podían sumir al más robusto de los enanos en un profundo estupor plagado de ronquidos. Las libaciones drows —de un modo quizá muy previsible— eran aún más fuertes. Así pues, la muchacha aceptó el frasco y tomó un trago.

El líquido tenía un horrible sabor acre y le quemó la boca como si fuera roca fundida. Liriel lo escupió y arrojó el recipiente al suelo. La humeante poción se derramó en un charco cada vez mayor, e, inmediatamente, el hombre bajó la antorcha hacia él. El líquido se encendió con un potente estallido, y una pared de fuego se alzó entre él y su captora drow.

Liriel retrocedió, cubriéndose los sensibles ojos con las manos, y por encima del rugido de las llamas, oyó la profunda voz del hombre que le decía:

—Adiós, pequeño cuervo. ¡Los viejos favores se olvidan pronto!

La cólera llameó en el corazón de la elfa oscura, tan brillante y abrasadora como el fuego que obstruía el túnel. ¡Cómo había podido ser tan estúpida! ¡Ser engañada por un humano y que además era un varón! Su orgullo drow le había llevado a subestimar a su adversario.

Mientras los pensamientos de la joven repasaban veloces los acontecimientos de la última hora, ésta reconoció que debía considerarse afortunada por no haber perdido más que a un posible esclavo. Y, tras haber malgastado tanto tiempo con el humano, tendría suerte si regresaba a Arach-Tinilith antes del comienzo de las clases del día. No obstante...

Una lenta sonrisa de admiración se extendió por su rostro. El humano de ojos azules había demostrado una rara astucia y le había jugado una buena treta, una que no olvidaría fácilmente.

Mientras se dirigía apresuradamente al lugar del segundo portal mágico, tuvo la impresión de que los acontecimientos de aquella noche permanecerían en su mente durante mucho tiempo.

Pasión viajera

Liriel realizó su viaje de vuelta a través de la Antípoda Oscura sin más interrupciones, tomando una serie encadenada de portales mágicos que la transportaron sin pausa en dirección a Menzoberranzan. Su último conjuro la llevó a la Torre de los Hechizos Xorlarrin. En cuanto salió por el portal, Kharza-kzad saltó sobre ella. El hechicero sujetó a su alumna por los hombros y la expresión de su rostro sugería que no estaba muy seguro de si debía abrazarla o zarandearla hasta que le castañetearan los dientes.

—¿Dónde has estado durante tanto tiempo? —exigió saber—. La Muerte Negra de Narbondel hace mucho que tuvo lugar... ¡se aproxima el nuevo día! ¡He estado aquí todo el tiempo desde que te fuiste, dando vueltas, loco casi de preocupación!

—La Muerte Negra de Narbondel —repitió ella en voz baja, apartando distraídamente las manos del hechicero. En el mundo de la superficie, eso significaría medianoche. El amanecer no tardaría en llegar al claro del bosque, ¡y ella no estaría allí para verlo!

Por otra parte, no se había dado cuenta de que había transcurrido tanto tiempo y no deseaba estar fuera de la Academia cuando el hechizo que oscurecía la piedra de visión de Shakti Hunzrin se disipara. Existía siempre la posibilidad de que la sacerdotisa pudiera convencer a la maestra Zeld de que la habían engañado, de que otra persona había enviado unos ojos fisgones al dormitorio de Mod'Vensis Tlabhar. Liriel sabía perfectamente que la lista de sospechosas sería muy corta.

—Escucha, Kharza, tengo que regresar a Arach-Tinilith. Hablaremos más tarde.

—¿Eso es todo? ¿Es eso todo lo que tienes que contarme? Después de todo lo que he pasado, del terrible riesgo, la preocupación, las horas sin dormir, lo mínimo que podrías hacer sería...

Liriel penetró en el portal, dejando al hechicero protestando y farfullando a su espalda. Una vez sola en la silenciosa oscuridad de su propia habitación, la joven pensó que Kharza olvidaría su ira más tarde o más temprano. Más temprano, si no tenía quién le escuchara. El hechicero tendría mayores preocupaciones si se descubría que la había ayudado a escabullirse de la Academia para correr una aventura no autorizada, por lo que era mejor para ambos que regresara de inmediato. De este modo, si Zeld y su secuaz drow decidían asaltar la habitación de Liriel, encontrarían a su supuesta bromista sentada ante su mesa de estudio, trabajando con ahínco entre su montaña de libros y pergaminos con toda la diligencia de un enano en una mina de mithril.

La joven se desprendió de su equipo de viaje y se vistió con la túnica negra con ribetes rojos de una sacerdotisa novicia lo más rápido que pudo. Encendió una vela de las usadas para el estudio y colocó unos cuantos cabos consumidos junto a ella, luego arrojó varios libros y pergaminos al suelo junto a la mesa. El efecto sugería una larga y frenética sesión de estudio. Liriel asintió satisfecha y se sentó ante su escritorio. Ahora lo único que le quedaba por hacer era aprenderse realmente algo de todo aquello.

Sin embargo, por mucho que lo intentó, la joven no consiguió concentrarse en los hechizos que, en otras circunstancias, habrían captado su ávida atención. Los detalles de su aventura seguían regresando a ella: las maravillosas luces del cielo nocturno, la reconfortante fuerza de los enormes árboles, las extrañas costumbres de las sacerdotisas de la Doncella Oscura y el peculiar encuentro con el humano. Casi resultaba demasiado para que pudiera digerirlo.

En particular, no dejaba de recordar el relato del humano, que jugueteaba en su mente como una insistente melodía recordada. A Liriel le había gustado el inesperado y tortuoso giro del final de la historia. Era la clase de cuento que haría las delicias de la mayoría de los drows, si tuvieran éstos costumbre de contar y escuchar relatos. El significado de la historia, no obstante, la desconcertaba. Cuando el humano le había ofrecido su relato, ella había tenido curiosidad, pensando que la narración de cuentos era una costumbre peculiar de los humanos, tal vez similar a los malévolos combates verbales tan queridos de los drows. Pero no, la historia del humano estaba demasiado bien elegida, era demasiado parecida a lo que más tarde había ocurrido.

Al igual que el campesino que salvó al lobo de los cazadores, Liriel hizo lo mismo con aquel hombre al acudir en su ayuda contra los murciélagos subterráneos. Según los parámetros drows, ella estaba en su derecho a considerar que su vida le pertenecía a cambio, pues se hacían esclavos con justificaciones mucho más peregrinas. Por ejemplo, ninguna.

Pero «Los viejos favores se olvidan enseguida», le había dicho el joven en su historia, y luego procedió a engañarla y a recuperar por la fuerza su libertad. ¿Se estaba disculpando de antemano por su duplicidad o quizás advirtiéndole de sus intenciones? ¡De ser ése el caso, el hombre poseía un sentido del juego limpio peligrosamente superdesarrollado!, se dijo Liriel con un toque de humor negro.

Algo que también inquietaba a la muchacha era que el relato del hombre era en muchas cosas similar a los que había leído en su libro de antiguas tradiciones humanas. ¿Contaban tales historias todos los humanos? ¿Era la narración de cuentos un don natural de la humanidad, o tal vez una forma de arte que alimentaban y desarrollaban? Le parecía increíble que una raza con una esperanza de vida tan corta, que siempre había creído que era sumamente inferior a la de los drows, pudiera poseer unas costumbres tan intrigantes.

Existía otra posibilidad, más interesante incluso, y de nuevo estaba relacionada con las similitudes entre el relato del hombre y las historias de su libro. Él se había llamado a sí mismo Fyodor de Rashemen. La joven no tenía ni idea de dónde podía estar aquello; pero tal vez los intrépidos viajeros rus habían extendido su cultura y su magia hasta el país del hombre de ojos azules. A lo mejor la costumbre rashemita de *ladajemma*, la tradición que enviaba a los jóvenes en un viaje de exploración, era un recuerdo de los inquietos antepasados de Fyodor.

Tal vez. El problema era que Liriel jamás lo sabría con seguridad. En Rashemen podían animar a sus jóvenes a viajar y explorar libremente, pero los drows de Menzoberranzan tenían otras opiniones.

Con un suspiro, Liriel apartó el pergamino que había estado fingiendo leer. Sin preocuparse en desprenderse de su túnica, se arrojó sobre la cama para echar una cabezada. Necesitaría el descanso para enfrentarse al día que le esperaba, ya que sería un día difícil al no estar preparada convenientemente para sus lecciones. Ni siquiera la agradable perspectiva de enterarse de los detalles de la conspiración fracasada de Shakti consiguió animarla.

El nuevo día se aproximaba y los sonidos de los que madrugaban penetraron en su habitación, pero el sueño no visitó a la joven drow. La realidad de su situación se le hacía cada vez más patente, con todos sus desagradables requisitos. El viaje a la superficie había resultado emocionante y peligroso, pero había corrido un enorme riesgo. Y ¿para qué? Estaría atrapada en Arach-Tinilith durante unos cuantos años. Desde el instante en que la verja en forma de telaraña de la Academia se había cerrado tras ella, Liriel había intentado negar su destino y al hacerlo se había arriesgado mucho. Si quería sobrevivir en aquel lugar sombrío y depravado, tendría que renunciar a sus travesuras y poner freno a su oscuro sentido del humor. Aquello ya significaría un gran esfuerzo, pero sabía en su interior que también tenía que resignarse a abandonar su sueño de correr múltiples aventuras en lugares lejanos.

Después de esa noche, claro.

Mientras se acurrucaba en sus almohadas de seda, la elfa oscura sabía que le esperaba una noche más sin dormir; aunque después de esa noche, se dedicaría por completo a sus estudios clericales. Haría las paces con la maestra Zeld y se aplicaría al estudio con una devoción que avergonzaría incluso a la piadosa y obstinada Sos'Umptu. Se convertiría en gran sacerdotisa en tiempo récord, y en un honor para la casa Baenre. Después de esa noche.

«Por favor, Lloth —oró en silencio mientras se sumía en un sueño ligero—. Por favor, concédeme sólo una noche más.»

Por primera vez en días, la esperanza espoleó los pasos de Fyodor, pues tras unas horas de búsqueda, encontró el túnel que la drow había mencionado. Había una

pequeña caverna salpicada de rocas con un hilillo de agua en el fondo, y más allá, un sendero se curvaba en empinada ascensión para desaparecer en un agujero de la rocosa pared. Si algo encajaba con el nombre túnel de la Hondonada Seca era eso.

Bajó deslizándose por el interior del barranco y cruzó con un chapoteo el poco profundo arroyo. Como sospechaba, el agujero era la entrada a un túnel. El camino era muy empinado y el estrecho túnel serpenteaba hacia arriba en una espiral cerrada, pero el joven lo subió casi a la carrera en dirección a la luz del sol.

Regresaría a la Antípoda Oscura, pues había prometido buscar el amuleto y eso haría mientras viviera. De todos modos, la idea de una breve tregua levantó su ánimo. No se había dado cuenta hasta este momento, en que la huida estaba a mano, de lo opresiva que era la Antípoda Oscura. Robaba la esperanza; incomunicaba el espíritu.

Sin embargo, Fyodor recordaba la exuberancia de la risa de la joven drow, la ávida curiosidad de sus ojos dorados. Era alguien que vivía con intensidad y despreocupación, no un superviviente sin alma, aunque eso no impedía que el joven se preguntara qué clase de ser podía desarrollarse en un lugar tan oscuro y maligno. Fyodor había conocido dificultades y peligros toda su vida, y sobrevivir durante aquellos últimos días había puesto a prueba sus energías y su valor. No podía ni imaginar lo que la Antípoda Oscura haría a los que pasaban toda su vida en sus profundidades. La muchacha elfa poseía una belleza incomparable, y era tan valiente y capaz en el combate como cualquier doncella de Rashemen, pero era, de un modo claro e inconfundible, una drow. Lo que eso significaba, Fyodor sencillamente no lo sabía.

De nuevo el joven luchador se recordó que debía mantenerse alerta, que aquella tierra sombría y peligrosa no era lugar para los soñadores; pero mientras trepaba por el empinado sendero, la oscura muchacha lo acompañó en cada uno de sus pasos.

El tiempo en Arach-Tinilith viajaba a su propio ritmo y Liriel estaba segura de que al menos habían transcurrido dos o tres días durante el adoctrinamiento de la mañana. Bendijo en silencio las incontables y vigorosas fiestas de toda una noche de duración a las que había asistido durante todos aquellos años. Sin aquella preparación, jamás habría desarrollado la energía necesaria para permanecer despierta en aquellos momentos, aunque a pesar de ello, podía notar que sus ojos se ponían vidriosos mientras su maestra divagaba sin pausa. Liriel esperó que la mujer confundiera su expresión aturdida con una atención profunda.

Incluso la clase sobre los planos inferiores resultó decepcionante. La maestra conjuró un portal de visión a Tarterus que, en opinión de Liriel, ni siquiera resultaba un lugar interesante que visitar. Era un lugar de brumas grises y desesperación sin sentido. Las sinuosas sendas no parecían conducir a ninguna parte y los horrores alados con cara de perro que habitaban el lugar eran encarnaciones banales del mal.

Volaban, aullaban y hacían pedazos a todo desgraciado que se aventurara por sus oscuros reinos. Resultaba todo soporíferamente previsible.

Tampoco le proporcionó la sesión ninguna distracción personal. Shakti estaba allí, hosca y reservada, pero gozando todavía del favor de la maestra allí presente. Daba la impresión de que su fracaso había quedado oculto. Al parecer, Shakti había resistido el impulso de correr a las autoridades con la noticia de la supuesta desertión de la joven Baenre, y esto fastidió a la joven —había esperado avergonzar a su adversaria—; pero también hacía que se sintiera impresionada por la paciencia y resolución de su enemiga. La sacerdotisa Hunzrin era obstinada, dispuesta a acechar a su presa todo el tiempo necesario para descubrir algo suficientemente condenatorio. Shakti empezaba a convertirse en una contrincante digna. Paciente como una araña, la sacerdotisa Hunzrin estaría allí vigilante, siempre atenta, a la espera de que su enemiga diera un paso en falso. Tal información no contribuyó a mejorar el estado de ánimo de Liriel.

La tarde no prometía ser mucho mejor, pues una vez más la joven tenía que enfrentarse a las consecuencias de su poco convencional infancia. A todo drow se le exigía seguir un adiestramiento en el manejo de las armas, cualquiera que fuera su clase social o su sexo. Liriel era letal con cualquier cosa que se pudiera lanzar, y siempre había encontrado que tal destreza era suficiente para sus necesidades; por desgracia, boleadoras, hondas y arañas arrojadas no formaban parte del repertorio clásico de una mujer noble. Cuando los drows entraban en la Academia se esperaba de ellos habilidad tanto con la espada como con el arma drow por excelencia: una diminuta ballesta usada para lanzar dardos envenenados. El arco no era un problema —Liriel podía acertar a todo lo que apuntara— pero jamás había sentido un gran interés por el arte de la esgrima, aunque, como iba a aprender aquel día, el interés era opcional; la destreza, obligatoria.

Su maestro en el manejo de la espada era uno de los alumnos más antiguos de Melee-Magthere. Un varón robusto y muy poco atractivo de una familia poco importante, que parecía moverse alternativamente entre el fastidio por tener que preparar a una sacerdotisa de primer año y la satisfacción de tener la posibilidad de dar órdenes a una hembra de la casa Baenre.

—Te tiembla la muñeca —reprendió—. ¡Sólo dos horas de práctica y ya empiezas a cansarte!

—No estoy acostumbrada a sujetar una espada —se defendió Liriel, y bajó el brazo de modo que la punta de la pesada espada se apoyó sobre el suelo de la sala de entrenamiento.

—Eso salta a la vista —repuso él, sarcástico—. He visto a simples niños que pueden luchar mejor. ¿Qué has estado haciendo todos estos años?

Ella se echó hacia atrás un mechón de pelo y le dedicó una fría sonrisa.

—Pregunta por ahí. ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Dargathan Srune'lett.

—La casa Srune'lett —reflexionó Liriel, contemplando a la rechoncha figura de pies a cabeza—. Sí, ahora que lo mencionas, detecto el parecido familiar.

El varón hizo una mueca, y su rostro se encendió hasta adoptar un rojo lívido. La gente a menudo se refería a las sacerdotisas Srune'lett como las «hermanas gordas» —no en su presencia, desde luego— y muchos miembros del clan, tanto varones como hembras, carecían de la ágil y esbelta figura que era el ideal drow. Al parecer, Dargathan se mostraba bastante susceptible al respecto. El drow alzó su arma describiendo un lento y amenazador arco.

—En guardia —rugió.

Liriel lo miró cara a cara y levantó su excesivamente pesada arma. Antes de que sus agotados músculos pudieran reaccionar, el otro atacó, y la hoja desgarró su túnica en un corte diagonal que iba desde el hombro a la cintura. La joven bajó la mirada para contemplar, incrédula, la plateada franja de cota de malla que quedó al descubierto.

La muchacha miró con ojos asesinos a su contrincante y sostuvo su burlona mirada durante un buen rato. Luego saltó sobre él, dirigiendo la espada hacia su corazón. El otro desvió con facilidad la estocada y retrocedió con un veloz movimiento que contradecía su desgarbado aspecto físico.

—En guardia —repitió Dargathan, con aire de suficiencia—. Practica tu postura. Todavía dejas al descubierto demasiadas partes del cuerpo ante tu enemigo. Recuerda, pie izquierdo atrás, hombro izquierdo atrás. Reduce el blanco.

Liriel apretó los dientes e hizo lo que se le decía. Una y otra vez, el drow le obligó a practicar la postura, le instruyó en las estocadas y paradas simples de la lucha con una sola espada. Puede que Dargathan no luciera la figura musculosa y la deslumbrante brillantez que caracterizaban a los mejores luchadores drows, pero a medida que transcurrían las horas Liriel tuvo que admitir que era un profesor aceptable. El varón replicaba cada uno de sus movimientos, demostrando paso a paso las habilidades que un luchador podría obtener mediante años de laborioso estudio y entrenamiento. Según los patrones de la mayoría de las razas, la joven era una luchadora competente, pero se esperaba mucho más de un drow. A medida que la sesión avanzaba, ella fue reformulando el concepto que tenía de la esgrima y comprendió lo poco que realmente sabía de aquel arte. También descubrió que le dolían todos los músculos, huesos y tendones del cuerpo.

—Eso será suficiente por ahora —dijo finalmente Dargathan—. Hay dos principios fundamentales en el arte de la espada: aprende las cuestiones básicas y prepárate para lo inesperado. Ya hemos empezado con lo primero. Con un trabajo duro y una excelente instrucción, aún haremos algo contigo.

Tras esa afirmación cargada de vanidad y autocomplacencia, el varón envainó su espada y atravesó a grandes zancadas la sala de entrenamiento. Liriel aguardó hasta que llegó a la puerta y luego lo llamó por su nombre.

Dargathan se volvió justo a tiempo de ver a su alumna sosteniendo la espada como una jabalina lista para ser disparada, en alto y hacia atrás por encima de su hombro. Los ojos de la muchacha brillaban con una luz peligrosa cuando arrojó el arma directamente hacia él. La espada voló veloz y certera, y la hoja se encajó con fuerza en la rendija entre la jamba de la puerta y la pared; estremeciéndose por el impacto, apenas a unos centímetros del rostro desencajado del drow.

—Muchísimas gracias por la lección, mi excelentísimo instructor —dijo ella con dulzura, con las manos en las caderas y la postura burlonamente femenina—. Pero tal vez la próxima vez deberíamos dedicar la clase a la preparación para lo inesperado.

Para subrayar aún más sus palabras, sacó sus boleadoras de un bolsillo oculto y empezó a hacerlas girar por encima de la cabeza. El varón dio media vuelta y huyó de la estancia, abandonado por completo su aire de superioridad.

Era posible, observó para sí Liriel mientras volvía a ocultar su arma favorita, disfrutar de un poco de diversión de cuando en cuando incluso en Arach-Tinilith.

En cuanto la ceremonia nocturna terminó, Liriel regresó apresuradamente a su habitación. Nada, ni siquiera el ardiente entumecimiento provocado por la agotadora sesión de esgrima, podía disuadirla de emprender su último viaje a la superficie. Para su último paseo secreto al exterior, no serviría ningún otro destino.

Liriel se vistió y armó con rapidez. Observó al hacerlo que *supiwafwi* había perdido un poco de su lustre y que su pisada llevando las hechizadas botas elfas era un poco menos silenciosa. Le sorprendió que una visita de una hora a la superficie pudiera reducir de tal modo su magia drow. ¿Cómo, se preguntó, lo harían las sacerdotisas de Eilistraee para sobrevivir? ¿Cuánta de su magia, de su herencia, habían abandonado para bailar bajo la luz de la luna? ¿Eran drows todavía o simplemente elfas de piel oscura? Aquéllas eran sólo algunas de las preguntas que deseaba hacer a las sacerdotisas de la Doncella Oscura.

La joven hechicera estudió a toda prisa los conjuros que necesitaría, luego hizo aparecer el portal que la conduciría al estudio de Kharza— *kzad*. Esperaba que su tutor estuviera ya dormido para ahorrarse así sus interminables preguntas; pero ante su sorpresa, unas furiosas voces masculinas surgían de los aposentos privados del hechicero. Su natural curiosidad le instaba a investigar; Kharza era un tipo tan solitario que la presencia de otro elfo oscuro en su refugio debía indicar algo realmente importante.

Pero la luz de la luna la reclamaba con una llamada demasiado poderosa para no hacerle caso, y una vez más se introdujo en el torbellino del túnel que conducía al

claro del bosque.

De nuevo se encontró de rodillas aferrada al suelo, y de nuevo recibió el sorprendente impacto del brillante color verde que la rodeaba por todas partes. Volvió a oír la música de las elfas oscuras, las misteriosas y entretejidas melodías que le resultaban tan familiares. Desde luego, en la Antípoda Oscura, esa clase de música no se tocaría con un arpa, pues los drows consideraban que ese instrumento era soso y perturbador. Pero allí, bajo la luz de la luna, los delicados tonos argentinos del arpa sonaban apropiados.

Liriel se encaminó rápidamente hacia la música. El sonido era más fácil de seguir esta vez, pues previo la peculiar trayectoria lineal que la música tomaba al aire libre, y la siguió directamente hasta el calvero de la Doncella Oscura. Aquel mundo era tan diferente. La joven estaba acostumbrada a rastrear sonidos que eran filtrados a través de capas de magia, que resonaban y reverberaban por un laberinto de piedra. Allí, el origen de cualquier sonido solitario podría ser más fácil de discernir, sin embargo el esfuerzo que requería para sus oídos era mucho mayor.

Los oscuros pasadizos de la Antípoda Oscura, la atestada caverna que contenía Menzoberranzan... aunque lejos de ser silenciosos, aquellos lugares estaban envueltos en una quietud siniestra. Allí todo era una alegre algarabía, en la que diminutos insectos inofensivos chirriaban a su alrededor y gordos lagartos de agua entonaban sus cantos. También los árboles cantaban con un susurrante rumor de hojas agitadas por el viento. Los sonidos de aquella tierra iluminada por las estrellas eran igual que sus colores: demasiado intensos, demasiado variados. Aquel mundo ponía a prueba los sentidos en modos que incluso la vital Liriel no había imaginado posibles, pues allí cada uno de sus nervios parecía hallarse a flor de piel. Jamás se había sentido tan pequeña, tan abrumada.

Jamás se había sentido tan viva.

Liriel atravesó el dédalo de verde y marrón en dirección al claro iluminado por la luz de la hoguera y allí encontró a las sacerdotisas de Eilistraee ataviadas con vestidos plateados y tomando sorbos de unos tazones de humeante y aromática cocción. Isolda Veladorn alzó la mirada al acercarse la joven y le hizo una seña para que se acercara.

—Me alegro de que regreses esta noche, hermanita —saludó en tono gozoso al tiempo que se ponía en pie para darle la bienvenida—. Tenemos otro visitante, alguien que está impaciente por conocerte.

Otra drow se levantó para ir a colocarse junto a Isolda. Liriel lanzó una exclamación, y las extrañas historias de la Época de Tumultos se convirtieron al instante en aterradoramente reales. Se murmuraba que Lloth había recorrido las calles de Menzoberranzan bajo la forma de una drow alta y de una belleza extrema y, por lo tanto, aquella mujer desconocida no podía ser otra que la misma Eilistraee.

La drow medía más de metro ochenta de estatura y un resplandor plateado la envolvía como si hubiera capturado la luz de la luna. Una melena del color de la plata hilada le llegaba casi hasta los pies y su ondulante túnica parpadeaba con luz propia; incluso los ojos eran plateados, más grandes que los de la mayoría de los drows y enmarcados por unas gruesas y pálidas pestañas. Tenía la piel tan oscura como la de Liriel, y ésta brillaba con soberbio tono negro en el resplandor que la envolvía.

Asombrada y temerosa, la joven cayó de rodillas. Había dudado de la existencia de cualquier diosa que no fuera Lloth, y ahora su incontrovertida fe en la Reina Araña significaría su muerte. Su mano se deslizó hacia el sagrado símbolo que colgaba de su cuello, y que la señalaba como una seguidora de Lloth, una sacerdotisa novicia de la Señora del Caos. En su tierra, todo el que invocara cualquier deidad que no fuera Lloth era ejecutado sumariamente, y ella no tenía la menor duda de cuál sería su destino ahora a manos de Eilistraee.

La sonrisa de Isolda se quebró ante la extraña reacción de la muchacha, pero enseguida comprendió el motivo y la consternación inundó su rostro. Se adelantó veloz e hizo poner en pie a la joven drow.

—Liriel, no tienes por qué tener miedo. Ésta es mi madre, Qilué Veladorn. Es una sacerdotisa de la Doncella Oscura, como todas nosotras.

La alta drow sonrió, y la mirada de sus ojos plateados tranquilizó a la muchacha.

—He oído que eres una viajera, Liriel Baenre. También yo estoy lejos del hogar que elegí. Únete a nosotras si lo deseas, y tal vez nosotras, las vagabundas, podamos intercambiar historias de tierras lejanas.

Liriel se seguía sintiendo aturdida, pero también atraída por la calidez y el encanto de la otra, y permitió que Isolda la condujera junto a la fogata. Durante un tiempo se contentó con permanecer sentada, tomar sorbos de su tazón de vino caliente especiado y escuchar cómo charlaban las otras mujeres. Las sacerdotisas trataban a Qilué con gran deferencia y estaban llenas de preguntas sobre su trabajo en el templo del Paseo. La natural curiosidad de Liriel no le permitió permanecer callada mucho tiempo.

—¿Dónde está ese templo? ¿Está también en este bosque?

—No. El Paseo se encuentra cerca de Puerto de la Calavera, un lugar que no tiene nada en común con este pacífico calvero.

—Puerto de la Calavera —dijo Liriel, pensativa. El sonido de aquel nombre resultaba intrigante, seducía la imaginación con insinuaciones de aventuras peligrosas y la promesa del mar abierto—. ¿Dónde se halla ese lugar?

—Es una ciudad subterránea, muy parecida a tu Menzoberranzan, y se halla oculta muy por debajo de la gran ciudad costera de Aguas Profundas. La mayoría de los habitantes de Aguas Profundas no saben gran cosa sobre los territorios situados bajo sus pies, y no muchos se aventuran por sus profundidades. De los que se atreven,

pocos sobreviven. Es un lugar peligroso, sin leyes. —La voz de Qilué era sombría y su hermoso rostro se entristeció al hablar.

—Si pensáis así, ¿por qué permanecéis allí? —preguntó la joven.

—Se nos necesita —se limitó a responder ella.

Aquello era demasiado sencillo para que Liriel lo comprendiera. La habían educado para examinarlo todo en busca de distintas capas de significado y motivación, y le parecía que debía existir algo más de lo que Qilué admitía. ¿Se parecía Puerto de la Calavera a la Antípoda Oscura en que los drows no podían permanecer mucho tiempo lejos de él sin perder sus poderes?

—¿No podéis conjurar magia en la superficie? —se le escapó.

—Sí, desde luego. —Qilué pareció sorprendida—. La Doncella Oscura escucha y contesta a sus Elegidas dondequiera que estén.

Liriel asintió pensativa. De lo que las sacerdotisas hablaban era de magia clerical, desde luego, que era muy diferente de los poderes innatos que ella había poseído desde la infancia. De todos modos, era algo. Se preguntó si Lloth podría escucharla, tan lejos de las capillas de Menzoberranzan, y su mano se acercó despacio al símbolo de la Reina Araña, al tiempo que pronunciaba en silencio las palabras de un hechizo clerical que le permitiría leer los pensamientos de aquella regia drow.

No le llegó ni un atisbo, ni un susurro. El hechizo no funcionó; la plegaria quedó sin respuesta. En las Tierras de la Luz, se hallaba realmente sola.

Alzó la mirada y se encontró con los bondadosos ojos de Qilué fijos en ella.

—Isolda me dice que eres una hechicera experta, con muchos conjuros de portales a tu disposición. Así que, dime, ¿cuál es tu próximo destino?

—Este será mi último viaje a la superficie en muchos años —admitió Liriel con voz entristecida—. Se supone que no puedo abandonar Arach-Tinilith hasta que haya finalizado mi preparación. Hasta ahora he tenido suerte, pero me atraparán tarde o temprano. Los míos, diciéndolo con suavidad, no lo aprobarían.

—Comprendo. ¿Y su aprobación es tan importante para ti?

—Mi supervivencia es importante para mí —replicó ella sin rodeos.

—Tienes otras opciones —dijo Qilué, tras permanecer en silencio unos instantes.

—Bailar a la luz de la luna —replicó ella con amargura—. Eso está muy bien, pero luego ¿qué? ¿Qué pasará cuando amanezca? Seré odiada y cazada por todo humano y elfo que ande bajo el sol, sin disponer siquiera de la magia más elemental para que me proteja.

Tomó un pico de *supiwafwi* en la mano y sacudió la reluciente capa ante los ojos de la mujer.

—Mira esto: pierde brillo por momentos. Tan lejos de los poderes de la Antípoda Oscura, su magia se desvanece. En mi tierra puedo andar silenciosa e invisible. Aquí resultaría vulnerable, visible a todos los ojos. Mis armas, mi coraza, mis componentes

para hechizos... todo lo disolvería el sol.

—No estarías desamparada —intervino Isolda—. Tienes una espada.

—¡No me lo recuerdes! —Liriel lanzó un gemido y se sujetó los doloridos músculos del brazo con el que empuñaba la espada—. De modo que lo que me estás diciendo es que tendría que depender de la menor de mis habilidades para sobrevivir. Gracias, pero no.

—Aprenderías nuevas costumbres —siguió Isolda.

—¡Eso es lo que temo! —repuso ella con pasión—. No lo comprendéis. No puedo abandonar mi patrimonio. ¡No puedo olvidar la cultura drow, o perder mi magia innata, o renunciar a todo lo que he aprendido en tres décadas de estudio de la magia de los elfos oscuros! Tal vez eso os pueda parecer sólo una colección de costumbres y poderes y hechizos, pero es lo que soy.

—Déjala, Isolda —la reprimió suavemente Qilué, posando una mano sobre el hombro de su hija—. Todos debemos seguir el sendero que se nos marca. —Y a Liriel dijo—: Has venido aquí a aprender. Puesto que el tiempo que puedes quedarte con nosotras es corto, ¿por qué no nos preguntas aquello que deseas saber?

El comportamiento directo y considerado de la mujer de más edad cogió a la joven por sorpresa, pero como jamás había dejado escapar una oportunidad, preguntó sobre Rashemen y las costumbres de aquel país.

—Rashemen se halla muy al este de aquí —empezó a decir Qilué—. Está gobernada por Brujas, mujeres sabias que controlan una magia muy poco conocida y poderosa. Una de mis hermanas estudió con ellas durante un tiempo. —Hizo una pausa, y una leve sonrisa curvó sus labios—. Muchos la llamaban Bruja, pero pocos comprendían el porqué.

—¿Las Brujas de Rashemen enseñarían a una drow tales conocimientos? —inquirió ella, incrédula—. ¿Son esos humanos unos idiotas rematados?

En Menzoberranzan, los secretos mágicos se atesoraban con sumo cuidado y se compartían a regañadientes. No se trataba simplemente de una cuestión de avaricia, sino de supervivencia, ya que cualquier arma entregada a otro drow sería usada, casi con toda seguridad, contra el donante.

—Enseñaron a mi hermana —respondió la sacerdotisa con cuidadoso hincapié— sabiendo que no tenían nada que temer de ella. ¿Cuál es tu interés en ese país?

—En la Antípoda Oscura me tropecé con un varón humano. Se llamó a sí mismo Fyodor de Rashemen y me contó que estaba llevando a cabo unadajemma, un viaje de exploración.

—Esa es su costumbre —asintió Qilué—, pero me sorprende que uno de ellos fuera a aventurarse a las tierras de Abajo. Las gentes de Rashemen son por lo general intrépidas, pero no desperdician su vida.

—Entonces es que no habéis conocido a Fyodor —replicó ella—. Parecía

decidido a hacer precisamente eso. Dime, ¿conocéis a un pueblo llamado los rus?

—Esa gente existió hace muchos siglos. —La sacerdotisa aceptó el veloz cambio de tema sin comentarios—. A través de los años mezclaron su sangre con la de gentes de muchas tierras y se han perdido muchas cosas de su lengua y costumbres. Las viejas costumbres se mantienen con más fuerza en la isla de Ruathym.

—¿Llegaron los rus a Rashemen?

La sacerdotisa lo meditó unos instantes.

—No estoy segura pero creo recordar que hace tiempo, antes de que los bosques y ríos de Anauroch se convirtieran en polvo, Rashemen fue invadida y colonizada por una raza de bárbaros de alta mar que viajaron tierra adentro todo lo que les permitieron los ríos. Jamás he establecido una conexión entre ambos, pero ahora que pienso en la cuestión me doy cuenta que las antiguas magias de estos dos países tienen mucho en común.

»De esta magia sé muy poco —añadió, alzando una mano para anticiparse a la siguiente pregunta de Liriel—. Lo único que sé es que ambas culturas están muy ligadas a sus respectivas tierras. Las dos extraen magia de lugares sagrados, así como de los espíritus que residen en ellos.

La muchacha asintió. Sabía muy bien que la Antípoda Oscura poseía sus propios lugares de poder, y era eso, puede que más que otra cosa, lo que la ataba a las tierras de allí abajo, pues la oscura magia de su gente se nutría en gran medida de las extrañas radiaciones del lugar.

—Las Brujas gobiernan su país, de modo que deben permanecer dentro de sus fronteras —razonó. Liriel—. Pero ¿qué pasa con los rus, que viajaban constantemente? No parece muy probable que dejaran tal poder atrás.

—Sobre los rus, no lo sé —admitió la sacerdotisa—. A juzgar por los antiguos relatos, yo diría que la mayoría de esos piratas dependían más de la espada y el hacha que de la magia. Pero las Brujas pueden viajar y lo hacen, aunque no es frecuente. Mi hermana habló de un objeto incomparable, un antiguo amuleto que podía almacenar la magia de tales lugares en el caso de que las Brujas tuvieran que abandonar el país.

—Un amuleto —repitió la joven, pensando en la diminuta daga de oro que había vislumbrado en la mente de Fyodor—. ¿Sabes qué aspecto tiene?

—Oh, sí. Mi hermana lo llevó durante un tiempo, hace muchos años. Viajero del Viento, lo llamó ella. Es una diminuta daga dentro de una funda con runas grabadas.

—¿Cómo funciona? —siguió preguntando Liriel con toda la indiferencia de que fue capaz, mientras se esforzaba por ocultar su nerviosismo.

—No conozco todos los detalles —explicó la drow de más edad—. Syluné, mi hermana, me contó que el amuleto almacena magia de los lugares de poder, pero sólo de modo temporal. Pocas Brujas abandonan su país durante mucho tiempo, de modo que eso es suficiente para ellas. Pero la leyenda indica que el Viajero del Viento

puede convertir tales poderes en permanentes. ¿Cómo?, no lo sé. Ese conocimiento se ha perdido.

Tal vez sí, tal vez no, observó Liriel en silencio. Su ágil mente saltaba de una posibilidad a otra, tejiendo los dispares hilos hasta formar un nuevo y hasta ahora insospechado conjunto. Si los viajeros rus habían colonizado Rashemen, el Viajero del Viento podría muy bien haber sido obra suya. Si así era, entonces la magia de las runas era la llave para acceder al poder del amuleto, y si el objeto que Fyodor buscaba era realmente el Viajero del Viento, entonces aquel antiguo artilugio se encontraba en algún lugar de la Antípoda Oscura. Si ella conseguía encontrarlo, tal vez podría adaptarlo para guardar su propia magia. Y ¿por qué no? Los poderes mágicos inherentes a los drows y la magia de la mayoría de los objetos que creaban se verían aumentados por las radiaciones características de la Antípoda Oscura. ¿No era aquello una especie de centro de magia?

Demasiadas condiciones. Tenían que darse demasiados supuestos, pero en su excitación Liriel no se dejó desanimar. Por primera vez, su sueño de viajar y explorar en las Tierras de la Luz parecía al alcance de su mano. Algunas drows —como esas sacerdotisas— podrían abandonar lo que era su herencia y abandonar a la Señora del Caos, pero ella no podía hacerlo. Amaba la salvaje belleza de la Antípoda Oscura, y aunque anhelaba correr aventuras en el mundo situado más allá, quería regresar a su hogar. Si pudiera encontrar ese amuleto y poner a prueba sus poderes, podría existir un modo para ella de salir a la superficie entera, fijando sus propias condiciones: silenciosa, imprevisible, misteriosa, poderosa, llena de magia, letal. Como una drow.

Llevaba por un impulso, la joven alargó los brazos y abrazó a la regia mujer.

—Tengo que marchar ahora, ¡pero no puedo expresaros lo que esta visita ha significado para mí!

Qilué contempló el rostro excitado de la muchacha y los brillantes ojos dorados durante unos momentos.

—El templo del Paseo —repitió con suavidad—. Recuerda ese nombre, por si algún día lo necesitas.

Rastros falsos

Veloz y silenciosa, Liriel atravesó el bosque de vuelta a su portal mágico. Su huida sorprendió a una extraña criatura, una gran bestia de color pardo con enormes ojos marrones y un par de cuernos erizados de astas. El animal salió huyendo y se perdió entre los árboles. Por un instante Liriel se detuvo para observar a la grácil criatura. En cualquier otro momento, la habría seguido, tal vez para cazarla, o puede que sólo para averiguar más cosas sobre aquella extraña y fascinante bestia. Aquella noche, un trofeo más importante le esperaba.

Tenía cierta idea sobre el paradero del Viajero del Viento, y el tiempo de que disponía para localizarlo era escaso, así que penetró a toda prisa en la puerta que la devolvería a la Antípoda Oscura. El mágico vuelo fue veloz y breve, y la condujo cerca del lugar donde ella y el humano habían unido fuerzas para combatir a los murciélagos subterráneos.

Liriel retrocedió sobre sus pasos hasta la reluciente cueva donde había encontrado a Fyodor de Rashemen. Allí había un misterio, uno que debía resolver, y se agachó para examinar el cuerpo de una criatura que el humano había matado.

Incluso en la muerte, el animal resultaba impresionante. Las alas aplastadas medían más de dos metros, y los colmillos afilados como dagas que sobresalían de la boca entreabierta tenían como mínimo la misma longitud que sus dedos. Resultaba un milagro que el humano hubiera conseguido matar a una criatura así, pero aún más extraño que los gigantescos murciélagos hubieran atacado, pues, aunque eran sumamente peligrosos, los dragazhar eran criaturas muy inteligentes que raras veces atacaban nada que fuera mayor y más amenazador que una rata. Algo debía haberlos envalentonado o había hecho que se sintieran amenazados, para obligarlos a alterar su comportamiento.

Agarrando el ala del dragazhar con ambas manos, tiró hasta hacer girar a la criatura sobre su lomo para examinar la parte inferior de su abdomen. Allí encontró la respuesta que buscaba. El abdomen y las patas del animal mostraban varios cortes largos y finos: las señales interpoladas de dos espadas gemelas. Tales heridas eran demasiado agudas, demasiado precisas, para haber sido infligidas con la hoja embotada del humano; había sido acero drow el que había marcado al dragazhar.

Examinó los cuerpos de los otros tres murciélagos muertos y encontró marcas parecidas, incluidos reveladores dardos envenenados disparados por una ballesta drow. Lo más probable era que esos murciélagos se hubieran tropezado con Fyodor en su huida de otro combate de mayor envergadura, y tras habérselas visto con una

banda de luchadores drows, un humano solitario debió de parecerles una presa fácil.

Aquel descubrimiento apoyaba una de sus sospechas: en persecución del amuleto, Fyodor había seguido a una banda de drows a la Antípoda Oscura. Liriel ni siquiera podía imaginar lo que el hombre planeaba hacer cuando los hubiera atrapado, pues aunque luchaba bien, ¿no era más que un hombre solo contra los luchadores más mortíferos de aquellos reinos de las profundidades!

No se le ocurrió a la joven preguntarse lo que ella misma podría hacer sola contra una banda de luchadores drows. Al fin y al cabo, era una princesa Baenre y una hechicera, y estaba decidida a encontrar el amuleto llamado Viajero del Viento costara lo que costase.

Registró el suelo rocoso hasta que halló una serie de gotas de sangre que conducían fuera de la caverna. Algunos de los murciélagos habían sobrevivido a la espada y el garrote de Fyodor, y uno de ellos había quedado lo bastante malherido para dejar un rastro. Puesto que los murciélagos subterráneos heridos invariablemente regresaban a su guarida, sospechó que su vuelo lo llevaría a desandar el camino que lo había conducido hasta aquella caverna. Liriel conjuró una esfera de fuego fatuo para seguir el rastro, y el nerviosismo apresuró sus pasos mientras rastreaba el camino en dirección al emplazamiento de la primera batalla.

El rastro de gotas de sangre finalizó en una enorme caverna oscura.

Allí no había ninguna luz, ninguna de las rocas o plantas fosforescentes que iluminaban lo que había dado en considerar la cueva de Fyodor. Pero Liriel pudo ver con suficiente claridad. Formaciones calóricas en el aire, en la roca, daban al lóbrego paisaje una precisión y unos matices que aquellos que sólo veían bajo la luz no podían ni imaginar. En la Antípoda Oscura, incluso la piedra más helada contenía algo de calor.

Y los cadáveres de dos varones drow, tan fríos como su pétreo tumba, desprendían el apagado resplandor azulado característico de la carne sin vida.

Liriel corrió hacia los elfos muertos y se dejó caer de rodillas para registrar los cuerpos. Sus esfuerzos dieron como fruto cierta cantidad de magníficos cuchillos y otros objetos, pero no el amuleto que buscaba.

Tragándose su decepción, la mujer se sentó sobre los talones y meditó la situación. Los varones habían sido plebeyos, y ninguno lucía insignia alguna que indicara una alianza con una de las casas nobles de Menzoberranzan. Iban bien armados, pero aun así resultaba curioso que sólo fueran dos. Liriel desafiaba a la Antípoda Oscura sola debido a la magia de que disponía, pero sólo hechiceros drows salían con tan escasa compañía. Aquellos varones carecían de libros de hechizos, bolsas de componentes extraños, varitas u otras armas mágicas; eran sin lugar a dudas luchadores bien adiestrados, probablemente ladrones, y nada más.

Los dos varones muertos habían recibido heridas asestadas por los colmillos y las

zarpas de las alas de los dragazhars, pero ninguna de esas heridas era lo bastante profunda para resultar fatal; lo más probable era que aquellos drows hubieran muerto debido a heridas infligidas por las colas envenenadas de los murciélagos subterráneos.

Liriel se levantó y conjuró otra esfera de fuego fatuo. Sosteniéndola en alto, inspeccionó la caverna. Los cuerpos de una docena de dragazhars cubrían el lugar, dando fe de una larga y encarnizada lucha. ¿Era posible que aquellos dos drows hubieran luchado solos?

Pero no, había armas desperdigadas por el suelo de la caverna, más de las que aquellos dos cadáveres podrían haber empuñado. Dos excelentes espadas idénticas, finas y grabadas con runas, atrajeron la mirada de Liriel, que se agachó y pasó los dedos por una de las relucientes hojas. La magia vibraba en la espada como los latidos de un corazón. Eran armas de un valor inestimable, el orgullo del drow que las había empuñado, y abandonó la idea de que el luchador superviviente había huido, dejando atrás los cuerpos de sus dos camaradas. Ningún luchador elfo oscuro dejaría atrás tales armas a menos que ya no fuera a necesitarlas nunca más.

Unos pasos más allá de las armas abandonadas, Liriel descubrió una salpicadura de sangre fría y seca. Buscó durante unos minutos antes de encontrar el siguiente manchón, unos tres metros más allá, y de improviso supo lo que había sucedido.

Los murciélagos subterráneos acostumbraban a llevarse a sus presas de vuelta a la guarida para devorarlas con tranquilidad, en especial si se sentían amenazados. Una batalla contra drows podría clasificarse sin duda como amenaza, y Liriel se maravilló de que los dragazhars hubieran persistido durante tanto tiempo teniendo tantas cosas en contra; debían de haber necesitado la comida con urgencia. Resultaba curioso, sin embargo, que hubieran dejado atrás dos cuerpos.

Tras un momento de vacilación, Liriel volvió a seguir el sangriento rastro. La guarida de las criaturas debía de hallarse muy cerca, pues a pesar de lo grande que era un dragazhar, éstos no podían transportar muy lejos los cuerpos de drows adultos.

Como sospechaba, la cueva no se hallaba muy lejos. Su boca estaba situada en una zona alta de la pared rocosa del túnel, una abertura casi horizontal que parecía demasiado estrecha para permitir el paso de los murciélagos gigantes. Liriel dio un salto, se sujetó a la repisa y se izó para echar un vistazo.

Sólo unos cuantos dragazhars adultos estaban en el interior de la cueva, dormidos y colgando por las colas del techo de la caverna. También había muchas crías, tal vez unas cuarenta o más, y aquellos dragazhars pequeños resultaban bastante atractivos, con su bien acicalado pelaje negro como la noche y sus pequeños y gordezuelos cuerpos. Los pequeños dormían en una pulcra hilera, a todas luces saciados y satisfechos.

Liriel asintió mientras varias piezas del rompecabezas iban encajando. La

necesidad de alimentar a tantas crías había obligado a aquellas criaturas a atacar a un grupo de drows, y habían dejado atrás a los dos elfos oscuros envenenados, probablemente debido a que los dragazhars pequeños no podían alimentarse de carne envenenada. A juzgar por el número de crías, la joven calculó que la cueva era el hogar de varias bandadas de dragazhars cazadores, al menos sesenta u ochenta adultos. Aquello era más que suficiente para destruir un pequeño grupo de luchadores drows.

Escudriñó con atención el techo bajo de la cueva. Pocos elfos oscuros se aventuraban al interior de tales lugares, pero los que lo hacían afirmaban que se trataba de auténticos almacenes de tesoros. Liriel tenía en mente un tesoro muy concreto.

La drow lanzó una cautelosa mirada a sus espaldas. El túnel estaba oscuro y silencioso hasta donde podía ver. Los murciélagos estaban fuera de casa, a excepción de las niñeras que habían dejado para ocuparse de los pequeños. La joven era consciente de que no tenía muchas posibilidades; pero jamás serían mejores.

Liriel se subió al saliente y, arrebujándose en *supiwafwi*, penetró despacio en la madriguera. El olor acre del guano de murciélago la envolvió y bendijo sus botas hechizadas, que le permitían andar sin el crujido que habría anunciado su intrusión. No había ido muy lejos cuando su pie golpeó algo blando, y entonces se agachó para ver mejor.

Era el cuerpo de un varón drow bastante alto, o lo que quedaba de él. La magnífica cota de malla había repelido los colmillos de los murciélagos de las profundidades y dejado el torso intacto, pero de las extremidades apenas quedaban más que los huesos. Otros dos cuerpos yacían a poca distancia, en no mejor estado que el primero.

Si Liriel hubiera necesitado un recordatorio de la importancia del sigilo y el silencio, no podría haber pedido uno mejor. Con sumo cuidado, palmeó los cuerpos parcialmente devorados; encontró una buena provisión de dardos envenenados y varios cuchillos de buena factura. Por lo general se habría quedado con tales objetos, pero registrarían aquellos cuerpos más tarde, y no quería que nadie sospechara que había estado ya en la cueva.

Transcurrieron varios minutos antes de que la muchacha encontrara lo que buscaba. Uno de los drows muertos llevaba una bolsa de cuero, colgada al cuello por una larga correa y oculta bajo la cota de malla, y en la bolsa había una daga de siete centímetros y medio, guardada en el interior de una funda con runas grabadas que pendía de una cadena rota. Sujetando el amuleto en la mano con expresión de triunfo, Liriel retrocedió fuera de la guarida.

Se apresuró a regresar a la relativa seguridad de la brillante caverna y examinó su trofeo con más atención. Sí, era el mismo objeto que había vislumbrado en la mente

de Fyodor, y ahora comprendía que algo así podía atraer a un hombre a la Antípoda Oscura. Eso, si realmente era el Viajero del Viento, era un tesoro mágico único, un objeto perteneciente a una era antiquísima de extraña y poderosa hechicería. Encontrar algo así era una honrosa búsqueda a la que dedicar toda una vida. Poseerlo valía todos los peligros que Fyodor había corrido.

«Que correrá.» Con ese pensamiento, la expresión triunfal de Liriel se evaporó y su rostro se crispó en una mueca de enojo. Desde luego el humano regresaría, y si ella había encontrado a los comerciantes muertos, puede que él también. El hombre había demostrado ser fuerte e ingenioso; pero sin la ayuda de las botas elfas y la protectora invisibilidad de *unapiwafwi*, sin duda se uniría a los luchadores drows como alimento para las crías de murciélago subterráneo.

Liriel no se detuvo a meditar por qué debería preocuparle la cuestión. No había tiempo que perder, y rápidamente trazó un plan. Sacó su libro de conjuros e invocó el portal mágico que conducía a la torre de Kharza; lo que tenía en mente precisaría de la ayuda del hechicero.

Pero éste no estaba solo cuando ella entró en su estudio. Su tutor estaba sentado ante su escritorio, con las manos de pálidos nudillos entrelazadas con fuerza ante él, mientras que, repantigado en un sillón cercano, había un varón drow, probablemente el elfo oscuro más impresionantemente exótico que Liriel había contemplado jamás. Sus largos cabellos cobrizos estaban sujetos hacia atrás en una única y gruesa cola, y a la tenue luz de la vela sus ojos resplandecían tan negros como su piel color ébano. Su rostro anguloso quedaba definido por unos elegantes y bien marcados pómulos, una barbilla afilada, y una nariz larga y fina. Era delgado y vestía lujosamente, y su actitud sugería a la vez orgullo y poder. Liriel advirtió todo esto con una mirada y con la misma rapidez dejó de lado al visitante. En otra ocasión, podría sentirse interesada, pero ahora absorbían su atención cuestiones más importantes.

—Kharza, hemos de hablar —dijo a toda prisa, dirigiendo una significativa mirada al desconocido.

Antes de que el hechicero pudiera responder, el drow de cabellos rojos se puso en pie y dedicó a la joven una educada reverencia.

—Te saludaría, señora, pero no conozco ni tu nombre ni tu casa —dijo—. Kharza-kzad, ¿serías tan amable?

Las arrugas de preocupación del hechicero se agudizaron hasta convertirse en auténticos desfiladeros, pero llevó a cabo las protocolarias presentaciones.

—Liriel de casa Baenre, hija del archimago Gomph Baenre, puedo presentarte a mi socio Nisstyre, capitán de la banda de comerciantes El Tesoro del Dragón.

—No esperaba tal honor. —Los negros ojos de Nisstyre se iluminaron y éste volvió a hacer una reverencia—. Nuestro mutuo amigo me asegura que te satisfizo mi reciente regalo.

—El libro sobre tradiciones humanas —explicó Kharza de mala gana, al observar la expresión perpleja de la joven—. Procedía de Nisstyre.

—Y me complacería facilitarte otros si lo deseas. El Tesoro del Dragón es famosa por proporcionar cualquier cosa, sin importar su precio. Estoy seguro de que al hechicero no le molestará dar fe de nuestra discreción. Hemos estado proveyendo su casa durante muchos años.

Liriel sabía que tales acuerdos no eran insólitos. Muchas de las casas nobles patrocinaban bandas de comerciantes, pues aquél era su único vínculo con el mundo situado fuera de Menzoberranzan. Por su parte, la amenaza de represalias por parte de alguna poderosa matrona otorgaba a los comerciantes un grado de seguridad del que no podrían haber disfrutado de otro modo. Liriel reconoció al instante el valor de un aliado así, y dedicó todo el encanto de su sonrisa al varón de exótica belleza.

—No necesito ningún libro esta noche, pero tal vez puedas ayudarme en otro asunto. Necesito contratar a unos matones discretos.

—Creo que hay bandas de mercenarios en esta ciudad —observó el comerciante, enarcando una ceja.

—Sí, y la mayoría obedecen a una matrona u otra —replicó ella, desechando tal posibilidad—. Esto es personal y privado.

—Comprendo. ¿Qué es, exactamente, lo que tienes en mente?

—Encontré una patrulla drow en los túneles, muerta en combate con dragazhars. Quiero trasladar algunos de los cuerpos a la entrada del túnel de la Hondonada Seca, junto con unos cuantos de los murciélagos muertos. Allí organizarás la escena de modo que parezca que la batalla se desarrolló en ese sitio.

—Algo así puede hacerse, pero no acabo de comprender su propósito —dijo Nisstyre, tras estudiar a la muchacha durante un buen rato.

—Acépta la tarea o recházala, pero no hagas preguntas.

—Mil perdones, señora —murmuró el comerciante sin el menor atisbo de sinceridad—. Y si acepto, ¿confío en que podrás financiar tal expedición?

Mencionó un precio como sin darle importancia; era alto, pero no tanto como ella había esperado.

—Tendrás eso y más —prometió—. Puedo darte tus honorarios ahora, en oro o joyas como desees. También te mostraré dónde está la madriguera de los dragazhars. Te puedes quedar con todos los tesoros que quieras desenterrar de entre el guano de murciélago. Yo no quiero nada. Además, conté unas cuarenta crías de dragazhar. A los hechiceros les gusta tener murciélagos subterráneos como compañeros. Recoge unas cuantas crías para adiestrarlas como espíritus familiares y ganarás al menos veinte veces el importe de tus honorarios. Todo esto lo tendrás, siempre y cuando hagas lo que te digo... sin hacer preguntas. ¿Aceptas estas condiciones?

—Con mucho gusto —sonrió Nisstyre.

—Excelente. Kharza, necesito que tú también vengas.

—Yo, ¿entrar en una guarida de dragazhars? —exclamó el hechicero.

—Bien, ¿y por qué no? ¿De qué sirve la magia si no se utiliza?

—Pero...

—Si alteramos el suministro de alimento de esos animales, atacarán. Tenlo por seguro. Y por lo poco que conseguí ver, yo diría que la cueva contiene una comunidad numerosa, al menos seis grupos de caza. Nos hará falta un hechicero más.

—Creo que te puedo ayudar en esto, milady —intervino el comerciante—. Como tú, estoy muy familiarizado con el Arte.

Liriel examinó al varón de cabellos cobrizos de pies a cabeza y creyó en su afirmación. Los capitanes comerciantes a menudo poseían grandes riquezas e influencias, y nadie podía alcanzar una posición de tanto poder sin disponer de una gran destreza con las armas o la magia, y aquel varón no tenía aspecto de luchador. Era demasiado delgado, de figura demasiado delicada, casi decadente en su elegancia.

—¿Servirá él, Kharza?

—Sus habilidades son adecuadas —repuso el anciano hechicero a regañadientes.

—Bien —asintió ella—. Entonces pongámonos en marcha.

—¿Qué, ahora? —inquirió el comerciante.

—¡Claro que ahora! —le espetó ella; tomó un reloj de arena del escritorio de Kharza, le dio la vuelta, y lo volvió a dejar con un golpe sordo—. Debo recoger unas cosas de mi habitación. Consigue a tres de tus mejores luchadores varones, tres, no más, y reúnete conmigo aquí antes de que la arena se agote. —Dicho esto, conjuró el portal que la llevaría a Arach-Tinilith y casi saltó a su interior.

—Muy interesante —observó Nisstyre, dirigiendo una mirada burlona a su anfitrión—. No me dijiste que Liriel Baenre ha estado en la superficie.

—¿Cómo lo...? —Kharza-kzad se interrumpió y se mordió el labio, consternado.

—¿Cómo lo he sabido? —se mofó el otro—. Resulta evidente, mi querido colega. No los detalles, desde luego, pero la idea general está muy clara. Como sin duda sabrás, el túnel de la Hondonada Seca conduce a la superficie. La princesita desea disuadir a alguien de seguirla de vuelta a la Antípoda Oscura, y ¿qué mejor modo que poner en escena una espantosa batalla? Se desperdigan los cuerpos de unos cuantos luchadores drows, varios murciélagos monstruosos, y el más intrépido de los habitantes de la superficie que se tropiece con esa escena se lo pensará dos veces antes de seguirla. Es bastante ingenioso, en realidad. Lo que me gustaría saber —siguió pensativo—, es qué enemigo es al que considera digno de tal esfuerzo.

—Te aseguro que no tengo ni idea —repuso el hechicero Xorlarrin, cruzando los brazos sobre su exiguo pecho—. ¡Y estoy aún más seguro de que no quiero averiguarlo!

El comerciante abandonó su asiento y, colocando ambas manos sobre el escritorio, se inclinó al frente para mirar directamente al rostro del anciano hechicero.

—Riesgos —dijo en un susurro confidencial—. Todo seguidor de Vhaeraun debe estar preparado para correrlos.

Con esta última pulla, dejó a Kharza-kzad solo para que farfullara sus acostumbradas negativas. Era un juego curioso, pero que a Nisstyre le encantaba. Con el tiempo, tal vez Kharza se acostumbraría tanto a las insinuaciones que empezaría a pensar sobre sí mismo en aquellos términos; era improbable, desde luego, pero un hechicero Xorlarrin, un maestro de la famosa Sorcere, sería una valiosa incorporación a la banda de Vhaeraun.

El comerciante abandonó apresuradamente la Torre de los Hechizos Xorlarrin en dirección a su casa alquilada cerca del Bazar. Ahora que había conocido a Liriel Baenre, se sentía más interesado que nunca por ella. La joven pensaba por sí misma, seguía sus propias normas; no era una esclava del fanatismo que paralizaba a tantas drows de Menzoberranzan y por lo tanto una candidata de primer orden a la conversión a las costumbres de Vhaeraun. Había que reconocer que poseía toda la altiva arrogancia de las hembras nobles, pero aquello podía cambiar con el tiempo. De hecho, la tarea de volver más humilde a la princesita atraía sobremanera a Nisstyre.

Primero, claro está, tendría que ponerla de su parte. Que lo hubiera contratado para aquel asunto era un golpe de pura suerte, y también resultaba irónicamente divertido, ya que estaba claro que los drows muertos que Liriel había descrito eran sus propios ladrones perdidos. La joven le había ahorrado la molestia y el gasto de tener que buscarlos.

Nisstyre no le mencionó tal dato, y no veía la necesidad de hacerlo ahora. Se encaminó a toda prisa a su alojamiento alquilado y seleccionó a tres de sus luchadores más fuertes, a los que, una vez puestos al corriente y armados, condujo rápidamente de vuelta a la Torre de los Hechizos Xorlarrin.

Liriel ya estaba allí, estallando casi de impaciencia. Examinó a los varones y dijo que le parecían adecuados; luego, con la ayuda de Kharza-kzad, envió a los luchadores drows por el portal en dirección al lugar donde estaban sus camaradas muertos. En cuanto a Nisstyre, dejó que se las arreglara por sí mismo; si no era un hechicero lo bastante bueno para encargarse de algo así, era mejor que ella lo supiera ahora. Cuando sus fuerzas se reunieron, las condujo al lugar donde se había desarrollado la batalla con los dragazhars y expuso rápidamente suplan.

—Cinco drows entraron en esta caverna. A dos de ellos los veis muertos ante vosotros; los otros tres son alimento para los murciélagos. Ahora bien, podemos hacer esto de dos maneras. Podemos recuperar lo que queda de los tres drows en la cueva y arriesgarnos a despertar a los murciélagos subterráneos, o vosotros tres

podéis ayudar a montar un falso combate y luego dejar un rastro reciente hasta la superficie y más allá.

Los luchadores intercambiaron miradas. Dos de ellos parecieron claramente aliviados ante aquel cambio en los acontecimientos —ni siquiera al drow con más ansias de combatir le hacía gracia la idea de luchar contra los letales murciélagos— pero el tercero, un drow alto de cabellos muy cortos y un tatuaje en la mejilla, hizo una mueca de franco desdén.

—Esta no fue tu oferta original —señaló Nisstyre—. ¿Qué pasa con la madriguera dragazhar? ¿El tesoro, las crías de murciélago?

—Mi oferta original especificaba que haríais lo que yo dijera, sin hacer preguntas —repuso Liriel, impaciente—. Una vez que se haya llevado a cabo esta tarea, os mostraré la cueva. Podéis recoger las criaturas y el tesoro más tarde, en vuestro tiempo libre.

—Como tú digas. —El comerciante aceptó sus condiciones con una inclinación—. Pero siento curiosidad por saber qué hago aquí, si no va a haber un combate con los dragazhars.

—¿Quién dice que no lo habrá? —replicó ella—. No lo dirías si supieras lo cerca que está su cueva. Cuanto más tiempo permanezcamos aquí charlando, mayor es el riesgo.

—Comprendo. —Nisstyre lo meditó unos instantes—. Conozco otra salida a la superficie, no muy lejos del túnel de la Hondonada Seca. Está más cerca y es un camino más corto para llegar a la Noche superior. ¿Hago que mis luchadores la utilicen?

Liriel asintió de buena gana. No quería que Fyodor de Rashemen se encontrara con los tres drows cuando volviera, porque no dudaba que el humano regresaría, y no podría competir con aquellos tres luchadores bien adiestrados y armados. A lo mejor rastrearía al grupo de Nisstyre hasta la superficie; a lo mejor los alcanzaría incluso. Pero ella lo dudaba. Lo más probable sería que los siguiera mientras encontrara el rastro y luego, una vez perdido éste, siguiera su camino, al no encontrar motivo para regresar a los desconocidos peligros de la Antípoda Oscura; eso a ella le iba de perlas.

Una cosa más quedaba por hacer. Liriel seleccionó al más grandullón de los luchadores de Nisstyre, el intrépido varón con el tatuaje del dragón en la mejilla. A su juicio, aquél era el que mejor podría sobrevivir a lo que tenía en mente, y además, el luchador no se había esforzado precisamente en ocultar su desprecio por la tarea. Liriel no estaba acostumbrada a tal insubordinación por parte de un criado y no estaba dispuesta a dejar que su actitud quedara sin recompensa.

Así que ordenó al drow que se quitara uno de los brazales de cuero que protegían sus antebrazos. Este así lo hizo, y mientras extendía el brazo hacia ella, una sonrisa

curiosa y ligeramente burlona asomó a sus labios. La joven le sujetó la muñeca y la oprimió con fuerza.

—¿Cómo te llamas, y qué es lo que encuentras tan divertido? —inquirió.

—Me llamo Gorlist. Yo destruyo a mis enemigos; no pierdo el tiempo colocando rastros falsos para que los sigan —declaró el drow con no poco orgullo; para dar más énfasis a sus palabras, apretó el puño, de modo que los músculos de su brazo se hincharon y ondularon de un modo imponente. La exhibición de fuerza obligó a Liriel a soltarlo con despectiva facilidad.

—Nada de rastros falsos —repitió ella con un deje de siniestro humor al tiempo que volvía a sujetar al luchador—. Es gracioso que hayas dicho eso, Gorlist.

Con un único y relampagueante movimiento, Liriel sacó un cuchillo y asestó un largo y profundo corte al brazo del otro. Los ojos de Gorlist se abrieron de par en par, incrédulos, mientras la sangre manaba de la herida. El luchador liberó violentamente el brazo de su mano.

—No la vendes; no intentes detener la hemorragia de ningún modo —le ordenó—. Deja un rastro en la superficie que incluso un idiota incapaz de detectar el espectro infrarrojo pueda seguir. Fíjate que no te insulto pidiéndote que dejes un rastro falso. Estoy segura de que la sangre auténtica es más de tu agrado.

—Pero ¡la pérdida de sangre! ¡Tal vez no sobreviviré para llegar a la Noche superior! —protestó él.

—Oh, deja dé gimotear. No tienes que desangrarte todo el camino hasta la superficie. Sólo marca el sendero hasta el túnel correcto, eso es todo lo que pido —dijo ella en tono impaciente.

La expresión ultrajada de Gorlist no desapareció. Al parecer, aquel varón no sabía cuál era su lugar; Liriel no tuvo ningún reparo en recordárselo. Con el dedo índice de su mano libre, siguió el borde del corte infligido.

—Si hubiera querido matarte, no te habría herido aquí —indicó, y usando la sangre del drow como tinta, trazó burlona otra línea sobre el brazo, pero ésta ligeramente lateral—. Te habría hecho el corte aquí.

Un cuchillo apareció de improviso en su ensangrentada mano y la joven lo presionó con fuerza sobre la línea que había dibujado. Sus ojos recibieron la enfurecida mirada del varón con una fría sonrisa y una expresión retadora.

—Y te estamos agradecidos por tu pericia —intervino Nisstyre, al tiempo que liberaba con suavidad la muñeca de su luchador de la mano de Liriel—. Tú, Gorlist, harás lo que se te ordena. Los tres, marchad a toda prisa hacia la superficie. ¿Y después de eso? —inquirió, dirigiendo la pregunta a la muchacha—. ¿Adonde deben ir?

La joven permaneció callada, no muy segura de cómo responder. Su única idea había sido dejar un rastro que saliera de la Antípoda Oscura, y no conocía ningún

destino en la superficie que pudiera darles. Un momento: sí, claro que conocía uno.

—A Aguas Profundas —dijo tajante.

—Bien elegido. —Los finos labios del capitán comerciante se curvaron en una sonrisa—. Es un largo viaje, pero que pronto tendrán que hacer de todos modos. El Tesoro del Dragón tiene una base cerca de esa ciudad.

—¿En Puerto de la Calavera? —preguntó Liriel, considerando más probable que los comerciantes drows pudieran prosperar bajo tierra que en un baluarte humano.

—Para ser una noble de Menzoberranzan, sabes muchas cosas del ancho mundo —observó Nisstyre, y su sonrisa se hizo más amplia—. No me sorprendería que volviéramos a encontrarnos muy pronto, mi querida Liriel.

—No, a menos que planees inscribirte en Arach-Tinilith —respondió ésta, usando un tono de voz pensado para enfriar el destello demasiado descarado de los ojos negros del hechicero—. Estaré allí durante unos cuantos años.

—Es un desperdicio —repuso él con fervor.

—Eso es una blasfemia —replicó Liriel con indiferencia—. Pero puesto que no eres de Menzoberranzan, tal vez Lloth pasará por alto tus palabras. Bien, tal vez querrás que te enseñe el camino hasta la guarida de los dragazhars.

Nisstyre siguió a la muchacha hasta llegar al estrecho túnel que conducía a la cueva de los murciélagos subterráneos, mientras observaba la seguridad con que ésta se movía por el salvaje terreno, así como su total falta de temor a pesar de que eran sólo dos contra los peligros de la primitiva Antípoda Oscura. Quedaba muy claro que la joven era una aventurera aguerrida que sentía una gran atracción por lo desconocido. Sí, él podía atraer a aquella muchacha hacia la Noche superior, se aseguró Nisstyre muy satisfecho de sí mismo. Un empujoncito, un golpecito y ella sería completamente suya.

Y, por extensión, de Vhaeraun. En algunas cuestiones, incluso el dios de los ladrones debía quedar en segundo término.

Puente del Troll

Fyodor siguió el sendero del empinado túnel durante muchas horas, sin darse demasiada cuenta de cuánto tiempo transcurría. Cuando ya no pudo correr, anduvo, y descansó lo poco que se atrevió. Tras un tiempo —si muy largo o muy corto no lo sabía— la senda se niveló y terminó en una pequeña cueva.

La oscuridad era menos intensa y cuando Fyodor apagó la última de sus antorchas, descubrió que podía ver relativamente bien. Tras una rápida exploración halló la salida, una pequeña abertura un poco por encima de la altura de su cabeza y no mucho mayor que un agujero de tejón, que lo obligó a usar su espada para arrancar piedras y tierra. Cuando consideró que el hueco sería suficiente, se sujetó a los bordes y se izó. Despacio, penosamente, consiguió pasar los hombros por la abertura, y por fin pudo rodar al exterior, agotado pero jubiloso. Durante un buen rato se limitó a permanecer allí, respirando profundamente al tiempo que examinaba el entorno.

El suelo bajo su cuerpo era duro y pedregoso, y las paredes de un barranco se alzaban verticales a ambos lados. A juzgar por las piedras lisas y redondeadas que había a su alrededor, comprendió que aquello era un lecho seco de un río, y que algo o alguien debía haber desviado el cauce, ya que en aquella época del año el agua debería haber corrido veloz, aumentada por el deshielo. El aire era fresco, pero mucho más cálido que la última vez que había contemplado la luz del día. O bien había estado vagando por la oscuridad mucho más tiempo del que habría creído posible, o había salido a muchos kilómetros del bosque de Ashan y el portal mágico que lo había conducido a la Antípoda Oscura.

Fyodor alzó los ojos hacia lo alto. Una espesa maraña de árboles se unía sobre su cabeza, y a través de la espesa cortina verde vislumbró el tenue resplandor rosa y plata que anunciaba la salida del sol. Amanecía. Era la visión más hermosa que había visto jamás, y una que no había esperado volver a ver nunca. Gracias a la joven drow había encontrado el camino de regreso al sol y, por lo tanto, le debía la vida, no una vez, sino dos.

Se puso en pie y trepó por la inclinada orilla, en busca de algo que pudiera decirle dónde estaba. El bosque a su alrededor era espeso y oscuro, pero delante, en dirección oeste, el follaje que rodeaba el seco lecho del río quedaba reducido a una vegetación baja de zarzas y matorrales que acababan de echar hojas. Era primavera, y la estación estaba mucho más adelantada que en su nativa Rashemen.

El joven recorrió a toda prisa la orilla en dirección al linde del bosque. Una colina descendía ante él hacia un fértil valle. Había prados, ya floridos y exuberantes, y un

enorme laberinto de matas de bayas espolvoreadas de blancas flores; pero lo que resultaba más alentador eran los campos de centeno que crecían más allá, pues las cosechas bien cuidadas indicaban la presencia de un pueblo no muy lejos.

El guerrero asintió satisfecho. No obstante su alegría al encontrar un modo de llegar a la superficie, estaba decidido a regresar a la Antípoda Oscura tan pronto como le fuera posible para encontrar el rastro de los ladrones drows. Incluso aunque el poblado no lo compusieran más que unas cuantas granjas, podría adquirir las provisiones que necesitaba para su viaje, pues las monedas de plata que había ganado durante su trabajo como aprendiz todavía colgaban pesadamente en su bolsa. Con largas e impacientes zancadas, marchó en busca del poblado.

No había andado mucho cuando oyó los atareados sonidos de martillos y sierras. Detrás de los campos de labranza se apiñaba un grupo de edificios rodeados por una sólida empalizada de madera. Fyodor corrió hacia el portón y golpeó con fuerza.

Se abrió una pequeña portezuela y un rostro severo adornado con unos bigotes grises lo miró con ferocidad.

—¿Quién eres y qué es lo que quieres? —exigió saber el hombre con frialdad.

—Soy un simple viajero que busca adquirir provisiones —respondió Fyodor.

—¡Humm! Demasiado temprano para eso —refunfuñó el centinela, pero contempló al joven con una expresión un poco menos gélida.

Fyodor miró a su espalda, en dirección al este. El sol había aparecido por encima de las arboladas colinas y brillaba sobre los campos de grano proyectando largos rayos oblicuos.

—Es pronto —reconoció—, pero puedo oír que tu pueblo está ya inmerso en sus tareas.

—Prepararnos para la feria de primavera, eso es lo que hacemos —manifestó el guardián—. El río ha descendido una pizca y los comerciantes lo cruzarán un día de éstos. ¿De dónde dijiste que procedes?

—Mi tierra natal es Rashemen.

—He oído hablar de ella —repuso el otro, y sus ojos se entrecerraron reflexivos—. ¿Eres uno de *susbersérkers*?

Por un instante, Fyodor no estuvo muy seguro de cuál era la mejor respuesta. Mucha gente temía a los guerreros de Rashemen, por lo que podían muy bien negarle la entrada a su pueblo, y él necesitaba desesperadamente provisiones y no podía permitirse perder aquella oportunidad. Por otra parte, tenía por costumbre decir la verdad.

—Lo soy, señor, pero lucho sólo cuando debo hacerlo.

—Ah. Bien pues, a lo mejor los aldeanos pueden venderte lo que necesitas.

La puerta de madera se abrió a un lado y Fyodor contempló perplejo el extraño pueblo situado tras ella. Reses y cabras estaban encerradas en pequeños recintos,

masticando seco forraje invernal a pesar del abundante pasto de los prados situados fuera de los muros del poblado, y las casas que bordeaban la calle eran fuertes y resistentes estructuras de madera y piedra que carecían del confort hogareño de las construcciones rashemitas. No había postigos pintados, ni macizos de hierbas y flores amorosamente cuidados que alegraran los edificios; tampoco había cigüeñas en los tejados, que no estaban contruidos de paja primorosamente entretejida sino de dura y oscura pizarra. No existía ni un toque de color, ni un ápice de belleza. Todo era madera y piedra desnudas. La población recordó a Fyodor un bosque en pleno invierno.

Sus habitantes no resultaban menos lúgubres. No se veían grupos de aldeanos en los patios, compartiendo tazones de humeantekvas junto con los cotilleos matutinos; por el contrario, hombres y mujeres corrían de un lado a otro, ocupándose de sus asuntos y hablando entre sí únicamente con frases ásperas y sucintas, cuando se molestaban en dirigirse la palabra. Docenas de aldeanos estaban atareados en apuntalar los muros de la empalizada, remachando travesaños y calafateando cualquier estrecha rendija con espesa arcilla roja. Otros construían hileras de tenderetes de madera a ambos lados de la calle principal, y el estrépito de sus martilleos inundaba el aire de la mañana. Mientras unos cuantos más exponían mercancías de su propiedad para venderlas: mantas de lana y madejas de hilo sin teñir, sencillos cacharros de barro, pescado y caza desecados, quesos de bola, tarros de miel y barricas de aguamiel. Aquellas actividades eran claramente las de un pueblo preparándose para un mercado de primavera, pero no se veía nada de la gozosa expectación que habría marcado tales preparativos en Rashemen. La atmósfera que se respiraba allí habría sido más apropiada en un pueblo asediado.

—¿Dónde está este lugar y cómo se llama? —preguntó Fyodor, curioso—. Discúlpame, pero he vagado mucho y me he desorientado.

—El pueblo se llamaba Puente del Troll —contestó el otro, dirigiéndole una aguda mirada—, y está a medio día de camino de ninguna parte en todas direcciones. Rutas comerciales y ríos por todas partes, y nosotros enterrados justo en el centro de todo ello, como el picor al que no puedes llegar porque está justo en el centro de la espalda —refunfuñó.

—¿Rutas comerciales?

—Al norte de donde estamos se halla la calzada de los Páramos Eternos, la carretera que lleva de Triverrón a Luna Plateada. Justo detrás está el río Dessarin. El vado del Caballo Muerto cruza por encima del sendero del vado de Hierro, que conduce al pabellón de caza Trompas Resonantes. ¿Por dónde viniste tú?

—Por el bosque.

Era la mejor respuesta que Fyodor podía dar, y al parecer fue correcta, pues las cejas del hombre se enarcaron y éste asintió visiblemente impresionado.

—No hay muchos hombres que puedan viajar a través del bosque Elevado. Creía que las historias sobre los *bersérkers* eran más bien increíbles, pero para salir con vida de ese lugar hace falta más de lo que tienen muchos hombres. Y no me sorprende que te sientas algo confundido. Un hombre puede vagar toda su vida por ese bosque y no hallar jamás la salida.

Aunque los nombres de las calzadas y ríos no significaban nada para él, Fyodor había oído hablar del bosque Elevado. Era una espesa y mágica zona boscosa, increíblemente antigua y extensa, y se hallaba a muchos cientos de kilómetros de su país. Esa información resultaba asombrosa, pero la aceptó como lo hacía con la mayoría de cosas: con una tranquilidad fatalista y la mirada puesta en lo que debía hacerse.

—Te agradecería que me informaras de dónde puedo comprar provisiones —dijo.

El guardián frunció los labios pensativo mientras contemplaba con fijeza la pesada espada del joven.

—Pasarán tres, puede que cuatro días, antes de que la caravana llegue —respondió con tranquilidad—. Tal vez podrías quedarte hasta entonces. Tenemos trabajo por hacer, si te interesa comprometerte a trabajar para nosotros durante unos días.

Fyodor estuvo a punto de preguntar por qué creía aquel hombre que él podría ser necesario, pues la población trabajaba a un ritmo frenético; a esa velocidad, los tenderetes estarían terminados al mediodía. Y ¿por qué, bien mirado, se le tendría que requerir que firmara comprometiéndose a permanecer allí durante el tiempo estipulado? ¿No era la palabra de un hombre garantía suficiente para aquellos sombríos aldeanos?

—Una comida pues —preguntó, esquivando la pregunta del centinela—. ¿Tiene una posada Puente del Troll?

—Así que te quedarás. —Los ojos de aquel hombre adquirieron un brillo penetrante—. Excelente, eso es excelente. —Llamó a un aldeano que pasaba por allí, un hombre alto y ágil que llevaba una manchada chaqueta de hilo así como una expresión agria—. ¡Tú, Tosker! Acompaña a este hombre a La Tetera Humeante y di a Saida que lo trate bien.

El hombre se detuvo y miró a Fyodor de arriba abajo. Sus ojos tomaron nota de las armas que llevaba y midieron la amplitud de su espalda.

—¿Eres un espadachín a sueldo?

—Señor, no lo soy.

Eso fue todo lo que Fyodor quiso decir al respecto, y más de lo que podía decir en tono respetuoso. En Rashemen, los guerreros luchaban sólo cuando debían; no era ninguna tontería acabar con una vida, y el joven luchador no sentía más que desprecio por los que mataban a cambio de una paga.

—Bueno, acompáñame de todos modos —repuso el hombre de mala gana.

Fyodor siguió a su reacio guía por una estrecha callejuela hasta llegar a la posada. A diferencia de las tabernas confortables y hogareñas de su tierra, aquélla era una especie de enorme granero, con gruesas paredes de piedra y largas ventanas estrechas cubiertas con cristales emplomados. Una barra de madera recorría toda una pared, y a lo largo de ésta estaba dispuesta una hilera de taburetes. Casi la mitad de los asientos estaban ocupados por gentes del pueblo que habían entrado a tomar una comida rápida compuesta por cerveza negra y gachas cocidas al vapor.

El rashemita ocupó un taburete junto a su guía. Saida, la mesonera, se acercó presurosa con un humeante cuenco en cada mano. Era una matrona rechoncha y vivaz de cabellos color avellana; lucía una expresión que dejaba bien patente que no toleraba tonterías y un grueso y cómodo chal de lana gris. Pero el chaleco que llevaba sobre la camisa estaba lleno de encajes y era de un rojo brillante. Era el primer destello de color que Fyodor había visto en aquel lugar deprimente, y lo tomó como una señal alentadora. Saludó a la mujer con afabilidad:

—Buen día tengas, Saida. ¿Puedes decirme dónde puedo comprar provisiones para emprender un viaje?

—Tengo muchos artículos disponibles en estos momentos —respondió ella—. ¿Qué necesitas?

Fyodor enumeró comida seca para el camino, una cuerda y tantas antorchas de brea como razonablemente pudiera transportar. Tosker se atragantó con la cerveza y miró al joven con ojos escudriñadores.

—Suena como si planeases ir Abajo. Sólo un loco haría eso.

—Sí, probablemente tengas razón —respondió él, y tomó un buen trago de su jarra. La bebida era amarga, pero llenó su muy vacío estómago con una agradable calorcillo.

—Si son drows lo que buscas, no hace falta que abandones este maldito valle para encontrarlos —dijo una voz temblorosa desde una esquina de la habitación.

Fyodor se dio la vuelta. Un anciano arrugado se alzó con dificultad de su silla y se acercó tambaleante al mostrador. Su rostro estaba surcado de viejas cicatrices y el párpado de un ojo se hundía profundamente sobre una cuenca vacía. A pesar de que era temprano, quedaba claro que había estado bebiendo desde hacía rato y que había sobrepasado ya los límites de la discreción.

—Cállate, viejo loco —le espetó Saida.

Pero el hombre se acercó más entre traspiés, demasiado repleto de cerveza y recuerdos para que lo disuadieran las palabras de la mujer.

—Vienen cada año —masculló, con el rostro desfigurado ante el recuerdo de tantos horrores—. Cada año. No se puede saber cuándo, pero por lo general atacan durante la luna nueva.

El guerrero hizo unos rápidos cálculos. La luna había estado menguando la noche que había seguido a los ladrones drows al interior del portal mágico, y si él había deambulado por la Antípoda Oscura durante tres o cuatro días, entonces ahora debía de ser el momento de la luna nueva. Eso explicaría las reparaciones en los muros, los animales encerrados, la sensación general de mal presagio. Pero ¿y los frenéticos preparativos para el mercado de primavera?

—Si vuestro pueblo está en peligro, ¿no resulta extraño celebrar una feria? —preguntó—. ¿O es que los comerciantes de estas tierras no temen tal amenaza?

—Ya lo creo que estarían muy asustados si lo supieran —respondió Saida, sombría—. Las caravanas por lo general ya han venido y se han ido a estas alturas. Pero el río baja caudaloso este año y las caravanas se retrasan. No les gusta detenerse aquí, estando como estamos tan lejos del sendero y de todo lo demás. Si los drows atacan mientras los comerciantes están aquí, probablemente será el último año que una caravana venga a Puente del Troll. Y entonces, te pregunto yo, ¿qué vamos a hacer?

Un hombre situado varios asientos más allá de donde estaba el joven, dejó caer su jarra con fuerza sobre la madera.

—Razón más que suficiente para que vayamos a la caza de esos malditos drows antes de que ataquen —rugió—. Clavemos sus cuerpos ensangrentados en estacas en medio de los campos para espantar a los cuervos.

Un mascullado coro de asentimiento surgió del mostrador, y el odio puro que destilaban las voces de los aldeanos envió un escalofrío de repugnancia por la espalda de Fyodor, que apartó a un lado su medio devorado cuenco de gachas, olvidada la sensación de hambre. Estaba a punto de preguntar a Saida el precio de la comida cuando el hombre de la oscura barba sentado a su izquierda le dio un golpe con el codo.

—Tú pareces un joven espabilado. Y si sabes cómo utilizar esa espada que llevas, puede que hicieras bien quedándote en Puente del Troll unos días. La pesadilla de un hombre puede ser la oportunidad de otro, como digo siempre.

El hombre barbudo sacó una correa de cuero de debajo de su jubón y colgando de ella había un pedazo triangular de oscuro cuero, que no obstante haber sido desecado y curtido, era sin lugar a dudas una oreja elfa. El aldeano agitó el trofeo ante el rostro del joven.

—Los gobernantes hechiceros de Nesme están dispuestos a pagar buenas monedas de plata por cada oreja negra que les llevemos. ¿Me comprendes, hijo?

Fyodor no se atrevió a responder. Si decía lo que pensaba, el hombre de la barba negra lo atacaría sin duda, y el joven guerrero sabía que recibiría al acero desenvainado con la fría furia de la cólera del *bersérker*. Por fortuna, el cazador de recompensas no insistió.

—¡Buenas monedas de plata! —repitió el hombre a la sala en general—. ¡Sin embargo, aquí estamos sentados con las manos en los bolsillos! ¿Por qué hemos de acurrucarnos tras los muros cada vez que hay luna nueva? ¡Es hora de ir de caza!

—Dicen que los drows son difíciles de matar —intervino otro hombre, un tipo desgarrado con una aljaba de flechas colgada al hombro a la que dio una palmada—. Pero me parece que mueren si les disparas, igual que cualquier otra bestia salvaje.

Tosker se removió inquieto en su taburete, dejando bien claro que toda aquella conversación sobre combates no le gustaba nada.

—Mejor aún, podríamos localizar el lugar por el que salen y encerrarlos allí dentro.

—¿Y qué puedes saber tú al respecto? —le espetó el cazador de recompensas, que a continuación se inclinó sobre la barra para dirigir una airada mirada a Tosker—. Conoces las tierras de cultivo, pero ¿cuándo fue la última vez que pusiste un pie fuera de los campos? Hay más cuevas en estas colinas y bosques que pulgas en un perro. ¡Un hombre podría estar buscando toda su vida y no encontrar el sitio por el que salen los drows!

Fyodor sí conocía uno de tales lugares, pero no fue capaz de hablar. En menos de dos días de marcha, siempre y cuando encontraran el valor necesario para penetrar en la Antípoda Oscura, aquellas gentes localizarían la caverna donde él había encontrado a la muchacha drow. No era muy difícil adivinar qué le sucedería a la joven si aquellos aldeanos crueles y amargados la hallaban, y él no quería tomar parte en ello.

En la mente del guerrero no había la menor duda de que los habitantes de Puente del Troll habían sufrido a manos de las bandas de elfos oscuros saqueadores, y sospechaba que los drows habían cometido casi tantas atrocidades como los relatos les atribuían. Pero él había combatido y conocía los horrores que la humanidad era capaz de perpetrar. Todavía no había perdido toda esperanza en su propia raza llena de defectos, y no estaba dispuesto a condenar a todos los miembros de otra.

Joven como era, Fyodor confiaba en sí mismo para tomar tales decisiones juzgando a las personas de una en una. Su limitada Visión le concedía algún que otro atisbo de lo que podría llegar a ser, y aunque no dependía exclusivamente de ello, había averiguado que podía juzgar tan bien el carácter como muchos hombres sabios. Aun así, la joven elfa oscura era un misterio para él. Su risa había sido totalmente de elfo, un sonido mágico que recordó a Fyodor las campanillas encantadas y los bebés risueños. Traicionera desde luego lo era, y tan mortífera en combate como las historias sobre los drows le habían hecho esperar; sin embargo, no era un pedazo de obsidiana animada, ni una caricatura ambulante del mal. Fyodor se había sobresaltado ante la expresión de su rostro cuando le habló de *ladajemma*, y por un instante vio un alma gemela en aquellos extraños ojos dorados. Más inquietante todavía fue la fugaz pero cierta convicción de que aquella joven podía llegar a ser tan poderosa —e

importante— como las Brujas que le habían enseñado a venerar desde la infancia. Aunque lo más preocupante de todo era la sensación de que su destino estaba ligado al de ella. ¡Sin embargo la muchacha era una drow! Fyodor no sabía que oscuros secretos podrían estar ocultos en aquella belleza; sólo sabía que no podía hacer nada que pudiera entregar a la elfa oscura a aquellas gentes vengativas.

De modo que el muchacho guardó silencio y terminó su desayuno en medio de la taciturna compañía de los aldeanos. Cuando comió hasta hartarse, compró a Saida las cosas que necesitaría. La mesonera le cobró más de lo que deberían haber costado los artículos, pero él no perdió tiempo regateando, pues a pesar de lo precioso que había sido el tiempo pasado bajo el sol, era tiempo robado a su misión.

En cuanto pudo irse sin problemas, Fyodor dejó atrás el pueblo de Puente del Troll y volvió sobre sus pasos, en dirección al bosque. Encontró la abertura de la cueva y se introdujo como pudo por ella. La repentina oscuridad lo envolvió y encendió la primera de sus antorchas de pino y brea. Llevado por un impulso, miró en derredor en busca de una piedra lo bastante grande para sellar la abertura y la izó hasta el lugar. Luego, sosteniendo la antorcha en alto, inició el descenso al interior de la Antípoda Oscura.

Oscuridad embotellada

Despacio, con cuidado, Liriel intentó extraer la diminuta daga de su funda de runas grabadas. Habían transcurrido tres días de estudio casi constante, días que habían convencido a la joven hechicera de los peligros y desafíos inherentes a su misión.

No había la menor duda en su mente de que el amuleto era un objeto de gran poder. Había lanzado varios conjuros formidables sobre el amuleto, hechizos que deberían haberle mostrado el significado de las pequeñas runas grabadas en la funda, pero todo fue en vano. Una magia más potente que la suya protegía los antiguos secretos. Y la cadena del amuleto, que había estado rota cuando lo cogió del cadáver del ladrón drow, simplemente se había soldado sola. Habían crecido nuevos eslabones para ocupar el hueco, pero tan iguales al desgastado oro que Liriel ya no sabía por dónde se había roto la cadena. La muchacha no había oído hablar jamás de un objeto mágico que fuera capaz de repararse a sí mismo sin ayuda, y mientras tiraba de la diminuta daga, su preocupación estaba menos puesta en el delicado amuleto —que estaba claro que podía cuidarse de sí mismo— que en la magia que tal acción pudiera desatar.

No obstante, por mucho que lo intentó, no consiguió sacar el arma. Era como si la daga y la funda hubieran sido talladas en una misma pieza de metal, de tan unidas como estaban.

Con un suspiro, Liriel se recostó en su asiento. Había ido muy lejos y arriesgado demasiado para fracasar ahora.

Obtener el amuleto había sido la parte fácil. Encontrar tiempo para estudiarlo había resultado un desafío mayor, ya que no se había atrevido a pedir a Triel permiso para ausentarse, sabiendo que la dama matrona casi con seguridad rechazaría su petición de inmediato. Lo mejor que Liriel podía hacer era mantener el asunto oculto a los ojos de Triel. Corrían rumores sobre varias amenazas a la posición de la casa Baenre, de modo que la atosigada matrona tenía asuntos más importantes que atender que seguir cada uno de los movimientos de su sobrina. Y si los instructores de Liriel y la maestra Zeld en concreto creían que la dama matrona había sancionado la ausencia de la joven, no desafiarían la decisión de Triel.

Por otra parte, las matronas de la Academia podrían muy bien sentir curiosidad y buscar respuestas de un modo menos directo. Puede que fueran leales a Triel, pero ellas también estaban pendientes del progreso tanto de sus propias casas como de sus propias carreras, y Liriel esperaba por lo menos tener los ojos de una docena de casas

nobles fisgando en sus asuntos, e intentando averiguar qué era lo que la casa Baenre consideraba tan importante para justificar la concesión a una de sus hembras de tiempo libre durante su adiestramiento en Arach-Tinilith.

Y así había sido. Liriel y Kharza-kzad habían dispuesto capas de protecciones alrededor de su casa en Narbondellyn, y el aire alrededor de la joven se puede decir que chisporroteaba inundado de frustradas sondas mágicas. En los tres días desde que abandonara Arach-Tinilith, dos de sus criados habían desaparecido, y Liriel no esperaba volver a verlos, aunque desde luego tampoco le servirían ya para nada después de que sus secuestradores les hubieran extraído toda la información posible. Pero lo cierto es que de no ser por la intervención de dos poderosos hechiceros — Kharza-kzad, que le dio su respaldo de mala gana, y el archimago en persona— la joven no habría podido trabajar tranquila todo aquel tiempo.

Pues sí, había decidido arriesgarse a hacer partícipe a su padre de aquel plan, y al hacerlo había creado una situación sumamente espinosa. Gomph Baenre poseía la influencia necesaria para sacarla de Arach-Tinilith, pero sin embargo las matronas de la Academia supondrían que no habría osado hacerlo a menos que tuviera órdenes de Triel al respecto, y Liriel sabía que el orgulloso Gomph no apreciaría ese recordatorio de sus limitaciones, y que no actuaría a favor de su hija a menos que existiera un beneficio potencial.

De modo que le contó lo suficiente sobre su excursión a la superficie, incluida la información sobre las sacerdotisas de Eilistraee, para despertar su interés. Hizo hincapié en que existían drows en la superficie capaces de conjurar magia, que poseían poderes que aquellos que moraban abajo no conocían, y prometió averiguar lo que pudiera de ellas y transmitirle tal información. Gomph la interrogó a conciencia, y sólo cuando ella hubo aceptado actuar como su emisaria con la comunidad drow del mundo exterior accedió a ayudarla.

Por lo menos él había accedido. Cómo explicaría sus acciones a Triel si el asunto salía a la luz era cosa suya; Liriel se daba por satisfecha dejando que los dos hermanos Baenre resolvieran la cuestión entre ellos. De todos modos, la expresión en el rostro de su padre cuando le mencionó la existencia de una deidad rival le hizo preguntarse si habría sido sensato implicarlo. ¿Qué uso haría el ambicioso Gomph de aquella información?

Tampoco confiaba en Kharza-kzad. Al igual que su padre, tenía sus propios motivos ocultos, y eso había quedado muy claro con el regalo del hechicero de un portal que podía permitirle escabullirse de la Academia a voluntad. Antes de aquello, Liriel había supuesto que el interés del anciano hechicero por ella había sido estrictamente personal, que disfrutaba con su asociación por el derecho a alardear que le concedía. Incluso aunque no hubiera contado ni una mentira, resultaba obvio que encontraba agradable la compañía y atenciones de una joven hermosa. Pero había

más, Liriel estaba convencida de que su tutor tenía sus propios planes, y que deseaba hacer que ella formara parte de su invisible proyecto.

Aun así, necesitaba a Kharza-kzad. Como maestro en Sorcere, tenía acceso a pergaminos y libros que no poseían otros hechiceros, y la Torre de los Hechizos Xorlarrin estaba equipada con el mejor laboratorio de Menzoberranzan. Esto, por lo que parecía, se debía no en poca medida a los constantes y secretos intercambios de su propietario con los comerciantes de El Tesoro del Dragón.

Lo cual suponía otro riesgo que Liriel había corrido. Había hecho llamar a Nisstyre y le había pedido que le vendiera todos los libros sobre costumbres y tradiciones de los humanos que pudiera comprar o robar en un tiempo récord. La posesión de tales libros era ilegal, desde luego, e incluso a pesar de que tan desorbitada compra la llevaría casi a la ruina, Liriel no veía alternativa, ya que no se atrevía a pedir específicamente libros sobre runas por temor a que al hacerlo mostrara su juego. El comerciante de ojos negros era también un hechicero, y sabía más cosas sobre las Tierras de la Luz que cualquiera de los que usaban magia en Menzoberranzan, por lo que era mucho más probable que él y no Kharza, y aún menos Gomph, pudiera descifrar lo que la joven planeaba.

Sin embargo, Nisstyre había sido sumamente servicial. Le llevó varias cajas de libros y le indicó que tomara lo que quisiera y devolviera el resto sin pagar nada. Se ofreció a contestar cualquier pregunta que pudiera tener sobre las Tierras de la Luz, e incluso insinuó que le encantaría hacerle de guía. Insinuó muchas cosas, en realidad, con un descaro que pocos varones de Menzoberranzan se hubieran atrevido a mostrar. Aunque Liriel no estaba nada interesada en tener una aventura con el comerciante de cabellos cobrizos, podría haber aceptado una o dos de sus otras ofertas de haber tenido tiempo.

Tiempo. Con un suspiro, la joven lanzó una veloz mirada al refulgente contenido de su reloj de arena. El poco tiempo que había conseguido casi se había agotado, pues más tarde o más temprano la demasiado atareada Triel se enteraría de la ausencia de su sobrina y la obligaría a regresar a Arach-Tinilith. A decir verdad, tres días de libertad eran más de lo que Liriel había esperado.

Había utilizado bien su tiempo robado. Había memorizado mapas de las tierras situadas sobre su cabeza, y aprendido más sobre la gente y sus costumbres, pero lo que no consiguió averiguar, sin embargo, fue cómo podía conseguir que el amuleto que sostenía en la mano funcionara según sus propósitos.

Sin un objeto fijo, la muchacha retorció la daga, y ante su asombro, la diminuta empuñadura giró en sus manos y el arma abandonó su funda.

La elfa oscura examinó el dorado objeto y recibió su segunda sorpresa; no se trataba de una daga, sino de un pequeño cincel. El instrumento seguía manteniendo su brillo y sus afilados bordes, sin la menor huella de corrosión a pesar del agua que

llenaba el fondo de la funda.

—Un cincel —murmuró—. ¡Claro!

La elfa oscura agarró su libro sobre runas y pasó las páginas con creciente excitación. Casi al final encontró una representación, toscamente dibujada, de un viejo roble de enormes ramas; el árbol recibía el nombre de Vástago de Yggsdrasil, y su grueso y retorcido tronco estaba marcado con las runas de un millar de hechizos. Según el texto, sólo las runas más poderosas se podían grabar en aquel árbol, y sólo con herramientas forjadas por poderosos conjuradores de runas y bendecidas por los dioses de los antiguos rus.

Liriel alzó el diminuto cincel y lo contempló con admiración. ¿Era posible que sostuviera tal cosa en su mano? Estudió el dibujo con atención. Sí, algunas de las marcas del viejo roble eran idénticas a las del amuleto.

Pero ¿podía ella, una drow de la Antípoda Oscura, usar aquel utensilio para grabar un hechizo en el roble sagrado? Conjurar una runa no se parecía a los hechizos mágicos que manejaba con tanta facilidad. Una runa como la que ella necesitaría no se aprendía en un pergamino, sino que se hallaba grabada en la mente y el corazón; y la herramienta para llevar a cabo tal tarea era un largo y peligroso viaje, como los que los antiguos rus habían emprendido para acrecentar tanto sus dominios como sus poderes mágicos. Sólo mediante el cambio y el desarrollo, a través de una sagacidad duramente obtenida, se manifestaba la runa a su conjurador.

Temblando de nerviosismo, Liriel tomó un gran rollo de pergamino y lo alisó. Era un mapa de las tierras del norte y según Nisstyre representaba los territorios que se hallaban justo encima de la Antípoda Oscura que ella conocía. Su dedo localizó la lejana ciudad de Aguas Profundas y luego trazó una senda a través del mar hasta Ruathym, una isla donde habitaban los antepasados de los rus. Y en aquella isla se alzaba el Vástago de Yggsdrasil, el viejo roble sagrado.

Ese, pues, era su destino. Si su viaje le proporcionaba la runa que necesitaba, conjuraría los hechizos que le proporcionarían una posesión permanente de su magia drow.

Primero, no obstante, tendría que transportar su magia a través de kilómetros hasta Ruathym. Las gotas de agua atrapadas en la funda le habían sugerido una respuesta a aquel problema, pues su libro sobre runas contenía muchas historias sobre pozos y manantiales sagrados. El agua era abundante en la Antípoda Oscura y servía de poco, más allá de su conocido poder vivificador. Pero el oscuro país de Liriel poseía sus propios lugares de poder.

—¡Liriel Baenre, finalmente te has vuelto completamente loca!

La frase, proviniendo como lo hacía de una demente hembra de dragón de dos cabezas y color morado, no tuvo todo el efecto que habría tenido en otras

circunstancias.

—Te aseguro, Zz'Pzora, que esto funcionará —insistió la joven drow mientras arrancaba pedacitos de la pared de la gruta con un pequeño pico de mithril—. Sólo intenta mantenerte quieta un minuto o dos más.

—Mantenerte quieta, dice —refunfuñó la cabeza derecha de la criatura, hablando literalmente consigo misma al dirigirse a la otra cabeza—. ¿Qué se cree la drow que somos, un colibrí?

La respuesta de la cabeza izquierda se perdió en el ruido de otro resonante golpe y el sordo batir de las alas de la hembra de dragón mientras la criatura se esforzaba por mantener su posición. Una cálida corriente ascendente de aire ayudaba al reptil a flotar, pero mantenerse siempre en el mismo lugar resultaba sumamente difícil para cualquier dragón incluso en las mejores circunstancias.

La tarea de Zz'Pzora se veía complicada por el peso añadido de la drow montada a horcajadas en la base de los dos cuellos de la bestia. No es que Liriel fuera pesada —la mayoría de los dragones consideraban a un drow de treinta y cuatro kilos un tentempié, no una carga— pero Zz'Pzora era pequeña para ser un dragón, y además la joven no mantenía demasiado bien el equilibrio, ya que se inclinaba demasiado a un lado, y cada vez que golpeaba la roca su sujeción se resentía. En cualquier momento, la temeraria elfa oscura haría que las dos fueran a estrellarse contra el suelo de la gruta.

—Mira a tu alrededor —suplicó la cabeza derecha; la criatura descendió en picado peligrosamente cerca del suelo de la caverna, y batió las moradas alas frenéticamente hasta haber recuperado su posición—. ¡Toda la cueva brilla con energía! Toma algo que sea más fácil de obtener.

Liriel sacudió la cabeza y volvió a golpear. Una fina rendija apareció en la roca, perfilada por un misterioso resplandor azul que brillaba incluso a través de capas de roca carentes de magia.

—Este es el mejor lugar, Zip, y tú lo sabes —dijo la drow en tono distraído.

Con más cuidado, al tener en cuenta que la roca había cedido, dio suaves golpecitos en el muro, incrementando poco a poco la red de crecientes grietas.

—La Aguja de la Banshee contiene más magia que cualquier tonelada de roca de este lugar.

La Aguja de la Banshee, un delgado pedazo de reluciente roca que parecía retener y condensar las radiaciones de aquella oculta caverna, recibía tal nombre de la banshee —una drow no muerta— que en una ocasión había frecuentado la madriguera de Zz'Pzora. La banshee había desaparecido mucho antes de que apareciera la hembra de dragón; la madre del reptil había derrotado a la elfa no muerta en un horrendo combate mágico que muy bien podría haber contribuido al insólito aspecto de su futura descendencia. Fuera como fuese, a la mutante hembra de

dragón no le gustaba pensar en ello demasiado a menudo.

En aquel instante, Liriel dejó caer el pico hasta las piedras del suelo y empezó a retirar las capas de roca con sumo cuidado usando las manos y un cuchillo. Zz'Pzora hizo una mueca de desagrado ante el chirrido metálico que producía el mithril al raspar la roca.

—Eso podríamos haber sido nosotras, ya lo sabes —señaló la cabeza derecha.

—Ya me doy prisa —aseguró Liriel a la criatura.

La drow era muy consciente de la precariedad de su situación, y deseaba haber podido traer a Kharza con ella para que la ayudara en su trabajo con conjuros de levitación, pero el quejumbroso hechicero sin duda se habría muerto de miedo durante el trayecto. Dejarse arrastrar por las corrientes de agua no era deporte para timoratos.

Liriel podría haber flotado hasta la Aguja de la Banshee mediante sus propios poderes, pero hacerlo habría agotado su capacidad de levitar durante el resto del día. La drow todavía debía realizar un largo viaje pozo arriba, y había tenido que contar con Zz'Pzora para que la elevara. No era improbable que la hembra de dragón, en un ataque de resentimiento, pudiera «accidentalmente» soltar la sogá, de modo que Liriel se aferraba al cuello morado de la criatura con una mano mientras asestaba ligeros golpecitos a la pared de reluciente roca.

De improviso una brillante luz azul bañó la gruta: la Aguja de la Banshee había quedado libre de su rocosa envoltura. La drow trabajó ahora con más rapidez, pues ni sus ojos tan sensibles a la luz como su reptiliana ayudante podían aguantar mucho tiempo. Insertó con cuidado la punta del cuchillo bajo el fragmento de piedra que había quedado al descubierto y lo soltó haciendo palanca. El amuleto colgaba, preparado, de su cuello; la joven introdujo el reluciente pedazo de roca en la funda e hizo girar rápidamente el cincel con empuñadura de daga para volverlo a encajar en la abertura.

—¡Lo tengo! —exclamó jubilosa—. Bajemos.

—¡Demos gracias a Tiamat! —masculló la hembra de dragón, uniéndose ambas cabezas en un juramento que invocaba a la divinidad de los dragones. La criatura descendió en dirección al suelo de la caverna y se deslizó por él hasta detenerse agradecida.

Liriel saltó de los hombros del animal y empezó a recoger sus objetos mágicos. Si el renovado fulgor de *supiwafwi* servía de señal, sus cosas habían recuperado con creces la magia que habían perdido en sus dos visitas bajo la luz de la luna al mundo de Arriba. ¡Y tan pronto! Por lo general un nuevo objeto necesitaba permanecer en tales emplazamientos de poder durante años para quedar imbuido de magia; un artículo cuya magia se había perdido por completo necesitaba al menos un año para recuperar su potencia. Por primera vez, Liriel se sintió segura de que su plan

funcionaría.

—¿Ahora qué? —inquirió la cabeza derecha—. Después de todas las dificultades que hemos tenido que superar para conseguir esa cosa, podrías al menos decirme qué piensas hacer con ella.

—Voy a emprender un largo viaje, Zz'Pzora —respondió ella alegremente.

—¡Bien! —resoplaron ambas cabezas al unísono. La morada criatura se acomodó sobre sus cuartos traseros y cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto que, curiosamente, resultaba muy propio de un elfo—. Me causas más problemas que otra cosa —añadió en tono cáustico la cabeza derecha.

—Yo también te echaré de menos —replicó la drow con igual afecto, enarcando una ceja—. Pero aún tardaré un poco en realizar el viaje, no lo haré hasta que no haya finalizado mi adiestramiento en Arach-Tinilith. Como gran sacerdotisa, poseeré el poder y la posición necesarios para ir y venir a mi antojo.

—En ese caso, ¿volverás aquí pronto?

—Lo siento, Zip —respondió ella, negando con la cabeza—, pero no me atrevo a abandonar la Academia de nuevo. Vendré a verte en cuanto mi preparación haya concluido.

—Humm.

Zz'Pzora hizo un puchero. No existía otro modo de expresarlo. La malhumorada expresión parecía un poco fuera de lugar en los escamosos y aterradores rostros morados de la hembra de dragón, pero Liriel la encontró encantadora.

—Los años transcurrirán veloces, ya lo verás; mi adiestramiento y mi viaje no tardarán en tocar a su fin. Cuando regrese, ¿quieres que te traiga algo de las Tierras de la Luz? —inquirió melosa, pensando que tal vez al nombrar su punto de destino, Zz'Pzora se olvidaría por fin de su malhumor.

Los ojos reptilianos de la criatura —los cuatro— se abrieron llenos de sorpresa. Una sonrisa astuta apareció en la cabeza izquierda; hasta el momento, la realista cabeza derecha había dominado las acciones y palabras del ser, pero por fin algo había despertado el interés de la otra mitad más caprichosa.

—Sí —respondió la cabeza, y el tono decidido sonó extraño en su gorjeante voz de jovencita—. Encuentra un modo de que pueda salir a la superficie.

Liriel parpadeó.

—En realidad, yo pensaba en algo más parecido a un libro de conjuros, un tesoro de alguna clase.

—Sea como sea, tú has ofrecido, y yo he respondido.

De nuevo aquel tono tajante y apasionado, tan inesperado en la personalidad de la cabeza izquierda de Zz'Pzora. Incluso la cabeza derecha miró a su compañera con sorpresa.

—Muy bien, Zip —repuso la drow, encogiéndose de hombros tras unos instantes

de compartido silencio—, haré lo que pueda.

Las promesas por parte tanto de la drow como de la hembra de dragón de las profundidades se formulaban con facilidad y casi nunca se cumplían, pero Zz'Pzora pareció darse por satisfecha con la respuesta, de modo que Liriel recogió el resto de sus objetos mágicos y ocupó su puesto en el pozo. Por una vez, la criatura izó a la joven sin ninguna de las acostumbradas sacudidas o atormentadoras pausas que por lo general marcaban el trayecto, y cuando la drow llegó a lo alto, oyó el tenue y lejano sonido de las dos voces del reptil alzándose en una hipnótica canción de despedida.

Por primera vez, un dejo de tristeza contaminó la excitación de la joven, y ésta empezó a meditar sobre todo lo que dejaría atrás. No lamentaba excesivamente que el viaje fuera a hacerse al cabo de varios años; todavía había tanto que hacer, tanto que aprender y experimentar, en su nativa Menzoberranzan... Y cuantos más poderes obtuviera, más podría llevarse con ella a las Tierras de la Luz. Sin embargo, cuando llegara la hora de partir, Liriel sabía que viajaría sola por una tierra extraña.

Tal vez, reflexionó mientras se introducía en el portal que la conduciría de vuelta a la Torre de la Hechicería Xorlarrin, podría intentar mantener la promesa hecha a la hembra de dragón después de todo.

Shakti

Tres días! —exclamó enfurecida Shakti Hunzrin y arrojó su jarra de agua contra la puerta de su cuarto.

La delicada pieza de alfarería se hizo añicos con un satisfactorio chasquido y una cascada de polvo y fragmentos, aunque esto no sirvió para mejorar el estado de ánimo de la drow; poco placer podía obtenerse de la destrucción de objetos inanimados. Siguió dando vueltas nerviosamente por la habitación, sintiéndose tan furiosa como un enano sumergido en agua.

La sacerdotisa había malgastado mucho tiempo y varios buenos conjuros observando las idas y venidas de su rival Baenre, pero todo aquel esfuerzo había resultado baldío. La dama matrona, contra toda lógica, había concedido a su querida sobrina permiso para ausentarse. Y ¿para qué? Según todas las noticias, Liriel se había parapetado en su casa. Sin duda la princesita necesitaba tiempo para recuperarse de los rigores padecidos durante cinco días completos de estancia en Arach-Tinilith, decidió Shakti con amargura.

Pero ¿tres días? A ella misma sólo se le habían concedido algunas horas de permiso de vez en cuando, y sólo para ocuparse de cuestiones apremiantes relacionadas con el negocio de su familia.

Súbitamente, la sacerdotisa interrumpió su nervioso paseo. Quizá, reflexionó, unas cuantas horas podrían ser suficientes.

Alisó los pliegues de su túnica y volvió a arreglarse los cabellos con gesto impaciente, pues tenía la costumbre de tirarse de ellos durante sus rabietas. Sus zapatillas trituraron los fragmentos de cerámica rota cuando abandonó con pasos rápidos la habitación para ir en busca de la matrona Zeld.

—¿Por qué necesitas estar fuera unas horas, y por qué razón vienes a mí?

Ambas eran preguntas razonables y Shakti estaba preparada para ellas.

—Es la época de cría de los rotes —explicó la sacerdotisa Hunzrin—. Nadie sabe tanto sobre el asunto como yo. Ni siquiera los mismos rotes —añadió con orgullo.

La maestra Zeld frunció el entrecejo ante la extraña declaración, pero decidió no insistir.

—Pero tú eres una estudiante de duodécimo año, que está próxima a la categoría de gran sacerdotisa. No tengo autoridad sobre ti.

—Pero puedes darme permiso para salir —repuso ella, inclinándose al frente—. Resultaría ventajoso para las dos que yo marchara. Puedo traer información conmigo al regresar.

—Debo admitir que no siento demasiado interés por la vida social del ganado — replicó la maestra con tono mordaz.

La joven sacerdotisa se quedó en silencio, luchando por contener su creciente enojo. No había esperado que la maestra fuera tan difícil. A todas luces la matrona Zeld sentía muy poco afecto por Liriel y no le desagradaría ver a su joven alumna humillada, y si hacerlo podía acarrear problemas a la casa Baenre, mucho mejor.

—¿Puedo hablar con franqueza?

—Eso resultaría reconfortante. —Los labios de Zeld se curvaron en irónico regocijo.

También podía resultar letal, y sabedora de ello, Shakti eligió sus siguientes palabras con cuidado.

—Arach-Tinilith es la fuerza de nuestra ciudad, la gloria de Lloth. Durante incalculables siglos, a los alumnos no se les permitía abandonar la Academia hasta que su adiestramiento había finalizado. Ahora, en estos tiempos turbulentos, cada casa necesita los talentos de que puede disponer, incluidos los de sus miembros más jóvenes. Aun así, el permiso para abandonar la Academia no se concede a la ligera, y no sin perspectiva de obtener un mayor beneficio por ello.

La maestra Zeld escuchaba con atención, oyendo también aquellas palabras que Shakti dejaba sin decir.

—Y estás diciendo que tu necesidad es lo bastante grande para justificar tu salida.

—No tan grande, quizá —contestó la sacerdotisa Hunzrin, inclinando la cabeza en una respetuosa reverencia— como los planes y proyectos de algunas de las casas más importantes.

—Comprendo.

Zeld se recostó en su sillón y estudió a la joven drow. Finalmente, la joven sacerdotisa había dado a conocer sus intenciones y lo había hecho con impresionante sutileza. Desde luego, la maestra Zeld había comprendido los motivos de Shakti desde el principio, y se había hecho de rogar sólo para forzar a la hembra Hunzrin a depositar algunos incentivos en la mesa de negociación. Shakti no era la única que se preguntaba qué intriga tenía en mente la casa Baenre que requería la participación de la hija hechicera de Gomph. Muchos habían intentado descubrirlo —sin provocar las iras de la primera casa— y hasta ahora todos habían fracasado, de modo que tal vez la obstinada joven sacerdotisa llena de odio podría tener más suerte. Si Shakti fracasaba no sería una gran pérdida; pero si tenía éxito, el propio clan de Zeld estaría muy contento de recibir tal información, e incluso ella podría ser recompensada por algo que había llevado a cabo Shakti.

—Tienes mi permiso para salir, siempre y cuando regreses a tiempo para los ritos. Hay otras condiciones, desde luego.

—Naturalmente.

—Me darás un informe completo cuando regreses. No omitas nada.

La joven asintió respetuosamente y se puso en pie para marchar.

—Los Hunzrin han adquirido nuevos animales de cría para revitalizar el rebaño. Planeamos introducir tanto rotes salvajes como el rote de mayor tamaño de la superficie en el rebaño, y esperamos buenos resultados de esa mezcla. Me complacerá traerte una copia de los informes de nacimientos. Esto podría serte de utilidad si alguna vez se cuestiona tu decisión de concederme permiso para ausentarme.

—Tu atención a los detalles resulta encomiable —repuso Zeld con ironía—. Hay una condición más. Si fracasas, esta conversación no ha tenido lugar jamás.

Una lúgubre sonrisa apretó los labios de Shakti. Se comprendían la una a la otra a la perfección, sin que se hubiera pronunciado una sola palabra concreta.

—Comprendo tu reticencia —dijo con suavidad—. La cría del rote no es precisamente un tema de conversación popular. Ya he observado que nadie parece sentir el mismo entusiasmo que siento yo por el tema.

—Ni siquiera los rotes, probablemente.

Pero la joven, en su prisa por marchar, no oyó el malicioso comentario de la maestra, aunque, de todos modos, la joven y sería sacerdotisa no lo habría entendido.

Y esto, se dijo Zeld, ya le convenía. Shakti tenía talento, era tortuosa, trabajadora y totalmente malintencionada. A pesar de lo joven que era, la sacerdotisa Hunzrin desde luego no se perdía nada, y estaba demostrando ser una formidable enemiga. De haber sido bendecida con un poco más de perspectiva, que a menudo se manifestaba bajo la forma de humor negro, habría resultado una joven mucho más peligrosa aún, ya que incluso sin ella era alguien a quien no se debía perder de vista.

Todos los drows, incluidas las poderosas damas de Arach-Tinilith, estaban siempre ojo avizor para detectar posibles rivales.

Era muy propio de Liriel Baenre tener una casa justo frente a la sala de festejos de peor reputación de todo Narbondellyn, se dijo Shakti con amargo desdén. Acomodada en una litera lujosamente acolchada y oculta a la vista por cortinajes que caían por todos lados, apartó ligeramente el grueso terciopelo y atisbo al otro lado de la calle para contemplar el castillo en miniatura de su enemiga.

En la mano sujetaba una piedra de la luna que había hechizado para buscar a su rival, la misma piedra que había acabado, inexplicablemente, en el dormitorio de la maestra Mod'Vensis Tlabbar. Recuperarla no había sido ninguna nimiedad, y en aquel momento la joven lamentaba tanto esfuerzo realizado, ya que la magia de la piedra no podía atravesar el velo de hechizos que ocultaba a Liriel de los ojos de todos. Shakti había probado, también, conjuros clericales, pero Lloth no había respondido a sus súplicas. Fuera cual fuese la maquinación que la casa Baenre tenía en mente, al

parecer gozaba del favor de la Señora del Caos.

Aquello dificultaba aún más las cosas, pues la única esperanza de Shakti de obtener acceso al castillo de Liriel era por medios físicos. Sus espías habían informado de que habían visto a la muchacha abandonar el lugar a primeras horas de aquel día, pero ¿quién podía saber cuánto tiempo permanecería fuera? Si la sacerdotisa quería encontrar un modo de entrar, debía hacerlo pronto. La miope muchacha entrecerró los ojos frenética, pero no consiguió ver nada desde aquella distancia que le sirviera de ayuda.

Con un siseo de frustración, Shakti abandonó el establecimiento y atravesó la calle a toda prisa. Como muchos de los drows de Menzoberranzan, viajaba envuelta en *supiwafwi*, con el rostro oculto en su profunda capucha. De todos modos, era muy consciente de que su robusta figura y característico andar desgarrado hacían que resultara muy llamativa, y no deseaba que la vieran examinando la casa. Una pasada, dos como máximo, fue todo lo que se arriesgó a efectuar.

Al principio no vio nada que pudiera ayudarla. Las casas de aquella ciudad, incluso las de los plebeyos, eran virtuales fortalezas protegidas mediante magia e ingeniosos artilugios ocultos. Hasta donde podía ver, no había modo de entrar. Entonces detectó un movimiento en la, al parecer, piedra maciza de la puerta principal. Una diminuta puerta basculante se abrió hacia arriba y hacia fuera, y la cabeza moteada en rojo y negro de un lagarto asomó por la abertura; la lengua del animal chasqueó al exterior para saborear la brisa y luego la criatura se perdió veloz entre las sombras.

La sacerdotisa sonrió. Por fin había hallado el punto débil en las defensas de su rival. Había oído rumores de que la mimada princesa poseía una colección de mascotas exóticas traídas de lejanas zonas de la Antípoda Oscura, y aquella puerta estaba diseñada sin duda para permitir a la colección de lagartos falderos de Liriel entrar y salir a su gusto.

Era posible que aquella puerta tuviera también salvaguardas mágicas; pero Shakti jamás lo sabría con seguridad a menos que la pusiera a prueba.

De modo que con toda la rapidez de que fue capaz, la sacerdotisa se encaminó a la casa de cierto hechicero, un plebeyo de considerable talento, cuyas habilidades podían contratarse. Desde luego, había sacerdotisas en su familia que manejaban magia clerical más potente que la suya, y dos o tres que podrían ser capaces de lanzar el hechizo necesario; pero aquello significaría invocar a Lloth, una empresa peligrosa en cualquier momento y una insensatez cuando el propósito era un ataque directo contra una hembra Baenre. Además, aquello era una cuestión personal y Shakti no deseaba implicar a su familia. Entre los drows, resultaba mucho menos caro pagar por un servicio que aceptar un favor, ya que el precio para esto último no resultaba jamás exactamente lo que se esperaba.

En una hora, Shakti y su hechicero contratado penetraban subrepticamente por una puerta trasera en el recinto Hunzrin. La joven condujo a su acompañante a los barracones que alojaban a los soldados del clan y allí seleccionó a un soldado —un prescindible varón, desde luego— y le explicó la tarea que le aguardaba.

—Entrarás en la casa de Liriel Baenre a través de la puerta que utilizan sus lagartos domesticados. Este hechicero te encogerá a una fracción de tu tamaño normal.

—¿De qué tamaño? —osó preguntar el soldado.

Shakti extendió las manos, una sobre la otra, midiendo una distancia de unos quince centímetros entre ambas.

El varón palideció y su rostro se tornó casi azul en la visión del espectro infrarrojo.

—Pero los lagartos...

—Estás armado —le espetó ella—. ¡Los soldados de la casa Hunzrin han sido adiestrados para combatir enemigos mayores que simples lagartos falderos!

El soldado consideró la cólera pintada en el rostro de la sacerdotisa y decidió que lo más seguro sería mantenerse callado y hacer lo que le decía. ¡No importaba que para un drow de quince centímetros, una salamanquesa grande resultara un adversario casi tan espantoso como un dragón!

—Como ordenes, matrona. —Inclinó la cabeza en un gesto de respeto y aceptación, aunque hizo una pausa, para permitir que su intencionado error flotara en el aire como incienso—. Lady Hunzrin —rectificó.

Era una estratagema evidente, una ridícula búsqueda de favor que le habría supuesto un violento bofetón —o algo peor— por parte de la mayoría de las hembras drows. Pero incluso un humilde soldado podía reconocer la ambición, el orgullo, en el rostro de aquella mujer, y el obstinado fervor excepcional incluso entre las drows fanáticas. Shakti oiría sólo el cumplido implícito en las palabras del soldado, y no la burla.

Como había esperado, la joven sacerdotisa recibió su adulación con una sonrisa complacida, para, a continuación, hacer una seña al hechicero, quien entregó al hombre un pequeño frasco.

—Cuando estés a salvo en el interior, bebe esta poción. Invertirá el hechizo y te devolverá a tu tamaño normal —indicó el hechicero.

—Asegúrate de no ser visto —añadió Shakti—. Mata a los criados sólo si es necesario. Una vez que estés seguro de que no seremos descubiertos, puedes dejarme entrar por la puerta trasera. Es casi seguro que las puertas no están protegidas desde el interior.

A una seña de la sacerdotisa, el mago empezó a conjurar su hechizo. Con los ojos cerrados, salmodió las arcanas palabras de un largo y prolongado cántico, realizando

en todo momento complicadas gesticulaciones en el aire. Shakti aguardó con tranquilidad durante todo el conjuro, mostrándose paciente por una vez en su vida a pesar de su expectación; teniendo en cuenta el precio del hechizo y la reputación del hombre había esperado cierto espectáculo.

Durante todo el proceso, el soldado se mantuvo en posición de firmes: tenso y estoico. El cántico alcanzó una nota aguda y gimoteante, y el hechicero finalizó el conjuro con un veloz revoloteo de las manos y un breve foganazo de luz morada.

Una humareda, del mismo extraño tono púrpura que el destello de luz, surgió de las manos extendidas del conjurador, se dirigió directamente al soldado, y lo envolvió de pies a cabeza, como una nube en forma de drow. Al instante la nube empezó a moverse hacia dentro, para condensarse sobre el cuerpo del soldado y presionarlo por todos lados.

Los ojos del varón se desorbitaron cuando la mágica bruma se apretó a su alrededor, y poco a poco, de un modo inexorable, el cuerpo del drow empezó a ceder bajo la presión. Un dolor intenso contorsionó su rostro, y su boca se abrió en un alarido angustiado. El proceso de reducción y los alaridos prosiguieron durante un buen rato.

Shakti se inclinó al frente, con los ojos iluminados por un malsano placer mientras observaba. Finalmente, el soldado alcanzó el tamaño que se acomodaba a sus propósitos, y detuvo al hechicero con un gesto de cabeza. El humo morado se desvaneció al instante y el soldado, ahora lo bastante pequeño como para caber en la palma de la mano de la sacerdotisa, se desplomó sobre el suelo.

—A propósito, esto puede resultar doloroso —mencionó el mago con indiferencia.

La sacerdotisa se dio cuenta de la expresión satisfecha que mostraba el hechicero, del perverso regocijo de sus ojos, y vio la oportunidad escrita allí. Incluso en la venganza, la mujer era una avara administradora, tan astuta como cualquier comerciante de la ciudad.

—Tus honorarios —dijo, entregando al hechicero unas monedas que sumaban un poco menos de la cantidad acordada.

La mujer indicó con una significativa mirada al diminuto drow del suelo, y su única ceja enarcada dio a entender a su interlocutor que ya había sido bien recompensado por el placer que su hechizo le había proporcionado.

El hechicero no discutió su silenciosa lógica; aceptó las monedas que se le ofrecían y, con una última mirada satisfecha a su obra, se perdió en la oscuridad de Menzoberranzan.

Shakti se agachó y levantó al soldado, maravillándose ante lo frágil que resultaba el luchador con aquel tamaño. Podía aplastarlo cerrando los dedos y sólo mediante un supremo esfuerzo consiguió la sacerdotisa no dejarse llevar por el tentador impulso.

En su lugar se prometió un regalo cuando aquello hubiera finalizado: una docena de soldados diminutos, celebrando una batalla a muerte para divertirla. ¡Qué maravilloso, qué divino, resultaría! ¡Qué emocionante, la sensación de poder! Sería como si rozara la misma sombra de Lloth. Algo así era más que una diversión, razonó la joven sacerdotisa; sería un acto de devoción y por el que no le importaría pagar el alto precio de los conjuros del hechicero.

Shakti introdujo al varón en la parte frontal de su túnica. Allí estaría seguro, aferrado a la cadena de la insignia de su casa e introducido en su amplio escote. La satisfacía aquel patente recordatorio del poder que las hembras ejercían sobre los inferiores varones.

Shakti Hunzrin no se andaba con sutilezas.

La sacerdotisa Hunzrin se agachó, con el pretexto de recoger un paquete caído, y subrepticamente depositó al luchador en miniatura cerca de la puerta principal de Liriel. Como le habían indicado, éste corrió en dirección a la puerta para lagartos y empujó.

Shakti aspiró con fuerza y empezó a alejarse; la rodearía y se acercaría a la mansión por detrás. Si todo salía bien, su diminuto espía le daría acceso al castillo de la joven Baenre, y ella registraría el lugar con rapidez, antes de que su propietaria regresara.

Un sonido se dejó oír a su espalda, un agudo gorjeo como los chillidos de una rata herida. Shakti se detuvo en seco, y lanzó un juramento. Así pues, la diminuta puerta también contenía trampas.

Giró en redondo y contempló con rabia a la pequeña figura que se acercaba a ella tambaleante; la levantó rápidamente del suelo y la acercó a sus ojos. De su cuerpo sobresalía un dardo, como los que los drows usaban en sus pequeñas ballestas, pero teniendo en cuenta su tamaño actual, era como si el luchador hubiera quedado empalado en una lanza de casi un metro. Y le había acertado en el vientre, una de las muertes más lentas y dolorosas.

Shakti volvió a lanzar un juramento, y sus ojos se dirigieron veloces hacia la calle. Una patrulla de drows montados en lagartos se aproximaba, realizando su silenciosa ronda por la ciudad.

—Te preocupaban los lagartos —siseó al pequeño varón—. Sin embargo, si fueras a vivir lo suficiente, te sentirías feliz por haberte tropezado con éste.

Con estas palabras, arrojó al soldado drow en el camino de una de las monturas lagarto que pasaban. La larga y delgada lengua de la criatura se movió veloz y giró alrededor del inesperado bocado, que se tragó tan deprisa que su jinete ni siquiera se dio cuenta de lo que su montura se acababa de comer.

Una vez más Shakti volvió sobre sus pasos en dirección al complejo Hunzrin.

Ahora que conocía la naturaleza de las trampas que custodiaban la puerta, enviaría a otro criado, uno mucho más valioso que un soldado varón.

Al cabo de menos de una hora, Shakti cruzaba triunfante la puerta trasera de Liriel, contemplando a la criatura que le había permitido el acceso con una mezcla de orgullo y repugnancia. Su rostro era una espantosa parodia de un semblante drow; de color azul oscuro, con largas orejas puntiagudas que casi parecían cuernos, la cabeza podría haber pertenecido a un habitante del Abismo, mientras que el cuerpo era el de una gruesa serpiente, con casi tres metros de longitud y cubierto de escamas también de color azul oscuro. La balanceante cola de la criatura terminaba en una punta aserrada y venenosa. Era un naga oscuro, una de las criaturas más infrecuentes de la Antípoda Oscura y una aliada valiosa de la casa Hunzrin.

—Paga a Ssasser ahora —susurró el naga con una voz etérea y sibilante, dejando al descubierto los colmillos en una mueca expectante, al tiempo que la larga lengua bífida chasqueaba al exterior—. Terminada servidumbre de Ssasser a la familia Hunzrin.

—Esos no fueron los términos de nuestro acuerdo. Cuando tenga a Liriel Baenre en mi poder, serás libre —le recordó Shakti.

La criatura hizo una mueca amenazadora y luego soltó un tremendo eructo. Sus finos labios se fruncieron y escupió un pequeño dardo a los pies de la sacerdotisa.

—Esto tragó Ssasser, cuando Ssasser puerta atravesó. Era buena trampa. Si Ssasser no saber existencia disparador mágico, Ssasser muerto estaría.

Shakti apartó el dardo de una patada. Entre las innumerables habilidades del naga oscuro se hallaba la capacidad de tragarse virtualmente cualquier cosa sin sufrir daño. Armas, venenos, libros de hechizos; todos quedaban bien almacenados en el órgano interno del ser que permitía a éste transportar cualquier cosa que necesitara. Había que reconocer que atrapar un dardo disparado por una ballesta resultaba bastante extraordinario, pero quedaba claro que el naga había estado a la altura de tal desafío.

—Costó a Ssasser, ya lo creo, el hechizo de invisibilidad —insinuó éste.

—Y recibirás otro, sin ningún coste adicional —prometió la sacerdotisa.

Por encima de todas sus otras armas, el naga era apreciado por su habilidad mágica; pero el alto coste de desarrollar su magia natural a menudo forzaba a los nagas a la servidumbre. Aquella criatura estaba demasiado en deuda para verse libre de la familia Hunzrin en un futuro próximo, de modo que Shakti sintió que podía mostrarse generosa.

Ordenó al ser-serpiente que regresara a la casa Hunzrin y luego empezó a registrar el castillo. El hogar de Liriel era, como ya había esperado, un verdadero antro de relajación, pero como la sacerdotisa Hunzrin no sentía demasiado interés por los lujos, dedicó a la mayor parte de la casa muy poca atención. La habitación que le

interesaba era el estudio.

Y en él halló lo que buscaba. Los libros eran algo raro y caro, pero Liriel tenía un buen número de ellos. La mayoría, bellamente encuadernados en preciosas pieles y repujados con elegantes runas drows, estaban pulcramente ordenados en estantes, y Shakti no les dedicó más que una ojeada, pues estaba mucho más interesada en los toscos y estropeados tomos que parecían estar desperdigados por todas partes.

Había libros apilados sobre la mesa de estudio, amontonados contra una pared, repartidos por el suelo. Y ¡qué libros! Muchos de ellos trataban de humanos y de su magia; temas prohibidos en Menzoberranzan.

Llena de regocijo ante su descubrimiento, Shakti apretó uno de los condenatorios volúmenes contra su pecho. Habían muerto drows por ofensas menos graves y la posesión de aquellos libros era suficiente para provocar serios problemas incluso a un miembro de la casa Baenre. Pero aquello no era suficiente para la vengativa joven; quería saber por qué Liriel había buscado aquella información en la superficie.

Nadie corría tales riesgos motivado únicamente por una curiosidad intelectual. ¿Planeaba la casa Baenre otro golpe contra la superficie? ¿O buscaba tal vez una alianza con un grupo de humanos? Si cualquiera de ambas cosas resultaba cierta, la ciudad se rebelaría.

Shakti arrojó el libro a un lado y alargó la mano para coger otro. Al instante se quedó inmóvil cuando una serie de páginas sueltas cayeron del libro que acababa de tirar.

La sacerdotisa se inclinó y recogió una hoja. Era un excelente pergamino vitela, cubierto con una pequeña y bien trazada escritura drow. Incluso sin luz, la miope joven pudo leer la página, ya que estaba escrita en tinta siempre negra, la rara y reluciente tinta utilizada sólo por los hechiceros drows más poderosos y prósperos.

A medida que leía, su excitación iba en aumento. ¡Eran las notas de Liriel Baenre, escritas de su puño y letra! Shakti echó un vistazo a una página tras otra, y lo que fue saliendo a la superficie superaba en mucho sus más siniestros sueños de venganza.

Liriel Baenre había hallado un modo de trasladar sus innatos poderes drow a la superficie. Había encontrado un amuleto, un objeto humano no especificado, que le otorgaba ese poder.

Las páginas cayeron inadvertidas de las manos de Shakti cuando ésta comprendió finalmente la importancia de su descubrimiento. En aquellas hojas leía la condena a muerte de su adversaria, pues la mayoría de los drows de la ciudad matarían tranquilamente por conseguir tal magia. Y luego ¿qué sucedería? Para bien o para mal, algo así podría cambiar a Menzoberranzan para siempre.

Pero ¿cómo, se preguntó Shakti, había conseguido Liriel tal cosa? Con impaciencia, la sacerdotisa cogió un libro tras otro y, por fin, escondido entre las hojas de un volumen particularmente estropeado, encontró lo que buscaba: una

factura manuscrita firmada sólo con un tenue y familiar dibujo, que Shakti reconoció como la marca de El Tesoro del Dragón.

Una mueca salvaje crispó el rostro de la joven. Conocía bien la banda comerciante. De hecho, había adquirido un nuevo semental rote a El Tesoro del Dragón, un carnero blanco cuyo compacto tamaño e inusual calidad de la lana lo señalaban como propiedad de la casa Zinard, una familia de la ciudad drow de Ched Nasad. El rote era robado, desde luego, pues los Zinard jamás se habrían deshecho de un animal tan valioso.

Se rumoreaba por todo Menzoberranzan que El Tesoro del Dragón podía proporcionar artículos de contrabando de casi cualquier clase. La banda comerciante protegía los innumerables secretos de sus clientes, pero sin duda Shakti hallaría un modo de hacer hablar a uno de los mercaderes. Poseía tanto talento para la tortura como cualquier drow de Menzoberranzan, y los juramentos de discreción, e incluso el temor a morir a manos del capitán Nisstyre, no significarían gran cosa para el infortunado varón que cayera en sus manos.

Antes de que sonara la campana llamando a los devotos de Lloth a la ceremonia, Shakti había extraído cierta fascinante información a la presa que había elegido. El mercader no había sabido nada sobre Liriel Baenre, pero se había mostrado muy elocuente respecto a su amo.

Nisstyre, al parecer, no era sólo un capitán comerciante. Era un hechicero adiestrado en las escuelas de Ched Nasad, que había huido de la ciudad hacía muchas décadas antes que someterse a la prueba de lectura mental para demostrar su lealtad a Lloth. Shakti se dijo que tal vez ella supiera el motivo.

En sus últimos momentos de agonía, el torturado drow había confesado ser un seguidor de Vhaeraun, el dios drow de la intriga y el latrocinio, y parecía poco probable que un criado se atreviera a seguir a tal dios sin el conocimiento y aquiescencia de su señor. Eso proporcionaba a Shakti una poderosa arma que usar contra Nisstyre, pero curiosamente, la mujer no se sentía inclinada a utilizarla.

El concepto de una deidad rival le fascinaba, si bien jamás había albergado tales pensamientos, sabiendo que era su destino convertirse en sacerdotisa de Lloth. Siempre se había sentido agraviada por ello, pero jamás lo había considerado de otro modo.

Ahora, por primera vez en su vida, Shakti empezó a pasar del descontento a la ambición. La ciudad se encontraba al borde de la anarquía, y por lo tanto, ¿qué mejor momento para destruir el poder de las sacerdotisas de Lloth? Y ¿qué mejor instrumento que una deidad rival? Si ese Vhaeraun poseía poderosos seguidores ocultos en la ciudad, tal vez ella encontraría algo que los persuadiera de presentar batalla al vacilante matriarcado. Lo que resultaba más delicioso aún, una conexión

demostrada entre los seguidores de Vhaeraun y la casa Baenre podría muy bien derribar a la primera casa. Liriel no sobreviviría a tal conflicto, desde luego, pero incluso tan agradable perspectiva perdía interés ante el esquema más amplio que iba apareciendo en la mente de Shakti.

La anarquía estaba muy bien, y era necesaria para efectuar un cambio radical en la sociedad de Menzoberranzan, pero alguien tendría que devolver el orden a la ciudad. Shakti se sentía muy segura de su habilidad para la administración, pero también se daba cuenta de que no existía una única persona, una única facción, con fuerza suficiente para recuperar el control. Su familia controlaba gran parte del suministro de alimentos a la ciudad y aquello era una herramienta poderosa; pero ella necesitaría también aliados y vínculos fuertes en el mundo situado fuera de la ciudad, ¿quién mejor para proporcionar ambas cosas que un poderoso capitán de comerciantes que también era un hechicero?

Y respecto a eso, ¿quién mejor para arrebatar Menzoberranzan de las manos de Lloth que Vhaeraun, el dios drow de los ladrones?

La mujer asintió. En algún momento, no muy lejano, haría una visita a ese Nisstyre.

Consejos y conspiraciones

Cada día en Arach-Tinilith terminaba en la capilla de la Academia, en una sesión de plegarias y alabanzas a la diosa de los drows. Aunque los ritos adoptaban muchas formas, resultaban siempre acontecimientos misteriosos e impresionantes. La capilla en sí misma inspiraba asombro, tallada como estaba de una única masa de roca negra. Círculos de asientos rodeaban una plataforma central, cada hilera más alta que la anterior de modo que todos pudieran contemplar el negro altar. Ocho vigas curvas reforzaban la sala circular y se unían en lo alto de la abovedada estancia, convirtiéndose en parte de una enorme escultura de una araña con la cabeza de una hermosa hembra drow: una de las representaciones más populares de la Reina Araña. Fuegos fatuos perfilaban la gigantesca figura y proyectaban sombras sobre los oscuros rostros del suelo.

Todo Arach-Tinilith estaba reunido allí, desde la dama matrona a la más humilde de las sacerdotisas novicias, y los rítmicos cánticos de cientos de voces de elfas oscuras resonaban por toda la estancia y su elevada cúpula. Y de todas las voces que se alzaban, tal vez la más ferviente pertenecía a Shakti Hunzrin, que llevaba guardados entre los pliegues de su túnica papeles que destruirían a su odiada rival.

Los cánticos aumentaron en velocidad y fuerza a medida que se aproximaba el momento para el ritual oscuro. Una de las alumnas más antiguas se aproximó despacio al altar, sosteniendo ante ella una bandeja de plata; en aquella bandeja reposaba un corazón drow, en el que palpitaba aún la vida recién arrebatada. Era el corazón de un varón, lo que por lo general se consideraba un sacrificio menor, pero aquella noche el ritual tenía un poder especial. Aquella noche el sacrificio satisfacía uno de los requisitos más brutales de Lloth.

La devoción a la Reina Araña lo era todo y desbancaba a cualquier lealtad personal. Lloth se sentía especialmente ofendida por la posibilidad de que una de sus sacerdotisas pudiera encariñarse demasiado con un varón inferior, de modo que de vez en cuando, se ordenaba a una sacerdotisa que asesinara a su amante, a una matrona que sacrificara al patrón de su casa, a una madre que ofreciera al que había engendrado a sus hijos. Sabiendo esto, los drows habían aprendido a ser reacios a ofrecer y recibir afecto; el castigo era demasiado cruel. Pero mientras la joven sacerdotisa se aproximaba al altar, la dura expresión de su rostro y la sangre que manchaba sus delicadas manos demostraban que había estado a la altura de la tarea.

La joven alzó en alto la bandeja, y la atronadora plegaria se convirtió en una única y aguda nota, y con voces tan obsesivas y agudas como flautas elfas, las

hembras drows empezaron a entonar el canto ritual de convocatoria. La matrona Triel Baenre se adelantó, vestida con el sombrío color negro de una gran sacerdotisa y su voz, aumentada mágicamente para igualar la potencia de las cantoras allí reunidas, entonó una plegaria con voz grave en extraño contrapunto a la canción.

Aquella noche la canción y la salmodia eran sobre todo una formalidad, ya que Lloth pocas veces hablaba ahora excepto a sus sacerdotisas más poderosas. Se murmuraba en Menzoberranzan que la pérdida de tantas sacerdotisas durante la guerra y la lucha por obtener una posición había reducido el poder incluso de la diosa. En épocas pasadas —antes de la Época de Tumultos, antes de la desastrosa guerra—, ceremonias como aquélla se veían a menudo recompensadas con alguna manifestación de la aprobación de la diosa: un nuevo hechizo, la creación de un objeto mágico, de un veloz torrente de arañas, incluso la aparición de uno de los esbirros de la Reina Araña. En alguna rara ocasión, aparecía incluso el avatar de la misma Lloth ante sus fieles. Pero parecía como si aquellos tiempos hubieran desaparecido.

De improviso el fuego fatuo se extinguió, sumiendo la sala en una oscuridad total. La canción y el cántico callaron, y todos los ojos se clavaron con atemorizada fascinación en el tenue resplandor que iba apareciendo en el centro de la capilla.

Allí donde había estado el altar un momento antes, se hallaba una enorme y horrenda criatura. Su cuerpo informe parecía un montón de cera derretida y los enormes ojos bulbosos brillaban con una siniestra luz roja mientras contemplaba colérica a los allí reunidos.

Una mezcla de júbilo y temor se apoderó de las seguidoras de Lloth. Era unayochlol, una criatura de los planos inferiores y doncella de la Reina Araña. Para bien o para mal, la aparición de la yochlol indicaba que los ojos de la diosa estaban puestos en ellas.

—Anarquía.

La voz de la criatura era débil y etérea, un simple vestigio de sonido, y sin embargo todos los oídos de la sala oyeron aquella palabra de advertencia.

El cuerpo del ser cambió y fluyó, y un apéndice con aspecto de brazo salió disparado en dirección a la sacerdotisa estudiante y tiró la bandeja de plata que sostenía en sus brazos aún alzados. El corazón sacrificado voló por la habitación y fue a aterrizar en el regazo de una sacerdotisa anciana. En aquel completo silencio, el sonido de la bandeja al chocar contra el suelo de piedra fue un resonante presagio de muerte.

Layochlol se escurrió al frente y arrebató el corazón del regazo ensangrentado de la anciana drow, luego sostuvo el sacrificio en alto.

—Otra vida eliminada —siseó la criatura—. ¿Creéis que esta carnicería complace a Lloth?

Triel Baenre se adelantó y se dejó caer en una respetuosa reverencia.

—Durante incontables siglos, ésta ha sido la costumbre de los drows, por orden de Lloth. Muéstranos dónde nos hemos equivocado.

—Demasiada sangre mancha las calles de Menzoberranzan —anunció *layochlol* en su sobrenatural susurro—. Quedan demasiados pocos drows, y sin embargo os matáis entre vosotros sin pensar en las consecuencias. En vuestras egoístas ambiciones, lo habéis puesto todo en peligro. Por decreto de Lloth, esta pugna entre casas debe finalizar. Igualmente, también la lucha por obtener poder personal dentro de cada casa debe cesar. Hasta que Lloth ordene lo contrario, deberá existir paz entre sus seguidores. Esta noche, en la hora de la Muerte Negra de Narbondel, las veinte casas más poderosas que quedan se reunirán en Qu'ellarz'orl.

La criatura las nombró una tras otra, desde la casa Baenre hasta la casa Vandree.

—En este orden os ha colocado la palabra de Lloth, y así permaneceréis hasta que la diosa os libere de esta paz forzada. Cualquier casa que no haya solucionado sus asuntos y elegido una matrona cuando llegue la hora señalada será destruida —amonestó el ser—. Marchad ahora, cada una a su propia casa, y llevad con vosotras la palabra de Lloth.

Otro estremecimiento recorrió la figura de *layochlol* y la doncella se fundió en un borboteante charco. Una columna de vapor se elevó de la hirviente masa para convertirse en una multitud de arañas espectrales que flotó hacia lo alto, en dirección a la imagen de Lloth que rodeaba la capilla con su pétreo abrazo.

Las sacerdotisas drows permanecieron allí sentadas, aturdiditas y silenciosas. ¡Lloth, la Señora del Caos, instaba a la paz! ¡Nadie estaba seguro de cómo tomar aquello!

—Ya lo habéis oído —de nuevo la matrona Triel rompió el silencio—. En la hora señalada nos encontraremos en la casa Baenre.

Expresiones ceñudas recibieron aquel anuncio. *Layochlol* había decretado que la reunión tuviera lugar en Qu'ellarz'orl. Aquél, el sector más prestigioso de Menzoberranzan, tomaba su nombre de la diminuta cueva que servía de sala de reuniones al consejo regente. Todas las mujeres de la sala aspiraban a sentarse en esa sala y la mayoría de ellas comprendían que esa reunión podría, de una manera realista, ser su única oportunidad para hacerlo. Sin embargo, nadie osó objetar la orden de la dama matrona; según la palabra de Lloth, Triel Baenre seguía siendo matrona de la primera casa. Existían también consideraciones de índole práctica, pues en todo Qu'ellarz'orl, sólo la enorme capilla Baenre era lo bastante grande para alojar una reunión de aquella envergadura.

Así pues, las drows se escabulleron en la oscuridad. Mientras cada una corría a la fortaleza familiar, ella meditó el mejor modo de sacar provecho de los nuevos acontecimientos. La extraña y antinatural paz finalizaría a su debido tiempo y mucho

podía hacerse a fin de prepararse para ese jubiloso día.

Una figura solitaria se hallaba al pie de Narbondel, la columna de piedra natural que sostenía la enorme caverna y marcaba el paso del tiempo. Gomph Baenre, el archimago de Menzoberranzan, aguardaba y observaba mientras el calor mágico del núcleo del pilar descendía hasta su punto más bajo. Pronto sería medianoche —la Muerte Negra de Narbondel— y él lanzaría el poderoso hechizo que iniciaba de nuevo todo el proceso.

Aunque no había nadie por allí para verlo y envidiarlo, el porte altivo de Gomph sugería que era muy consciente de la impresionante imagen que daba. La magnífica capa del archimago, una reluciente *piwafwi* cuyos innumerables bolsillos contenían más magia que todo Sorcere, descansaba orgullosa sobre sus hombros, adornados con broches cubiertos de joyas que mantenían la capa en su lugar. El archimago tocó uno de ellos, un zafiro del tamaño de un puño que contenía la magia necesaria para hechizar el reloj de la ciudad.

Gomph sabía que resultaba llamativo incluso sin los atavíos del poder. Alto y apuesto, tan en forma y juvenil de aspecto como cualquier alumno de la escuela de lucha, podía atraer tanto miradas de admiración como de temor y respeto. Y se le temía en gran medida, pues en todo Menzoberranzan no había un hechicero tan poderoso como él. Aquella hora oscura le pertenecía por completo, y la conjuración del hechizo era una celebración diaria y privada de su propio poder.

El hechicero empezó a meditar, a reunir sus pensamientos en preparación para el conjuro, pero entonces, por el rabillo del ojo, observó la presencia de un disco flotante que descendía por la amplia avenida en dirección a él. Detrás de él marchaba no la acostumbrada escolta armada, sino un grupo de sacerdotisas vestidas con sus túnicas correspondientes.

Gomph frunció el entrecejo al reconocer a la matrona de Barrison Del'Armgo, la segunda casa más poderosa de la ciudad. ¿Qué podría estar haciendo a aquellas horas, desplazándose con tanta ceremonia?

Su perplejidad aumentó al detectar otro disco flotante que se acercaba desde el elegante Narbondel. Justo detrás marchaban varias literas transportadas por esclavos, y a continuación aparecieron más sacerdotisas, algunas montadas en lagartos, otras a pie. Pasaron en tropel por su lado, casi todas las sacerdotisas de la ciudad, dirigiéndose con silenciosa determinación hacia la fortaleza Baenre.

La cólera, desbocada y feroz, ardió en el corazón del hechicero. Era evidente que se había convocado una importante reunión, y a él no lo habían incluido, o informado siquiera. Algo trascendental ocurría, y él debía averiguar qué era.

Sujetó con fuerza la insignia de su casa que colgaba de su cuello y pronunció las palabras que lo transportarían con la velocidad de un pensamiento al baluarte Baenre. Ante su total asombro, nada sucedió. El poderoso hechicero de Menzoberranzan se

quedó solo en el centro del oscuro patio, con el acceso prohibido a su hogar familiar. Puesto que no podía hacer otra cosa, Gomph se volvió hacia el frío pilar de piedra y empezó a recitar las palabras del conjuro.

Triel Baenre estaba sentada en el centro de la capilla Baenre, inspeccionando los oscuros rostros que tenía ante ella. Aunque aquélla era su fortaleza, su reino, se sentía incómoda ante la tarea que tenía delante y no estaba segura de cómo iniciar la reunión.

Para bien o para mal, la decisión le fue arrebatada. Una menuda y arrugada hembra drow se dirigió con paso audaz hacia el trono Baenre. Las otras sacerdotisas retrocedieron para dejarle sitio, e incluso Triel se puso en pie y ofreció el asiento de honor a la recién llegada.

Pues la anciana drow era Hesken-P'aj, la matrona de la casa Symrywin y la sacerdotisa más poderosa de todo Menzoberranzan. Aunque su casa había sido simplemente la número dieciocho durante innumerables siglos, la matrona poseía un poder que todos conocían y respetaban. A Hesken-P'aj a menudo la llamaban «los ojos de Lloth», y en las raras ocasiones en que abandonaba su casa se la trataba con el mayor de los respetos.

Pero la matrona desestimó con un gesto de la mano la oferta que Triel le hacía del trono.

—He venido a hablar no a gobernar —dijo, impaciente, y la anciana se volvió hacia las sacerdotisas allí reunidas, deseosa de comunicar lo que tenía decir y marcharse.

—Lloth envía su felicitación a cada una de las nuevas matronas. Que gobiernen mucho tiempo y bien, y restauren la fe de Lloth a su antiguo poder. Ya habéis oído que no debe haber más guerra en Menzoberranzan. La ciudad debe recuperarse. Ninguna sacerdotisa matará a otra, y todos los niños drow sanos deberán ser criados, incluso los varones. Hasta que Lloth indique lo contrario, el consejo regente impondrá estas leyes.

A continuación, la anciana drow nombró a las ocho matronas que debían mandar en la ciudad.

—Ocupaos de gobernar bien —las exhortó—, pues la paz de Lloth es temporal y se rompe con facilidad. Sabed que aquellos que rompan la paz para su propio beneficio serán destruidos. Aquellos que extiendan el reinado de Lloth serán recompensados. Eso es todo lo que tengo que decir. —Con estas palabras, la matrona se tornó tan insustancial como una neblina y desapareció de la vista.

—Todas lo habéis oído —dijo Triel tras un carraspeo—. Ahora que el consejo regente ha quedado constituido, todas las futuras reuniones quedarán limitadas a las ocho matronas. Si alguna tiene algo que decir que concierna a este consejo general, puede hacerlo ahora.

Shakti Hunzrin se puso en pie de un salto. Un momento así podría no volver a presentarse jamás, y pensaba aprovecharlo. Lloth podría haber alejado la anarquía por el momento, pero Shakti haría todo el daño que pudiera.

—Me he enterado de algo que concierne a cada una de las drows presentes —empezó—. Una sacerdotisa novicia ha tenido tratos con magia extraña, con magia humana. Con qué propósito, no lo sé. Esa sacerdotisa posee un amuleto, un objeto humano de gran antigüedad que le permite transportar magia drow a las Tierras de Arriba.

Shakti sacó varias hojas de pergamino de entre los pliegues de su túnica y los mostró en alto.

—Tengo aquí la prueba, escrita por la misma mano de la sacerdotisa. Esta magia la posee Liriel, de la casa Baenre. Entrego a este consejo mi descubrimiento y la tarea de decidir qué debe hacerse con él.

Hubo un momento —sólo un momento— de conmoción. Luego la reunión se convirtió en un caos. Las sacerdotisas recibieron la noticia con opiniones opuestas; algunas discutían excitadas sobre sus posibilidades, otras clamaban por la muerte de la traidora Baenre, en tanto que otras —con el rostro sombrío— murmuraban plegarias dirigidas a Lloth.

Por fin, la matrona Baenre se puso en pie, y no obstante su escasa estatura física, todos los ojos se volvieron hacia ella cuando se irguió ante las presentes, con el pequeño rostro ardiendo de cólera.

—¡Silencio! —tronó la matrona.

Y todas callaron de inmediato. Aquella única palabra llevaba consigo la fuerza de un hechizo y nadie en la capilla podría haber hablado aunque hubiera osado intentarlo.

—Es una noticia perturbadora —admitió la mujer; hablaba con voz fría y totalmente calmada, pero la mirada que dirigió a Shakti estaba cargada de pura malicia—. Desde luego, todas comprenderéis que este descubrimiento me coloca a mí, personalmente, en una posición de lo más difícil. Recordemos que las acciones de Liriel Baenre se llevaron a cabo bajo mi mandato, y no importa demasiado si actuó con mi aprobación o sin mi conocimiento. Agradezco realmente la paz de Lloth —añadió Triel con sinceridad y en tono significativo—. Pero en el espíritu de esta nueva unidad, discutiremos qué es lo mejor que se puede hacer y dejaremos la decisión en manos de la Reina Araña. Tú —indicó, señalando a una hembra de pasmosa belleza sentada junto a la delegación de la casa Faen Tlabbar—. Dinos qué piensas, matrona Ghilanna.

La recién ascendida matrona se alzó entre un susurro de sedas y el suave tintineo de joyas de plata. La casa Faen Tabblar había padecido más desórdenes internos que la mayoría, pues tanto su anterior matrona como su heredera habían sido asesinadas.

Toda la ciudad sabía que Ghilanna había obtenido su puesto mediante violentos y sangrientos combates con sus siete hermanas, sin embargo el aspecto frágil de la mujer resultaba incongruente con su mortífera reputación. Ghilanna Tlabbar era alta y delgada, y tan vanidosa respecto a su apariencia y, según se decía, igual de lasciva en sus hábitos como cualquier hembra Tlabbar. A diferencia de la mayoría de las sacerdotisas presentes, se vestía no con una sombría túnica sino con un exquisito vestido negro; negros abalorios y delicados bordados adornaban el ceñido y escotado corpiño, y toda la longitud de sus piernas resultaba claramente visible a través de las capas de gasa de la falda. No obstante su delicioso rostro maquillado, mostraba una expresión torva.

—Esta nueva magia podría significar el final del dominio de las matronas —dijo Ghilanna sin andarse por las ramas—. Los habitantes de Menzoberranzan se someten a nuestro gobierno, al menos en parte, porque no tienen otra opción. Pocos pueden sobrevivir en la salvaje Antípoda Oscura durante mucho tiempo, y en realidad una vida así no sería digna de tal nombre. Ni tampoco existe un lugar para nosotros en las Tierras de la Luz. Acontecimientos recientes lo han demostrado de un modo muy trágico. Pero considerad esto: si los hechiceros pudieran lanzar sus conjuros en la superficie con todo el poder que poseen Abajo, ¿qué los mantendría bajo nuestras órdenes? Sus ojos están preparados para soportar la luz, y con su magia podrían sobrevivir, puede que incluso prosperar, en el mundo de la superficie.

»Incluso los plebeyos —prosiguió con ardor—, los artesanos y los soldados podrían sentirse tentados e intentar hacerse un lugar para ellos Arriba. Y ¿por qué no? La drow más insignificante dispone de poderes que un hechicero humano envidiaría. Poseemos una resistencia natural a la magia que es la envidia y el terror de otras razas que utilizan magia. Sus hechizos resbalan sobre nosotras como gotas de agua. Invisibilidad, silencio, oscuridad, invulnerabilidad a la magia: estas cosas son patrimonio de todo drow. No olvidéis jamás que pocos pueden igualar la mortífera destreza de un luchador drow, y ¿quién de entre nosotras no ha recibido adiestramiento con las armas? Considerad todo esto, y preguntaos cuántos drows permanecerían en Menzoberranzan bajo nuestro mando, si supieran que pueden prosperar en otra parte.

Mez'Barris Armgo, la matrona de la casa Barrison Del'Armgo, fue la siguiente en recibir el permiso de la matrona Triel para hablar. Como gobernante de la segunda casa, Mez'Barris se sentía furiosa ante la necesidad de tal autorización. ¡Para agravar tal insulto, la matrona de una casa inferior había hablado primero! Sin embargo, Triel tenía el control de la reunión, y lo mejor que Mez'Barris pudo hacer fue descargar su ira sobre la advenediza matrona Tlabbar. La mirada que lanzó sobre la hermosa sacerdotisa fue de total desprecio.

—Ha sido un hermoso discurso —se mofó Mez'Barris—. Sólo Ghilanna podía ser

capaz de otorgar estilo y elegancia incluso a la blasfemia. Y blasfemia fue, sólo así podemos describir sus palabras —gritó con voz resonante y apasionada—. ¿Gobernamos o no gobernamos por la gracia y el poder de Lloth? ¡La Reina Araña no se ve amenazada por la baratija mágica de una jovencita, y tampoco nosotras, sacerdotisas!

Se sentó entre un murmullo de asentimiento.

—Estoy de acuerdo con la matrona Mez'Barris en que este descubrimiento no significa una amenaza al matriarcado. Más bien al contrario. Podría beneficiarnos a todas —intervino la matrona Miz'ri. Su clan, la casa Mizzrym, era famoso por sus contactos comerciales, su disposición para tratar con no drows, y lo mucho que les gustaba la traicionera duplicidad; los ojos rojos de la matrona mostraban ahora un oscuro resplandor mientras consideraba las deliciosas posibilidades.

»Con esta baratija, como tú la llamas —prosiguió Miz'ri—, podríamos penetrar en las Tierras de la Luz armados como nunca antes. ¿Quién podría oponerse a nuestras bandas de comerciantes, a nuestros grupos de saqueadores? ¡Pensad en toda esa riqueza! Ese nuevo artilugio mágico es una herramienta, como cualquier otra. La tenemos y debemos utilizarla.

Kyrnill Kenafin se puso en pie para hablar. Su casa era en la actualidad la número diez, pero su actitud arrogante y los crueles ojos rojos la delataban como la tirana que era. En la casa Kenafin, las sacerdotisas reinaban como señoras supremas, y les satisfacía enormemente juzgar y aterrorizar a los varones de la casa.

—Toda esta charla sobre plebeyos, varones y hechiceros que utilizarían ese objeto mágico es una completa estupidez. ¿Se atreven ellos a manejar el látigo de cabeza de serpiente de una sacerdotisa? ¡Claro que no! Del mismo modo, si las sacerdotisas de Lloth reivindican ese nuevo objeto mágico como propio, así como todas las copias que ordenemos, ¿quién se va a oponer? —Kyrnill recalcó su pregunta con una dura y descarada sonrisa.

—Me gustaría saber —empezó Ker Horlbar, una de las dos matronas gobernantes de la casa Horlbar—, ¿por qué se presentó esta reclamación contra la casa Baenre desafiando la paz de Lloth?

Varias de las sacerdotisas intercambiaron miradas maliciosas. El clan Horlbar dependía de la agricultura para mantener su riqueza y posición, y su principal rival en ese empeño era la casa Hunzrin. Lloth podría declarar la paz, pero sus seguidoras seguirían encontrando una manera de competir entre ellas.

—No es mi propósito acusar a la primera casa —protestó Shakti, poniéndose en pie de nuevo—. Este descubrimiento va más allá de la ambición de un único drow. Podría muy bien ser más importante que acrecentar la riqueza y posición de la casa Horlbar.

La mordaz respuesta provocó un coro de risas burlonas y algunos aplausos

dispersos por parte de las drows allí reunidas. Incluso algunas de las sacerdotisas que habían fruncido el entrecejo cuando Shakti se levantó la primera vez para hablar asintieron y dirigieron largas miradas evaluadoras en su dirección. La joven no era aún gran sacerdotisa, ni la heredera de su madre en la casa Hunzrin. En Menzoberranzan el poder no se otorgaba, se arrebatava, y cualquier hembra dispuesta y capaz de hacerlo merecía seria consideración.

La discusión prosiguió durante algún tiempo. Triel escuchó mientras cada sacerdotisa hablaba, pero no le llegó ninguna respuesta. Incluso aunque su propia casa no se hubiera visto implicada, aquel descubrimiento tenía más posibilidades, más capas de peligros e implicaciones, de los que incluso una drow podía llegar a comprender con tanta rapidez.

Por fin se volvió hacia Zeerith Q'Xorlarrin. La regia hembra era célebre por su talento para la diplomacia y se requería su presencia a menudo para mediar en disputas entre las casas. Incluso en aquellos momentos Zeerith permanecía sentada muy serena en medio de la controversia; aunque sin duda aquella situación pondría a prueba incluso su legendario buen criterio.

—¿Qué tienes que decir sobre este asunto, matrona Zeerith? —inquirió Triel, que estaba segura de que el criterio de la sacerdotisa, aunque en apariencia imparcial, haría honor a la alianza a largo plazo entre las casas Xorlarrin y Baenre—. Habla y aceptaremos tu consejo como si surgiera de la boca de Lloth.

—Está muy claro —replicó la aludida, poniéndose en pie— que necesitamos saber más cosas sobre ese artilugio humano. Puesto que se trata de un instrumento mágico, sugiero que sea confiado al colectivo de maestros de Sorcere. Sólo la escuela de magia posee los recursos necesarios para estudiar y reproducir algo así; lo que harán, desde luego, bajo la minuciosa supervisión del consejo regente. Hasta que se tome una decisión, debemos ocultar esta información a los plebeyos. Declaro que toda sacerdotisa que hable de ese amuleto fuera de esta estancia, excepto a los maestros hechiceros de Sorcere, será castigada por el consejo regente y sufrirá la pérdida del rango y el honor, con la amenaza de algo peor cuando la paz de Lloth sea revocada.

La mayoría de las drows asintió, aceptando en silencio la sentencia de la matrona Zeerith.

—En cuanto a la joven novicia que inició todo esto —prosiguió Zeerith inesperadamente—. Según el decreto de Lloth, ninguna sacerdotisa puede eliminar a otra; pero me parece que Liriel Baenre no ha alcanzado aún esa posición, y por lo tanto no está protegida por él decreto de la Reina Araña. Lo que es más, Liriel Baenre ha demostrado ser una hechicera de considerable poder, y sin embargo no se ha sometido a las pruebas de exploración mental requeridas para determinar su lealtad a Lloth. Por estas dos ofensas, yo reclamo su muerte. Esa es mi decisión, y, como ha

dicho la matrona Triel, ésa es la voluntad de Lloth.

Esta sentencia, tan inesperadamente dura por parte de la sutil y conciliadora matrona Xorlarrin, provocó una oleada de sombríos murmullos por toda la sala.

—No.

La palabra sumió a todo el mundo en un asombrado silencio. Sos'Umptu Baenre, la por lo general reacia guardiana de la capilla Baenre, avanzó hasta el centro de la habitación; se colocó ante el altar y contempló a las presentes. Su delgada figura rígida expresaba certidumbre.

—No —repitió—. Esa no es la voluntad de Lloth.

Triel se alzó de su trono, temblando de ira. No estaba contenta con la sentencia de Zeerith, pero se había comprometido ante todos los poderes de Menzoberranzan a seguir el consejo de la matrona Xorlarrin. Su autoridad ya se había visto tristemente minada por aquel asunto, y el inesperado desafío de la leal Sos'Umptu era más de lo que la asediada joven matrona podía soportar.

—¿Me desafías? —rugió, acercándose a su hermana menor—. ¿Cómo es que la Reina Araña te habla a ti, en contra del buen juicio de tu propia madre matrona?

—Lloth nos habla a todas nosotras —repuso ella valientemente. La sacerdotisa se volvió y señaló la imagen mágica de la diosa, la araña metamorfoseante que flotaba sobre el altar, y aguardó hasta que cambió a la forma de hembra drow—. Mirad su rostro.

Por vez primera, Triel observó el sorprendente parecido de la ilusión con su descarriada sobrina. No había modo de que se le pasara por alto ahora, pues los ojos de la drow ya no mostraban el reluciente color rojo típico de los elfos oscuros, sino que lucían un extraño y muy característico tono ambarino. Y los labios de la mágica imagen estaban curvados en una sonrisa de siniestro regocijo.

Todas aquellas que habían visto a Liriel Baenre reconocieron la importancia de la transformación y los murmullos extendieron el significado de aquella manifestación a todas las presentes.

—Servimos a la Señora del Caos —dijo Sos'Umptu, señalando a la imagen de ojos dorados que tenían delante—. Para bien o para mal, Liriel Baenre ha encontrado el favor de Lloth. Recordad las palabras de la matrona Hesken-P'aj: aquellas que encuentren otros modos de extender el reinado de Lloth serán recompensadas. A lo mejor Liriel ha encontrado ese modo. Lo que esta nueva magia nos traerá no podemos saberlo aún. Pero contemplad ante vosotras la voluntad de Lloth y marchad en paz.

La reunión finalizó poco después de que Sos'Umptu hubiera hecho su declaración, y las sacerdotisas de Menzoberranzan se perdieron en la oscuridad.

Zeerith Q'Xorlarrin, la madre matrona de la casa Xorlarrin, fue una de las

primeras en abandonar el recinto Baenre. Corrió las cortinas de su litera transportada por esclavos y se recostó contra los almohadones, y sólo entonces dio rienda suelta a sus emociones, mascullando maldiciones contra la casa Baenre y sus tres generaciones de hembras estúpidas.

Había marchado a la guerra junto a la vieja matrona Baenre, y aún hervía de cólera por lo sucedido en los túneles bajo el Salón de Mithril. Auro'pol, la matrona de la poderosa casa Agrach Dyrr, había sido asesinada por una criatura del Abismo siguiendo órdenes de la antigua matrona Baenre. La guerra había resultado un completo desastre, pero fue la muerte de Auro'pol —que casi con toda certeza no gozaba del beneplácito de Lloth— lo que convenció a Zeerith Q'Xorlarrin de que la primera casa ya no era merecedora de su posición. Triel Baenre tendría problemas cuando Lloth se cansara de la paz, de eso estaba segura.

Entre tanto, había ciertas cosas que Zeerith podía hacer. Había arriesgado mucho con su severa declaración: su informal y tácita alianza con la casa Baenre, su reputación como una diplomática justa e imparcial. Había sido reprendida públicamente y aquello no había sentado bien a la orgullosa matrona. Sin embargo no había perdido por completo, ya que la nueva magia sería confiada a Sorcere, donde siete hechiceros Xorlarrin servían como maestros. Ninguna casa en Menzoberranzan poseía más poder mágico que Xorlarrin, y cualquier secreto que los hechiceros descubrieran sería susurrado a los oídos de la matrona Zeerith antes de ser revelado al consejo regente.

Tampoco se había perdido por completo la oportunidad de vengarse de la casa Baenre. Puede que ninguna sacerdotisa de Lloth pudiera actuar contra la joven Liriel, pero morían más drows víctimas de dagas envenenadas y hechizos que bajo los látigos de cabeza de serpiente de las grandes sacerdotisas.

Reconfortada por aquellos agradables pensamientos, la matrona sonrió y se relajó sobre los almohadones de seda de su litera. Tenía una tarea en mente para su querido hermano Kharza-kzad. Según se decía, el viejo estúpido estaba excesivamente encariñado con su hermosa y joven alumna.

«Y ¿por qué deben ser sólo las hembras las que soportan la carga de sacrificar a aquellos más próximos a sus corazones?», pensó Zeerith.

Desde la ventana de su oscuro estudio, Gomph Baenre observó cómo la ciudad despertaba. Mientras gran parte de Menzoberranzan dormía, él a menudo pasaba las horas de ese modo, solo en su mansión de Narbondellyn. No dormía —jamás había sido capaz de dormir— y ahora confiaba en la magia que lo mantenía joven para sustentar su vida sin el beneficio del descanso. Durante sus primeros pocos siglos de vida, Gomph había encontrado tranquilidad y regeneración en el profundo y vigilante ensueño que era su herencia elfa; pero ahora, desde hacía muchas décadas, a pesar de

la formidable disciplina de su preparación mágica, la habilidad para sumirse en aquel trance le había esquivado. El archimago de Menzoberranzan había olvidado cómo soñar.

De modo que permaneció sentado a solas, sumido en una taciturna cólera e hirviendo con la interminable frustración que definía su existencia. Su estado de ánimo no mejoró cuando la alarma mágica de su insignia Baenre empezó a vibrar con una silenciosa pero insistente llamada. Parecía que su querida hermana Triel por fin requería el placer de su compañía.

Durante un buen rato, Gomph sopesó la idea de resistirse a la convocatoria. Pero no se atrevió. Triel reinaba en la casa Baenre y su vida no valdría nada si provocaba su ira.

Aunque tampoco es que su vida valiera mucho ahora, se dijo con amargura. Sin preocuparse por una vez en ponerse la túnica y esclavina que proclamaban su poderoso cargo, el archimago pronunció las palabras que lo transportarían a la casa Baenre.

Encontró a Triel paseando por la capilla familiar. La matrona se abalanzó sobre él con ojos enloquecidos y lo sujetó por los antebrazos.

—¿Dónde está ella? —inquirió—. ¿Dónde la has escondido?

Gomph comprendió al instante, pues por encima de la cabeza de su hermana se alzaba la imagen mágica de Lloth, creada por su poder y su magia. La hermosa ilusión le sonreía con sardónico regocijo en los dorados ojos. Los ojos de él y de su inesperadamente ingeniosa hija.

El hechicero se liberó de las crispadas manos de la matrona.

—Podrías ser más concreta —preguntó con frialdad—. No hay escasez de hembras en Menzoberranzan.

—Sabes a quién me refiero —escupió Triel—. Liriel no está en Arach-Tinilith. Le diste permiso para marchar y me has hecho quedar como una estúpida. ¡Dime por qué marchó, dónde está, y cuéntame todo lo que ha hecho!

—Liriel sólo dijo que tenía unos asuntos personales de los que ocuparse —respondió él, encogiéndose de hombros—. No tengo por costumbre cuestionar las acciones de una hembra Baenre.

—¡Es suficiente! —aulló la sacerdotisa—. No hay tiempo para tales juegos. ¿Dónde está Liriel, y dónde está el objeto?

Se produjo un instante de estupefacto silencio.

—Liriel no dijo nada de un objeto —respondió Gomph, despacio.

Triel lo creyó. La familiar expresión codiciosa del rostro del hechicero la convenció más allá de toda duda. Los objetos eran raros, incluso en la rica en magia Menzoberranzan, y no era probable que Gomph permitiera a su hija poseer un artículo así si conocía su existencia y su peligroso poder.

—Entonces no sabes que Liriel ha hallado un modo de transportar magia drow a las Tierras de la Luz —declaró.

Gomph sacudió la cabeza despacio, más como señal de asombro que de negación.

—No sabía qué tenía ni qué planeaba hacer. Desde luego, se lo habría quitado.

—Y eso debes hacer —insistió Triel—. Si no lo haces, el artilugio acabará en Sorcere, con sus secretos accesibles a todos. Encuéntralo y tráelo aquí. Tú y yo solos compartiremos su poder, para nuestro beneficio personal y la gloria de la casa Baenre.

—¿Y qué pasa con Liriel?

—La mitad de Menzoberranzan la busca —respondió ella con indiferencia—. Con o sin tu participación, no es probable que la muchacha sobreviva a este día. Nadie sabrá qué mano asestó el golpe, y es mejor que sus esfuerzos fortalezcan la casa Baenre.

—Pero ¿y eso? —inquirió Gomph, señalando en dirección a la imagen de ojos dorados de Lloth que se alzaba sobre el altar—. Pocas veces habla la diosa con tanta claridad. Sin duda sería una locura hacer caso omiso de una señal así.

—Vuelve a mirar —repuso Triel en tono seco.

Incluso mientras lo decía, la imagen cambió y los ojos adoptaron su acostumbrado brillo rojo. Al cabo de un instante, volvían a ser ambarinos.

Gomph comprendió de inmediato. La Señora del Caos se deleitaba enfrentando a sus seguidores unos con otros, no sólo para su propio placer sino en la creencia de que el drow más fuerte era el que emergía de la contienda. Liriel podría haber encontrado el favor de Lloth, pero eso no garantizaba una vida larga y halagüeña.

—Se hará —asintió el archimago sin vacilación.

—Vaya, ¿sin ningún pesar? —se burló ella.

—Sólo el de no haber actuado antes y en solitario —declaró él sin andarse por las ramas.

—Ese momento ya pasó, querido hermano —ronroneó la matrona con una sonrisa, reconociendo la veracidad de sus palabras—. Tú y yo tenemos una alianza.

Pasó el brazo por el del archimago en actitud afable y lo sacó de la capilla.

—Tenemos mucho de que hablar, pues ha sido una noche llena de acontecimientos. Lloth ha decretado que la ciudad esté en paz para que podamos reconstruir nuestro poderío. Por ahora, la casa Baenre mantiene su puesto legítimo, pero debemos apuntalar nuestras defensas para cuando esta paz finalice.

Gomph dejó que su hermana lo condujera al exterior, aunque sabía que Triel lo estaba manipulando, que apelaba a su deseo de poder e influencia. Sin embargo mientras abandonaba la capilla, del brazo de la letal hembra, era consciente de que la alianza sólo lo sería mientras los beneficiara a ambos.

La noticia de la reunión y de lo acontecido se extendió deprisa, viajando desde las grandes casas incluso hasta los hogares humildes y comercios del distrito de Hacinas. Antes de que el enorme reloj Narbondel marcara el inicio del nuevo día, casi todo el mundo en Menzoberranzan estaba enterado de que Lloth había declarado un período de tregua, aunque nadie sabía exactamente cómo interpretarlo, y por toda la ciudad teorías y rumores fueron el plato del día junto con el almuerzo.

En sus aposentos de la torre que daba al Bazar, Nisstyre reflexionaba sobre aquellos nuevos sucesos. Por una parte, la pausa en la constante y enconada guerra prometía mejores negocios, y desde luego eso era una buena noticia para El Tesoro del Dragón. Pero el auténtico propósito del comerciante, la misión de su vida, no se cumpliría si Lloth recuperaba todo su poder en Menzoberranzan.

No se sintió complacido cuando su lugarteniente apareció en su puerta con la información de que una sacerdotisa Hunzrin exigía audiencia. Nisstyre no deseaba ver a ningún miembro del clero de la Reina Araña; pero antes de que pudiera dar la orden de que despidieran a la mujer, ésta empujó a su lugarteniente a un lado y penetró con paso firme en la habitación.

La sacerdotisa se detuvo muy tiesa ante su escritorio, con los brazos cargados de libros, en tanto que el comerciante se recostaba en su asiento y tomaba nota de los poco prometedores detalles: las negras vestiduras ribeteadas de púrpura de una sacerdotisa estudiante, el símbolo de una casa menor y la expresión fanática de su rostro cansado.

—¿Sí? —inquirió, y aquella única palabra consiguió transmitir una asombrosa falta de interés o de estímulo.

—Soy Shakti de la casa Hunzrin. Y tú —siseó la sacerdotisa—, ¿tú no veneras a Lloth!

—Observo que el arte de la conversación no forma parte de las asignaturas que se enseñan en Arach-Tinilith. —Nisstyre enarcó las cobrizas cejas.

—También eres un hechicero —prosiguió ella, inexorable en su propósito—. Un poderoso hechicero, y sin embargo no has realizado la prueba de lealtad a Lloth que se requiere de todos los que practican la magia en esta ciudad. Incitas el descontento entre los fieles a Lloth y los vuelves hacia Vhaeraun, ese llamado dios de los ladrones. ¡Por cualquiera de esas ofensas se te podría sumergir en queso fundido y atar a un poste para que te devoraran las ratas!

—Ya —murmuró Nisstyre. Meditó tal posibilidad por un instante, almacenándola para un futuro uso, antes de dedicar toda su atención a su visita.

»Debo reconocer, sacerdotisa, que posees un toque creativo en lo referente a torturas. Y sin embargo —añadió, inclinándose al frente y clavando en ella sus desconcertantes ojos negros—, algunos podrían llamarte imprudente. ¿Sospechas que poseo tal poder y vienes aquí, a mi casa, a amenazarme?

—Estoy aquí para hacer negocios —le corrigió ella—. Quiero que busques a cierta hembra. Te pagaré bien.

Él rechazó la oferta con un ademán.

—Sin duda hay gente más apropiada para la tarea que el capitán de El Tesoro del Dragón. A la ciudad no le faltan asesinos ni cazadores de recompensas.

—Observarás que no te he pedido que mates a la hembra —repuso Shakti recalcando las palabras—. Sólo pido que la encuentres y me traigas sus posesiones. Lo que hagas con ella es únicamente cosa tuya, siempre y cuando no se la vuelva a ver jamás en Menzoberranzan. Seguramente podrás llevar a cabo algo tan sencillo.

—También podría hacerlo una banda de mercenarios, por un precio mucho más módico. La ciudad tiene muchas de esas bandas. Ve a contratar una.

—No puedo —repuso ella de mala gana—. No puedo arriesgarme a que la información llegue a oídos de una de las matronas de la ciudad. Lloth ha prohibido que una sacerdotisa mate a otra.

—Empiezo a comprender tu dilema —repuso Nisstyre con un deje de regocijo, pues su reputación para llevar a cabo transacciones dudosas con gran discreción le había proporcionado muchas ofertas similares a través de los años—. Qué desagradable para ti, verte obligada a hacer negocios con un sospechoso de herejía. Pero ¿por qué yo, precisamente?

—Sé que tú vendiste estos libros. —Shakti arrojó los tomos sobre la mesa—. ¡Hablan del mundo de la superficie y están prohibidos en la ciudad!

—De modo que ahora volvemos a las amenazas —observó el comerciante—. Debo decir que esto empieza a resultar pesado. A menos que tengas algo interesante que ofrecerme...

—¡Te ofrezco a Liriel Baenre!

Nisstyre recibió el anuncio con un instante de silencio.

—No necesitas chillar —amonestó a la joven sacerdotisa, pero mantuvo el rostro cuidadosamente impasible a excepción de una tenue sonrisa sarcástica que curvó sus labios—. Admito que la oferta tiene cierto atractivo, pero ¿qué valor práctico tiene una princesa Baenre para una banda de comerciantes?

—Liriel Baenre lleva consigo un objeto mágico que podría ser muy útil en tu trabajo —declaró Shakti, apoyando ambas manos sobre el escritorio para inclinarse al frente—. Es algo que provoca grandes disputas entre las sacerdotisas de Lloth. No puedo decir más en este momento, pero tráemelo y compartiré sus secretos contigo.

—Pero tú eres una sacerdotisa de Lloth.

—Eso y tal vez más. —Shakti le devolvió la mirada sin pestañear—. De vez en cuando un clérigo de la Reina Araña es enviado a un culto rival como novicia para actuar como los ojos de Lloth. La Reina Araña permite ese espionaje, y en ocasiones lo incita. Es posible para una sacerdotisa de Lloth trabajar con los que siguen a

Vhaeraun. La información puede transmitirse en ambas direcciones, para beneficio de todos. Es un riesgo enorme, pero estoy dispuesta a correrlo.

Nisstyre contempló a Shakti Hunzrin durante un buen rato, evaluando su sinceridad y meditando sobre el inmenso valor de su oferta. Sopesó el odio que se percibía en su voz cuando pronunciaba el nombre de Liriel, el fanático centelleo de sus ojos, y decidió aceptar la alianza. Pero, al contrario de la sacerdotisa, él no estaba dispuesto a hablar con tanta sinceridad, ni a comprometerse a algo tan peligroso.

—El Tesoro del Dragón es famoso por adquirir casi cualquier cosa, sin tener en cuenta el precio —dijo, eligiendo las palabras con cuidado—. Te conseguiré a tu princesa, pero te lo advierto, será mejor que la recompensa valga las molestias.

—Confía en mí —asintió ella, sombría.

La idea resultaba tan grotesca que tanto el comerciante como la sacerdotisa prorrumpieron en una carcajada.

Cazadores

Solo en su estudio, Nisstyre reflexionó sobre la extraña alianza que había celebrado. Había aceptado la oferta de Shakti Hunzrin, no sólo para colocar un espía en el baluarte del poder de Lloth, sino también para averiguar más cosas sobre el objeto mágico que la sacerdotisa había mencionado, pues creía saber cuál podría ser.

El hechicero rememoró la batalla en el bosque de Rashemen y el amuleto que se había llevado como único trofeo. Cuando su patrulla no regresó a Menzoberranzan con el amuleto, Nisstyre había considerado toda la incursión una pérdida. Luego vino su encuentro con Liriel y la recuperación de la patrulla perdida; aunque Nisstyre no encontró el amuleto en los cuerpos de los soldados drows ni en los dos muertos en la caverna ni entre los restos esqueléticos que había recuperado más tarde de la guarida de los murciélagos subterráneos. Había supuesto que el objeto se hallaba perdido en algún lugar de la cueva o que incluso un dragazhar podría habérselo tragado. La atención de Liriel parecía centrada por completo en su desconocido adversario y en la necesidad de asegurar que ese enemigo no la siguiera al interior de la Antípoda Oscura, por lo que a Nisstyre no se le ocurrió que la joven pudiera haber cogido el amuleto. Al parecer debería haber pensado en esa posibilidad.

La última persona que había poseído el amuleto fue un guerrero de fuerza sobrehumana, un hombre que el comerciante había abandonado para que muriera en los bosques de Rashemen. El hechicero drow había creído que era la magia del amuleto la que provocaba la violenta furia combativa del humano, si eso era así, ¿qué utilidad podía tener para Liriel, y por qué deseaban obtenerlo con tanta desesperación las sacerdotisas de Menzoberranzan?

Nisstyre echó hacia atrás su silla y abandonó su estudio. En toda la ciudad, sólo había un drow que podría tener la respuesta a aquellas preguntas.

Kharza-kzad Xorlarrin deambulaba por su habitación, loco de preocupación e indecisión. Zeerith Q'Xorlarrin, su hermana menor y matrona de la familia, acababa de dejarlo tras una entrevista de lo más perturbadora.

Liriel, al parecer, se había metido en graves problemas. El anciano hechicero había temido que algo así pudiera suceder a la impetuosa joven y, hasta cierto punto, se culpaba a sí mismo por ello. Si hubiera sabido más cosas sobre los planes de su alumna, tal vez podría haber hecho algo para desviar tal desastre. Desde luego, sabía que Liriel había estado en la superficie y que allí obtuvo alguna magia nueva; pero no

había imaginado que hubiera hallado un artefacto humano y jamás se le habría ocurrido que algo creado por un humano pudiera poseer tanto poder o provocar tal conflicto.

¡Llevar magia drow a la superficie! Kharza-kzad se sentía anonadado ante las implicaciones de algo así. Pero aquella perspectiva, por espantosa que pudiera ser, no era lo que había vuelto loco de pesar y preocupación al anciano hechicero.

Sobresalía en la creación de varitas mágicas, en particular las que se usaban para las batallas. Sus varitas eran las preciadas posesiones de más de un hechicero de combate y cientos de enemigos de Menzoberranzan habían caído ante su magia; sin embargo él, Kharza-kzad Xorlarrin, jamás había matado.

El anciano hechicero no estaba seguro de cuántos drows podían afirmar lo mismo, y estaba seguro de que muy pocos se jactarían de ello. Él nunca antes había considerado realmente aquella cuestión, jamás había imaginado a aquellos que caerían bajo sus destructivas varitas, y ahora lamentaba su aislamiento, su dedicación a su solitario arte. De haber presenciado unas cuantas batallas, empuñado sólo una de sus propias armas, a lo mejor estaría mejor preparado para quitarle la vida a su alumna. Pues la matrona Zeerith le había ordenado que diera con Liriel, que se apoderara del amuleto y que no dejara ni rastro de su antigua propietaria.

A Kharza-kzad ni se le ocurrió rechazar la orden de Zeerith. Era un drow de Menzoberranzan, un varón inferior no obstante su poder y su cargo honorario en Sorcere, y estaba obligado por ley a honrar la voluntad de una matrona regente.

Los dedos del hechicero, arrugados y resecos, se cerraron sobre la empuñadura de la varita guardada en su cinturón y se preparó para lo que debía hacerse. Sin embargo el familiar objeto resultaba un extraño en su mano, tanto como la terrible tarea a la que debía enfrentarse.

En una habitación cerrada con llave en la fortaleza Hunzrin, protegida por salvaguardas mágicas para mantener alejados los ojos fisgones de su familia, Shakti salmodió las palabras de un hechizo clerical. Resultaba arriesgado invocar a Lloth en su causa, pero si la diosa no estaba realmente de su lado, la joven prefería saberlo.

La joven sacerdotisa había sido una de las últimas en abandonar la capilla Baenre tras la memorable reunión. La humilde categoría de la casa Hunzrin había asegurado que ocupara un asiento cerca de la parte posterior de la sala, y había permanecido allí para observar a las otras sacerdotisas, para vigilar quién intercambiaba miradas conspiradoras con quién y quién salía con expresión airada. Y en las sombras de la capilla, ella, Shakti Hunzrin, había visto lo que pocas de las sacerdotisas de Menzoberranzan adivinaron: la auténtica voluntad de Lloth.

La enorme ilusión mágica, la metamorfoseante araña-drow, observó a las fieles de la Reina Araña con ojos dorados y el rostro de la odiada rival de Shakti. Sin embargo

cuando la capilla quedó casi vacía, la ilusión volvió a cambiar, y los ojos de la drow se dedicaron a oscilar entre el color ámbar y el rojo. A Shakti el mensaje le pareció muy claro.

La Señora del Caos había rechazado la sentencia de muerte que Zeerith Q'Xorlarrin había lanzado sobre Liriel y en su lugar se había declarado una competición. El favor de Lloth era algo caprichoso, un premio concedido a la más ingeniosa y retorcida, y por el momento, Liriel Baenre parecía lucir la corona. Shakti pensaba arrebatarla.

De modo que entonó una plegaria a la oscura diosa de los drow, solicitando un hechizo de invisibilidad para envolver a su sirviente. Ssasser, el naga oscuro, aguardaba impaciente a su lado. La criatura con aspecto de serpiente estaba enroscada ante un ornamentado espejo, y la tenue luz procedente de los candelabros colocados en el marco del espejo brillaba sobre el cuerpo de escamas azules del ser. Con los ojos cerrados, Shakti salmodió las palabras finales del hechizo. Un siseo de inconfundible júbilo y triunfo indicó que Lloth había respondido a su oración y cuando Shakti abrió los ojos el naga había desaparecido.

La sacerdotisa levantó su tridente y lo agitó ante el espejo. Al instante la imagen del naga apareció en el cristal. El repugnante rostro de la criatura se crispó en una mueca enojada, y su larga y fina lengua se agitó en dirección a su reflejo.

—No te inquietes, Ssasser. Excepto este reflejo, eres invisible —le informó la joven.

Shakti no era tan tonta como para perder de vista por completo a aquella criatura poseedora de magia. El naga era virtualmente un esclavo de la casa Hunzrin, pero era una criatura tan malvada y traicionera como los drows a los que servía, y a Ssasser le encantaría tener la posibilidad de matar a una sacerdotisa Hunzrin; a decir verdad, la astuta criatura empezó a escabullirse lejos de su revelador reflejo.

—Quédate ante el espejo, donde pueda verte —le espetó la sacerdotisa—. Escucha bien, regresarás a casa de Liriel Baenre. Registra el lugar en busca de cualquier cosa que te sirva para seguir su rastro y regresa al recinto Hunzrin con la información que obtengas. Entonces te daré un par de quaggoths para que te ayuden en la cacería. Cuando mates a Liriel y me traigas el amuleto, te ganarás tu libertad.

El rostro en el espejo del naga oscuro se iluminó ante la información. Los quaggoths eran enormes criaturas bípedas de pelaje blanco que parecían un cruce entre ogros y osos, y si bien no eran particularmente inteligentes, sí eran cazadores feroces, fuertes y astutos en el combate. Algunos drows los esclavizaban para usarlos como soldados o guardias. A Ssasser le encantaba dar órdenes y con tropas así sin duda llevaría a cabo la deliciosa tarea de asesinar a una hembra drow.

—Ssasser escuchó todo lo que dama Shakti dice. ¿Ssasser caza ahora? —imploró la criatura.

A una seña de la drow, el naga se lanzó en dirección al pequeño túnel que conducía fuera de la habitación y resbaló serpenteante por los muros del recinto.

Shakti sonrió, complacida por la impaciencia de su servidor. Tenía una gran opinión de los comerciantes de El Tesoro del Dragón y su decisión de trabajar con Nisstyre no la había tomado a la ligera; no obstante, había otros cazadores a su disposición y estaba decidida a lanzar a cada uno de ellos tras la pista de Liriel.

En las colinas situadas al norte del poblado de Puente del Troll, Fyodor de Rashemen se acurrucó todo lo que pudo tras un montón de rocas y atisbo al interior de una pequeña cueva. El sol se alzaba a su espalda, pero la mañana era helada y el rocoso suelo estaba blanco por los restos de una escarcha tardía. El joven guerrero se sopló en las manos para calentarlas y se acomodó para vigilar y esperar. Llevaba días tras el rastro; ahora por vez primera, tenía a su presa a la vista.

Una chispa llameó en las profundidades de la cueva, y luego otra. En un instante, una diminuta fogata dejó escapar una exigua luz; no le llegó ningún olor a carne asada, pero eso no sorprendió a Fyodor. Los drows, al parecer, comían los alimentos crudos. Había seguido a aquellos tres a través del bosque y en más de una ocasión se había tropezado con caza que acababan de abatir; pero aunque en ningún momento había perdido su rastro ni una sola vez consiguió descubrir los restos de una fogata. Le sorprendió bastante que los elfos oscuros se arriesgaran a encender una en aquel momento. Claro está que empezaba a clarear y un pequeño fuego, encendido para calentarse dentro de esta cueva en una remota ladera, no era muy probable que fuera visto.

Antes de la llegada del nuevo día, los drows se refugiaban del sol. El accidentado paisaje estaba salpicado de cuevas, pero aquélla era la primera vez que Fyodor localizaba su escondite. Llevaba persiguiendo a los drows varios días ya, desde la caverna de la Antípoda Oscura repleta de cuerpos de murciélagos gigantes y elfos oscuros, aunque algo en el campo de batalla le molestó; qué exactamente, no supo decirlo. Había registrado los cuerpos de los dos drows muertos y no había hallado el amuleto en ninguno de ellos, si bien esto no le sorprendió, pues sin duda los supervivientes se habrían llevado tal tesoro con ellos. De modo que había seguido las ensangrentadas pisadas de los tres drows restantes hasta un empinado túnel que lo condujo hacia la superficie, a unas colinas escarpadas y rocosas. Su presa se dirigía hacia el este, viajando durante la noche a una velocidad que Fyodor, que seguía el rastro durante el día, apenas podía igualar.

Pero había llegado el momento. Cuando los drows salieran de la cueva con la llegada de la noche, él reclamaría su amuleto o perdería la vida.

El naga oscuro se encogió en una esquina, precavido a pesar del hechizo de invisibilidad que lo ocultaba a los ojos de todos. Ssasser se había introducido en el castillo de Liriel como había hecho antes, salvando con facilidad la puerta protegida por una trampa al tragarse el dardo disparado por la ballesta. No temía a los sirvientes que se ocupaban de la residencia de la drow, pues su servidumbre a la familia Hunzrin le había conseguido una considerable cantidad de magia; pero el poderoso ser del estudio de Liriel estaba más allá de los poderes del naga.

Gomph Baenre, el hechicero más famoso de la ciudad, estaba sentado ante el escritorio de su hija, con libros desperdigados alrededor de los pies y el rostro crispado en una mueca aterradora.

Sus largos dedos negros se movían realizando los ademanes de un hechizo y murmuraba palabras arcanas con la precisión obtenida mediante un gran poder y una larga práctica. Ssasser prestó poca atención a los gestos —puesto que carecía de manos, tal conocimiento no le servía de nada— pero escuchó con atención el conjuro y lo repitió para sí en silencio, varias veces, hasta estar seguro de haberlo memorizado.

Tan absorta estaba la criatura en su lección robada que en un principio no observó el resultado del hechizo. Una columna de humo llegó flotando al interior del estudio, en apariencia procedente de una de las paredes de piedra tallada, luego la nube se liberó de un tirón de la pared y adquirió la forma de una estatua drow de piedra animada.

—No encuentro nada de valor aquí —anunció el hechicero, agitando la mano con impaciencia sobre los montones de libros descartados—. Encuentra a los criados de la muchacha y a ver qué averiguas sobre su paradero.

El gólem hizo una reverencia y abandonó la estancia a grandes y ruidosas zancadas. Ssasser se encogió fuera del alcance de aquellas pétreas botas, luego se deslizó con impaciencia al frente para ver lo que el archimago haría. Casi nunca tenía el naga la posibilidad de observar a un hechicero tan poderoso y la criatura esperó que Gomph realizase otro conjuro.

Pero el drow no lo complació. Se pasó las manos por la larga cabellera blanca en un gesto de suprema frustración; luego permaneció sentado en silencio, sumido en sus pensamientos, hasta que por fin sacó un pequeño libro de un bolsillo de su reluciente capa y, tras pasar unas páginas, lo arrojó sobre la mesa.

—No puedo hacer esto solo —murmuró para sí—, ni siquiera con una copia del libro de conjuros que le di. Usando estos portales, Liriel podría estar casi en cualquier parte. No puedo abandonar la ciudad. Y sin embargo, ¿puedo confiar tales conjuros a otro hechicero?

Gomph se puso en pie y empezó a pasear por la estancia.

—No —decidió finalmente—. Si no puedo encontrar a la muchacha antes de que

averigüe el peligro que corre y huya de la Antípoda Oscura, la habré perdido, y a su magia con ella.

Un estrépito surgió del piso inferior. El alarido de una mediana esclava les llegó con toda claridad, un gemido de dolor que rápidamente se convirtió en un sincero borboteo de palabras. El hechicero sonrió y abandonó la habitación para averiguar qué información había extraído a la doncella de su hija su pétreo sirviente.

El invisible naga se arrastró presuroso hacia la mesa. Sus fauces llenas de colmillos se abrieron de par en par y se lanzó sobre el precioso libro, que engulló, tragando saliva varias veces para que descendiera más rápido por su garganta en dirección a la seguridad de un órgano interno que alojaba, en aquellos momentos, dos pergaminos con hechizos, varios frascos de venenos y pociones, una pequeña hacha de mithril, una daga bastante bonita y el dardo que se había tragado recientemente. Ssasser podía vomitar cualquiera de aquellos objetos a voluntad, y por si hacía falta más adelante, el naga se tragó también un gran mapa del mundo de la superficie. Con eso, convencería a su dueña Hunzrin de que poseía la información necesaria para dar con la hembra renegada.

El libro de conjuros se lo quedaría como recompensa y no se lo mencionaría a nadie.

Lejos de la tumultuosa ciudad drow, Liriel brincaba alegremente por los oscuros pasadizos de la Antípoda Oscura. Se sentía cansada pero inmensamente feliz. Ahora que el amuleto llamado Viajero del Viento estaba en su poder, hechizado para contener la incomparable magia de la Antípoda Oscura, regresaría a Arach-Tinilith a pulir sus poderes en preparación para el viaje alas Tierras de la Luz. Los años de estudios que le esperaban no parecían tan largos ahora ni la carga de sus estudios clericales tan pesada y deseó, por un efímero instante, que hubiera alguien con quien pudiera compartir su éxito. Pero los drows no se comportaban así y Liriel se sentía demasiado animada para albergar pesar por algo que jamás podría ser. La joven drow conjuró el portal que la conduciría de vuelta a la Torre de los Hechizos Xorlarrin y, con un suspiro de satisfacción, penetró en la abertura.

Kharza-kzad estaba allí para recibirla, pero no parecía el mismo drow quejumbroso de siempre. El hechicero estaba en pie, tenso e inmóvil. Sus ralos cabellos, que por lo general aparecían totalmente desordenados, habían sido pulcramente peinados, e incluso las arrugas de su rostro parecían menos pronunciadas; también parecía extrañamente decidido, curiosamente sosegado.

—¿Tienes idea de lo que has hecho? —inquirió él con voz tensa y lúgubre.

Liriel se quedó helada, aturdida por un instante al comprender que Kharza la había descubierto. Pero desde luego podía manejar al anciano; ya había conseguido convencerlo en muchas ocasiones con sus encajitos.

—¡Claro que sé lo que he hecho! Es maravilloso, en realidad. He encontrado un modo de...

—¡Has firmado tu sentencia de muerte, eso es lo que realmente has hecho! —interrumpió él—. ¿Eres tan ingenua como para pensar que quienes gobiernan Menzoberranzan te permitirán la posibilidad de utilizar tal poder? ¿Qué drow no mataría por poseer ese poder ella misma?

La muchacha parpadeó perpleja. Pocos drows de Menzoberranzan se aventuraban al interior de la Antípoda Oscura, aparte de las patrullas a las que se ordenaba que mantuvieran los túneles circundantes libres de enemigos. Pocos elfos oscuros compartían su naturaleza curiosa, su amor por la aventura y la exploración. Y desde luego nadie deseaba viajar a las Tierras de la Luz en una búsqueda de conocimiento, en busca de una runa de poder. Respecto a eso, ¿qué drow de Menzoberranzan sabía lo que era la magia de las runas? Por pura casualidad ella había conseguido juntar todas las piezas que conformaban la historia del Viajero del Viento. Nadie podía saber lo que el amuleto significaba para ella ni lo que podía hacer.

Comprendió al instante. ¡Desde luego que no lo sabían! Sin duda las drows creían que el amuleto era como la mayoría de los objetos mágicos de la ciudad, ¡que su simple posesión por parte de un hechicero o sacerdotisa de suficiente poder bastaría para desatar sus hechizos! ¡No era extraño pues que Kharza dijera que muchas matarían por obtenerlo!

—¡Pero el amuleto no les serviría de nada! Su magia no se parece a nada que conocemos —dijo con vehemencia—. Deja que te explique...

—No lo hagas —interrumpió él, tajante, alzando ambas manos de improviso en un ademán para imponer silencio—. Cuanto menos sepa sobre ese amuleto, mayores son mis probabilidades de sobrevivir.

Los ojos de Liriel descendieron hasta la varita de combate que su tutor sujetaba en la mano derecha, luego se alzaron despacio hacia su rostro resuelto. Comprendió de repente: Kharza pensaba matarla.

El hechicero dio un paso al frente, la mano vacía extendida hacia ella y la varita sostenida hacia atrás y en posición baja, como una espada lista para atacar.

—El amuleto debe ir a Sorcere para ser estudiado. Dámelo ahora.

La mano de la joven se cerró sobre la diminuta funda de oro que colgaba sobre su corazón. Intentó hablar y descubrió que no podía, de tan seca como estaba su garganta y tan fuerte como era el dolor que sentía en el pecho. Liriel había sufrido muchas traiciones durante su joven vida, pero ninguna se había abatido sobre ella de un modo tan inesperado como aquélla; sabía que Kharza, a su manera, se preocupaba por ella, tal vez más de lo que nadie lo había hecho antes, y había llegado a confiar en eso de tal modo que algo cercano a la confianza se había desarrollado entre ellos. Pero entre los drows, la confianza invariablemente daba paso a la traición. Liriel

reconoció lo grande que había sido su estupidez y aceptó su castigo.

Con el valor y desprecio esperado de una noble elfa oscura, la joven alzó la barbilla para enfrentarse a la muerte. Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del amuleto y con la mano libre formó sus últimas palabras en el lenguaje silencioso de los drows.

Ataca ya. El amuleto sobrevivirá. Puedes recogerlo de entre las cenizas.

Kharza-kzad alzó la varita y le apuntó con ella, y ambos permanecieron mirándose en un tenso y doloroso silencio durante un buen rato.

Luego, inesperadamente, el hechicero masculló un juramento y arrojó la mágica arma a un lado.

—No puedo —se lamentó.

Liriel contempló con incredulidad cómo las manos de su tutor trazaban a toda velocidad los ademanes de un hechizo, y una puerta, un reluciente portal en forma de diamante, apareció en el centro de la habitación.

—Debes abandonar Menzoberranzan —insistió el hechicero, empujándola en dirección a la brillante puerta—. No es seguro para ti permanecer aquí. Llévate tu nueva magia a la superficie y vive allí lo mejor que puedas.

—Pero...

—No hay tiempo para discutir. Márchate ahora.

Demasiado aturdida para objetar nada, Liriel se encaminó hacia el portal.

—¡Aguarda! —chilló Kharza, abalanzándose para arrastrarla hacia atrás.

El anciano farfulló consigo mismo unos instantes, mientras contaba afanosamente hasta nueve con los dedos.

—Lo que me imaginaba —masculló, y agarró el cordón de una campanilla que colgaba de la pared, tirando de él con insistencia.

Un sirviente varón llegó en veloz respuesta a la llamada y Kharza lo sujetó con fuerza y lo introdujo de un empujón en el portal. Se produjo una explosión de luz, y el acre olor de la carne quemada inundó la estancia mientras el infortunado criado desaparecía.

—Cada novena persona que atraviesa esa puerta resulta incinerada —explicó el hechicero en tono distraído—. Como ya te he dicho antes, ningún portal mágico carece de salvaguardas ni peligros.

El familiar tono pedante de la voz de su profesor rompió la especie de trance conmocionado que se había apoderado de Liriel, y ésta se arrojó a los brazos de su tutor, permaneciendo ambos durante un breve instante en tan desesperado abrazo. Ninguno tenía ganas de hablar, pues no había palabras en el lenguaje drow para tales momentos.

—Márchate ahora —repitió Kharza-kzad, apartando a la joven con suavidad.

La joven drow asintió y se encaminó hacia el portal. Alzó una mano en señal de

despedida y desapareció en el interior del refulgente hechizo.

Los delgados hombros del hechicero se alzaron y hundieron en un fuerte suspiro. Dio media vuelta, con movimientos que el desconocido peso de la tristeza y la sensación de pérdida tornaban más lentos, dejando que la abertura se desvaneciera por sí sola. Al hacerlo, un pedazo de metal caído le llamó la atención. Siempre ordenado, el anciano drow se inclinó para recogerlo; se trataba de un brazalete de latón, grabado con el símbolo de la casa Xorlarrin, era todo lo que quedaba del criado drow.

El hechicero deslizó el objeto en su propia muñeca. Era demasiado grande para él, pero contempló el trofeo con orgullo.

—Qué maravilla —murmuró, girando el brazo a un lado y a otro de modo que el brillante latón centelleara bajo la luz de las velas—. Después de todo, he conseguido matar a alguien.

Armas

Estoy tan contento de haberte encontrado aún aquí... Creía que ya habrías olvidado la seguridad de Sorcere a estas horas.

Sobresaltado, Kharza-kzad giró en redondo para enfrentarse a su importuno visitante, y mientras sus ojos se posaban sobre el drow de cabellos cobrizos —tumbado con insolente naturalidad en el sillón de Kharza— el hechicero maldijo amargamente el día en que empezó a hacer negocios con el comerciante. Una vez más, Nisstyre se había introducido en la Torre de los Hechizos Xorlarrin, usando el portal que habían establecido muchos años atrás para ese propósito, sin invitación ni permiso. Aquello se había convertido en una práctica frecuente y molesta.

—¿Qué quieres? —inquirió Kharza-kzad.

El otro sonrió y apoyó los pies sobre la mesa de estudio, sin prestar atención al montón de pergaminos que aplastaban sus botas.

—No más que cualquier otro drow en la ciudad. Quiero el amuleto de Liriel Baenre.

El hechicero se forzó a que sus ojos no fueran en dirección al tenue y casi desvanecido contorno del portal que había puesto a salvo a Liriel.

—No tengo ni idea del modo en que la chusma como tú se entera de tales noticias, pero no te servirá de gran cosa —respondió con bastante más bravura de la que sentía.

Incluso enardecido por la impresión de su primera muerte, Kharza-kzad no sentía un deseo real de alzar su varita de combate contra otro hechicero. Sabía que el éxito en la batalla requería más que poder en armas y en hechicería; hacían falta instintos que él jamás había puesto a prueba, y mucho menos desarrollado. Su mejor posibilidad de evitar el conflicto, creyó, sería desanimar por completo al hechicero comerciante.

—Por orden del consejo regente, el amuleto fue llevado a Sorcere para ser estudiado —dijo Kharza, invocando deliberadamente a todos los poderes de Menzoberranzan—. A menos que pienses solicitar tu entrada como alumno allí, está totalmente fuera de tu alcance.

—No lo creo —repuso Nisstyre con tranquilidad, sin hacer caso de los insultos de su interlocutor—. Por alguna razón dudo que el amuleto haya ido a parar a Sorcere. Tú estás aquí, al fin y al cabo. Y, si no me equivoco, esperas una visita de tu alumna.

—Tal visita sería bien recibida, pero es muy improbable. Liriel está en Arach-Tinilith —mintió él.

—No es así, me temo. Mis fuentes en Arach-Tinilith me aseguran que Liriel se esconde en alguna parte en la ciudad o en la Antípoda Oscura, no muy lejos de aquí. O tal vez —siguió el comerciante despacio—, ha huido ya a la Noche Superior.

Nisstyre se puso en pie y encarándose con el hechicero murmuró:

—Dime lo que sabes.

En respuesta, el hechicero Xorlarrin sacó una varita de su cinturón. Si alguna vez había sentido escrúpulos respecto a matar, éstos no aparecieron ahora en su dura mirada. Una llamarada azul chisporroteó a lo largo del arma y arrojó una bola de luz y poder contra el mercader de cabellos rojizos.

Ante el asombro de Kharza, la bola de fuego atravesó tranquilamente el cuerpo de Nisstyre y se estrelló contra la pared opuesta de la estancia, para a continuación estallar en silencio y dejar caer una lluvia de brillantes chispas sobre la alfombra. El fuego prendió y las llamas se alzaron para lamer la pared. Un tapiz de valor incalculable que estaba colgado allí empezó a arder.

Kharza se dio cuenta de que el Nisstyre que tenía delante no era más que una proyección mágica, y que el cuerpo del joven hechicero estaba en otra parte, puede que lejos de Menzoberranzan, o más probablemente en aquella misma habitación. El anciano giró en redondo, buscando frenético a su enemigo, pero no se veía otra señal de la presencia del pelirrojo drow.

—¿Tienes la valentía de reunirme conmigo en terreno abierto? —se burló la imagen de Nisstyre—. ¿O prefieres que entre los dos arrasemos la Torre de los Hechizos Xorlarrin hasta sus cimientos?

De modo que se había llegado a aquello: no tenía otra elección que luchar. Por extraño que parezca, Kharza-kzad no sintió el temor que había esperado sentir. Una oleada de júbilo recorrió su viejo cuerpo, y dedicó una airada y firme mirada a la imagen proyectada de su némesis.

—Estoy listo —respondió con sencillez—. Sólo tienes que elegir el lugar.

—Está elegido, y te espero. —La mágica proyección extendió una delgada mano, aparentemente sólida—. Dame un objeto personal, un anillo o algo parecido, para que pueda armonizar el portal a tu persona.

Kharza-kzad no consideró aquella exigencia desmedida, pues sabía que los portales mágicos poseían una infinita variedad de requisitos. Algunos exigían una ofrenda de oro o piedras preciosas, otros concedían transporte sólo en ciertos momentos, mientras que otros requerían hechizos o rituales. Jamás había oído hablar de armonización, pero no resultaba inconcebible, de modo que se quitó un anillo de oro y ónice del dedo y lo dejó caer sobre la mano extendida.

Al instante el hechicero Xorlarrin sintió cómo el mágico remolino de un hechizo de teletransporte lo envolvía, y se lo llevaba en medio de una ráfaga de energía y movimiento como jamás había experimentado. Kharza no había tenido una gran

necesidad de portales mágicos durante su larga vida; podía conjurar sólo cinco o seis, y únicamente en una ocasión había utilizado uno personalmente: para su breve viaje desde la habitación de Liriel en Arach-Tinilith a la Torre de los Hechizos Xorlarrin. Desde luego, sabía lo suficiente sobre principios mágicos generales para ayudar a la joven a practicar los conjuros de portales de su nuevo libro, pero no se había molestado en copiar ninguno de los conjuros ni en aprenderlos. Ahora lo lamentaba, pues aquella nueva experiencia resultaba estimulante más allá de lo que se podía expresar con palabras.

De improviso sintió roca sólida bajo los pies y se encontró en el interior de una enorme caverna deshabitada. Mientras miraba en derredor con admiración, el hechicero se dio cuenta de que era la primera vez que abandonaba Menzoberranzan. En circunstancias menos extremas, se habría sentido fascinado por el paisaje de roca salvaje, al que ni la magia ni el artificio habían tocado jamás, y por el hirviente estanque de roca fundida que borboteaba y escupía hacia las alturas a sus pies.

Kharza-kzad lanzó una mirada a lo alto. Sus ojos no estaban acostumbrados a tales distancias ni su mente equipada para registrarlas; pero percibió a lo lejos, en lo alto, una luz lejana, un brillante fragmento de azul que sólo podía ser el cielo de las Tierras de la Superficie. Al parecer, Nisstyre había elegido el corazón de un volcán en activo para su enfrentamiento. Que así sea, se dijo el anciano, y se preparó para la lucha que se avecinaba.

—Muéstrate —gritó—. ¡Empecemos!

En respuesta, un proyectil de piedra líquida se alzó del estanque y salió disparado hacia él. Kharza cruzó los antebrazos frente al rostro y pronunció una única palabra de poder. Un escudo redondo, que resplandecía negro pero era tan transparente como el cristal, apareció entre él y el torrente de lava; la reluciente piedra golpeó el escudo mágico con un tremendo siseo, y se enfrió al instante para convertirse en un sólido muro protector.

Con insolente tranquilidad, Kharza lanzó un hechizo que convirtió la pared en una cascada de guijarros y polvo, luego se quedó allí, con los brazos cruzados y una expresión levemente aburrida en su rostro arrugado.

Unos aplausos burlones resonaron por la caverna y Nisstyre apareció ante él. El hechicero de cabellos cobrizos se encontraba en el otro extremo del estanque de lava, sobre una elevación rocosa aproximadamente a la altura de los ojos de su adversario.

—Me parece que el primer asalto es un empate —concedió con una ligera reverencia.

—Y el segundo será mío —le aseguró Kharza.

El hechicero sacó una bolita pegajosa de un bolsillo oculto de su túnica y la arrojó a lo alto; la bolita estalló, y lo que había sido simplemente un pedazo de telaraña se ensanchó para convertirse en líneas grises de fuerza mágica. Tentáculos pegajosos

salieron disparados en todas direcciones, en busca de roca sólida, que no tardaron en localizar. En menos de un segundo toda la cueva estaba cogida en una gigantesca y sombría telaraña, y ésta se estremeció por encima de las cabezas de los hechiceros, como un dosel gigante. Una gran gota pegajosa se desprendió despacio para caer con un silbido en el estanque de lava del suelo.

El rostro de Nisstyre, que brillaba rojo en la oscuridad de la caverna, palideció hasta tornarse casi gris cuando la telaraña de sombras le robó mágicamente el calor del cuerpo. Sus facciones mostraron el dolor provocado por aquella gelidez que le atenazaba los huesos, y sus manos se movieron con desesperante lentitud mientras formaban los gestos de un hechizo de respuesta.

El hechicero Xorlarrin no esperó el ataque; salmodió las palabras de una convocatoria. Arañas gigantes aparecieron a una orden suya y correataron por la pegajosa tela gris en dirección a la presa designada. Resbalaron por los hilos y empezaron a descender mediante hebras plateadas en dirección a Nisstyre.

—¡Una muerte apropiada para un hereje! —se regocijó Kharza-kzad mientras las venenosas arañas, tan amadas por la Señora del Caos, se acercaban.

—¿Realmente luchas por el honor de Lloth? —se burló el otro.

La mano del hechicero más joven se balanceó despacio al frente en un arco amenazador, no hacia las arañas, sino hacia la telaraña misma. Kharza había esperado que aquello sucediera más tarde o más temprano, pues sólo un ataque mágico podía disipar la tela. Para su asombro, su contrincante soltó no una vibración de letal energía, sino un rayo de simple fuego.

Simple, pero efectivo, pues las llamas corrieron por cada hilo, prendiendo fuego a toda la telaraña. La telaraña de fuego era una gloriosa y deslumbrante visión, y Kharza se maravilló al contemplarla; también era, tuvo que reconocer, una brillante estrategia. El calor y la zahiriente luz de las llamas lo obligaron a ocuparse del fuego, y esto daría a su enemigo tiempo para ordenar su energía mágica, para recuperarse algo de la congelación del hechizo. Por fortuna, Kharza estaba bien preparado para la labor.

Protegiéndose los ojos con una mano de la brillante luz, el anciano sacó una escultura de obsidiana del tamaño de un puño de un bolsillo de la túnica. Como correspondía a un maestro de Sorcere, poseía un amuleto de Plelthong, un antiguo y poderoso objeto drow que controlaba muchos ataques y defensas. Kharza pronunció las palabras que liberarían la fuerza necesaria, alzó el amuleto —el rostro esculpido de un sonriente hechicero drow— y apuntó con él a la llameante telaraña.

Los labios de obsidiana se fruncieron y el amuleto en forma de drow escupió un chorro de fría luz azul hacia lo alto. La magia se extendió, hasta convertirse en un cono de poder que envolvió el fuego y lo extinguió; la telaraña siguió allí, pero ennegrecida y quebradiza, y los cuerpos carbonizados de las arañas colgaron y se

balancearon un instante antes de caer en dirección a la lava.

Kharza se permitió una sonrisa triunfal y sólo un momento de celebración. Demasiado largo: un negro dardo salió disparado hacia él y le atravesó la mano alzada, arrancándole el valioso amuleto, que rodó entre las piedras corrientes.

El hechicero profirió un grito de dolor y ultraje, pero había aprendido lo peligrosa que era la vacilación. Sin preocuparse por arrancar el fino dardo de su mano, sacó una varita de su cinturón y apuntó con ella hacia arriba.

Como había esperado, otros dos mortíferos dardos habían emprendido el vuelo, y otro más estaba en la mano de Nisstyre. El comerciante no arrojó el último proyectil, sino que se lo llevó burlonamente a los labios y lo lanzó al aire como si se tratara de un beso. Ni se preocupó en apuntar, no lo necesitaba. Hechizadas para buscar a su blanco, las largas y negras armas describieron un círculo por la caverna y se abalanzaron sobre el hechicero Xorlarrin como aves de presa.

Kharza oprimió el mango de su varita una vez, dos y luego una tercera. Sostuvo el arma con firmeza por si era necesario un cuarto y definitivo ataque; pero su puntería era certera y los tres globos de luz volaron al encuentro de los proyectiles. El hechicero hizo uso de su poder natural para levitar y se elevó en diagonal, poniendo tanto distancia entre él y el inminente impacto como le fue posible.

Las esferas chocaron con los mortíferos dardos y estallaron, una tras otra, en espectaculares explosiones de luz verdosa. Los globos escupieron un ácido que corroyó el negro metal, y lanzaron gotitas de ácido y metal líquido a la repisa donde se había encontrado Kharza momentos antes.

Pero el hechicero Xorlarrin estaba a salvo de la letal lluvia. Flotando muy por encima del campo de batalla, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada de puro regocijo. ¡Qué maravilloso poder, qué deliciosa destrucción, liberaban sus creaciones! ¡Había poseído aquellos maravillosos juguetes durante todos aquellos años y nunca los había disfrutado!

Nisstyre observó la satisfacción de su enemigo y tomó buena nota de su creciente confianza en sí mismo. Permitted a Kharza su momento, sabiendo que pronto finalizaría, ya que todo iba como él, Nisstyre, había planeado. El hechicero de cabellos cobrizos había estudiado bien a Kharza-kzad, y había esperado cada ataque y defensa del hechicero de más edad. Sabía que el hechicero Xorlarrin era un maestro en batallas mágicas y tácticas, y había llegado a conocerlo lo suficientemente bien como para sospechar que el aislamiento del estudio, la concentración del esfuerzo necesario para crear fabulosas armas de destrucción, habían dejado peligrosos puntos ciegos en la educación de Kharza. Xorlarrin podía ser un maestro de magia y retorcida lógica drow, pero carecía del instinto del terreno del luchador, y por lo tanto, cuanto más sencillo el ataque contra un adversario así, mayores las posibilidades de tener éxito.

Pensando de ese modo, Nisstyre lanzó su siguiente hechizo. A una orden suya, el aire de la caverna empezó a agitarse, a adquirir fuerza e impulso, y antes de que el levitante Kharza fuera capaz de reaccionar, un potente viento lo atrapó al vuelo y lo arrojó aún más alto, a los brazos expectantes de la telaraña de sombras.

El fuego había reducido y ennegrecido la tela, pero ninguna fuerza física podía destruir su magia. El hechicero Xorlarrin chocó contra las pegajosas hebras y quedó sujeto allí, rebotando ligeramente y contemplando el estanque de lava. Sus ojos se volvieron veloces hacia Nisstyre; las manos del hechicero más joven centellearon en el aire mientras formaban el conjuro que destruiría la telaraña. Kharza se dio perfecta cuenta, y comprendió el peligro que corría. Su habilidad natural para levitar se había agotado y, una vez libre de la telaraña, podría lanzar un hechizo de levitación antes de precipitarse a su muerte, pero no estaba seguro; no tenía ni idea de lo que se podía tardar en recorrer aquella distancia.

Kharza-kzad no tuvo mucho tiempo para decidirse, pues su palpitante corazón no había latido ni tres veces cuando su oponente terminó la disipación del hechizo y se encontró cayendo en picado al mortífero estanque. El anciano sólo encontró una posibilidad de sobrevivir, y la utilizó; mientras caía, sus dedos se cerraron sobre otra varita, su mejor creación y su más profundo secreto.

Le tocó ahora a Nisstyre el turno de reír mientras contemplaba cómo su rival se hundía en la roca fundida. Había planeado aquel combate paso a paso y también tenía preparado un hechizo que pescaría de la lava los huesos del viejo drow. Desde el principio, había dudado que un Kharza-kzad vivo fuera a facilitarle alguna información útil, pero había modos de obligar a un espíritu a decir la verdad. Pronto sabría todo lo que el hechicero había averiguado sobre Liriel Baenre y su amuleto, y estaría en camino de hacerse con ambos.

La risa del comerciante se truncó de improviso. Algo se removía en el estanque de lava. Una forma oscura empezaba a surgir de la borboteante superficie y, mientras observaba, estupefacto, la figura esquelética de un drow se alzó despacio de la roca fundida. La lava había derretido toda la carne, pero la túnica del hechicero —y probablemente toda la magia que contenía— había sobrevivido intacta. Nisstyre no sabía cómo lo había hecho Kharza-kzad, pero sabía en lo que se había convertido el anciano drow.

Kharza-kzad era ahora un lichdrow, un hechicero elfo oscuro que existía más allá de la muerte, más allá de las limitaciones de la mente y el cuerpo. Invulnerable, casi invencible, la criatura no muerta podía conjurar a voluntad todos los hechizos reunidos durante sus siglos de vida.

El lichdrow se elevó en el aire, deteniéndose sólo al llegar a la altura de los ojos de su pasmado enemigo. Alzó un mano huesuda, y sujeta entre los dedos descarnados había una fina vara de metal, que brillaba todavía con el calor adquirido de la lava.

—Mi creación más excepcional —anunció el hechicero no muerto en un susurro tan árido como los huesos desecados—. Una varita de lichdom. ¿Quieres ver otra demostración... en tu persona, quizás?

Nisstyre se vio terriblemente aventajado, pero incluso ahora estaba decidido a decir la última palabra. Sujetó un anillo de teletransporte que lo sacaría del lugar y una sonrisa burlona se dibujó en su rostro.

—Tal vez dentro de varios siglos, cuando haya contemplado el triunfo de Vhaeraun y me aburra la vida, podría sentirme tentado a aceptar tu oferta. Cuando ese momento llegue, sin duda te encontraré todavía aquí.

Y con estas palabras, el comerciante conjuró la magia que lo sacaría del volcán y lo llevaría fuera del alcance del lichdrow Xorlarrin.

Con el tiempo, el antiguo Kharza-kzad podría hallar el camino de vuelta a Menzoberranzan, pero Nisstyre sabía que el hechicero conocía pocos conjuros de portales, y se había asegurado —o al menos, estaba tan razonablemente seguro como un drow podía estarlo sobre los secretos de otro— de que Kharza no conocía el camino de vuelta a su propia Torre de los Hechizos. Por el momento, por lo tanto, Nisstyre sentía que podía regresar a la ciudad con toda tranquilidad.

Puede que no hubiera conseguido la información que necesitaba de Kharza, pero había otro drow en Menzoberranzan que sabía más sobre los planes de Liriel de lo que estaba dispuesta a admitir. Era hora de ir en busca de su socia.

Shakti Hunzrin acababa de regresar a Tier Breche cuando llegó la llamada. Junto con otra docena de alumnas de nivel superior, estaba asistiendo a una sesión práctica sobre el acceso a los planos inferiores y cómo conversar con sus habitantes. El tema no tenía demasiado interés para la joven; en realidad, tras los acontecimientos de los últimos días, todos sus estudios en Arach-Tinilith no parecían otra cosa que un aburrido anticlímax, y habría dado la bienvenida a casi cualquier tipo de interrupción.

Casi.

Ocho guardias hembras armadas —parte de las fuerzas de elite de la casa Baenre— llegaron hasta la puerta del aula y ordenaron respetuosamente a Shakti que las acompañara. Con ellas iba un disco flotante, el transporte volador mágico usado por las matronas y sacerdotisas más poderosas. Shakti nunca había esperado viajar en uno, y no disfrutó mucho con ello mientras se deslizaba con gran pompa en dirección a la fortaleza Baenre, rodeada por su prestigiosa escolta. Pues al enviarle el disco flotante, la matrona Triel no honraba a su invitada sino que exhibía de modo descarado su propio poder y posición, y a Shakti, aquello le parecía el lógico primer paso hacia una muy pública ejecución. Lloth podría haber decretado que ninguna sacerdotisa matara a otra, pero el clan Baenre siempre parecía estar por encima de la ley.

Sus esperanzas no mejoraron cuando llegaron a la mansión Baenre y se la condujo al centro mismo de la primera casa: la enorme capilla. Gomph pasó veloz junto a ella en la puerta, con expresión sombría y taciturna, y Shakti comprendió al instante el motivo: ocho sacerdotisas Baenre estaban reunidas alrededor del altar. Un siniestro rito iba a realizarse en aquella sala que ningún varón podía presenciar.

La matrona Triel hizo una seña a la joven para que se acercara al altar y, mientras ésta lo hacía, alzó despacio el brazo. En él había un látigo armado con las cabezas de dos serpientes que se retorcían enfurecidas.

—Lloth sabe lo que hay en tu corazón —anunció Triel en tono frío y uniforme, al tiempo que empezaba a avanzar, despacio, con un destello de burlona satisfacción en sus por lo general inescrutables ojos.

En aquel momento Shakti comprendió que la Reina Araña había asistido a su trato con Nisstyre e informado a la primera matrona de su traición. Puesto que no podía hacer otra cosa, Shakti permaneció inmóvil aguardando el primer golpe del látigo pero, ante su total perplejidad, la matrona Baenre hizo girar el arma y la ofreció, por el mango, a la joven drow.

—Por orden de Lloth, vas a ser ascendida a gran sacerdotisa. Este látigo será tuyo. Asciende al altar para el rito de armonización.

No sin temor, Shakti hizo lo que le ordenaban. Había presenciado la ceremonia, que por lo común se celebraba después de las de graduación, y no era un espectáculo para los pusilánimes. Pero habría sufrido el rito de buen grado, de haber confiado en que Triel realmente lo fuese a celebrar.

Por una vez, la matrona Baenre mantuvo su palabra, y el círculo de sacerdotisas efectuó el ritual que armonizaba el arma con las emociones de la única persona que podría empuñarla.

Bastante más tarde, las ocho sacerdotisas ayudaron a Shakti a descender del altar. Las serpientes vivas que la habían sujetado allí se alejaron reptando hasta desaparecer en la oscuridad, a excepción de tres que había sido añadidas por medios mágicos al látigo. La joven admiró su nueva arma con una mezcla de orgullo y temor. ¡Cinco cabezas! Pocas sacerdotisas controlaban tantas, un látigo así era una señal del más alto favor de Lloth.

Triel despidió a las otras mujeres con un movimiento de la mano y luego indicó a Shakti que ocupara un asiento.

—Ahora debemos hablar sobre tu futuro —dijo sin rodeos—. No es necesario que regreses a la Academia, excepto para asistir a las ceremonias de graduación cuando llegue el momento. Eres libre de ocuparte de los negocios de tu familia, con todo el rango y honor de una gran sacerdotisa. Si esos negocios te alejan de Menzoberranzan de vez en cuando, que así sea. La casa Baenre y la casa Hunzrin han trabajado juntas en el pasado. Ahora volveremos a hacerlo, como nunca antes, por la gloria de la

Reina Araña.

Shakti empezó a comprender el significado oculto de las palabras de su interlocutora. ¡Se suponía que iba a servir a la casa Baenre como sacerdotisa traidora! De vez en cuando el matriarcado descubría a un espía entre el clero —por lo general un sacerdote varón— que servía a Lloth en apariencia, pero a Vhaeraun en realidad. Lo contrario era casi desconocido, y la perspectiva de obtener tal espía doble hacía relamerse de maligno gusto a Triel.

Shakti se quedó con la información, y de nuevo echó una ojeada al látigo de cabeza de serpiente introducido en su cinturón. Lloth la estaba cortejando. ¡A ella!

Triel siguió hablando, bosquejando la misión de Shakti con preciso detalle y alguna que otra amenaza, pero la sacerdotisa Hunzrin no escuchaba las palabras de la matrona. Otra voz, más poderosa aún, captaba su atención.

Fue un susurro al principio, una misteriosa voz insinuante en su cabeza. Suave y seductora, la voz fue aumentando de potencia a medida que entregaba a Shakti hechizos para ocultar los pensamientos. Se los daba. Shakti supo sin asomo de duda que podría conjurar los nuevos hechizos a voluntad, sin reposo o estudio.

Estos hechizos no son más que el primero de mis regalos. Con ellos puedes jurar ante Lloth, insistió la voz, pero mantener tu lealtad a mí.

La voz siguió hablando, ofreciendo promesas de poder, afirmando que podía conceder la inmortalidad, insinuando incluso que no había hallado aún una consorte drow digna de su persona.

Shakti jamás había orado a Vhaeraun, pero reconoció con temor la voz del Señor Enmascarado. ¡El dios drow no tan sólo era real, sino que era también lo bastante poderoso como para hablar en secreto en el sanctasanctórum de Lloth! Y ella escuchó, dejándose tentar, sin incurrir en la cólera de la Reina Araña. Los escudos mentales de Vhaeraun eran sin duda más poderosos que ningún otro que ella conociera, pues las cabezas de serpiente, que se hubieran vuelto de inmediato contra una sacerdotisa infiel, siguieron retorciéndose amistosamente a su lado. Hechizos como aquéllos podían significar la diferencia entre la vida y la muerte en Menzoberranzan, donde cada gran sacerdotisa podía leer los pensamientos de otra.

¡Dos deidades, se maravilló Shakti, rivalizando por su lealtad! Eso la colocaba en una situación altamente peligrosa, pero también le ofrecía poder más allá de sus sueños más oscuros. Puede que no sobreviviera, pero no iba a rehusar.

La entrevista de Nisstyre con Shakti Hunzrin no salió como él había esperado. Ella había acudido a su llamada con bastante rapidez, pero penetró contoneándose en el cuartel general de su socio con el látigo de una gran sacerdotisa en la cintura.

El hechicero camufló cuidadosamente su miedo, pues durante siglos, el clero de Lloth había convertido en tarea sagrada el descubrimiento y destrucción de los

seguidores de Vhaeraun. Shakti carecía de pruebas contra él pero, ahora que era una gran sacerdotisa, una sola palabra acusadora sería suficiente para que lo despellejaran vivo y lo colgaran en pedazos de las diferentes esquinas de Arach-Tinilith.

Bien, las acusaciones podían lanzarse desde ambas direcciones; ella había ofrecido convertirse en una sacerdotisa traidora.

—Si eres sincera respecto a tu compromiso con Vhaeraun, esa cosa no te ganará precisamente la simpatía del Señor Enmascarado —comentó él en tono seco, señalando el arma con las cabezas de serpiente que no dejaban de moverse.

—Vhaeraun está conmigo —repuso con firmeza Shakti, dedicándole un sonrisa de suprema seguridad, y entonces pronunció una palabra de poder que Nisstyre —que también era un eficaz hechicero— no había oído jamás. Una oscura sombra hizo su aparición, revoloteando por la habitación y posándose luego en el rostro de Shakti, para adoptar la forma de un antifaz del terciopelo más negro. El hechicero reconoció la manifestación de Vhaeraun, el Señor Enmascarado.

Mientras Nisstyre observaba en anonadado silencio, la doble sacerdotisa extendió la mano, con la palma hacia arriba, y en su interior había una gema, un centelleante rubí del tamaño y la forma del ojo de un drow.

—Esto no es más que uno de los regalos que me ha hecho Vhaeraun —explicó la mujer con siniestro placer—. Yo te lo hago a ti.

Su máscara de terciopelo se disolvió, para volver a convertirse en la negra sombra. La oscuridad fluyó como humo para envolver al hechicero y la sorpresa de Nisstyre se transformó en terror cuando se dio cuenta de que no podía hablar ni moverse.

Shakti avanzó hacia él, con el rubí en la mano extendida, que presionó sobre la frente del hechicero. Con un abrasador susurro, la gema quemó su carne y se hundió profundamente en el cráneo. El dolor superó cualquier cosa que el drow hubiera podido imaginar y sólo el sostén de los brazos de su invisible y traicionero dios impidió que se desplomara al suelo.

Finalmente su padecimiento terminó y el dolor candente en el cerebro de Nisstyre se amortiguó hasta convertirse en ardientes punzadas. Shakti sonrió y pasó los dedos por la porción de gema que seguía visible.

—Un tercer ojo —explicó—. El rubí está armonizado con un cuenco de visión que me permitirá ver todo lo que veas, incluso en la Noche Superior.

Fue este término, más que otra cosa, lo que convenció a Nisstyre de que el dios drow estaba realmente con Shakti, pues sólo los seguidores de Vhaeraun se referían a las Tierras de la Superficie como la Noche Superior. El dios había hablado con la sacerdotisa y la había hecho suya a pesar de las armas de Lloth que empuñaba. Qué deidad podía declarar como suya la lealtad más completa, Nisstyre no lo sabía, y esa incertidumbre convertía a la sacerdotisa en sumamente peligrosa.

—A donde vayas, mis ojos estarán puestos en ti —continuó Shakti—. A través del poder de la gema puedo hablar a tu mente cuando quiera y puedo infligir un dolor terrible. Si intentas traicionarme, morirás —anunció con la recién hallada tranquilidad y seguridad de los realmente poderosos.

Se instaló en el sillón de Nisstyre, señaló otro asiento más pequeño y le indicó que se sentara. Él así lo hizo, sin que mediara su voluntad en ello.

—Has recibido un regalo de Vhaeraun. Ahora es el turno de Lloth.

El hechicero recibió el anuncio con silencioso terror. Si su propio dios lo había convertido en un virtual esclavo de aquella hembra, ¿qué podría hacer la Reina Araña? Entonces le llegó la segunda sorpresa: el regalo de Lloth era información.

Shakti le contó todo lo que sabía sobre el amuleto de Liriel Baenre, incluso le dio copias de las notas que la joven había escrito; los detalles de los experimentos de la joven hechicera no estaban explicados, pero al menos esto sí estaba claro: el amuleto de Liriel era el que Nisstyre había robado al guerrero humano, y le concedía el poder de trasladar tanto su magia drow innata como la hechicería de los elfos oscuros a la Noche Superior.

Nisstyre recibió aquella información con una emoción que superó su dolor y humillación. ¡Esa era la llave que buscaba, lo que podría atraer a los orgullosos drows fuera de su mundo subterráneo! Y si podían hacerse copias, ¡qué maravillas podrían conseguirse! Vio mentalmente un ejército de drows, una fuerza silenciosa e invisible barriendo los territorios de la superficie. Con algo así, el reino de Vhaeraun —y su propio reinado— quedaban virtualmente asegurados.

El hechicero clavó la mirada en los relucientes ojos rojos de Shakti y vio allí un ansia de poder igual a la suya.

—No hay ninguna razón por la que los intereses de Vhaeraun y Lloth tengan que chocar —aventuró, y al ver que su interlocutora no le interrumpía, siguió hablando con más confianza—: Sabes lo que este amuleto podría significar. Si cae en las manos del matriarcado, sólo aumentará su poder, alimentará el interminable caos. La ciudad seguirá como es durante siglos. Pero con esta magia en mis manos, podría convencer a un ejército de drows a salir a la Noche Superior. Tú eres joven; antes de que finalices tu segundo siglo de vida ese ejército podría regresar y marchar bajo tus órdenes. Podrías venir a gobernar Menzoberranzan.

—Y desde Menzoberranzan, la Antípoda Oscura —añadió ella, muy segura de sus palabras—. La primera directriz de Lloth no ha sido tenida en cuenta durante demasiado tiempo. Muchos drows se alegrarían de poder conquistar las Tierras de Abajo.

—Poseo muchas alianzas en el mundo de la superficie —continuó él—. Provisiones, esclavos, información... necesitarás todas esas cosas para conseguir tus objetivos. Cuanto más poder tenga, más ayuda te puedo ofrecer.

—Tu reino arriba, el mío abajo —asintió la sacerdotisa.

A pesar de todo, era un acuerdo muy satisfactorio. Nisstyre sonrió, y el agudo dolor en el centro de su frente desapareció mientras pronunciaban las palabras que sellaban su pacto.

Shakti corrió a sus aposentos privados en el recinto Hunzrin. Golpeó repetidamente y con fuerza la pared, y en respuesta a su llamada, el naga oscuro ascendió reptando por los túneles y a continuación penetró en su habitación.

—¿Qué has encontrado para mí? —preguntó la joven.

El naga expulsó un mapa del mundo de la superficie, y cuando Shakti alisó el pergamino hasta dejarlo plano, la criatura sacó la larga lengua azul para señalar un punto cerca de un enorme bosque.

—Aquí haber muchas cavernas —siseó el mago con aspecto de serpiente—. Ssasser estuvo allí, nació allí. Cerca superficie, no radiación mágica. Muchas veces Ssasser vio drows salir por portales allí. Si hembra drow ser hechicera, entonces este camino puede haber seguido. Ssasser llevar luchadores quaggoths, viajar por portal mágico. —El naga oscuro hizo una pausa para lanzar un tremendo eructo, que escupió una serie de peinetas, hermosos y caros objetos realizados con los caparazones de las gigantescas tortugas de la Antípoda Oscura y tachonados de piedras preciosas—. Esto Ssasser coger de casa de hembra drow. Los luchadores quaggoths sacarán de ellos el olor de la hembra, la localizarán.

Era un plan lógico, pero los ojos miopes de Shakti se entrecerraron suspicaces. El naga había recibido casi toda su preparación mágica en la casa Hunzrin, y las sacerdotisas casi nunca usaban hechizos de teletransporte. Mediante el poder de Lloth deambulaban por los planos, yendo y viniendo de los planos inferiores con facilidad, pero pocas veces poseían la habilidad mágica necesaria para controlar los portales que llevaban a éstos de un lugar a otro en el plano material.

—¿Y de dónde podrías haber sacado tú tal hechizo?

No esperó una respuesta. Un simple hechizo de lectura mental extrajo la imagen del libro de conjuros de los pensamientos del naga y ordenó a la criatura que lo entregara. Tímidamente, el ser volvió a eructar y sacó el libro robado, pero Shakti no lo abrió, porque sabía que no se debían leer hechizos no aprendidos.

—Veamos qué puedes hacer con él —dijo al naga.

La criatura abrió el libro con el hocico y empezó a leer los arcanos símbolos. Pero el portal que necesitaba estaba más allá de su poder; el naga oscuro gimoteó de dolor y se enroscó en una convulsionada masa de anillos ondulantes.

Shakti suspiró y se rindió ante lo inevitable: de nuevo tendría que contratar al costoso hechicero. Odiaba desprenderse de más oro, y sencillamente no podía permitirse involucrar a un extraño en sus actuales planes. Pero ¿qué otra cosa podía

hacer?

El naga, una vez recuperado del terrible dolor provocado por el hechizo, se sintió más que complacido de poder marchar en busca del mago drow. Entre tanto, Shakti envió a un criado a buscar a un par de quaggoths amaestrados.

La casa Hunzrin mantenía y criaba a aquellos seres parecidos a osos para usarlos como guardas y tropas de choque, ya que los quaggoths eran ideales para ambas cosas. Con una altura de más de dos metros, de musculatura poderosa y protegidos por un duro pellejo cubierto de espeso pelaje blanco, los quaggoths tenían un aspecto espantoso y eran luchadores fuertes y feroces; también guardaban una desagradable sorpresa para aquellos que conseguían herirlos o enojarlos.

Shakti entregó a las criaturas las peinetas que Ssasser había hurtado de la casa de Liriel. Aquellos seres poseían un agudo olfato y eran excelentes rastreadores, siempre y cuando ella pudiera enviarlos en la dirección correcta. Había llegado el momento de poner a prueba el rubí de Nisstyre.

Cuando Ssasser regresó con el hechicero, Shakti entregó al drow el libro de conjuros y le pidió que abriera un portal cerca del punto marcado en el mapa. Intrigado, el varón pasó las hojas del libro hasta hallar el hechizo adecuado, y, tras un período de estudio, realizó el necesario conjuro. Un reluciente óvalo apareció en la habitación de la joven.

—¿Se cerrará el portal por sí solo o requiere otro conjuro? —preguntó ella.

—Durará sólo unos instantes, luego se disipará —le aseguró el hechicero.

Shakti asintió y las cabezas de serpiente de su cinturón empezaron a retorcerse de impaciencia. La nueva gran sacerdotisa empuñó el arma, disfrutando con el contacto de la fría empuñadura de adamantita en su mano, y descargó un latigazo contra el hechicero que había contratado.

Las cinco cabezas de serpiente se lanzaron al frente para hundir los colmillos en su carne y un dolor paralizante y abrasador recorrió el cuerpo del drow. Incapaz de moverse ni de lanzar un hechizo en su propia defensa, se desplomó sobre el suelo. El espectáculo provocó en Shakti un frenesí de malvado júbilo y azotó al indefenso hechicero una y otra vez.

Cuando no quedó la menor duda de que estaba muerto, la joven volvió a guardar el arma. Respiraba con dificultad —más por la excitación que por el esfuerzo de matar al varón— pero una curiosa expresión de calma inundaba su rostro; se sentía saciada por la muerte del hechicero, totalmente satisfecha ahora pero también deseosa de volver a matar.

—Llevaos el cuerpo a través del portal —indicó a Ssasser, y al ver que el naga vacilaba, añadió—: Tú y los quaggoths podríais tomar un bocado antes de iniciar la cacería. No dejéis el menor rastro de él.

El naga sonrió con ferocidad e hincó los azules colmillos en el cadáver del drow.

Alzando el pesado cuerpo, la criatura se arrastró hasta el portal pesadamente y se deslizó al interior anhelante. Pero los quaggoths se mantuvieron a distancia, evidentemente recelando de la desconocida magia.

Shakti agarró su tridente y golpeó a una de las reacias criaturas —el varón, desde luego— en la espalda. El ser profirió un rugido de dolor y se lanzó al interior del reluciente óvalo; su compañera echó una mirada a la furiosa drow y luego se introdujo en el portal sin más vacilaciones.

Finalmente sola, la sacerdotisa traidora depositó sus nuevas armas en fila, junto con el tridente mágico que hasta ahora había sido su única arma. Las admiró —el tridente, el látigo de cabezas de serpiente, el cuenco de visión del rubí de Vhaeraun— y debatió sobre cuál de entre ellos era su favorito.

Fue un ejercicio agradable, pues en realidad no tenía que elegir, aunque podría llegar en día en que tuviera que hacerlo. Hasta ese día, Shakti pensaba disfrutar de todas sus armas, de todo su poder, al máximo.

La Noche Superior

Tras su entrevista con Shakti, Nisstyre abandonó Menzoberranzan sin perder tiempo. Primero envió a sus comerciantes fuera de la ciudad, pues no deseaba que ninguno de ellos fuera sacrificado a la doble ambición de la sacerdotisa traidora, luego usó una serie de portales comunicados que conducían a su plaza fuerte de la superficie.

Cuando Nisstyre emergió a la Noche Superior, la cegadora intensidad de un crepúsculo primaveral quedaba amortiguada por las frondosas capas de hojas del dosel de un espeso bosque. Allí los seguidores drows de Vhaeraun habían construido un poblado que, a pequeña escala, empezaba a aproximarse a la gloria que los drows habían conocido antes de ser obligados a vivir Abajo. Entre los árboles había retorcidas y vertiginosas fortalezas creadas con piedras y magia, tan maravillosas como los hogares de cualquier ciudad elfa. Los drows no tenían miedo a ser descubiertos, pues el Bosque Alto contenía miles de otros secretos.

A medida que oscurecía, los elfos oscuros empezaron a salir de sus casas para iniciar sus actividades nocturnas. La mayoría de los habitantes del poblado eran varones: jóvenes nobles inquietos que no se sentían a gusto en su papel subordinado dentro de la sociedad drow tradicional, renegados procedentes de casas drows destruidas, guerreros ambiciosos nobles y plebeyos que se preguntaban por qué su raza no gobernaba todavía toda la Antípoda Oscura. Todos iban vestidos con prendas oscuras y, como seguidores de Vhaeraun, practicaban y celebraban las artes del sigilo y el hurto. Sin embargo, ni un solo drow entre ellos lucía *unapiwafwi*, y el cambio de la guardia en las torres de vigilancia se llevaba a cabo mediante escalas en lugar de la levitación, ya que habían perdido la magia innata que era su patrimonio. Ya no eran lo que habían sido, pero todavía resultaban temibles.

Había pocas hembras en el lugar y de ellas sólo dos eran drows. Uno de los mandatos principales del Dios Enmascarado era aumentar la raza drow, especialmente en la superficie y, por lo tanto, al contrario de la mayoría de los elfos oscuros, la gente de Vhaeraun buscaba establecer contacto con otros elfos. Las criaturas producto de tales uniones tendían a ser drows, por lo que, considerándolo a largo plazo, era un modo de erradicar las razas de elfos claros.

Nisstyre llevaba las instrucciones de su dios algo más allá: mantenía un pequeño harén de elfas de la superficie en el poblado. No era ideal —Vhaeraun indicaba que debía existir igualdad entre varones y hembras— pero sí efectivo. Con la llegada de la noche, los niños de la colonia empezaron a despertar, y a corretear y jugar,

representando fingidos combates y complicados juegos de acecho y emboscada. Entre ellos no había un solo drow puro, pero la mayoría de los niños de piel de ébano eran tan drows en aspecto y temperamento como cualquier niño de Menzoberranzan. En el grupo había un par de niños elfos de cabellos negros y tez pálida e incluso un moreno muchacho semidrow; a este último se le toleraba en la comunidad porque Vhaeraun no era contrario a un poco de sangre humana entre sus seguidores. Era una cuestión de necesidad, pues muy pocas hembras drow estaban dispuestas a seguir al Dios Enmascarado a la Noche Superior.

Aunque tampoco es que ninguna de las mujeres del poblado fuera especialmente devota. La mayoría de ellas eran elfos plateados, y sin excepción las elfas eran parias que por un motivo u otro no tenían más lugar al que llamar su hogar. Nisstyre se veía obligado a reconocer que no era un modo muy propicio de iniciar un reino.

Sí, la falta de hembras drows era un problema, uno que Nisstyre planeaba acabar, pues con el incentivo de la magia de Liriel, podía atraer a más de las orgullosas y poderosas mujeres hacia la Noche Superior. Los drows tenían tendencia a ser más prolíficos que los otros elfos y sólo su constante e incestuosa guerra mantenía bajo su número. Una vez convertidos en un pueblo unido, sus efectivos alcanzarían rápidamente proporciones de pesadilla.

Con este agradable pensamiento en mente, Nisstyre agrupó a su banda de cazadores y convocó al sacerdote de mayor categoría, un drow de mediana edad conocido sólo como Henge. El clérigo realizó un cauto comentario sobre el rubí que brillaba en el centro de la frente de su jefe.

—Un tercer ojo —respondió éste con indiferencia—. Un objeto mágico. No tienes que preocuparte por él. —El sacerdote se mostró dubitativo pero no insistió.

»Debéis viajar velozmente durante la noche en dirección a la aldea de Puente del Troll. No para saquear —añadió con rapidez, al observar las feroces sonrisas que aparecieron en todos los rostros—. Viajad a las colinas que rodean el poblado humano y buscad allí a una hembra drow que viaja sola.

—¿Encontrar a una drow sola, en esa red de cuevas? —objetó el sacerdote.

—No debería ser una tarea difícil. Por lo que sé de Liriel Baenre, no la imagino llevando una vida de ermitaña en alguna cueva apartada. Va armada con considerable magia y a los humanos les resultará muy difícil capturarla y matarla. Preferiría, claro está, que la encontraseis antes de que ella encuentre a los humanos. La reconoceréis por un amuleto que lleva: una pequeña daga de oro en una funda cubierta de runas que cuelga de una cadena de oro.

Mientras hablaba, Nisstyre reflexionaba sobre lo poco preparada que estaba Liriel —o cualquier hembra drow, bien mirado— para el mundo de Arriba. Las orgullosas hembras no podían ni imaginar el odio y aversión que los habitantes de la superficie sentían por los elfos oscuros. Las drows esperaban ser temidas; no estaban preparadas

para ser despreciadas y cazadas, y los oprimidos varones, que habían sobrevivido a décadas de una existencia miserable Abajo, tenían hasta cierto punto mejor suerte que sus más privilegiadas compañeras. No obstante las frases llenas de seguridad que había dedicado a su partida de caza, Nisstyre conocía la importancia de encontrar a la princesa pronto, antes de que su orgullo y arrogancia la condujeran a su propia destrucción.

De modo que con unas rápidas instrucciones, envió a los cuatro luchadores tras la pista de Liriel. Creía saber adonde podría haber ido. Existían muchos portales que la joven podría haber usado, pues la hechicería de los elfos oscuros había abierto portales a lugares tan distantes como Calimshan; pero el precio para tan increíble poder era proporcionalmente elevado. Las cavernas situadas cerca del túnel de la Hondonada Seca eran las zonas más fáciles de acceder mediante el viaje mágico; además eran lugares despejados, se hallaban cerca de la superficie, y sufrían pocas interferencias de la radiación mágica de la Antípoda Oscura. Si no se tenía mucho tiempo, podrían haber sido la mejor elección, y él se sentía bastante seguro de que Liriel había huido utilizando esa ruta.

Cuando los cazadores se hubieron marchado, Nisstyre y Henge fueron en busca de la intimidad de la casa del propio hechicero. Henge no parecía nada satisfecho con la tarea que le esperaba pero se guardó para sí lo que pensaba; por su parte, Nisstyre tomó buena nota de ello y no vio necesidad de hacer comentarios. No había demasiada simpatía entre los dos drows, pero mientras el sacerdote no lo desafiara abiertamente, Nisstyre se daba por satisfecho.

El hechicero sacó un medallón en el que había grabado en relieve un estilizado dragón encorvado, que era idéntico al tatuaje del rostro de su lugarteniente, Gorlist, y le permitía localizar al luchador drow en cualquier momento. El hechicero acarició el metal y salmodió las palabras que lo llevarían a él y al clérigo junto al luchador.

Los dos drows se materializaron en una pequeña cueva. Allí encontraron a Gorlist, junto con sus dos compañeros, atándose las correas que sujetaban sus armas en preparación para el viaje de aquella noche. El lugarteniente drow no se mostró excesivamente sorprendido al ver a su jefe.

—¿Durante cuánto tiempo debemos mantener esta ridícula simulación? —espetó—. Es un esfuerzo baldío.

—Nuestros planes han cambiado —respondió Nisstyre con frialdad—. Volveréis sobre vuestros pasos en dirección a las cavernas tan deprisa como podáis. Tengo motivos para creer que encontraréis a Liriel Baenre allí o por los alrededores. Encontradla y llevadla al poblado del bosque.

El hechicero observó el feroz destello en los ojos del luchador y se juró instruir a Gorlist en el arte de compensar venganza con necesidad. Guió la marcha hacia el exterior de la cueva, agachándose para pasar por la pequeña entrada.

Un crujir de hojas fue su única advertencia. Nisstyre giró en redondo y entonces se encontró con un humano de cabellos negros que se abalanzaba sobre él, el pálido garrote bien alzado y un fuego helado en sus ojos azules. Aunque le pareció imposible al hechicero drow, reconoció a su atacante como el enloquecido guerrero a quien él mismo había enterrado vivo en una tumba de hielo en un lejano calvero de un bosque.

El drow alzó una mano y un fuego oscuro brotó de sus dedos para envolver al perseverante humano; pero el garrote pasó por entre las llamas, describiendo un arco descendente en dirección a la cabeza del hechicero.

Nisstyre oyó el golpe sordo del impacto y observó cómo el pedregoso suelo iba a su encuentro a toda velocidad. No sintió dolor y supuso que debería estar agradecido, pero lo que sí sentía era una fría cólera. Se aferró a aquella emoción mientras se sumía en las tinieblas; comprendió que el deseo de venganza era una fuerza poderosa, tal vez la única que podría ayudarlo para regresar.

Fyodor apartó de una patada el cuerpo desplomado del hechicero de cabellos cobrizos y estudió la escena ante él con un rápido vistazo. El calor de la furia *debersérker* alimentaba su cuerpo y agilizaba su mente, de modo que parecía como si el mundo fuera más despacio a su alrededor, dándole tiempo para reaccionar, para atacar. En aquel estado alterado, Fyodor jamás sentía dolor, aunque sabía por el olor a cuero chamuscado que el rayo de fuego negro del hechicero drow le había dado en el hombro; ni tampoco sentía temor, a pesar de que su mente registraba fríamente que los tres drows bien armados que tenía delante le superaban en número.

El primero de los elfos oscuros atacó con dos espadas idénticas en las manos y una sonrisa engreída en su rostro color ébano. A medida que avanzaba, el drow realizaba con sus armas una complicada serie de movimientos ensayados: cruces, giros, cuchilladas al aire. El espectáculo estaba pensado para provocar y desanimar a su víctima, de un modo muy parecido a como un gato de granero podría jugar con una ardilla atrapada. No obstante la roja neblina de la furia combativa que lo inundaba y dominaba, Fyodor no pudo dejar de observar la brillantez de su adversario. El guerrero drow poseía una delicadeza que el joven no podía ni comprender, una habilidad que jamás podría igualar.

Pero esa información no le inspiró temor. El joven guerrero registró los veloces movimientos de los brazos del drow, la estela de luz de las hechizadas armas, y razonó que había un pecho en alguna parte en el centro de toda aquella actividad. Así que Fyodor alzó todo lo que pudo su espada, bajó la mirada hasta un punto en la parte central de todo aquel increíble movimiento de espadas y la lanzó con todas sus fuerzas. La poderosa arma voló en dirección al drow, en una ruta certera y directa como la de una lanza.

Al instante, el remolino de armas elfas se cerró en una parada defensiva y las tres espadas se encontraron con un estrépito metálico y una lluvia de chispas. Pero la habilidad y velocidad del elfo oscuro no podía desviar la tremenda potencia de la embestida, y la embotada espada atravesó su cuerpo con tanta fuerza que la cruceta de la empuñadura golpeó el pecho con un sonoro chasquido de costillas.

Fyodor empuñaba ya su garrote antes de que el primer drow cayera, antes de que los otros dos pudieran registrar la muerte de su compañero, y avanzó, obligado a luchar hasta que no quedara nadie para enfrentarse a él.

Es posible que el segundo luchador drow lo percibiera, pues no desenvainó sus armas con tanta rapidez, sino que agarró una diminuta ballesta y disparó varios dardos, uno tras otro, tan veloces que al ojo le costaba seguir el vuelo de cada uno de los proyectiles. Tal vez el veneno se disipaba fuera de la Antípoda Oscura pero el drow seguía teniendo su mortífera puntería y estaba seguro de que sus diminutas flechas se hundirían profundamente en los ojos del humano, se abrirían paso por entre sus costillas, cortarían las arterias vitales en su garganta e ingles. Puede que no hubiera veneno, pero el humano estaría muerto antes de pudiera darse cuenta de que algo faltaba en el ataque.

El drow no podía saber que Fyodor veía el vuelo de los dardos como un pausado y elegante planeo. El guerrero los desvió, moviendo su garrote a un lado y a otro con una velocidad que no parecía posible, y ni siquiera aminoró por un momento su avance en dirección a los dos luchadores que quedaban. Un potente movimiento ascendente de su arma alcanzó al arquero en la cintura, haciendo primero que se doblara al frente para enviarlo a continuación volando hacia atrás por los aires. El elfo oscuro fue a estrellarse contra el suelo unos metros más allá, con el cuerpo doblado en una posición que ningún elfo vivo podría conseguir.

Fyodor giró en redondo hacia el último drow —un guerrero de cabellos cortos con el tatuaje de un dragón en una mejilla— y levantó su garrote para asestar un golpe demoledor. Con paso veloz y firme, el humano avanzó.

Por primera vez en su más de un siglo de actividad, Gorlist consideró conveniente retirarse. El momento pasó raudo y el luchador drow sujetó su lanza con ambas manos. Había cogido el arma a un elfo del bosque asesinado, y había hecho que la reforzaran mágicamente para aumentar su resistencia y velocidad, y ahora aquel enloquecido oponente pondría a prueba el arma como nunca había sucedido.

Gorlist alzó la lanza ante él, sujetándola como si fuera una barra, y la hizo girar sobre sí misma una vez, en una desafiante exhibición de su destreza.

Sólo pudo hacerlo una vez, porque el garrote de madera del humano descendió como una masa borrosa. El elfo oscuro extendió las manos hacia ambos extremos y paró el golpe con la parte central del mango de la lanza. La magia aguantó, pero la fuerza del impacto envió una oleada de insoportable dolor a los brazos y a la espina

dorsal del drow. Las rodillas del luchador cedieron y éste se desplomó.

El elfo oscuro vio cómo el garrote volvía a descender. Rodó a un lado y, mientras lo hacía, sujetó la empuñadura de una daga en sus dedos entumecidos. Con la increíble velocidad y agilidad por la que son famosos y temidos los drows, Gorlist rodó sobre sí mismo varias veces y se alzó en cuclillas detrás del humano.

Contempló a su enemigo y calculó la distancia entre él y los tobillos del hombre. Su daga mágica podía fácilmente atravesar la piel de la bota y seccionar los tendones que había debajo, y una vez incapacitado de ese modo, el humano no podría combatir tan bien. Gorlist se lanzó al frente y asestó una violenta cuchillada del revés.

Para asombro suyo, las reacciones del hombre fueron aún más veloces que las suyas. El guerrero humano brincó y giró en un mismo movimiento, y con increíble exactitud, saltó sobre la embestida del drow y cayó sobre él con ambos pies. Gorlist chocó violentamente contra el suelo, cuan largo era, y el humano aterrizó con él, con una bota sobre cada uno de los riñones de su adversario.

Y el orgulloso drow que se mofaba del dolor soltó un alarido de terrible agonía. El humano se hizo a un lado y el caído vio cómo el garrote describía un arco de nuevo en su dirección, pero incluso aunque hubiera sido capaz de moverse, el arma descendió demasiado rápido para que hubiera podido esquivarla o desviarla.

El elfo oscuro sintió el chasquido de huesos cuando el garrote golpeó su caja torácica. Esta vez no chilló, pero no se enorgulleció demasiado; no había tiempo para aquello, no había tiempo para pensar en nada. Su cabeza se echó violentamente hacia un lado cuando el humano tiró de sus cabellos para levantarlo de un tirón.

Sujetando al delgado drow con facilidad a cierta distancia de él, el extraño guerrero dio varias zancadas al frente. Las puntas de las botas de Gorlist apenas rozaban el suelo, pero éste observó que el humano parecía mucho más pequeño visto tan de cerca. Resultaba un pensamiento curioso que le llegó vagamente entre el dolor de sus muchas heridas, pero el elfo oscuro lo guardó celosamente. Había sobrevivido a muchas peleas y lo había conseguido mediante un conocimiento de su enemigo, por lo que podría servir de ayuda algún día saber que aquél no era el guerrero de más de dos metros que le había parecido en un principio. Y a pesar de lo graves que eran sus lesiones, Gorlist seguía siendo muy consciente del campo de batalla y, de repente, comprendió lo que el humano pretendía hacer con él.

Unos pasos más allá había un escarpado barranco, con una pendiente de casi tres metros hasta llegar a un riachuelo poco profundo y pedregoso. Gorlist conocía el peligro de una caída así. Una de las costillas rotas sin duda perforaría un pulmón y le provocaría una lenta pero segura muerte.

La desesperación dio fuerzas al apaleado luchador y éste agarró la primera arma que encontró a mano: un cuchillo pequeño y fino introducido en la costura de la manga de su chaqueta. El drow lo levantó y lanzó una cuchillada al pecho del

hombre; pero el grueso jubón de cuero, la vestimenta de un campesino humano, lo desvió con la misma efectividad que una cota de malla drow.

Frenético, el luchador volvió a lanzar una cuchillada con su endeble arma y, aunque consiguió acertar unas cuantas veces, dejando sangrientas marcas en los brazos de su adversario, el humano no aminoró el paso ni parpadeó siquiera para demostrar que había sentido el dolor. El hombre se limitó a soltar una de las manos que sujetaban a su presa por los cabellos y a sujetar con ella la muñeca en movimiento del otro, aplastando sin problemas los huesos y hundiendo la diminuta hoja profundamente en los dedos que la sujetaban. Sin embargo Gorlist ya no sentía dolor y no notó ni el crujido de su mano ni el sonido del cuchillo al caer sobre el pedregoso suelo.

El humano se detuvo y acercó a Gorlist hacia él, cara y cara, y luego lo lanzó hacia arriba. Se produjo un momentáneo vuelo, y a continuación llegó la terrible caída por la rocosa pendiente.

El drow fue a detenerse violentamente contra un peñasco en el centro del poco profundo riachuelo e intentó arrastrarse hacia la orilla, pero el esfuerzo le provocó un ataque de tos. Gorlist sintió el sabor de su propia sangre y supo que cualquier esfuerzo era inútil.

Casi con un sentimiento agradecido, el luchador se dejó caer en el arroyo, y las heladas aguas adormecieron su dolor y lo arrastraron a la inconsciencia, en dirección a lo que aguardara como recompensa a los fieles a Vhaeraun.

Cuando todo quedó en silencio, Henge, el sacerdote del Dios Enmascarado de la noche, gateó con cautela fuera de la cueva donde se había ocultado durante la batalla. Era por naturaleza un drow precavido, y lo que contempló ante él le confirmó lo sensato de su proceder.

Su hermano Brizznarth, que era famoso por su destreza con la espada, yacía en un charco de su propia sangre y, puesto que estaba claro que al joven drow ya no podía prestársele ninguna ayuda, Henge no perdió el tiempo con él ni malgastó energías llorándolo. Sólo se veía a otro luchador drow y no parecía hallarse en mejores condiciones que Brizznarth; de modo que el sacerdote se encaminó hacia la figura inmóvil de su jefe. Se agachó junto al pelirrojo elfo oscuro y se dio cuenta —sin lugar a dudas con sentimientos encontrados— que Nisstyre aún vivía.

—Lo que puede curarse hay que sobrellevarlo —masculló, en una sombría parodia de un proverbio humano.

Había una mancha de sangre en la sien del hechicero. Los dedos de Henge encontraron un impresionante bulto en el costado de la cabeza de Nisstyre. El hechicero tendría un dolor de cabeza del tamaño de Tarterus cuando despertara, pero sólo había quedado atontado, pues el garrote lo había golpeado de refilón. Si el

enloquecido luchador humano le hubiera acertado de pleno, habría partido el cráneo de Nisstyre y desperdigado sus sesos tan lejos que los desagradables restos podrían transformar al hechicero en un creíble sacerdote de Lloth, se dijo Henge con un deje de humor macabro.

Un veloz examen le aseguró que Nisstyre había sufrido sólo aquella lesión, de modo que sujetó la cabeza del drow herido con ambas manos y empezó a salmodiar una oración a Vhaeraun, una súplica de curación y restablecimiento. El Dios Enmascarado estaba de su lado; los ojos del herido se abrieron, se fijaron en el sacerdote y luego se entrecerraron recelosos.

—Estás ileso —masculló con desconfianza—. ¿Participaste en el combate en realidad?

De improviso, el clérigo deseó haber tenido la previsión de embadurnarse con un poco de la sangre que su hermano menor había derramado con tanta abundancia.

—Sólo dos de nosotros sobrevivimos —repuso con calma, esquivando la acusación del hechicero— y los dos hemos escapado sin demasiados daños.

—¿El humano ha escapado?

La voz de Nisstyre tenía un tono de incredulidad. Brizznarth era la mejor espada bajo su mando y Gorlist era capaz de acabar a la vez con cinco guerreros humanos. El tatuado luchador lo había demostrado, una y otra vez, y el hechicero no podía creer que su fuerza de elite drow pudiera haber sido derrotada por un único humano.

Se levantó con esfuerzo y sin hacer caso del punzante dolor de su cabeza. Que Brizznarth y Codfael estaban muertos lo veía con toda claridad, pero no podía aceptar la muerte de Gorlist hasta que contemplara el cuerpo con sus propios ojos.

—¿Dónde está Gorlist?

Henge señaló en dirección al barranco y el hechicero se dirigió tambaleante hasta el borde y miró al arroyo.

—Respira. ¡Ocúpate de él inmediatamente!

—He usado todos mis hechizos curativos por hoy. —El sacerdote extendió las manos en un gesto de impotencia.

—Entonces utiliza esto y hazlo rápido.

Nisstyre sacó un frasco de un reluciente líquido verde de su bolsa de hechizos y se lo tendió con brusquedad al clérigo. Observó atentamente mientras Henge se deslizaba por la pendiente rocosa y vertía con cuidado el líquido en la boca del luchador. El resultado era importante, ya que Gorlist era valioso para la causa del Dios Enmascarado; también era hijo de Nisstyre, un hecho que habría importado mucho menos si Gorlist no hubiera sido un luchador tan experto.

El drow herido gimió y empezó a moverse. Nisstyre lanzó un hechizo que levantó el magullado cuerpo del elfo oscuro y lo sacó del barranco. El hechicero observó la espuma rosada en los labios del luchador, se inclinó y pasó los dedos por el torso del

joven.

«Tres, puede que cuatro costillas rotas», se dijo sombrío. Vaciló sólo un instante antes de introducir la mano en su bolsa de hechizos en busca de una segunda poción; estaba en un frasco en forma de llama de vela y resplandecía como si fuera fuego encerrado. Era una poción de último recurso, pues aunque curaba heridas muy graves en un cortísimo espacio de tiempo, había que pagar un alto precio por ello, pues la rápida soldadura de los huesos y tejidos producía un dolor insoportable, y la magia era alimentada por la energía vital de su receptor. La curación arrebatava más energía y provocaba más dolor de lo que muchos drows heridos podían soportar, y mataba casi a tantos como curaba.

Pero Nisstyre tuvo una idea. Entregó el frasco al clérigo, que acababa de trepar fuera del barranco.

—Ora a Vhaeraun —ordenó—. Pide al dios de los ladrones que robe la energía vital de otro ser para que dé poder a la poción. Y si tenemos suerte —masculló Nisstyre para sí—, ¡el señor de la máscara tomará la energía vital del humano engendrado por un orco que hizo esto!

Henge tomó la botella y empezó a salmodiar una oración. El hechicero se ocupó en otros preparativos; cortó un trozo de grueso palo verde de un árbol achaparrado de las inmediaciones y le quitó la tosca corteza. Gorlist necesitaría algo que morder durante la dolorosa curación.

El luchador herido recuperó la conciencia, y su mirada se posó en el llameante frasco que sostenía el clérigo. Un destello de feroz aprobación iluminó sus ojos e hizo un gesto al sacerdote para que administrara la poción de inmediato. Henge dudó en mitad de la salmodia.

—Hazlo —ordenó el luchador en su débil susurro medio ahogado por la sangre. Escupió y echó la cabeza hacia atrás para que el otro pudiera verter la poción en su boca. El sacerdote obedeció y el herido engulló el ardiente líquido de un único trago.

Las convulsiones se apoderaron de él al instante, y los otros dos drows se abalanzaron sobre su cuerpo e intentaron en vano mantenerlo tumbado. Gorlist los arrojó a un lado sin pensar y sin esfuerzo, inconsciente por completo de su presencia en medio de la agonía que abrasaba cada uno de sus nervios y tendones.

Puesto que no podía hacer otra cosa que esperar, Nisstyre se buscó una roca cómoda y se sentó hasta que aquello terminara. Había contemplado muchas muertes espantosas —la mayoría de ellas planeadas y ejecutadas por él mismo— pero jamás había visto tanto padecimiento; no obstante observó impasible cómo el fuego mágico recorría abrasador el cuerpo de su hijo.

—¿Ha sobrevivido? —preguntó Henge cuando por fin el cuerpo de Gorlist dejó de estar en tensión.

—Lo ha hecho.

La respuesta provino del propio Gorlist. El luchador escupió fragmentos de madera verde y se puso en pie despacio. Nisstyre observó el ansia de sangre en sus ojos, y comprendió que sería difícil impedir que el testarudo joven saliera en persecución del humano que le había producido tan terribles heridas. Nisstyre también ansiaba saborear la venganza, pero necesitaba que Gorlist se concentrara en un trofeo más valioso.

—Se mire como se mire, yo debería haber muerto —dijo el luchador, y se dirigió hacia el hechicero, desabrochándose, mientras lo hacía, los brazales que protegían sus brazos—. Declaro que me debes el precio de mi vida, y puesto que no tengo herederos, yo mismo lo cobraré.

—El humano estaba muy malherido —mintió su padre, que estaba seguro de lo que el otro iba a exigir—. Aunque escapó, no sobrevivirá mucho tiempo.

El luchador recibió la noticia con un encogimiento de hombros y lanzó el puño en alto, girándolo para que Nisstyre pudiera ver la fina cicatriz que recorría su antebrazo.

—La quiero a ella —declaró Gorlist, apretando los dientes.

El hechicero se balanceó hacia atrás, sin saber qué responder por un instante. Nisstyre solía consentir a sus seguidores, animándolos a tomar venganza según les dictara el ánimo. Los drows necesitaban algo en lo que concentrar su odio innato, una ocasional válvula de escape para su hirviente cólera, y era desafortunado que Gorlist hubiera elegido un objetivo tan valioso.

—En ese caso encabezarás la búsqueda para localizarla —respondió el hechicero con suavidad—. Sin embargo, no la matarás. Es demasiado importante para eso, tanto por la magia que maneja como por los niños que puede engendrar para seguir a Vhaeraun. Ya conoces la importancia de traer hembras drow a la Noche Superior. No permitiré que sea eliminada.

Gorlist hizo una mueca de enojo.

—Hay más de un modo de humillar a la princesita —siguió el otro en voz baja—. Quiero a esa hembra para Vhaeraun, y para mi propio placer, pero no soy contrario a compartirla. Con el tiempo, obtendrás tu venganza.

Los ojos del luchador se abrieron de par en par a medida que el significado de las palabras de su padre iba quedando claro. Los drows, de modo rutinario, infligían horrores sobre su propio pueblo y masacraban a las razas de la superficie simplemente por el placer de matar, pero lo que Nisstyre sugería iba más allá del código tácito de comportamiento de los elfos oscuros. Ninguna hembra, ni siquiera conquistada en combate, era tomada en contra de su voluntad. Siglos de adoctrinamiento habían forjado un tabú que pocas veces se ponía en duda y raramente se violaba. Las hembras ejercían el poder en su sociedad y todas, incluso las plebeyas, se consideraban encarnaciones mortales de Lloth.

Y sin embargo...

—Seguimos a un dios, no a una diosa —reflexionó Gorlist en voz alta.

—Empiezas a comprender —repuso Nisstyre; pero incluso mientras lo decía, su mano se alzó para acariciar el rubí que centelleaba en el centro de su frente, y se preguntó si su «socia» habría oído sus palabras, y de ser así, cómo consideraría Shakti Hunzrin tal herejía.

Le llevaría tiempo recordar que debía adaptar sus palabras y acciones de modo que satisficieran a la sacerdotisa de la diosa drow. No era una tarea que a Nisstyre le sedujera.

Vuelta al punto de partida

Fyodor despertó algo más tarde aquella noche, estremeciéndose de frío y con la familiar náusea que seguía a un ataque de furia combativa. Se levantó con esfuerzo, comprendiendo vagamente lo que había ocurrido. Sucedió a menudo que los *bersérkers* deambulaban, dominados aún por la furia batalladora, hasta que los derribaba el agotamiento o las heridas sufridas en el combate. En aquella ocasión había vagado durante mucho tiempo y muy lejos, pues el poco profundo arroyo que bordeaba el campo de batalla se había ensanchado hasta convertirse en un frío y profundo río, y sus agitadas aguas reflejaban la luz de la luna creciente, que se hallaba muy alta en el cielo.

El guerrero pasó revista con rapidez a sus heridas. Sentía punzadas en la cabeza, y la piel de un lado del cuello le ardía con un agudo dolor. La tocó con suavidad, percibió las ampollas y recordó la gota de fuego que el hechicero drow había lanzado. Fyodor observó también que la tela de su camisa y su chaqueta habían recibido varias cuchilladas y que las prendas estaban pegadas a sus brazos con sangre seca. Desató el jubón de cuero y se desprendió de las destrozadas ropas; al hacerlo, varios de los cortes se abrieron y empezaron a sangrar otra vez. Ninguno de ellos era muy profundo, pero todos necesitaban atención.

El joven sacó de su mochila un samovar de viaje —una pequeña y estrecha tetera de hojalata muy apreciada por los rashemitas— y cogió agua del río con ella. No tardó en tener una fogata encendida y calentó el agua junto con hierbas que eran a la vez curativas y buenas como bebida. Cuando la infusión estuvo bien cargada y caliente, vertió un poco sobre una tela y limpió con cuidado los cortes. Un brazo no estaba muy mal y lo vendó lo mejor que pudo; el otro requería más trabajo.

Alegrándose de llevar siempre un frasco extra de vino de fuego rashemita, Fyodor tomó un buen trago del potente licor. A continuación, enhebró una aguja curva y empezó a coser el corte más profundo, lo que no fue tarea fácil, debido a que las manos le temblaban de frío y agotamiento. El joven se dio cuenta de que su cuerpo estaba conmocionado; si no entraba en calor enseguida, moriría con la misma certeza que si una espada drow le hubiera atravesado el corazón.

Cuando los cortes quedaron cerrados y vendados, el guerrero recogió toda la leña de la zona que encontró y convirtió la fogata en una llameante hoguera. Luego se quitó toda la ropa y se sumergió en las heladas aguas del río.

La impresión lo dejó sin aliento e hizo que la sangre fluyera atropelladamente por todos sus miembros. Vadeó hasta la orilla, aliviado por la familiar y estimulante

sensación de frío exterior y calor interno. Los rashemitas eran una raza robusta, y tanto hombres como mujeres solían practicar el deporte de correr por la nieve: agotadoras carreras de relevos que se llevaban a cabo en invierno, ligeramente vestidos y a pie. Fyodor sobresalía en tal deporte, pero sabía que en su actual estado no podría aguantar el frío de la noche durante mucho tiempo.

El joven luchador corrió junto a la hoguera y tomó su espada, con la intención de calentarse realizando un entrenamiento; pero el arma era demasiado pesada para que pudiera empuñarla con eficacia excepto en plena furia; los puntos del brazo le dolieron y ardieron por el esfuerzo de levantar la espada. Así pues, la descartó a favor del garrote e inició una sencilla pero enérgica rutina de mandobles y paradas.

En poco tiempo, el ejercicio y el calor del fuego hicieron correr hilillos de sudor por el pecho del muchacho, y éste se sumergió de nuevo en el río, y otra vez volvió a hacer fintas con un enemigo invisible. Finalmente se dejó caer junto a la hoguera, caliente pero totalmente exhausto. Se envolvió en su capa y se sirvió una jarra de fuerte té del samovar y, mientras lo sorbía, se permitió por primera vez recordar el combate.

Fyodor lo recordaba con vaguedad. Había varios drows, uno de ellos el hechicero de cabellos cobrizos con el que había luchado en la lejana Rashemen. Mientras el pensamiento quedaba registrado en su mente, la frente del joven guerrero se arrugó en una expresión de perplejidad.

Aquello no podía estar bien. Él había seguido a cinco drows a la Antípoda Oscura: a dos los habían matado murciélagos gigantes en la caverna y los otros tres eran los guerreros caídos en combate esa misma noche. Cinco drows. El hechicero era el número seis.

Mientras Fyodor reflexionaba sobre el asunto, otros detalles, igualmente perturbadores, regresaron a su mente. Recordaba el complejo tatuaje que se curvaba hacia lo alto en la mejilla de uno de los drows, y estaba completamente seguro de que ninguno de los ladrones elfos oscuros había lucido aquella marca. Y el cabello del luchador drow era muy corto, tan corto que Fyodor apenas había podido sujetarlo bien. Todos los drows que había visto en Rashemen llevaban los cabellos largos y sujetos en la nuca. ¿Era posible que hubiera seguido a la banda de drows equivocada, o acaso sus recuerdos del combate de esa noche estaban deformados?

El joven guerrero echó una mirada a su espada y recordó haber matado al drow que empuñaba otra; pero no recordaba haber recuperado la suya del cadáver del elfo oscuro. Eso resultaba preocupante, pero Fyodor sabía que a menudo era así. Las armas eran valiosas y caras, y los *bersérkers* las recuperaban aparentemente de modo instintivo. De todos modos, le inquietaba no recordarlo.

Luego otro dato lo golpeó con la misma fuerza que un puñetazo. Había recuperado sus armas, pero había descuidado llevar a cabo la tarea más importante.

¡No había registrado los cuerpos de los drows en busca del amuleto del Viajero del Viento!

La cabeza de Fyodor se inclinó al frente y un gemido de pura desesperación escapó de él. Su furia enloquecida era cada vez peor, más incontrolable, pues cada vez recordaba menos y vagaba más lejos; ahora se había visto sumergido de tal modo en el frenesí combativo que había olvidado su misión. Tenía que recuperar el amuleto pronto, o antes de que la fiebre batalladora bramara con demasiado ardor y ferocidad. No quería ni pensar en lo que podía hacer en los momentos anteriores al instante en que la muerte lo reclamara.

En algún rincón de su mente, Fyodor decidió retroceder sobre sus pasos para regresar al lugar del combate y remediar su descuido de inmediato. Si el amuleto Viajero del Viento se hallaba allí, lo encontraría. Pero su magullado y agotado cuerpo no pudo obedecer esa orden; ni tampoco proporcionaba la pálida luz de la luna suficiente claridad para seguir huellas.

En cuanto amanezca, se juró mientras se sumía veloz en un sopor, con las primeras luces volveré a seguir el rastro. Si los dioses estaban de su parte, tal vez aún podría hallar un modo de salir de la peculiar esclavitud que era su herencia y su maldición.

Poco después del alba, Fyodor desanduvo sus pasos de regreso al campo de batalla. Con gran sorpresa por su parte, encontró sólo dos cadáveres drows y las pisadas de tres juegos de botas elfas que retrocedían en dirección al este. Inició la persecución al instante, sin molestarse en romperse la cabeza sobre el nuevo drow.

Cuando se dio cuenta de que los elfos oscuros regresaban al punto de partida describiendo un círculo, abandonó todo esfuerzo por rastrearlos y tomó la ruta más directa en dirección a las cuevas que conducían de vuelta a la Antípoda Oscura. Ganó tiempo, pues a diferencia de los drows, no tenía que buscar un lugar donde esconderse con la llegada de cada nuevo día. Aun así, dedicó poco tiempo, pues estaba decidido a dar alcance a la banda drow antes de que se introdujeran de nuevo en el mortífero laberinto que era su hogar.

Dos días, calculó Fyodor, o tal vez un poco más, y volvería a encontrarse en la entrada de aquel mundo horrible. Mientras avanzaba con paso firme por el escarpado terreno, se preguntó qué clase de combate le aguardaría allí, y cuántos elfos oscuros más se unirían a la esquivada banda que llevaba persiguiendo durante tantos días.

Liriel salió vacilante a la brillante luz de la luna unos dos días después de haber sido sacada de Menzoberranzan. El hechizo de teleportación de Kharza la había enviado a un lugar cercano a la caverna donde había puesto en escena un combate en

consideración a Fyodor de Rashemen. Había seguido el sendero que el humano podría haber tomado, ascendiendo por la empinada y sinuosa pendiente, y se había metido en una extensa red de cuevas que se hallaban entre las laderas de las Tierras de Arriba.

Sin osar detenerse ni una sola vez, había huido de la Antípoda Oscura y de la voraz codicia asesina drow que había despertado sin querer. Las advertencias de Kharza habían resonado en su mente como carcajadas burlonas mientras corría alocadamente por el túnel y ascendía al laberinto de cuevas. Su instintivo sentido de la dirección la condujo infaliblemente hacia arriba, en dirección a la luz.

Poco a poco, la joven se deslizó fuera de la cueva, alerta y vigilante a pesar de su cansancio. Retrocedió ante lo que vio al otro lado, y sus labios se movieron en un silencioso grito de consternación.

El paisaje que se extendía ante ella no se parecía a nada que hubiera visto o imaginado. Onduladas colinas pedregosas parecían extenderse interminables y, alzándose a lo lejos, en lo alto, se veía la infinita profundidad y amplitud del cielo nocturno. Aquello no se parecía en nada al bosque, con sus reconfortantes paredes de árboles y enredaderas, y sus claros, que eran como cavernas talladas en el espeso follaje. Aquello era inmenso, despejado y yermo.

A Liriel le dolieron los ojos por el esfuerzo de abarcar las enormes distancias. De los mapas que había estudiado, sabía que había salido en alguna parte al oeste del gran bosque donde las Elegidas de Eilistae danzaban. Allí había menos árboles, y ninguno de ellos poseía la mágica grandiosidad de aquel maravilloso bosque. Las plantas le recordaban a enanos verdes: seres pequeños y robustos que se habían ganado su puesto tras una inexorable lucha con la roca y el suelo.

Entonces el viento le llevó unas voces; sonidos ásperos pero a la vez musicales que sólo podían ser drows. Por un instante, la joven pensó que sus perseguidores la habían encontrado, pero luego recordó el extraño curso lineal que el sonido adoptaba allí, al aire libre, y comprendió que la voz venía de fuera de la cueva.

Se arrebujó en *supiwafwi* y pronunció las palabras que le concederían invisibilidad; pero aun así, se ocultó detrás de la protectora roca y se agachó todo lo que pudo para aguardar y observar. Podría ser que aquellos drows fueran como los que había encontrado en el bosque: amables y acogedores; y Liriel esperó que así fuera, pues se sentía muy sola y vulnerable en aquel deprimente territorio.

Los elfos oscuros no tardaron en aparecer. Ágiles y vestidos con prendas oscuras, con los cabellos blancos cubiertos por las capuchas de sus capas, los drows andaban con admirable sigilo. Pero de todos modos, la joven supo al instante que aquéllos no eran drows de la Antípoda Oscura. No existía una aureola de magia a su alrededor y, aunque la noche era brillante, sus ojos brillaban con la luz roja que indicaba la utilización del espectro infrarrojo. Incluso Liriel, cuyos ojos estaban acostumbrados a

la luz de las velas, podía ver a la perfección sin la infravisión bajo la fuerte luz de la luna. ¿Estaban los sentidos de aquellos cazadores tan debilitados que no podían hacerlo?

Envuelta en *supiwafwi* y calzada con botas hechizadas, tenía la ventaja de la invisibilidad y el silencio, y se deslizó más cerca para averiguar qué podrían estar haciendo aquellos drows. Estos se fueron mostrando inquietos a medida que ella se acercaba, mirando furtivamente en derredor al tiempo que jugueteaban con sus armas, como si sus instintos de cazador percibieran lo que sus sentidos no conseguían.

¿*Cuánto tiempo hemos de esperar?*, indicó uno de ellos en el silencioso lenguaje de los elfos oscuros que usaba la gesticulación y la expresión facial.

La jovencita vendrá por aquí, insistió otro. *Buscaremos tanto tiempo como sea preciso.*

¿Cuatro varones que osaban tender una emboscada a una hembra? ¡Era escandaloso, inconcebible! La cólera ardió en el orgulloso corazón de Liriel, concentrando sus pensamientos por primera vez desde que abandonara la Torre de los Hechizos Xorlarrin.

Desenvolvió el paquete de dardos que habían sido bañados con poción somnífera y encajó el primero en su diminuta ballesta. Esta sería la segunda prueba del poder del amuleto, pues el veneno drow era destilado mágicamente en lugares de potente radiación y su esencia no sobrevivía al aire libre.

Con movimientos veloces y seguros, Liriel disparó el dardo. La pequeña flecha encontró su blanco y uno de los oscuros cazadores dio un salto sorprendido. Alargó la mano a su espalda y arrancó de ella el dardo, que contempló casi con cómica incredulidad por un momento para, a continuación, desplomarse inconsciente contra el suelo.

La muchacha sonrió de oreja a oreja y dio una palmadita de agradecimiento a su dorado amuleto. Disparó otros tres dardos y contempló cómo los últimos tres cazadores se tambaleaban y caían. Cuando todos hubieron sucumbido al veneno somnífero, echó hacia atrás los pliegues de su capa protectora y avanzó a grandes zancadas, decidida a obtener algunas respuestas. Se colocó a horcajadas sobre el drow que había sido el último en caer y entonces lo abofeteó hasta devolverle la consciencia.

Los ojos del elfo oscuro se abrieron con un veloz parpadeo y, mientras se esforzaba, medio atontado, por combatir el veneno, luchó por concentrar la mirada en su atormentador.

—¿A quién buscáis? —inquirió ella en lengua drow.

—Cre... creo que... a ti. —Los ojos del otro se posaron en la pequeña daga de oro que colgaba del cuello de la joven.

Liriel se echó hacia atrás, consternada. ¿Cómo podía ser que incluso los drows de

la superficie la buscaran? Agarró entre sus manos la capa del cautivo y lo zarandéó con fuerza.

—¿Quién os ha enviado? —exigió saber—. ¿Quién?

Pero el varón ya no podía hablar; la poción había podido con él. Liriel lanzó un juramento y se puso en pie; luego, con movimientos diestros y seguros, registró a los cuatro drows dormidos. Cada uno llevaba un símbolo colgado al cuello con una fina correa de cuero, de un modo muy parecido a como ella llevaba su símbolo de Lloth. Pero no eran gente de Eilistraee, de eso no tenía la menor duda. Las sacerdotisas de la Doncella Oscura habían afirmado que ayudaban a quienes lo necesitaban, y no se parecían en nada a aquellos mortíferos y furtivos drows. ¿Qué significaban aquellos cazadores, y cuál era su interés por ella?

Liriel contempló las dormidas figuras. El sentido práctico exigía que los matara; iban tras ella y sin duda seguirían haciéndolo. Pero, sin saber por qué, aquella acción iba contra sus impulsos naturales. Cuando despertaran, si volvían a ir tras ella, los mataría sin el menor escrúpulo.

Alzó los ojos con rapidez hacia el cielo oriental. El brillante color azul zafiro de la noche se desvanecía; el amanecer no tardaría en llegar. Liriel estaba impaciente por ver aquella maravilla, pero era lo bastante sensata como para hacerlo desde un refugio.

De modo que volvió a introducirse en la cueva y se encaminó veloz por los sinuosos pasadizos que serpenteaban bajo las rocosas laderas de las colinas. Por fin llegó a un lugar apropiado: una cueva con una única abertura situada en lo alto de una pendiente. Miraba al este, lo que le proporcionaba una buena vista del amanecer que se acercaba y, al mismo tiempo, resultaba fácil de defender.

Se envolvió en su capa y se acomodó para esperar el alba. Sin embargo, el sueño se apoderó de ella con la misma inexorabilidad con que los dardos habían derribado a los cazadores drows. Agotada por sus dos días de huida continua, agobiada por el dolor y la sensación de pérdida, se sumió en el sueño sin sueños de los drows.

Fyodor apenas se había introducido en la cueva cuando sobrevino el ataque. Eran dos criaturas altas de aspecto humano con pelajes blancos y cabezas de osos feroces, y se abalanzaron sobre él con profundos rugidos capaces de hacer estremecer las piedras. Los dos empuñaban espadas de confección tosca que blandían con entusiasmo pero sin delicadeza. El rashemita no se sintió tranquilizado por ello. Sus ojos evaluaron con rapidez la combinación de longitud de brazo y espada y calculó que el alcance de las criaturas excedía el suyo propio en más de treinta centímetros. La mayoría de los espadachines mantenían que la habilidad, no el tamaño, era la clave para la victoria, y Fyodor lo aceptaba hasta cierto punto, pero el alcance importaba; tanto le daba lo que otros dijeran en contra.

Pero no había otra cosa que pudiera hacerse, de modo que desenvainó su propia espada y avanzó para enfrentarse al primer mandoble.

Liriel fue arrancada violentamente de su sopor por unos sonidos familiares: el rugido de quaggoths furiosos y el entrecuchar de espadas. Por un momento pensó que volvía a estar en la Antípoda Oscura, pero enseguida se despertó por completo y preguntándose qué, en nombre de todos los dioses oscuros, hacía un oso subterráneo tan lejos de su territorio natal.

Siempre curiosa, la drow se envolvió con fuerza en *supiwafwi* y corrió con paso ligero hacia el combate. Los quaggoths eran cazadores que pasaban toda su vida Abajo. Si uno de ellos salía a la superficie, lo hacía siguiendo órdenes de un ser más poderoso, y puesto que sólo los drows se molestaban en capturar y adiestrar quaggoths, Liriel comprendió perfectamente a quién podría estar cazando el oso subterráneo. Lo que la desconcertaba era quién o qué había interceptado a la bestia.

Siguió los sonidos del enfrentamiento hasta la boca misma de una cueva. Allí estaba Fyodor de Rashemen, combatiendo contra no uno, sino una pareja de luchadores quaggoths.

Un júbilo, repentino e inesperado, inundó a Liriel. Echó hacia atrás la capa y tomó una de sus boleadoras y, haciéndolas girar sobre su cabeza, apareció ante los contendientes.

Los ojos de Fyodor se abrieron de par en par al verla, y el instante de vacilación le costó un doloroso golpe asestado por el dorso de la espada de un quaggoth. Liriel hizo una mueca. Si la criatura hubiera sido más diestra en el manejo del arma, si hubiera girado el ángulo de la espada sólo un poco, habría cortado limpiamente al humano en dos. Aquélla era una pelea que era mejor concluir con rapidez.

De modo que hizo girar las boleadoras una vez más y las dejó volar. El arma se enroscó alrededor de la espada del quaggoth y el impulso de las piedras rotantes arrancó el arma de la garra de la criatura. Con una expresión de alivio por verse liberado del incómodo objeto, el monstruo mostró los colmillos y avanzó hacia el humano, con una aparente competencia en el uso de las armas de la que la naturaleza lo había dotado.

La drow esbozó una sonrisa feroz y sacó un puñado de cuchillos arrojadizos de su cinturón.

—Los murciélagos subterráneos no eran más que un ejercicio de prácticas —gritó a Fyodor al tiempo que arrojaba el primer cuchillo contra el quaggoth que atacaba—. ¡Veamos qué puedes hacer en una auténtica pelea!

Trabajo en equipo

Liriel lanzó sus cuchillos, uno a uno, contra la espalda del quaggoth. Cada uno del blanco, pero el grueso pelaje de la criatura y las profundas capas de músculos impedían que ninguna de las pequeñas hojas alcanzara órganos vitales. El luchador con aspecto de oso rugió de dolor, pero prosiguió su avance hacia Fyodor.

Sin embargo, la hembra quaggoth bramó su rabia y cargó contra la pequeña drow que había atacado a su compañero. Liriel se mantuvo firme, muy decidida, con un cuchillo en cada mano. Un veloz movimiento de muñeca y las dos armas volaron por los aires, para acabar hundiéndose en los encarnados ojos de la quaggoth, que profirió un alarido y se llevó las zarpas a la cara.

La joven sacó su espada corta, comprendiendo que debía acabar con la criatura antes de que ésta se sumiera en su frenesí, pues ciego o no, un quaggoth enloquecido por el deseo de matar resultaba letal debido a su fuerza y furia. Corrió hacia la herida criatura, espada en mano, y la acuchilló una vez, dos, en el vientre, hasta que la quaggoth se desplomó, con las peludas manos sujetando con desesperación la enorme herida. Mediante un último golpe, Liriel le rebanó la garganta.

A su espalda oyó un siseo enojado y, al volverse, se encontró frente a un rostro repugnante, como el de un demonio azulado, con una piel cubierta de escamas y orejas como largos cuernos puntiagudos. Los encarnados ojos brillaban malévolos, y su cuerpo con aspecto de serpiente se balanceaba mientras pronunciaba una frase arcana en un siseante susurro. Liriel no había visto jamás un naga oscuro, pero reconoció lo que era: una criatura mágica de la Antípoda Oscura que era tan peligrosa como un quaggoth enfurecido.

Los finos labios del naga se fruncieron y un fino chorro de ardiente fluido negro salió disparado en dirección a la joven drow. Se trataba de un proyectil venenoso.

Liriel alzó veloz su espada y asestó un golpe al chorro con el revés de la hoja. Una lluvia de minúsculas gotas —una mezcla de ácido y metal fundido— voló de vuelta al naga. La criatura profirió un alarido y retrocedió, y la joven arrojó a un lado el arma, que se iba reduciendo de tamaño por momentos, antes de que el corrosivo veneno alcanzara su mano. El insidioso veneno podía consumir la carne con la misma facilidad con que devoraba el metal.

El naga se recuperó deprisa y empezó a sisear las palabras de otro conjuro. Con gran asombro por su parte, Liriel reconoció el hechizo. Era uno que su padre había creado, y lo recordaba bien, a pesar de que era poco más que un bebé cuando oyó por primera vez aquellas palabras. Aquel hechizo, y el terror y la confusión que lo siguió,

eran su primer recuerdo.

En respuesta a la magia del ser, un montón de rocas se fundió, alargó y adoptó la forma de una serpiente gigantesca con un horripilante rostro elfo. El naga de piedra reptó en dirección a su presa drow entre el chirrido de rocas arañando rocas.

Para conseguir un poco de tiempo, Liriel lanzó una araña arrojada contra el repugnante gólem. El arma hechizada se hincó en la garganta de la criatura, y sin duda habría matado a un ser vivo; pero el gólem carecía de sangre que derramar. La criatura le mostró los colmillos y prosiguió su avance.

Pero Liriel contraatacó; repitió aquel hechizo tan odiado y convocó a su propio gólem. La roca se desprendió de la pared de la cueva como una neblina, para adoptar el aspecto de una doncella elfa de piedra color gris claro. La drow de piedra corrió a defender a su señora y los gólems chocaron con un resonante crujido.

El naga de piedra rodeó rápidamente con sus anillos a la guerrera con aspecto de elfa e intentó apretar, pero el delgado cuerpo pétreo carecía de elasticidad; entonces echó la cabeza hacia atrás y luego atacó con las mandíbulas bien abiertas. Al cabo de un instante escupía fragmentos de sus propios colmillos de roca. El gólem drow rodeó con las delgadas manos la garganta de su adversario e intentó estrangularlo, sin tener más éxito que su oponente. Juntas, las mágicas criaturas rodaron y se debatieron, iguales en fuerza y estúpida obediencia.

Entre tanto, el naga oscuro organizó su propio ataque y se lanzó al frente, sosteniendo en alto la barbada punta de su cola venenosa. Liriel saltó a un lado, rodó por el suelo, y se levantó empuñando la espada que el quaggoth había soltado. Alzándola bien alto con ambas manos, arremetió al frente y asestó una cuchillada a la letal cola de su adversario. La pesada hoja atravesó escamas y hueso, luego fue a estrellarse contra el suelo de piedra con un chasquido ahogado. El naga aulló y se retorció de dolor, mientras, a poca distancia, su cola seccionada se agitaba en una sobrenatural réplica de la angustia de la criatura.

Con su contrincante fuera de combate durante un rato, Liriel tuvo tiempo de pensar en Fyodor. Este resistía el ataque del quaggoth macho, pero sus mangas estaban hechas jirones y los brazos sangraban profusamente. La joven sacó otras boleadoras de su cinturón, las hizo girar por un instante y las envió volando hacia el quaggoth. La larga correa se enrolló una y otra vez alrededor del cuello de la criatura, ganando impulso con cada giro, y los pesos de cada extremo golpearon la cabeza del ser con golpes sordos. Pero no obstante, el oso subterráneo no se desplomó, sino que se limitó a proferir un gorgoteo y a tirar de la correa. Las tiras de cuero se partieron con facilidad, y Liriel supo que el frenesí letal se había apoderado del monstruo.

La muchacha arrojó un segunda boleadora, ésta a los tobillos del quaggoth. La bestia vaciló momentáneamente, luego continuó, con una mezcla de saltos y arrastrar de pies, acercándose a Fyodor. Liriel echó a correr y saltó sobre la espalda de la

criatura; y pateó con todas sus fuerzas hasta que, por fin, ésta dio un traspié y cayó al suelo.

La drow se levantó precipitadamente y agarró al humano del brazo.

—¡Vamos! —gritó, tirando de él mientras echaba a correr; el joven guardó la espada y la siguió en su precipitada huida de la cueva.

Pero Liriel se detuvo en el exterior, a unos cien pasos de la abertura.

—Espera. Voy a derrumbar todo esto.

Fyodor observó mientras la muchacha realizaba a toda velocidad los gestos de un conjuro; luego estiró ambas manos al frente, y un rayo arcano salió disparado de sus dedos, para centellear en el interior de la negra boca de la cueva una y otra vez. Se alzó una nube de polvo; la roca maciza se agrietó y hendió, y por fin toda la cueva se desplomó en una avalancha de tierra y piedras.

La drow bajó las manos, y todo su cuerpo pareció languidecer. El hombre la rodeó con un brazo y la depositó con cuidado sobre el suelo; había visto a las Brujas de Rashemen realizar tales hazañas en combate, y se daba cuenta de que la magia poderosa se cobraba un alto precio en su conjurador. Que una muchacha tan joven pudiera controlar una magia así resultaba sorprendente.

—*Wychlaran* —murmuró con gran respeto, agachándose junto a ella.

—¿Qué? —La joven fijó en él la mirada con un gran esfuerzo, los dorados ojos distantes y vidriosos.

—Es un término de honor, que se da a las Brujas que gobiernan nuestro país. ¿Sucedo lo mismo con tu gente? ¿Gobiernan tu país gentes así?

—No por el momento —murmuró ella, con un pestañeo, desviando luego la mirada—. Olvida los «términos de honor». Mi nombre es Liriel.

Fyodor repitió el nombre, disfrutando evidentemente con su lírico sonido.

—Te queda muy bien.

—Estupendo —repuso ella en tono guasón—. Esperaba que fuera así.

Le dirigió una veloz mirada y captó el destello divertido de los ojos del joven, que no parecía en absoluto ofendido por su sarcasmo ni incómodo en su presencia. Se dio cuenta de lo joven que era; poco más que un muchacho, en realidad. Un muchacho con los músculos de un enano y las cicatrices de un guerrero; aquellos humanos eran un cúmulo de contradicciones. Los ojos azules de éste eran claros e ingenuos; su forma de hablar, franca. En Menzoberranzan, tal comportamiento se consideraría simple; pero a Liriel no se la engañaba dos veces, y observó la tensa rapidez de los músculos del joven, el modo en que su mano permanecía cerca de la empuñadura del afilado cuchillo de caza guardado en su faja.

Justo en ese momento, un retumbo de piedra surgió de la caverna desmoronada. El horror y la incredulidad paralizaron a Liriel allí mismo, pero un segundo retumbo la reavivó y se irguió de un salto.

—El quaggoth —dijo en tono apremiante.

Fyodor se irguió a su vez, pero la contempló con perplejidad.

—¡La criatura-oso! —chilló ella—. ¡Viene hacia aquí!

—Pero no puede ser —dijo él, y sus ojos se mostraron cautelosos, como si estuviera esperando que la muchacha intentara alguna estratagema siniestra.

Liriel bufó con frustración y se lanzó sobre el obstinado humano. Ambos cayeron juntos y rodaron lejos de la cueva en un revoltijo de brazos y piernas. Luego, la joven lo apartó de un empujón y se enroscó en un ovillo, cubriéndose la cabeza con los brazos en el mismo instante en que la boca tapiada por rocas de la cueva estallaba hacia el exterior. Un chorro de polvo y piedras describió un arco en dirección a ellos cuando el quaggoth se abrió paso fuera de la destrozada caverna.

El oso subterráneo estaba sucio y magullado. Manchas de un rojo oscuro ensuciaban su pelaje y un dentado espolón de hueso centelleaba a través de la desgarrada piel de un brazo. Sin embargo, la criatura no parecía darse cuenta del estado en que se encontraba; se limitó a apartar un peñasco de una patada y abandonó la cueva tambaleante, moviendo la nariz mientras olfateaba el aire en busca de su presa. Los ojos del quaggoth brillaban rojos incluso bajo la fuerte luz de la luna, y su áspero y mugriento pelaje aparecía erizado, lo que provocaba que la criatura, de más de dos metros, pareciera aún mayor y más feroz de lo que era. En la mano sana sujetaba al apaleado naga por la mutilada cola, agitando a la criatura de tres metros a un lado y a otro como si se tratara de un látigo.

—No querías escuchar —siseó Liriel a Fyodor.

Tampoco escuchaba en aquel momento. Con veloces y gráciles movimientos, Fyodor se puso en pie, la espada desenvainada. Los ojos del joven luchador se tornaron fríos y duros y, ante el asombro de la muchacha, pareció crecer hasta una estatura que igualaba la del enfurecido quaggoth. Puesto que no era ninguna estúpida, la drow gateó fuera del lugar que iba a ser escenario del combate, para lanzarse detrás de unas piedras y observar cómo atacaba el humano.

La criatura-oso echó violentamente hacia atrás al naga muerto, luego lo lanzó en dirección a Fyodor con una fuerza increíble. El luchador estaba preparado; giró con fuerza a la izquierda y lanzó la espada en una estocada baja y hacia atrás. En cuanto la cabeza del cadáver salió disparada al frente, él blandió su arma para interceptarla, y la embotada y ancha hoja hendió limpiamente la escamosa coraza. La cabeza seccionada voló por los aires describiendo un impresionante arco.

—Madre Lloth —musitó Liriel, contemplando con los ojos muy abiertos y creciente excitación.

Fyodor se aproximó más a toda velocidad, con la espada por delante. El quaggoth apartó el arma a un lado con su zarpa, sin prestar atención a la profunda cuchillada abierta en su palma. Volvió a balancear al naga muerto. Las secreciones brotaban

libremente del cuello cercenado, pero el humano se encontraba demasiado cerca para que el macabro látigo pudiera infligirle mucho daño. Su adversario arrojó a un lado el cuerpo de serpiente y asestó un revés al humano con la ensangrentada zarpa; el golpe dio en el blanco y lanzó a Fyodor hacia atrás dando traspiés.

Percibiendo una ventaja, el quaggoth saltó. Pero el otro había recuperado ya el equilibrio, por lo que esquivó con agilidad la embestida y la criatura fue a dar con sus huesos en el rocoso suelo. Fyodor se acercó con la espada levantada para asestar el golpe final.

Pero el oso subterráneo rodó sobre su espalda y dobló las rodillas hacia arriba y con fuerza contra el cuerpo, luego las estiró en una violenta patada y alcanzó al hombre en pleno pecho. El humano fue lanzado hacia atrás y se golpeó la espalda contra un árbol con tal fuerza que el impacto le hizo extender los brazos y arrancó la espada de su mano.

El quaggoth volvió a encoger las rodillas, en esta ocasión para dar un salto e incorporarse. La criatura se aproximó despacio, mostrando los colmillos en un silencioso bramido y con los enormes brazos muy abiertos en una lúgubre parodia de un abrazo.

Fyodor se apartó del árbol ágilmente y cargó. Sujetó a la criatura por la cintura. Ambos cayeron al suelo como luchadores, cada uno forcejeando por encontrar el modo de matar al otro. Transcurrieron varios minutos mientras se debatían, igualados en rabia y fuerza.

Por fin el hombre inmovilizó a la enorme bestia, con las dos garras por encima de su cabeza. La peluda cabeza del quaggoth se revolvió de un lado a otro, y aunque sus mandíbulas rechinaban y chasqueaban, no consiguió un punto de apoyo, ya que la cabeza del humano estaba firmemente apretada bajo su barbilla, obligando a la peluda testa a mantenerse levantada. La cabeza de Fyodor se estremeció, salvajemente, unas cuantas veces, y la sangre empezó a manar por la garganta cubierta de pelo de su cautivo. Los forcejeos del ser perdieron fuerza y finalmente cesaron.

Liriel se llevó la mano a la boca para no proferir un grito triunfal. ¡Fyodor había desgarrado la garganta de su adversario!

Sin embargo una especie de instinto le advirtió que se mantuviera en silencio, que siguiera oculta. Desde su escondite observó cómo Fyodor se ponía en pie despacio. El guerrero pareció encogerse ante sus ojos, y contempló a la criatura muerta durante un buen rato, como si no pudiera comprender de dónde había salido. Luego sus hombros se hundieron, y un ronco y desesperado gemido surgió de su interior.

—¿Qué? —se maravilló Liriel, desconcertada.

Entonces el humano se cubrió la boca con ambas manos y corrió al interior de unos matorrales. Eso, Liriel lo podía comprender. El quaggoth olía fatal, incluso desde donde ella se encontraba, y su sabor sin duda sería capaz de hacer vomitar a un

ogro.

Aguardó hasta que el hombre hubo terminado y regresado, tambaleante, al claro. Tenía mejor aspecto, aunque estaba sumamente pálido, y la joven salió de su escondite, aplaudiendo con suavidad. Fyodor giró en redondo para mirarla. Pareció tan sobresaltado que ella comprendió que se había olvidado por completo de su presencia, y aunque no estaba nada acostumbrada a tal falta de atención, su estado de ánimo la impulsó a mostrarse generosa.

—Impresionante —lo felicitó.

—¿Lo viste? —Los ojos del joven parecían trastornados.

—Sí, desde luego. Fue un espectáculo maravilloso. Desde una distancia segura, claro está.

—¿Cómo puedes decir algo así? —exclamó él—. ¡Por todos los dioses, le he desgarrado la garganta a esa cosa!

La drow se encogió de hombros, sin ver cuál era el problema. Había cosas más importantes de las que ocuparse; la noche se desvanecía, y también la poción somnífera que inmovilizaba a los cazadores drows.

—Hemos de resguardarnos. Conozco un lugar.

Cuando él vaciló, Liriel lo agarró por la muñeca y le levantó la andrajosa manga. Había marcas allí donde las mugrientas zarpas del quaggoth lo habían alcanzado, junto con un corte más antiguo y profundo que necesitaba con urgencia que volvieran a coserlo.

—Mira... tú estás herido, yo estoy cansada. Intenta ser sensato.

Lo cierto era que Fyodor empezaba a balancearse sobre los pies, pues el familiar mareo que seguía a una furia batalladora se había apoderado de él.

—Una tregua —asintió él, agotado.

Demasiado exhausto, demasiado desmoralizado para importarle si la traicionera drow cumplía su palabra o no, Fyodor dejó que lo condujera a una cueva cercana. Con un chasquear de dedos, la oscura hechicera encendió una pequeña fogata y, mientras el joven se calentaba, ella se ocupó con destreza de sus heridas. De su bolsa de viaje la muchacha sacó unas raciones de viaje —tiras de carne desecada que él reconoció como de rote— y comieron en silencio. Sintiéndose algo más repuesto por la comida y el fuego, el muchacho tomó unos tragos de su frasco, luego se volvió para ofrecer un poco a la drow, pero descubrió que no estaba a su lado. Contempló, perplejo, cómo Liriel se acomodaba en la boca de la cueva.

—Es plateado —murmuró ella en tono admirado—. ¡El cielo es realmente plateado!

De repente él lo comprendió. Era su primer amanecer y su postura tensa y expectante sugería que era una experiencia que había esperado desde hacía tiempo. Puesto que no deseaba perturbar el placer de la elfa, pero deseando ser testigo de él,

Fyodor se acercó silencioso para sentarse junto a ella. Los ojos de la muchacha se anegaron de lágrimas como si sintiera dolor, pero no desvió la mirada de la luz del alba. Sin mirar a su acompañante, lo sujetó por el brazo y señaló unos rosados jirones de nubes.

—¡Mira ese humo de allí! ¿Qué color es ése?

—Son nubes, y son rosadas. ¿Nunca antes habías visto ese color?

—Nunca he visto nada como esto —repuso Liriel, sin apartar ni un momento los ojos del cielo cada vez más iluminado—. ¡Mira ahí! El hum... las nubes son púrpuras, y doradas. ¿Es siempre así?

—¿El amanecer? No. Es distinto cada día. Los colores vuelven a aparecer cuando el sol se pone.

Liriel apenas si tuvo tiempo de asimilar aquella maravilla cuando el sol mismo coronó las colinas. Un fragmento rojo, más brillante que el metal fundido, se abrió paso hacia el cielo, y ella chilló con una mezcla de dolor y asombro. Los ojos le ardían con fuerza, pero se negaba a apartar la mirada.

Fyodor se sintió conmovido por el inocente regocijo de la drow, y reacio a poner fin al momento. Pero acabó por tomar a la muchacha por los hombros y hacerla girar con firmeza hacia él.

—No debes mirar al sol, ni siquiera ahora, cuando su luz es débil. Ni siquiera aquellos que han nacido bajo su luz pueden hacerlo.

Ella dirigió una última y larga mirada al prodigioso sol mientras seguía al guerrero al interior de la cueva.

—¿Su luz es débil? —repitió, incrédula.

De vuelta en la reconfortante oscuridad, dedicó toda su curiosidad al humano, y en respuesta a sus ansiosas preguntas, él le contó lo que le había ocurrido desde su último encuentro. Su reacción fue leve cuando mencionó al hechicero drow de cabellos cobrizos, pero a Fyodor no le pasó por alto.

—Lo conoces.

—Me temo que sí. Sólo podía ser Nisstyre. Sólo él sabría dónde encontrarte —respondió ella con amargura, y le contó el papel que había tenido el hechicero en organizar un falso rastro que condujera a Fyodor fuera de la Antípoda Oscura—. Pensé que estarías más a salvo en la superficie —concluyó con una sonrisa irónica—. Puede que reconsidere tal opinión.

—¿Por qué tenías que hacer tal cosa? —inquirió él, desconcertado.

Liriel se encogió de hombros e introdujo un trozo de cadena de oro más profundamente en el interior del cuello de su túnica.

—Me engañaste. Admiré eso. Pero todo aquello está pasado. Tengo trabajo que hacer.

La drow sacó una pequeña bolsa de su cinturón y seleccionó un enorme diamante

bellamente tallado, luego depositó la gema en la palma de su mano y salmodió en voz baja. Al cabo de un instante, la joya se desintegró convertida en polvo centelleante. Liriel se puso en pie y roció con cuidado el polvo de diamante formando un círculo de casi tres metros alrededor del fuego. A continuación, tarareando una extraña melodía, empezó a danzar y, entre inclinaciones y balanceos, tejió un complicado dibujo de belleza y magia. Fyodor la contempló, tan hechizado como si el conjuro hubiera sido lanzado sobre él.

—Ese círculo no lo podrán atravesar los ojos de ningún hechicero —anunció ella, dejándose caer por fin sobre el suelo de la cueva, cansada y satisfecha— ni siquiera los de Nisstyre. Deberíamos estar a salvo aquí.

—¿Tan poderoso es ese Nisstyre?

—Es un drow.

Liriel lo dijo con una mezcla de orgullo y sombrío presagio que el humano encontró inquietante. ¿Qué significaba en realidad, ser un drow? No comprendía realmente a aquella extravagante joven; en su segundo encuentro le resultaba aún más un misterio que antes. Estudió a la muchacha con tanta atención que transcurrieron varios minutos antes de que se diera cuenta de que ella lo observaba con igual interés.

—¿Luchan todos los humanos como tú? —preguntó ella, con los ojos encendidos por la curiosidad.

—No, loados sean los dioses —repuso Fyodor, bajando la mirada hacia las llamas.

—Entonces ¿cómo? ¿Qué magia posees?

Pero él no podía soportar hablar de ello ahora, no tras lo que había hecho. Los ataques de furia *debersérker* le arrebataban la voluntad y el juicio: ahora parecía que le robarían incluso su espíritu. Lo que había hecho aquella noche era simplemente algo no humano.

—Es un largo relato y estoy muy cansado —se limitó a responder.

Liriel lo aceptó con un movimiento de cabeza.

—Más tarde, pues. Realmente necesitas descansar. Pero primero, dime: ¿duermes o te sumes en una ensoñación?

—¿Ensoñación?

Ella hizo una pausa, buscando las palabras.

—Es cuando uno sueña.

—¡Ah! Bueno, eso lo hago, despierto o dormido —repuso él con una débil sonrisa—. En mi país se dice que existen dos clases de personas: las que piensan y las que sueñan.

La drow lo meditó, las blancas cejas fruncidas en una expresión de perplejidad. Los elfos oscuros o dormían o descansaban sumidos en una ensoñación. ¿De qué estaba hablando el humano? Quería hacerle muchas preguntas; sin embargo estaba

claro que Fyodor no podía contestarlas por el momento. Pero un repentino y escandaloso plan se asomó a su mente, y lo expuso al instante.

—Podemos viajar juntos durante un tiempo. ¡Hay tantas cosas que puedes explicarme!

—¿Estás siempre tan impaciente por aprender? —sonrió el hombre, encantado con su belleza y entusiasmo.

—Siempre —prometió ella; compartieron una sonrisa y Fyodor se sintió tentado a aceptar.

—No puedo —respondió con pesar—. Debo encontrar a ese Nisstyre y a los otros drows con los que me enfrenté antes.

La sonrisa de Liriel se esfumó, pues había olvidado por el momento lo que el humano buscaba: el amuleto que ella llevaba bajo la túnica. ¡No era él el único que lo quería!

—Entonces aquí, conmigo, es el lugar donde hay que estar sin lugar a dudas —replicó ella sombría—. ¿Por qué crees que apareció Nisstyre?, ¿por qué envió a sus cazadores drows de vuelta a aquellas cavernas?

De modo que la perseguían. Por qué, Fyodor no lo comprendía, pero la fría cólera que el hechicero drow había encendido en su corazón ardió con un poco más de intensidad.

—Viajaré contigo, entonces —dijo—. Cuando ese Nisstyre muera, los dos podremos ser libres.

—¡En ese caso se trata de una conspiración! —Los ojos de la joven centellearon.

—En mi tierra —replicó él, y su labio se curvó en una leve sonrisa— lo llamamos una alianza.

—Ya me sirve —comentó Liriel.

El fuego se extinguía, por lo que Fyodor recogió un puñado de ramas secas para echárselo. Una diminuta araña marrón se arrastró fuera del haz hasta su mano y él la apartó con un distraído golpecito. El golpe aplastó al delicado arácnido y envió a su cuerpo rodando hasta las crecientes llamas.

Liriel se quedó paralizada, con los dorados ojos desorbitados por el horror. Luego, aullando en muda rabia, se abalanzó sobre Fyodor, con las manos convertidas en unas zarpas que intentaron arañarle el rostro.

El humano la sujetó por las muñecas y mantuvo a distancia las agitadas manos, pero la fuerza del ataque los lanzó a ambos al suelo. El rashemita era de mayor estatura y más fuerte, pero aun así, tuvo que forcejear con la enfurecida elfa durante varios minutos antes de inmovilizarla por completo bajo su cuerpo. A pesar de lo menuda que era, hizo falta todo su peso para mantenerla en el suelo.

Refrenada pero no sometida, Liriel clavó una mirada desafiante en su captor, y éste se la devolvió con igual intensidad. Siempre estaba alerta por si la imprevisible

drow lo atacaba, pero al estudiar su rostro no encontró traición, sino ira.

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—¡Has matado una araña! El castigo por tu crimen es la muerte —le escupió ella.

—No puedes decirlo en serio. —Fyodor se quedó boquiabierto.

—¡Las arañas son sagradas para la diosa de los drow, campesino ignorante!

El hombre reflexionó sobre ello con serio interés. Le habían sucedido muchas cosas últimamente, y sus nervios se habían tensado hasta casi reventar. En su actual estado de ánimo, la afirmación de la drow le resultó total y deliciosamente absurda.

—¿Debo entender —dijo despacio—, que veneráis bichos?

Mantener la dignidad en aquellas circunstancias no era tarea fácil, pero Liriel estuvo a la altura de la situación y su menuda barbilla se alzó autoritaria.

—Sí, desde luego. Por decirlo así.

Fyodor contempló con fijeza a la joven por un instante, luego inclinó la cabeza para apoyarla en los enmarañados rizos de los cabellos de ésta, y su cuerpo empezó a estremecerse. Las carcajadas se iniciaron en su vientre y estallaron en un gutural rugido, y el humano rodó impotente de costado, sujetándose las costillas y balanceándose a un lado y a otro.

En cuanto se vio libre de su peso, la drow se levantó de un salto, con una araña arrojadiza en la mano. La visión de aquella arma provocó en el otro una nueva oleada de carcajadas.

Liriel miró a Fyodor enfurecida, demasiado perpleja por su extraño comportamiento para responder de modo adecuado a su blasfemia. Así que se limitó a permanecer inmóvil y aguardó a que la incomprensible risa del humano amainara.

Por fin, éste se tranquilizó, secándose las lágrimas de los ojos.

—Ya puedo regresar a Rashemen sin demora —anunció, y sus ojos azules brillaron a pesar de la circunspecta expresión de su rostro—. Porque ahora no hay duda de que no me queda nada más por oír.

El Viajero del Viento

Nisstyre avanzaba a grandes zancadas bajo la fuerte luz de la mañana, con el rostro protegido y oculto por los pliegues de su capucha. No obstante los esfuerzos de su sacerdote drow, Nisstyre no se encontraba aún lo bastante fuerte para lanzar los potentes hechizos necesarios para el viaje mágico, por lo que él y sus luchadores se vieron obligados a ir a pie hasta las cavernas. Era arriesgado para los drows andar por allí durante el día, y los compañeros de Nisstyre —en particular Gorlist— fueron mostrándose más intranquilos a medida que transcurría el día.

Cuando por fin alcanzaron la primera de las colinas repletas de cuevas, el sol de la tarde proyectaba largas sombras sobre el rocoso paisaje. El hechicero, cuyos ojos estaban más acostumbrados que los de los demás a la cruel luz diurna, fue el primero en ver a las cuatro figuras inmóviles que yacían a lo lejos. Nisstyre maldijo por lo bajo y con fervor al reconocer a los drows que había enviado en busca de Liriel Baenre.

Se aproximó a toda prisa, y con gran alivio por su parte, comprobó que aún respiraban. Aún mejor, la pequeña asta de un dardo sobresalía del hombro de un cazador. Nisstyre se inclinó, la soltó de un tirón y olfateó la punta de la flecha. El característico olor de la poción somnífera drow —una poción basada en la magia de la Antípoda Oscura— persistía aún en el diminuto proyectil.

—¡Lo ha hecho! —masculló el hechicero.

Tan satisfecho se sintió Nisstyre por aquel descubrimiento que despertó a los dormidos con patadas mucho más suaves de las que habría empleado en otras circunstancias. El veneno que los había derribado duraba sólo unas pocas horas, por lo que era probable que Liriel no hubiera ido lejos. Es decir, no podía haber ido lejos a pie. El drow rezó para que la joven no hubiera marchado de aquel lugar mediante medios mágicos. Había modos de rastrear hechiceros que seguían los plateados senderos de la magia, pero éstos estaban fuera incluso de sus habilidades.

Un grito de triunfo interrumpió sus preocupados pensamientos. Gorlist lo llamó para que se acercara a donde estaba él y señaló la pequeña y tenue marca de una bota elfa.

Nisstyre se acercó, pero sus manos se movieron veloces en furiosa y silenciosa comunicación mientras recordaba al joven luchador la importancia del sigilo. El otro asintió con la cabeza, pero aguantó la reprimenda con la paciencia de una flecha tensada.

Veloz para reconocer el esfuerzo baldío, Nisstyre indicó con un ademán al ansioso

drow que saliera tras la presa. No obstante, se aseguró de permanecer cerca de Gorlist. Ahora que sabía hasta qué punto era valiosa Liriel, el hechicero no quería arriesgarse a perderla por culpa de la sed de venganza del joven luchador.

Resultaba curioso, se dijo Nisstyre, que Gorlist hubiera concentrado su cólera en Liriel, en lugar de en el luchador humano que lo había herido tan gravemente. Mientras andaba, los pensamientos del drow permanecieron mucho tiempo puestos en el extraño humano, y en el amuleto que éste había poseído y que ahora estaba en poder de Liriel.

También reflexionó sobre la posible conexión entre aquellos dos seres tan dispares. Resultaba evidente que se habían conocido, pues de otro modo no tendría sentido la rebuscada treta que Liriel había organizado para disuadir de una persecución al interior de la Antípoda Oscura. Ella conocía la existencia del humano y lo temía; eso estaba claro. Pero ¿cómo se habían conocido, y qué podría suceder si se encontraban de nuevo? Era imposible que una orgullosa hembra Baenre pudiera unirse a un varón humano, y eso estaba bien. Al hechicero no le gustaba la perspectiva de que la magia drow de Liriel actuara de común acuerdo con la increíble furia combativa del humano. ¡Los seguidores de Vhaeraun eran demasiado pocos para arriesgarlos en un combate tan desigual!

Durante todo el día Liriel y Fyodor se turnaron para montar guardia, descansando lo poco que les era posible. La drow confiaba en su círculo mágico para mantener alejados ojos fisgones, pero éste no ofrecía mucha protección contra un ataque físico; por lo que ambos viajeros permanecieron alerta, no sólo a los peligros que los rodeaban, sino a los que cada uno pudiera representar para el otro.

Puesto que no podían dormir, charlaron. Fyodor relató una historia tras otra; algunas eran de naturaleza heroica, otras francamente cómicas, pero todas poseían capas de significado que intrigaban a la drow. Igualmente fascinante para ella era un tema que aparecía en todo momento: la comparación que el joven hacía constantemente entre «aquellos que piensan y aquellos que sueñan». Los drows —a excepción de aquellos pocos que se hallaban ya en el ocaso de su vida que descansaban bajo la forma de una ensoñación elfa— no soñaban ni dormidos ni despiertos. Pensaban, intrigaban y conspiraban, luego dormían. La misma Liriel no se sumía en el ensueño, pero se preguntó si su resolución de llevar a cabo la búsqueda de una runa no podría calificarse de una especie de sueño. Si eso fuera así, entonces a lo mejor era una soñadora en el fondo. Se trataba de un concepto totalmente extraño a un drow de Menzoberranzan, pero sin embargo parecía encajar con ella, y llenaba un hueco que nunca antes había sentido.

Lo mismo sucedía con las risas que compartieron en muchas ocasiones durante el día. Alternativamente serio y juguetón, Fyodor contemplaba el mundo con un irónico

y oscuro humor no muy diferente al de ella, y su profunda risita grave se unía con frecuencia a la de su compañera. Aquél no era el modo de actuar de los drows, pues el humor de los elfos oscuros era por lo general una competición, un placer obtenido a costa de otro. La joven incluso disfrutaba con las bromas del muchacho, que carecían por completo de la maliciosa intención común entre los de su raza.

Fyodor le habló de su tierra y de las tierras que había atravesado, y las batallas que había presenciado. Aunque reconocía en sus palabras un amor por los viajes y la aventura igual al suyo, Liriel se sorprendió al observar que el joven sentía al parecer muy poco interés en el arte de luchar en sí.

—Si no te importa el arte de la espada, ¿cómo es que luchas tan bien? —inquirió ella.

—Rashemen es un país pequeño, rodeado de enemigos poderosos —respondió él, encogiéndose de hombros—. Todo rashemita aprende a combatir a una edad temprana.

—También lo hacen los drows. Hay más que eso en ti —declaró Liriel con calma—. He visto algunos humanos en Menzoberranzan. Algunos luchan mejor que otros, pero todos mueren con bastante facilidad. Tú te aferras a la vida con más fiereza de la que parece natural.

El humano permaneció silencioso un buen rato, contemplándola con mirada tranquila y apreciativa, y por un instante la joven recordó los hechizos de lectura mental del clero de Lloth, lo que le hizo preguntarse si aquel humano la estaría sopesando en algún invisible sistema de evaluación propio. No parecía probable que un simple varón humano, un plebeyo ataviado con toscas prendas, pudiera controlar tal magia, pero Liriel ya no se mostraba tan rápida en sacar conclusiones. Cuando el joven luchador asintió y empezó a hablar de cuestiones más personales, ella tuvo la extraña sensación que había pasado una especie de examen.

La drow escuchó con atención cuando Fyodor le habló de los *bersérkers*, y la extraña enfermedad que lo había aislado de la hermandad que defendía su tierra. Lo habían echado; al no poder ya controlar sus furias combativas se había convertido en un peligro para los que lo rodeaban.

—¡Eso es una total estupidez! —lo interrumpió Liriel con acaloramiento—. ¡Tras verte en combate, no se me ocurre otro luchador al que quisiera tener cubriéndome la espalda!

El joven le dirigió una leve y efímera sonrisa.

—Me haces un gran honor, pequeño cuervo. Pero considera los peligros. Debo luchar hasta que todos los que se enfrentan a mí han desaparecido, y ése no es el mejor camino siempre, para mí o para los que luchan conmigo. Pero lo que más temo —siguió diciendo en voz baja— es en lo que pueda convertirme antes de que la lucha se detenga. Viste lo que le hice a la criatura-oso. Juro por mi alma que jamás habría

hecho algo así de haber podido elegir mi conducta. Y si no puedo mandar sobre mis acciones ahora, ¿cuánto tiempo tardaré en no poder distinguir al amigo del enemigo?

—Comprendo tu problema —dijo ella.

—Entonces comprenderás el propósito de *midajemma*. Las Brujas que gobiernan mi país me enviaron en busca de un antiguo amuleto que puede almacenar ese peligroso poder, de modo que pueda convocarlo de nuevo a voluntad.

Pues claro que ella lo comprendía. Liriel sintió de improviso como si su corazón fuera de plomo bajo el peso del robado Viajero del Viento.

—No me digas. Un amuleto que almacena magia —repitió en tono aburrido.

—Eso es. Cómo funciona su magia, no lo sé.

Puede que no, pero ella sí lo sabía. Liriel no se sintió excesivamente complacida al darse cuenta de que sabía más sobre la magia del Viajero del Viento que Fyodor, puede que incluso más que las Brujas de Rashemen. El amuleto era suyo ahora, adquirido a un precio exorbitante, y así debía seguir. Y sin embargo...

—¿Qué sucederá si nunca recuperas el amuleto? —quiso saber.

—Significa mi vida —repuso él, encogiéndose de hombros y atizando el fuego— y la ayuda que mi espada podría dar a mi convulsionado país.

Liriel se puso en pie de improviso y se encaminó hacia la entrada de la cueva. Hizo una seña a Fyodor para que se quedara atrás cuando éste mostró la intención de seguirla. Tras todo lo que había pasado entre ellos, necesitaba unos instantes de soledad para ordenar sus pensamientos.

El día se había consumido casi por completo, pero justo más allá de la cueva todo era una brillante luz dorada. La drow observó todo el tiempo que pudo resistirlo, intentando acostumbrar sus ojos a la luz del mundo de la superficie; aunque pasarían muchos días antes de que pudiera pasear bajo el sol con comodidad. La cuestión que la inquietaba ahora era si debía o no andar sola.

No podía abandonar su propia misión, porque hacerlo podía muy bien significar su vida. Siendo consciente de la codiciosa ansia de poder de su pueblo, la joven dudaba que pudiera regresar jamás a la Antípoda Oscura, con o sin el ambicionado amuleto. Ni tampoco podría sobrevivir mucho tiempo en la superficie sin su magia drow. Era una hechicera, no un guerrero, y aunque su habilidad con las armas era considerable no era suficiente para mantenerla con vida en aquel mundo hostil. No, tampoco podía renunciar al Viajero del Viento.

En efecto, ¿por qué debería hacerlo? Fyodor de Rashemen era un humano, un varón, un plebeyo y, por lo tanto, según todas las disposiciones que Liriel había conocido, indigno de ser tomado en cuenta. ¿Por qué, pues, aquella insólita preocupación por su éxito? Era una cuestión que desconcertaba y enojaba a la joven drow.

Pero lo que frustraba sobre todo a Liriel era qué una persona no pudiera mejorar a

menos que otra fuera degradada. Siempre había sido así, y hasta ahora jamás había puesto en duda aquella sencilla realidad; pero ahora se rebelaba contra ella y rebuscaba en los tortuosos senderos de su mente de elfa oscura para hallar otro modo.

Y sin embargo, cuando por fin Liriel regresó a la sedante oscuridad de su campamento compartido, lo hizo con el amuleto Viajero del Viento oculto en el fondo mismo de su bolsa de viaje.

Con la llegada del crepúsculo, Liriel y Fyodor abandonaron furtivamente la cueva y desandaron el camino en dirección a la caverna derrumbada. Cuando se acercaron al campo de batalla, una nube de cuervos a los que se había interrumpido alzaron el vuelo, abandonando su banquete entre sonoros graznidos de disgusto.

El rostro de Fyodor se llenó de sombrías arrugas mientras inspeccionaba la carnicería del día anterior, y Liriel sospechó que su compañero no disfrutaba con aquel recordatorio de su último frenesí combativo, aunque la joven avanzó con pasos rápidos por el pedregoso terreno en dirección a los cuerpos de sus difuntos adversarios. Allí había respuestas que debía conseguir.

Hizo caso omiso de los restos destrozados del quaggoth y se arrodilló junto a lo que quedaba del naga oscuro. Las escamas azules de la criatura aparecían apagadas y polvorientas, pero seguían siendo una coraza formidable. Utilizando su cuchillo más resistente, la drow golpeó e hizo palanca y tiró hasta conseguir desprender una sección de las escamas; luego abrió una hendidura en el cuerpo del naga y extrajo de él un saco que parecía más una mochila que cualquier cosa que pudiera hallarse en una criatura que había estado viva.

Fyodor se aproximó, intrigado, mientras Liriel estiraba de extremo a extremo la única abertura del saco y empezaba a vaciar su contenido. Había temido regresar a aquel lugar, pero comprendía que la drow necesitaba descubrir quién la perseguía, y lo cierto era que también él deseaba saber más sobre el hechicero llamado Nisstyre, y qué era lo que quería de Liriel. De modo que Fyodor contempló con suma atención cómo ella sacaba cierta cantidad de artículos curiosos: una daga ancha y larga; un pequeño arsenal de cuchillos; varios frascos de pociones y venenos; un mapa bien enrollado; una bolsa llena de monedas de platino; otra repleta de joyas; varios pergaminos de conjuros, y un pequeño libro. Sin prestar atención a los otros objetos, la joven alargó la mano hacia el libro y pasó varias hojas. Sus hombros se hundieron.

—¿Qué sucede? —preguntó Fyodor en voz baja.

—Esto es un libro de conjuros, un duplicado del que yo llevo. Es la obra del archimago Gomph Baenre. Mi padre.

La voz de la drow sonó fría y serena, pero a Fyodor no le pasó por alto la leve nota de desesperación.

—A lo mejor se lo robaron.

—Gomph es probablemente el hechicero más poderoso de una gran ciudad drow. La magia de un naga es una nadería en comparación. No, esta criatura sólo podía conseguir el libro de conjuros con el conocimiento y aquiescencia de Gomph.

—Es tu padre; quiere que regreses —razonó él.

—¡Quiere verme muerta! ¿Qué crees que eran el naga oscuro y los dos quaggoths: una embajada diplomática?

A Fyodor no se le ocurrió ninguna palabra de consuelo para tal traición, de modo que permaneció en silencio mientras la competente joven recogía los tesoros del naga. Liriel introdujo la daga en su cinturón de armas para reemplazar la espada que había perdido en la caverna, e introdujo cuchillos en los numerosos bolsillos y correas hábilmente ocultos por toda su persona. No pareció que le importara que Fyodor viera cómo y dónde iba armada.

El joven vio en aquella acción no tan sólo turbación mental, sino una cierta confianza, y lo dejó pasmado que esta muchacha, que acababa de aceptar una aplastante traición con estoica calma, pusiera su confianza en él. Fyodor había llegado a apreciar la intensa y entusiasta forma de plantearse la vida de la elfa oscura, pero sólo ahora vislumbraba el auténtico calibre de su animoso espíritu. Lo que había sido su vida entre los drows no podía ni imaginarlo; pero sospechaba que aquello en lo que podía convertirse podría dar forma a los relatos que los hijos de sus hijos pudieran contar algún día.

Liriel lo guardó todo, dejando el libro de conjuros para el final. Lo tomó, vaciló, luego se lo entregó a Fyodor.

—Esto es demasiado valioso para dejarlo, pero no soy capaz de llevarlo.

No había ni un deje de debilidad en su voz; era tranquila y realista. El rashemita le dio su aprobación y la admiró por ello. Tomó el libro y lo depositó en el fondo de su bolsa de viaje; luego, le tendió la mano a la drow.

Liriel vaciló, pero enseguida sus finos dedos se cerraron sobre los de él y permitió que la ayudara a levantarse. Tampoco retiró enseguida la mano. El uno al lado del otro, los dos camaradas se perdieron en la creciente oscuridad.

Transcurrió una hora, y luego otra antes de que Fyodor rompiera el silencio que pesaba como una losa entre ellos.

—¿Adonde te dirigías antes de que Nisstyre saliera en tu busca?

«A Ruathym», pensó Liriel, pero no estaba lista aún para divulgar su destino final, de modo que mencionó Aguas Profundas, y él asintió pensativo.

—Es un largo viaje. Debemos viajar de día si hemos de mantenernos por delante de los que te persiguen. Necesitaremos provisiones y caballos. Hay un poblado cerca, Puente del Troll, donde puedo adquirir ambas cosas.

—Pero ¿qué hay de tu propia búsqueda? —La joven drow lo contempló fijamente

llena de confusión—. ¡Creía que querías enfrentarte a los ladrones de Nisstyre!

—Y eso haré. Primero me ocuparé de que llegues sana y salva a tu destino, mientras aún pueda hacerlo. ¿Hay gentes en Aguas Profundas en las que puedas confiar?

—Eso creo, pero y tu...

Fyodor apoyó un dedo sobre los labios de la joven para acallarla.

—No te preocupes por mí; arreglaré mis asuntos. A donde tú vayas, Nisstyre te seguirá. ¿No es eso?

—Sí, pero...

—¡Es suficiente! —Alzó las manos al cielo en fingida exasperación—. ¿No acordamos trabajar juntos?

Liriel se limitó a asentir. Sonaba tan fácil cuando él lo decía que su mente empezó a dar vueltas a las posibilidades de tal acuerdo. Si dos personas podían realmente combinar sus habilidades y energías, ¡cuánto más no podrían conseguir que siendo uno solo! Tal vez existía un modo...

No obstante, mientras se dirigían a toda prisa hacia el poblado, los recuerdos de su vida en Menzoberranzan no dejaban de regresar a su mente. A pesar de su frívola despreocupación por la vida clerical, la Senda de Lloth había sido grabada profundamente en su mente y corazón; había visto los sacrificios que la diosa requería, el brutalmente impuesto aislamiento que se exigía de aquellas que servían a la Señora del Caos. El poder del matriarcado drow tenía un precio y sólo las sacerdotisas de Lloth comprendían en toda su extensión la crueldad de la diosa.

Liriel no pudo evitar preguntarse qué pago se le exigiría por pensar en unir su camino con el de un varón humano. Peor, por pensar que su sueño podría crecer para dejar lugar a otro. Y lo que era aún más herético, por atreverse a soñar siquiera.

No, lo que Fyodor sugería no era tan fácil.

El beso de la Araña

La drow y el rashemita caminaron toda la noche, y con las primeras luces descubrieron los remotos campos que anunciaban la existencia de un pueblo agrícola. Se detuvieron en la ladera de una colina desde donde se contemplaba un lugar verde y oloroso que Fyodor llamó prado. Más allá, al otro lado de varios ondulantes altozanos más pequeños, Liriel vio un centelleo blanco y azul que sólo podía ser el río Dessarin. Los agudos ojos de la drow escudriñaron el paisaje y se fijaron en un lugar que se ajustaría a sus propósitos: un pequeño claro resguardado en una colina cubierta de árboles que daba al río.

—Debes permanecer aquí —advirtió Fyodor—. La gente de Puente del Troll han padecido mucho a manos de bandidos drows y no aceptarían de buen grado tu presencia.

Liriel aceptó sus palabras sin discutir.

—Me parece bien. Estoy demasiado cansada para dar otro paso.

La joven recalcó su afirmación con un gran bostezo y, a instancias de Fyodor, se introdujo con grandes dificultades entre las enredaderas que casi asfixiaban un tejo de ramas bajas. La protectora sombra la resguardaría del sol y *supiwafwi* le proporcionarían invisibilidad. Allí podría descansar con relativa seguridad.

Cuando el guerrero quedó convencido de que todo estaba bien, descendió con pasos rápidos la ladera en dirección a Puente del Troll. La luna nueva había pasado, y esperó que el miedo de los aldeanos a los elfos oscuros saqueadores se hubiera ido con ella. Sin embargo no pudo evitar sentirse inquieto por ir allí con unos cazadores drow pisándole los talones. Los asediados habitantes del lugar ya tenían bastantes problemas; Fyodor no deseaba llevarles también los suyos.

Oyó los sonidos del pueblo antes de que los muros de la empalizada aparecieran ante sus ojos: el chirrido de ruedas de carreta, el entremezclado zumbido de un montón de voces, alguna que otra nota procedente de las flautas e instrumentos de cuerda de músicos ambulantes. Fyodor apresuró el paso. Los comerciantes habían llegado por fin y con ellos la feria de primavera.

En un principio, Liriel sólo tenía la mejor de las intenciones. Es cierto que había elegido un lugar de huida en una lejana ladera y que había preparado un portal que podía transportar a una o dos personas allí, pero aquello era una precaución razonable, nada más. La joven tenía intención de permanecer en su escondrijo para

recuperar horas de sueño. Cuando su natural curiosidad se impuso, se repitió la advertencia de Fyodor sobre el temor que los humanos sentían de los drows, y apartó de sí su deseo de contemplar una plaza de mercado humana con sus propios ojos. Y se atuvo a su resolución durante una buena media hora.

La joven se quitó *supiwafwi* y le dio la vuelta. La maravillosa capa reluciente poseía un forro de un indefinido tono oscuro que era un atuendo perfecto para mezclarse en una multitud. Se puso la prenda del revés y se subió la profunda capucha para proteger su rostro del sol; a continuación rebuscó en su bolsa de viaje hasta localizar un par de guantes con los que cubrir la oscura piel y atenuar la característica forma elfa de sus manos. Finalmente, la joven hechicera lanzó un sortilegio menor para dar a su rostro el aspecto de una humana. Sacó un diminuto espejo de bronce bruñido de su bolsa y contempló su nueva apariencia. Hizo una mueca, y a continuación prorrumpió en una carcajada.

Al oír aquel sonido, una bandada de pequeños pájaros marrones que anidaban entre las enredaderas emprendieron un sobresaltado vuelo. Liriel observó cómo se iban, luego abandonó su escondite y se encaminó colina abajo en dirección al lugar que Fyodor había llamado Puente del Troll.

Puente del Troll no era ni mucho menos la fortaleza lúgubre y asediada de la última visita de Fyodor. La caravana de mercaderes había traído no sólo mercancías y una oportunidad para comerciar, sino también noticias de las tierras situadas más allá y un espíritu más alegre que —aunque no llegaba al entusiasmo de un festival rashemita— agradó al joven guerrero agotado.

Fyodor observó que aquella caravana traía los acostumbrados parásitos: guardas armados para el viaje que buscaban un lugar donde beber y un poco de compañía; artesanos que ejercían oficios tan diversos como el de hojalatero o adivino; bardos ambulantes de todas clases, desde chismosos a malabaristas y músicos. Los aldeanos paseaban en masa ataviados con sus mejores prendas y exhibían sus cosechas de invierno y artesanía del modo más favorable.

El joven guerrero se ocupó de sus asuntos con toda la rapidez que pudo. No usó las monedas de platino que Liriel había cogido al naga, pues podrían atraer demasiada atención en un mercado de pueblo, y sus propias monedas de plata eran más apropiadas para las compras que tenía que hacer. Primero adquirió dos caballos: una yegua picaza y un caballo alazán, bestias veloces y resistentes las dos. Entregó al mozo del establo un puñado de monedas de cobre y le indicó que llevara los caballos fuera de los muros del pueblo y los sujetara con estacas en el extremo más oriental de los prados. El muchacho se sintió demasiado satisfecho con su inesperada fortuna para poner objeciones a tal petición; lo cierto era que el mismo Fyodor no estaba muy seguro de por qué la había hecho. Se sentía intranquilo, a pesar del espíritu de

despreocupada alegría que dominaba el día; así que adquirió rápidamente unas cuantas cosas más: algunas prendas ya confeccionadas para reemplazar a sus muy remendadas ropas, una capa de mujer con una amplia capucha para proteger a la muchacha del sol, raciones secas de viaje, bramante para poner trampas, un pedazo de piel de venado curtida para reparar botas y vestidos, unos cuantos artículos diversos que resultarían necesarios en un largo viaje. Las necesidades del joven eran escasas y sus costumbres frugales, sin embargo no pudo resistirse a una última adquisición. Era un colgante, la última pieza que quedaba en la colección de un fabricante de joyas enano. Fyodor comprendió al instante por qué no habían vendido la joya, pero su mismo defecto la convertía en perfecta para Liriel, y marchó tras pagar alegremente el precio solicitado.

Aunque impaciente por regresar al escondite de la drow, Fyodor llevaba andando desde el amanecer sin detenerse para comer o descansar, y un camino igual de largo le aguardaba. Así pues, se encaminó a la taberna del pueblo para tomar una jarra y un bocado. Saida, la posadera, lo reconoció y gritó a una de las mozas que servían que le encontrara un asiento en el piso superior, y él se abrió paso por la atestada sala para ascender por la escalera. Habían llenado uno de los dormitorios con mesas, y Fyodor encontró un asiento vacío cerca de la ventana. A sus pies estaba la zona de la cocina, y más allá el mercado. Contempló la alegre escena distraídamente mientras devoraba su pan con queso.

De improviso se quedó helado, con la mano a mitad de camino de la boca. Apartó a un lado la comida y se inclinó más cerca de la ventana.

Allí, cerca del centro del terreno comunal, había una figura pequeña y delgada envuelta en una capa oscura. De silueta claramente femenina, la figura podría haber sido anciana o joven, morena o rubia, y sus prendas de abrigo no la distinguían de los demás, ya que muchos de los que tomaban parte en la feria iban vestidos de modo parecido, debido a que el viento soplaba desde el río aquel día, y el aire era vivificante y frío. Pero la figura atraía miradas de perplejidad, de todos modos. Su paso era demasiado ligero, sus movimientos demasiado gráciles y ondulantes.

En ese momento, la mujer se detuvo ante un puesto y alargó una mano enguantada para examinar las mercancías ofrecidas. Un mercenario de paso se acercó a su lado y le sujetó la muñeca extendida, luego se inclinó junto a ella y pronunció palabras que Fyodor no pudo oír, para a continuación indicar con un insinuante movimiento de cabeza en dirección a la taberna.

La cabeza de la mujer se alzó en un gesto imperioso que Fyodor conocía muy bien, y éste se puso en pie de un salto, con lo que empujó a una criada cargada de jarras de bebida. La muchacha respondió con un chillido de protesta que se convirtió en un sonoro grito cuando el joven pasó junto a ella y echó al suelo de una patada la ventana de cuarterones.

Debajo de él estaba el techo de la cocina de un solo piso; era muy empinado y finalizaba no muy lejos del suelo, de modo que se abrió paso a través de la ventana rota y se deslizó, con los pies por delante, por el tejado de toscas tejas.

Mientras descendía, Fyodor vio cómo el enamorado mercenario fruncía el entrecejo y arrastraba a la mujer hacia él. La oscura capucha cayó hacia atrás, y rizos de lustroso cabello blanco quedaron al descubierto, enmarcando un rostro que era más oscuro que la luna nueva.

En ese momento Fyodor alcanzó el suelo, derribando a dos fornidos comerciantes con él. Se liberó del enredo y se puso en pie de un salto, desenvainando la espada mientras lo hacía. Sin hacer caso de los comerciantes que chillaban y agitaban los puños en el aire, empezó a abrirse paso a base de frenéticos codazos por entre la muchedumbre hasta el lugar donde Liriel había quedado al descubierto.

Su avance era lento, pues empezaba a correr la voz por la multitud y con ella un pánico por completo desproporcionado a la menuda figura oscura que había aparecido entre ellos. Mucha gente dio media vuelta y huyó, pisoteando a los que eran más lentos y débiles en su huida de los muy temidos drows. Durante varios minutos, la aglomeración de aldeanos aterrados mantuvo inmobilizado a Fyodor.

Luego apareció otro cambio de actitud más desagradable. La zona que rodeaba a la muchacha no tardó en vaciarse, y las gentes del pueblo descubrieron que estaba sola. Toda una vida de odio y generaciones de injusticias recordadas fluyeron en dirección a la hembra drow, y como podencos aullando a un tigre de las nieves arrinconado, empezaron a acercarse. Los cuchillos centellearon bajo el sol de la tarde.

Fyodor alzó del suelo a un par de juglares boquiabiertos para apartarlos de su camino y se abalanzó al frente justo en el momento en que Liriel se desprendía de sus guantes y empezaba a gesticular con las manos para lanzar un hechizo. Algunos de sus atacantes también reconocieron los primeros ademanes de un conjuro y retrocedieron, y por un instante quedó un sendero despejado entre Fyodor y la drow. Sus ojos se encontraron con los suyos, observaron la presencia de la espada desenvainada y parpadearon indecisos. Entonces acuchilló el aire con una delicada mano negra, disipando la magia que había reunido, para a continuación cerrar los ojos y llevarse ambas manos a las sienes, como para aislarse de la enfurecida multitud.

Una esfera de impenetrable oscuridad la envolvió al instante, un globo de seis metros que cubrió gran parte del patio. La muchedumbre retrocedió ante la extraña visión, algunos chillando, la mayoría haciendo gestos para protegerse de la maldad drow.

—¡La pesadilla de un hombre es la oportunidad de otro! ¡Yo digo que vayamos por ella! —gritó una voz conocida.

Un hombre de oscura barba se abrió paso hasta el extremo interior de la multitud, apuntó una flecha a la esfera y la disparó contra el lugar donde había estado Liriel.

Fyodor reconoció al cazador de recompensas y corrió hacia él.

Desde el otro extremo del globo de oscuridad se oyó el gemido de dolor de un hombre, y un grito de mujer.

—¡Lo ha matado! ¡La drow ha matado a mi Tyron!

Fyodor sujetó al cazador de recompensas por el brazo antes de que pudiera colocar una segunda flecha.

—¡Maldito estúpido! —tronó—. Tu flecha ha atravesado la oscuridad y ha ido a parar a la gente del otro lado.

El hombre bajó el arco, y contemplando la espada desenvainada del joven se acarició la barba pensativo.

—Tú otra vez, ¿eh? Dame una idea mejor, muchacho, y me ocuparé de que consigas una de las orejas de la moza.

La rabia, pura y totalmente suya, fluyó por todo el cuerpo del joven luchador, que echó hacia atrás la espada y golpeó al otro justo por encima del cinturón con la hoja plana de su arma. El cazador se dobló mientras el aire escapaba de él en un siseante jadeo, y Fyodor se colocó entre la negra esfera y la muchedumbre, sosteniendo la espada en actitud amenazadora ante él.

—¡Liriel! —chilló, sin apartar ni una vez los ojos de los sombríos aldeanos—. ¿Estás herida? ¿Estás ahí?

—Y ¿dónde si no? —exclamó ella, y su voz parecía provenir de algún punto situado por encima del suelo, cerca del extremo superior de la esfera de oscuridad—. Entra aquí, ¿quieres?

Tras dirigir una última mirada de advertencia a los reunidos, Fyodor penetró de espaldas en la esfera de magia drow.

Los colores de la puesta de sol se derramaban en las revueltas aguas del Dessarin cuando Fyodor regresó al campamento con sus caballos. Liriel se mostró fascinada por las extrañas bestias, tan diferentes de las monturas de la Antípoda Oscura, pero aquella noche otros asuntos ocupaban sus pensamientos. Fyodor se había mostrado extrañamente silencioso desde que abandonaron el portal de huida que los había conducido hasta el claro, y la drow daba por supuesto que estaba enojado con ella por ir al pueblo. Reconocía que ella se habría sentido furiosa, de haber sido al revés, pero nunca antes había admitido haberse equivocado, y descubrió que no resultaba fácil. Aguardó hasta que hubieron comido y hecho turnos para echar alguna cabezadita. Entonces lo intentó.

—Hoy nos he puesto en peligro a los dos.

—Nos has salvado a ambos —corrigió Fyodor—. Con tu magia, podrías haber huido del pueblo en cuanto te descubrieron. Te detuviste al verme.

Liriel abrió la boca para contestar, se dio cuenta de que no tenía nada que decir y

la cerró. Sus acciones, ahora que las meditaba, parecían bastante extrañas.

—Bueno, ¿qué otra cosa podría haber hecho? Por lo que yo sabía, podrías haberte dejado llevar por un arranque de furia en medio de toda aquella gente.

—Habría agradecido un ataque de furia —repuso él con amargura—, pero no conseguí hacer que apareciera.

—Pero ¿lo intentaste? —inquirió ella, sin poder creer que él hubiera hecho tal cosa; el instinto de conservación era la primera ley de la sociedad drow, y lo que él había intentado hacer habría significado casi con toda certeza su muerte.

Fyodor se limitó a encogerse de hombros. Permanecieron sentados en silencio un buen rato, escuchando el creciente coro de ranas que cantaba en la orilla mientras observaban cómo la luna creciente se alzaba por encima de las colinas.

Un poco después, el muchacho sacó una bolsita de terciopelo de su faja y la entregó a la joven.

—Esto es una tontería que encontré en el mercado.

Curiosa, Liriel aflojó el cordón y dio la vuelta a la bolsa. Una fina cadena de oro cayó en su mano, y con ella una enorme gema que imitaba el brillante color dorado de sus ojos. Era una pieza exquisita, pues aunque la cadena era vieja, era de delicada manufactura elfa, y la piedra parecía haber sido tallada y pulida por un artesano enano. Y justo en el centro de la joya había una pequeña y perfecta araña negra. Liriel contuvo la respiración. Las gemas amarillas eran muy raras en Menzoberranzan; ¡era un adorno que cualquier sacerdotisa o matrona envidiaría!

—¿Cómo se consigue esta ilusión? —preguntó, haciendo girar la piedra a un lado y a otro.

—No es ninguna ilusión —respondió él—. La piedra es ámbar. Abunda en mi país... es bonita pero no muy cara.

—Pero ¿la araña?

—Es real, atrapada en la piedra debido a un accidente de la naturaleza. El ámbar fue en una ocasión savia, la sangre de los árboles. Al menos —añadió en voz baja— ésa es la respuesta que dan aquellos que piensan.

La muchacha reconoció el familiar tono ascendente en su voz y añadió las palabras que sabía iban a surgir:

—¿Y aquellos que sueñan?

—Se cuenta una historia en mi país sobre cierto guerrero —empezó Fyodor, tras permanecer en silencio unos instantes—. Después de que la furia lo abandonó, vagó, herido y confundido, penetrando más y más en el bosque de lo que debiera hacer cualquier hombre. Al cabo de un tiempo llegó a un lugar hechizado y fue a descansar bajo un enorme árbol. A lo lejos distinguió a una doncella de sombras y luz de luna, más hermosa de lo que jamás había contemplado ni despierto ni en sueños. Ahora bien, se dice en mi país que un hombre muere cuando su vida sobrepasa sus sueños, y

así pues el guerrero dejó esta vida con la imagen de la doncella ante él, y el árbol ciego derramó lágrimas doradas. Si se trataba de pena o de envidia, ¿quién puede decirlo?

Por primera vez en su corta vida, Liriel no supo qué decir. Los acontecimientos del día, el regalo cuidadosamente meditado y el delicado tributo en el relato de Fyodor la habían conmovido y sumido en una profunda confusión. Por un momento deseó con todas sus fuerzas estar de vuelta en Menzoberranzan. Su ciudad natal, con todo su caos y sus conflictos, resultaba más fácil de comprender. Conocía las reglas del lugar y sabía seguir las, pero no tenía ni idea de qué hacer con las emociones contrapuestas que le inspiraba aquel extraño mundo.

Pero Liriel no era persona dada a la introspección, de modo que hizo a un lado los incómodos nuevos pensamientos y se refugió en algo que comprendía.

La elfa oscura se puso en pie ágilmente. Su coraza, armas y ropas cayeron a su alrededor, y no tardó en encontrarse cubierta sólo por la luz de la luna, ante su compañero.

Los ojos de Fyodor se oscurecieron. ¡Por fin, se dijo ella con alivio, una expresión que conocía! El deseo ardía con la misma llama oscura, tanto si el varón en cuestión era humano o drow. Sin embargo, el joven no hizo ningún movimiento hacia ella; no desvió la mirada, pero parecía claramente indeciso sobre si aceptar o no lo que ella ofrecía.

Un instante de pánico amenazó con apoderarse de Liriel. La pasión era un territorio familiar y tranquilizador, una de las pocas salidas emocionales permitidas entre los drows. Si no era eso, se preguntó, entonces ¿qué? Sencillamente no conocía otro modo.

Entonces Fyodor extendió su mano, y con un grito que era una mezcla de triunfo y alivio ella fue hacia él.

La luna se alzó a lo más alto, bañando su campamento con una suave luz, pero ellos no advirtieron el paso del tiempo. El humano no conocía ninguno de los complicados juegos de los drows, y Liriel descubrió que no echaba en falta ninguno. Aquello era algo completamente distinto, a la vez estimulante y profundamente perturbador, pues había una honestidad entre ellos, una intimidad tan despiadada como la luz del sol, que quemaba su espíritu casi tan dolorosamente como el amanecer hería sus ojos. Era casi más de lo que podía soportar, pero no obstante le era imposible darle la espalda.

Liriel luchó por reponerse, por recuperar algún vestigio de control. Rodaron juntos, y ella se alzó sobre él y reclamó el control de la íntima danza; pero incluso entonces los intensos ojos azules de él la sujetaron en un abrazo que resultaba incómodamente íntimo. La drow cerró los ojos para refugiarse en la oscuridad.

Fyodor lo vio y no le hizo falta la Visión para reconocer el acendrado instinto de

conservación del gesto. Había aceptado la oferta que Liriel le había hecho de sí misma como el regalo que era, aunque no comprendía lo que la entrega significaba para la muchacha drow; ni tampoco estaba seguro de qué lugar ocuparía aquella noche en su propia vida. Sin embargo, en el misterioso modo que tenía su gente de hacerlo, sabía sin comprenderlo que su destino estaba en cierto modo ligado al de la joven elfa oscura. La insensatez de aquella idea no le preocupó; Fyodor estaba muy acostumbrado a tomar la vida tal como venía.

Inexplicablemente, vino a su mente el recuerdo del cachorro de tigre de las nieves con el que había trabado amistad años atrás, sabiendo sin lugar a dudas que jamás podría ser domesticado. Lo había aceptado con la tranquila resignación que era la herencia de los rashemitas, y no criticó al felino por seguir sus inclinaciones ni deseó que el animal se comportara de modo diferente a como era. Pero no reprimió sus sentimientos entonces, y no lo hizo ahora. Aquellos que pensaban sabían que abrazar a una drow era una completa locura. Aquellos que soñaban comprendían que la alegría de la vida se componía de pequeños instantes.

Fyodor alzó una mano para acariciar la mejilla de la elfa oscura. Una leve sonrisa apareció en los labios de ésta y él la dibujó con suavidad con un dedo. Los ojos dorados de ella se abrieron, se concentraron en él y luego se endurecieron. Le apartó las manos y lo miró directamente al rostro y, por un momento, Fyodor creyó ver un atisbo de humedad tras el frío ámbar. Entonces Liriel cerró la mano con fuerza y la lanzó a la sien de su amante.

Una explosión de dolor estalló en la cabeza del joven, abrasando sus sentidos y eclipsando la luz de la luna, y cuando la luz y el dolor se desvanecieron, no encontró más que oscuridad.

Liriel se puso en pie y se pasó el dorso de la mano sobre los ojos, mientras se maldecía amargamente por bajar la guardia, por traicionar su educación drow. El precio —tal y como había esperado— había sido alto.

La muchacha dirigió una mirada a las ropas desparramadas por el suelo, pero no había tiempo para vestirse, ni siquiera tiempo para coger un arma. De modo que se limitó a permanecer allí, con la misma frialdad orgullosa de cualquier gran sacerdotisa de Lloth, mientras el primero de los cazadores elfos oscuros penetraba en el claro iluminado por la luz de la luna. No los temía. Al fin y al cabo, tenía su magia, y harían falta más que unos pocos luchadores drows para vencer a una hechicera de su talento.

Los cazadores drows —seis en total— formaron un cauteloso círculo alrededor del campamento. Liriel reconoció a los cuatro que había derribado con su veneno narcótico, así como al varón del pelo corto y el tatuaje del dragón en la mejilla. Echó una ojeada a su brazo y esbozó una leve sonrisa burlona, que se ensanchó cuando sus

camaradas se colocaron a ambos lados de él y le impidieron por la fuerza que desenvainara la espada contra ella. Pero su sonrisa se desvaneció cuando un drow de cabellos cobrizos y ojos negros se abrió paso por entre los cazadores y penetró en el círculo. Otro hechicero inclinaba la balanza definitivamente a favor de los luchadores.

—Nisstyre —siseó—. ¿Has venido a ofrecerme más ayuda?

—Aquello que necesites, querida señora —respondió él, y le hizo una reverencia—. Pero primero, hay que eliminar distracciones innecesarias.

Se volvió hacia el apenas controlado Gorlist y señaló al humano.

—Lo has encontrado por fin. A ver si consigues matarlo mientras duerme. —Su tono era deliberadamente áspero, claramente destinado a dirigir la cólera del luchador lejos de la mujer.

—No necesitas molestarte —indicó ella con indiferencia, maravillándose ante la firmeza con que sonaba su voz—. Ya está muerto.

La mirada de Nisstyre recorrió la figura pálida e inmóvil de su némesis humano, luego dirigió una ojeada especulativa a Liriel.

—El Beso de la Araña, ¿eh? ¡Un extraño final para una cita a la luz de la luna! Oí que tenías gustos audaces, querida, pero esto excede todo lo que se cuenta. De todos modos, casi envidio al pobre desgraciado —concluyó galante—. Hay cosas por las que muy bien valdría la pena morir.

A Liriel no le gustó el destello en los ojos del comerciante, así que alzó la barbilla y se recordó que era una hija de la casa Baenre.

—En ese caso, te deseo una larga y saludable vida —dijo en el tono altivo que las hembras Baenre habían perfeccionado a base de siglos de indiscutido mando—. Si vienes buscando venganza contra el humano, llegas demasiado tarde. Está muerto. Dame las gracias por evitarte la molestia y sigue tu camino.

—En realidad, busco cierto objeto sin importancia —repuso él en voz baja—. Un amuleto en forma de daga.

Ella le respondió con un gesto despectivo y extendió los brazos de par en par, como invitando a la inspección.

—Como puedes ver, no lo tengo conmigo —indicó burlona.

—Es una lástima. Siempre encuentro que buscar información resulta de lo más divertido —contestó el hechicero.

Extendió una mano e hizo como si se ajustara sus numerosos anillos. Uno de ellos, un grueso aro de oro engastado con una centelleante gema negra, resultaba espeluznantemente familiar, y los ojos de Liriel se desorbitaron al reconocer el anillo de su antiguo tutor. El otro se dio cuenta de su expresión y sonrió.

—Te aseguro que no lo necesita.

Así que Kharza estaba muerto, se dijo ella con una mezcla de pesar y temor.

¿Hasta qué punto había sido brutal la «búsqueda de información» de Nisstyre, y cuánto le había contado el anciano sobre el amuleto antes de escapar a la muerte?

Suficiente, al parecer. Nisstyre dio un golpecito a la gran piedra negra del anillo, y la joya se balanceó hacia atrás sobre un diminuto gozne. El hechicero tomó una pizca de polvo del oculto compartimento y la lanzó al aire. La espectral y tenue luz azul de un hechizo localizador de magia inundó el claro. La mayoría de las cosas de Liriel brillaron: su cota de malla, sus botas elfas, *supiwafwi*, muchos de sus cuchillos y armas arrojadizas. Pero el amuleto —incluso oculto como estaba en su bolsa de viaje— resplandeció claramente con un fuego azul celeste.

Nisstyre se agachó, levantó la bolsa de la joven y volcó el contenido en el suelo. Monedas de oro y centelleantes joyas cayeron en cascada, y los ojos de los ladrones drows se iluminaron codiciosos; pero el hechicero les hizo una seña para que retrocedieran y agarró el iluminado amuleto.

—Estás perdiendo el tiempo. ¡No puedes hacer nada con él! —dijo Liriel con frialdad.

—Tal vez no. Pero muy al sur hay una ciudad gobernada por hechiceros drows con habilidades que van más allá de lo que tú o yo podamos imaginar. Cuando la magia del amuleto sea mía, podré independizar al Pueblo de su falsa dependencia de Lloth. Y por fin —concluyó triunfal—, ¡los drows reclamarán un puesto de poder en la Noche Superior!

—¿Veneras a Eilistraee? —Aquello era demasiado para que Liriel pudiera asimilarlo.

—En absoluto —contestó él con sequedad—. Seguimos a Vhaeraun, el Señor Enmascarado, el dios drow del sigilo y el latrocinio. Las insípidas chicas de Eilistraee sólo piensan en danzar a la luz de la luna y ayudar a indefensos viajeros; ¡nosotros tenemos un reino que construir!

Nisstyre se volvió entonces hacia Gorlist.

—Recoge todo lo que reluzca. Quiero estudiar cualquier objeto mágico que posea.

Un gorgoteo aterrorizado subió por la garganta de Liriel.

—¡Vas a dejarme sin nada de magia!

—Claro que no —le aseguró él—. Hay un lugar entre los seguidores de Vhaeraun para cualquier drow que abandone la Noche de Abajo. ¡En tu caso, un puesto de categoría! A mí mismo me complacería tomarte como consorte.

La joven se rió en su cara.

Por un momento creyó que el hechicero la golpearía; pero éste volvió a hacer una reverencia, en esta ocasión a modo de burla.

—Como deseas, princesa. Pero con el tiempo, aprenderás que los drows sólo pueden sobrevivir si están unidos entre sí y vendrás a mí. —Sacó un pequeño

pergamino de su cinto y se lo tendió—. Esto es un mapa. Con él encontrarás la forma de llegar a una colonia cercana de seguidores de Vhaeraun. Puedes quedarte con las armas que no llevan magia y con tu dinero; necesitarás ambas cosas si quieres llegar a la fortaleza del bosque.

La muchacha le arrancó el rollo de pergamino de la mano de un golpe, y él se encogió de hombros y dio media vuelta.

—Como quieras. Pero más tarde o más temprano, princesa, nos volveremos a encontrar.

—Cuenta con ello —masculló Liriel por lo bajo mientras el último de los cazadores drows abandonaba el calvero.

Aguardó hasta que estuvieron lo bastante lejos para no poder verla ni oírle, luego se dejó caer de rodillas junto a Fyodor y empezó a zarandearlo y golpearlo para que recuperara el conocimiento, musitando todo el tiempo fervientes oraciones de gratitud —a cualquiera y a todos los dioses drows que pudieran oírle— por haber mantenido a Fyodor servicialmente «muerto» hasta que hubo pasado el peligro.

Tras unos instantes de tal tratamiento, el rashemita gimió y se agitó. Se sentó en el suelo, sujetándose las sienes, y sus ojos nublados se posaron en Liriel. El recuerdo se encendió en ellos y luego la perplejidad.

—En mi tierra tales cosas se hacen de otro modo —murmuró.

La muchacha se levantó bruscamente, y él alargó el brazo y le sujetó la mano.

—¿Por qué? —inquirió con suavidad—. Te pido sólo esto, qué me digas por qué.

Ella lo apartó a un lado y empezó a recoger sus ropas.

—Por si sirve de algo, acabo de salvarte la vida —gruñó—. Nisstyre y sus ladrones drows cayeron sobre nosotros. Te habría matado de no haberlo convencido yo de que le había ahorrado la molestia.

—Pero ¿cómo podía creer que me habías matado si nos encontré en un momento así? —Fyodor seguía mostrándose desconcertado.

—Porque sucede. —Dejó de anudarse la túnica y le devolvió la mirada con fijeza—. Tal diversión no es desconocida entre mi gente. Uno de estos juegos ha sido denominado el Beso de la Araña, por la araña que se aparee y luego mata.

El hombre la contempló, claramente horrorizado, y ella se preparó para su respuesta. Por lo que había averiguado de su compañero humano, esperaba repugnancia, horror, cólera, incluso puede que un rechazo total.

—Ah, mi pobre pequeño cuervo —repuso él, limitándose a menearla cabeza—. ¡Qué vida debes de haber tenido!

Liriel decidió hacer caso omiso de lo que no podía comprender.

—Levanta —ordenó con brusquedad—. Si nos damos prisa, tal vez podamos atraparlos aún.

—Sé por qué debo enfrentarme a los drows. —Fyodor la contempló con una

expresión extraña—. Pero ¿por qué deberías correr tú ese riesgo?

—¡Se llevaron toda mi magia! ¡Mis armas, mis libros de conjuros, incluso mis botas y mi capa!

—Pero son simples cosas —indicó él.

—Nisstyre tiene el Viajero del Viento —respondió ella categórica; resultaba peligroso decirle eso, ya que aún no había resuelto un modo de compartir la magia del amuleto, pero no vio otra alternativa—. Vi un amuleto en forma de daga en sus manos. ¿O es ésa también una «simple cosa» que no vale la pena recuperar?

La contrariedad aleteó en los ojos de Fyodor, y éste alargó la mano para tomar el cinto de su espada.

—¡Mis disculpas, dama hechicera! Tu necesidad es tan grande como la mía.

Corrieron colina abajo tras los ladrones —con Liriel apretando los dientes debido al dolor que las piedras y los espinos provocaban en sus pies desnudos— y se detuvieron bruscamente ante el borde del agua. Los drows se hallaban ya en el río, a muchos metros de la orilla, empujando con pértigas ligeras embarcaciones de madera en dirección a la corriente más rápida que discurría por el centro del río. Nisstyre los divisó y ordenó parar la navegación.

—¡Bravo, princesa! —gritó, sonriendo pesaroso—. ¡Me engañaste bien! Sin embargo, según mis cálculos, tú has perdido. —Sostuvo en alto un pequeño objeto que se balanceaba, y la luz de la luna centelleó en el deslustrado oro de una antigua daga—. ¡Hasta que lo recuperes, yo diría que la victoria es mía! —Le lanzó un beso, luego indicó a sus drows que condujeran los botes a la veloz corriente.

—Recuperarlo —repitió Fyodor en voz baja, y volvió una mirada incrédula hacia su compañera—. ¡Has tenido el amuleto todo este tiempo! Te callaste después de lo que te conté. ¿Por qué?

Liriel se mantuvo firme, pero le resultaba inexplicablemente difícil no sentirse violenta bajo su mirada acusadora.

—Tenía mis razones.

El joven inspiró con fuerza para tranquilizarse, luego le cogió las manos y las sujetó con fuerza entre las suyas.

—Liriel, no niego que pueda ser así —dijo con cuidado—. A tu entender, esas razones podrían haber sido buenas y suficientes. Pero te confieso que esto es demasiado para que pueda soportarlo. Aquí nos separamos.

La muchacha liberó sus manos y apretó los puños a los costados. Su primera respuesta fue de enojo. La intriga era el pan de cada día en Menzoberranzan e incluso sus amigos más ocasionales se lo tomaban con calma. ¿Por qué no podía Fyodor ser igual de razonable?

—Ambos necesitamos el amuleto —indicó ella, con la esperanza de apelar a su lado práctico—. Si competimos, sólo uno puede vencer.

—Tú harás lo que debas, pequeño cuervo, y yo también. —El joven asintió, reconociendo, con expresión sombría, la veracidad de sus palabras.

Ella permaneció inmóvil, mirándolo con fijeza, durante un instante, incapaz de creer que él los estaba arrojando a ambos a una competición. Los ojos de él mostraban a la vez tristeza y resolución, y Liriel supo instintivamente que ninguna de sus amenazas o artimañas podría hacerlo cambiar de opinión. No estaba preparada para la oleada de desolación que la inundó.

Sin saber qué otra cosa hacer, la joven dio media vuelta y echó a correr río abajo en persecución de Nisstyre y del Viajero del Viento.

Caminos distintos

A medida que las horas nocturnas transcurrían, Liriel se encaminó hacia el sur siguiendo el río. Se movía en silencio, con paso ligero, pero se encogía asustada al sonido de cada tenue pisada, pues estaba acostumbrada a andar en completo silencio. Tenía los pies magullados y ensangrentados, pero siguió andando hasta que no pudo más. Acurrucada en la base de un árbol, se abrazó para darse calor y examinó su posición.

Su magia drow había desaparecido y no podía convocar las tinieblas ni tampoco conjurar fuegos fatuos o levitar. Despojada de todos sus objetos mágicos, no podía andar en silencio o envolverse en un manto de invisibilidad; por no mencionar la cuestión del valor más práctico de las botas y la capa. Sus libros de conjuros se habían esfumado, junto con los componentes para hechizos que podían permitirle lanzar conjuros. Sin embargo, a lo mejor su magia clerical no la había abandonado.

Liriel recordó las palabras de Qilué Veladorn, según las cuales Eilistraee escuchaba y respondía a sus fieles a dondequiera que fueran. ¿Podía también oír Lloth tan lejos de las capillas de Menzoberranzan? La joven probó un simple encantamiento que hacía aparecer arañas; una bendición que Lloth concedía a cualquier drow. Musitó las palabras del hechizo, luego aguzó los oídos para captar el tintineante sonido de delicadas patas; pero sólo oyó el chirriar de los grillos y el solitario ulular de un búho que cazaba. Estaba totalmente sola.

La drow dobló las rodillas contra el pecho y dejó caer la cabeza sobre ellas. Se sentía muy pequeña y completamente perdida bajo la inmensidad del cielo nocturno.

Al cabo de un rato, un fragmento de melodía hizo su aparición de modo espontáneo en su mente, y Liriel reconoció la extraña y obsesionante música que se tocaba en las celebraciones a la luz de la luna de las sacerdotisas de Eilistraee. Instintivamente, se puso en pie y empezó a bailar al ritmo de la canción recordada. Cerrando los ojos, giró y se agachó y saltó, y mientras lo hacía, el dolor de sus magullados pies se calmó, para luego desaparecer. Liriel no se sorprendió; absorta en el privado éxtasis de la danza, todo parecía posible.

Desde una colina cercana, Fyodor la observó. La luna había descendido en el cielo y la extraña danzarina quedaba recortada bajo la pálida luz. Otra mujer bailaba con Liriel, claramente elfa en su figura pero más alta que una drow mortal. El muchacho no sabía qué significaba aquello, pero lo consoló la idea de que la joven no estaba sola.

Velozmente transportados por las aguas del Dessarin que el deshielo había hecho crecer, los comerciantes de El Tesoro del Dragón se dirigieron hacia el sur. Henge, sacerdote drow de Vhaeraun, observaba con interés mientras Nisstyre discutía con el tatuado lugarteniente. El odio que el sacerdote sentía por Nisstyre era casi tan fuerte como su devoción por su dios, y escuchó disimuladamente el pequeño amotinamiento con desvergonzado regocijo. Gorlist, al parecer, quería ver aniquilados a la princesa y a su lagarto faldero humano, lo que Henge consideró muy razonable. Cierto que la hembra sería útil en lo referente a procreación, pero poseían su magia, y aquello, en la opinión del sacerdote, bastaba. Ya había tenido más que suficiente de hembras drows durante sus años como esclavo en Ched Nasad, y si Gorlist quería matar a una de aquellas arañas de dos patas, que Vhaeraun lo acompañara.

Sin embargo, el clérigo no podía actuar abiertamente contra su capitán. Lo había probado, en una ocasión, encontrándose con que había cambiado una clase de esclavitud por otra. Hacía muchos años, Nisstyre había atraído a Henge al servicio de Vhaeraun, obteniendo un juramento en forma de vínculo de sangre como pago por escapar de Ched Nasad, y cualquier incumplimiento de aquella lealtad infligía mágicamente profundos cortes al cuerpo de Henge. El sacerdote todavía lucía las cicatrices de sus primeras rebeliones y deficiencias menores en su servicio; aunque, después de muchos años, había aprendido exactamente dónde se hallaban los parámetros del vínculo. Existían aún pequeñas cosas que podía hacer, y vigilaba y aguardaba su oportunidad.

De improviso, la voz de Nisstyre se quebró y sus manos se dirigieron a la gema en forma de ojo que llevaba incrustada en la frente. Gorlist, pensando evidentemente que lo despedían, abandonó el lado del hechicero con una brusquedad que hizo balancear peligrosamente el bote. El clérigo hizo una señal al joven drow para que se acercara y le entregó un pendiente de plata.

—Esto es un detalle que podrías considerar útil. No importa lo hábil que sea un guerrero, ciertas tareas resultan peligrosas. Lleva esto y cualquier herida que recibas curará.

El orgullo y el sentido práctico se enfrentaron en los ojos del luchador, pero enseguida Gorlist dirigió una subrepticia mirada en dirección a Nisstyre y se colocó el pendiente.

De vuelta en Menzoberranzan, Shakti no había tenido demasiado tiempo que dedicar a su socio comerciante. Su madre, la matrona Kinuere, estaba encantada con la adición de una gran sacerdotisa a su arsenal y estimulada por los favores que les demostraba la casa Baenre, por lo que no tardó en empezar a maquinarse una guerra contra la casa Tuin'Tarl. La antinatural paz finalizaría más tarde o más temprano, y

aquellos que estuvieran listos para actuar con poco tiempo de preparación obtendrían ascensos.

Por ese motivo, Shakti se había visto desbordada por las exigencias de sus nuevas responsabilidades. No le importó, sino que más bien escuchó con atención, aprendiendo habilidades que pensaba poner en práctica ella misma algún día, y a una escala mucho mayor. Pero no olvidó a sus cazadores; cuando no llegaron noticias de Ssasser, dio por perdidos al naga y a los quaggoths. En cuanto a Nisstyre, sin embargo, podía y lo mantendría al alcance de la mano.

Cuando por fin la sacerdotisa tuvo una hora para sí misma, sacó el cuenco de visión de rubí negro y lanzó el conjuro que la unía a su comerciante drow. Una extraña escena apareció ante sus ojos: botes pequeños que atravesaban un río que brillaba con luces centelleantes y aguas veloces. Con Nisstyre iban varios luchadores drows, y éste discutía con uno de ellos. Para llamar su atención, Shakti envió un veloz estallido de dolor al ojo de rubí; el hechicero hizo una mueca y sus manos se alzaron para tocar su frente. El movimiento hizo que el dorado amuleto se balanceara en una mano frente al campo visual de la sacerdotisa.

—Lo has hecho bien —le felicitó, y sus palabras fueron trasladadas a la mente del hechicero mediante el vínculo telepático—. ¿Y ahora?

Llevo el amuleto al sur, para que los hechiceros drows de allí estudien su magia. Cuando conozca sus secretos, regresaré a Menzoberranzan.

Shakti asintió. Estaba segura de que el hechicero haría lo que había dicho; ¿cómo podía evitarlo cuando ella podía seguirlo a dondequiera que fuera y matarlo con un pensamiento? Sin embargo había una sensación solemne y cautelosa en su respuesta de la que ella desconfió.

—¿Qué hay de Liriel Baenre?

No regresará a Menzoberranzan.

La sacerdotisa-traidora echó la cabeza hacia atrás y lanzó una risita jubilosa. Como deseaba ver por sí misma los detalles de la muerte de su enemiga, lanzó un hechizo de lectura mental y lo envió por el rojo sendero. Vhaeraun había sido generoso; de todos los regalos que le había concedido el dios de los ladrones, lo que a Shakti le gustaba más eran aquellos pequeños saqueos de la mente y el espíritu. De la memoria de Nisstyre extrajo su última imagen de Liriel. La princesa, si bien mucho más sucia de lo que Shakti la había visto jamás, estaba bien viva y paseando como una pantera por una orilla llena de piedras. El estado de ánimo de la sacerdotisa se hundió y sus ojos rojos se entrecerraron.

—¡Me mentiste! ¡Está viva!

¿Te he dicho que no lo estaba? Por lo que recuerdo, exigías solamente que Liriel no regresara a la ciudad. De eso me he asegurado.

—¡No es suficiente! —chilló la sacerdotisa, aferrando el borde del cuenco de

visión con ambas manos.

Una oleada de rabia fluyó por el mágico portal y golpeó al hechicero como un rayo. El rubí de su frente se encendió y pareció estallar en rojas llamas, y Nisstyre aulló presa de un terrible suplicio, para a continuación desplomarse, en apariencia sin vida, en los brazos de sus perplejos seguidores drows.

Shakti retiró violentamente las manos del cuenco y contempló horrorizada la escena que se desvanecía. No había sido su intención atacar, y estaba claro que había ido demasiado lejos. Alargó la yema de un dedo con cautela para tocar el cuenco de visión y sintió cómo el zumbido de la magia seguía sonando a través del cristal rojo oscuro. Aquello era un alivio; significaba que el vínculo no se había roto, que Nisstyre aún vivía. Sin embargo, sólo a través de sus ojos podía ella ver en la Noche Superior, y hasta que el hechicero recuperara los sentidos, éste no le servía de nada.

Aquietada por aquel episodio que casi terminó en desastre, Shakti se acomodó en su silla y contempló el recipiente. Tenía mucho que aprender sobre su nuevo poder y sobre el modo más conveniente de usarlo; pero una cosa sí había aprendido: no era suficiente. Nisstyre era un aliado importante, pero, como todos los mortales, era vulnerable.

Mientras contemplaba pensativa el cuenco de visión, la sacerdotisa empezó a reflexionar sobre otros modos de tener acceso al poder y recursos que se hallaban en la Noche Superior.

La llegada del amanecer sacó a Liriel de un breve y agotado sopor, y ésta se encaminó hacia el río para beber y lavarse. Allí, colocadas con esmero sobre la rocosa orilla, encontró una capa nueva y un par de botas bajas toscamente confeccionadas en cuero blando. No había duda de quién las había dejado para ella.

La drow meneó la cabeza confundida. ¡Al parecer los humanos tenían mucho que aprender sobre el arte de la competición! Pero se vistió con los regalos y siguió río abajo. Mientras andaba, el rugido del agua se tornó más fuerte, pues el río fluía veloz y con poca profundidad allí. En la orilla opuesta, no demasiado lejos, estaban los cazadores de Nisstyre, cargando sobre sus hombros las pequeñas embarcaciones para transportarlas por tierra a lo largo de aquel peligroso trecho de agua.

Liriel se agazapó tras unos arbustos y estudió a su enemigo. Podría ser un momento ideal para atacar; y aunque le quedaba poca magia, se devanó los sesos en busca de un modo innovador de usar un conjuro menor. El rugir del agua dificultaba la tarea de pensar y hacía imposible oír; por lo que, privada de su magia, la joven sentía profundamente la pérdida de aquellos otros sentidos.

Por suerte, sus ojos elfos mantenían la agudeza de siempre y, en el extremo mismo de su visión periférica, vio una oscura figura conocida que se aproximaba furtivamente hacia ella. Liriel giró en redondo al mismo tiempo que el varón del

tatuaje caía sobre ella con una espada en la mano. La joven sacó su daga e interceptó el ataque, pero con un veloz mandoble circular de su arma él le arrancó el cuchillo de la mano, para a continuación acercarse más y agarrarle la muñeca.

—¿Quieres que te marque, hechicera, como tú hiciste conmigo? —inquirió Gorlist, apretando la afilada hoja contra la piel de la muchacha—. ¿Cómo puedes impedírmelo? ¿Dónde está tu magia ahora?

Intentaba provocar a la joven, pero Liriel distinguió la humillación en sus ojos y comprendió el motivo de todo aquello. Los luchadores drows se enorgullecían de su falta de cicatrices; ella probablemente había sido la primera persona que le había clavado un arma, y al hacerlo había asestado a su orgullo un peligroso golpe.

—¿Qué dirá tu amo? —preguntó ella—. ¡Nisstyre se enfurecerá si me haces daño!

—Tal vez sí, pero no durante un tiempo —repuso el varón enigmáticamente—. Nisstyre no me daría las gracias si desfigurara tu piel. Sin embargo, podría complacerle encontrarte doblegada. —Con una cruel sonrisa, envainó su espada y arrastró a Liriel hacia él.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par conmocionados y ultrajados cuando sus intenciones quedaron claras. No había tiempo para sacar un arma, ni tiempo para lanzar un hechizo pero Liriel no carecía de defensas; así que cruzó el dedo medio sobre el índice, los apuntaló de modo que formaran un arma rígida, y hundió profundamente las pintadas uñas en el ojo de Gorlist.

El drow profirió un alarido de dolor y lanzó un tremendo puñetazo; acertó a la joven de pleno en la oreja y la lanzó de espaldas contra el suelo. Gorlist eliminó con la mano la sangre de su rostro y saltó sobre ella; pero Liriel, sin prestar atención al zumbido de su cabeza, lanzó una patada con todas sus energías. No erró la puntería, y se vio recompensada por otro alarido de dolor; éste al menos dos octavas más alto que el último. Su adversario fue a caer sobre el suelo, a poca distancia, entre gemidos, y se enroscó sobre sí mismo como una gamba demasiado cocida.

Liriel se levantó apresuradamente y dio la vuelta para huir; pero el varón alargó el brazo hacia ella y su mano consiguió cerrarse alrededor de su tobillo. Con el pie libre, la muchacha pateó la muñeca de Gorlist, pero sus blandas botas de gamuza prestaron poca fuerza al ataque y no consiguió que la soltara. Tras abandonar rápidamente el intento, le pateó el rostro y consiguió asestarle varios golpes antes de que Gorlist pudiera capturar también el pie libre. Con un veloz y violento tirón consiguió hacer que la joven perdiera pie. Liriel lanzó los brazos al aire y cayó de espaldas. Su cabeza dio contra el pedregoso terreno con un sonoro chasquido y la fuerza del golpe —si bien algo amortiguada por la espesa melena blanca— la dejó aturdida.

El varón se arrastró hasta ella y sacó un largo cuchillo del cinto. En su ojo sano brilló una profunda maldad, y Liriel conoció un momento de alivio: al fin y al cabo,

sólo tenía intención de matarla.

—¡Apártate de ella! —exigió una profunda voz de bajo.

Gorlist alzó la mirada, sobresaltado, al tiempo que un humano de aspecto conocido se abalanzaba hacia él. El drow era más rápido, no obstante, y levantó el afilado cuchillo.

Sin embargo, Liriel también era drow e igual de rápida. Haciendo acopio de toda su fuerza, la joven consiguió apartar de un golpe el brazo de Gorlist un instante antes de que Fyodor quedara atravesado por el cuchillo. Los dos luchadores rodaron lejos de ella, golpeándose y debatiéndose para obtener una posición ventajosa. Ella los observó con atención; el resultado no estaba nada claro. El humano sobrepasaba al otro en una cabeza y probablemente pesaba bastante más que Gorlist, pero el elfo era más ágil y estaba casi enloquecido de rabia, dolor y orgullo herido.

Liriel aguardó expectante a que la furia combativa de Fyodor hiciera acto de presencia y solucionara la cuestión. No sucedió, y eso la inquietó. Gorlist empuñaba aún el cuchillo, y era sólo cuestión de tiempo que encontrara una oportunidad para clavarlo.

Así pues, la joven se arrastró hasta los combatientes, sin hacer caso de las punzadas de su cabeza y los curiosos centelleos que estallaban detrás de sus ojos. Sacó un cuchillo de la manga, buscó una abertura entre los dos cuerpos que se debatían y a continuación lanzó la hoja entre ellos. La echó hacia atrás con fuerza contra la garganta de Gorlist. El drow consiguió emitir un borboteo de protesta, luego quedó inerte.

Fyodor se apartó del agonizante luchador y, durante un buen rato, los rivales por la obtención del Viajero del Viento se contemplaron mutuamente en incómodo silencio.

—La próxima vez, no anuncies tu llegada —sugirió Liriel en tono helado—. Mata primero y si quedan respuestas por contestar siempre puedes contratar a una sacerdotisa para que converse con el espíritu.

—No tengo por costumbre atacar por la espalda —respondió él con una sonrisa triste—. Tú y yo hacemos las cosas de modo distinto.

—¡Eso he observado! No es costumbre de los drows conceder ninguna ventaja al enemigo, mucho menos dejarle regalos.

—Llevas puestos los regalos.

—Desde luego. Soy una persona práctica —declaró ella—. Como siempre dices, existen aquellos que piensan y aquellos que sueñan. Bien, juntos tenemos a uno de cada. Sugiero que pongamos fin a esta estupidez y nos ocupemos del asunto. Juntos.

—Pero ¿cómo podemos hacerlo si no hay confianza entre nosotros? —inquirió él, mientras sus ojos azules escudriñaban su rostro.

—Así pues —dijo la drow cruzando los brazos y obligándolo a bajar los ojos—,

¿cuál es la puntuación ahora?

Fyodor parpadeó y retrocedió.

—¿La puntuación?

—La puntuación. Ya sabes: he sacado *tutzarreth* de aprietos cuatro veces, y tú has salvado el mío tres... ese tipo de cosas. —Enarcó una blanca ceja—. Quiere decir algo, ¿no crees?

La luz empezó a regresar a los ojos del joven.

—¿Me estás diciendo que debo confiar en ti?

La drow se encogió de hombros.

—Supongo que si seguimos como hasta ahora, ninguno de los dos obtendrá el Viajero del Viento —observó él con cautela.

—¡Ahora hablas con sensatez! —Liriel no pudo contener una sonrisa de regocijo—. ¡Entonces queda acordado!

—¿Sí? Si sólo uno puede poseer el Viajero del Viento, ¿quién será esa persona?

—Preocupémonos de cada cosa a su tiempo —aconsejó Liriel, y miró río abajo entrecerrando los ojos. Los cazadores drows estaban casi fuera de la vista—. ¡Por los Nueve Infiernos! ¡Jamás los alcanzaremos! ¿Dónde están esos lagartos tuyos de piernas largas?

—Los caballos huyeron, probablemente los drows los ahuyentaron. —Vaciló—. Existe otro modo. Podemos construir una balsa. Es arriesgado con el agua tan tumultuosa.

—¡Hagámoslo! —Los ojos de la joven centellearon con temerario júbilo.

Trabajando frenéticamente, arrastraron ramas caídas hasta la orilla y las ataron entre sí para formar una tosca plataforma. Fyodor sujetó largos lazos de sogas a la improvisada embarcación a modo de puntos de agarre, y los dos se introdujeron en el río con ella. No habían ido muy lejos cuando la impetuosa corriente amenazó con arrancarles la balsa de las manos.

El rashemita gritó a Liriel que subiera a bordo. Ésta trepó a la parte posterior de la embarcación y rodeó su mano con una cuerda; luego agarró a Fyodor por el chaleco y lo ayudó a izarse sobre la plataforma.

Al instante iniciaron la marcha, zarandeados como una hoja en la espuma. Fyodor intentó inútilmente gobernar la balsa, usando su garrote para apartarla de las afiladas rocas, pero la mayor parte del tiempo se limitaron a aferrarse con fuerza mientras la pequeña embarcación saltaba y giraba. El río se tornaba más embravecido por momentos, y la balsa se elevaba y descendía en las turbulentas aguas, como un caballo sin domar intentando arrojar al suelo a su jinete. Por encima del rugir del agua, Fyodor oyó las exultantes y salvajes carcajadas de Liriel. La embarcación se alzó casi en vertical por un instante que los dejó sin respiración, luego se desplomó con fuerza sobre la superficie, y el agua barrió sobre ellos en un torrente helado.

Fyodor forcejeó con su soga, tirando hacia arriba con todas sus fuerzas para conseguir sacar la parte delantera de la balsa fuera del agua. Si se hundía demasiado, la embarcación daría una vuelta de campana y se verían arrojados a las gélidas profundidades del río. Tuvo que luchar durante unos desesperados momentos antes de conseguir que la pequeña balsa volviera a emprender su tambaleante marcha. Con un suspiro de alivio, volvió la cabeza por encima del hombro para mirar a Liriel.

La joven había desaparecido.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Se lanzó sobre la cuerda de la muchacha y dio un fuerte tirón hacia arriba, esperando contra toda esperanza que hubiera podido seguir aferrada a ella. La cabeza de Liriel salió a la superficie y la joven jadeó, llevando a sus pulmones enormes bocanadas de aire y espuma. Balbuceando y tosiendo, se izó de nuevo hacia él, impeliéndose con las manos. En cuanto rodó sobre la balsa, apartó de un manotazo la mano de Fyodor y señaló; sus ojos estaban desorbitados, y chilló una única palabra que se perdió en el ruido de los rápidos y el martilleo de su corazón.

Fyodor se volvió y sus ojos se abrieron de par en par. El río se tornaba poco profundo más adelante, y las rocas sobresalían del agua como otros tantos severos indicadores. Más allá se distinguía una cortina de rocío y el sordo y atronador rugido del agua al caer.

La embarcación de madera chirrió al raspar contra las rocas, a continuación las ligaduras cedieron, y Liriel y Fyodor se vieron arrojados al interior de un remolino de maderos astillados y aguas embravecidas. Cayeron sobre el poco profundo lecho del río, arañándose con los guijarros y golpeándose contra una roca tras otra. Luego, de improviso, estaban libres, y caían por el aire lleno de gotas de agua pulverizadas.

Golpearon el agua con violencia y se hundieron profundamente. Fyodor ascendió con fuertes brazadas, aspiró aire con dificultad y descubrió que estaba solo. Agarró su garrote, que flotaba, lo rodeó con un brazo y hundió la cabeza bajo el agua en busca de Liriel.

La drow flotaba justo debajo de la superficie del agua, con los brazos colgando inertes y los blancos cabellos flotando alrededor de ella como una aureola. Fyodor agarró un puñado de cabellos y la arrastró a la superficie. Despacio, penosamente, empezó a nadar hacia la orilla.

Debido a que el pueblo natal de Fyodor se hallaba en la orilla de un pequeño y helado lago, éste había aprendido desde la infancia lo que significaba vivir cerca del agua. Hizo girar a la drow de espaldas y empezó a presionar rítmicamente, hasta que por fin brotó agua por su boca, y la joven aspiró aire con fuerza. La muchacha se puso a gatas y se arrastró sin fuerzas algo más allá, en tanto que Fyodor se apartaba, a fin de conceder a la orgullosa elfa la intimidad necesaria para deshacerse del agua que había tragado.

Totalmente agotado y con todos los huesos y músculos doloridos, el rashemita se dejó caer sobre un tronco caído. Su descanso fue breve; una Liriel reanimada corrió hacia él, con ojos llameantes.

La drow saltó sobre él, lanzándolos a ambos rodando sobre la arenosa orilla; luego agarró la andrajosa camisa de Fyodor con ambas manos y lo atrajo hacia sí. Lo primero que el muchacho pensó fue que la traicionera drow se volvía de nuevo contra él, y en esta ocasión no podía criticarla, pues era él quien la había persuadido de navegar por aquel río tan peligroso, y la joven casi había pagado con su vida. Su muerte, de tener lugar a manos de la muchacha, no sería inmerecida.

Entonces, ante su total asombro, Fyodor se dio cuenta de que los ojos de su compañera ardían no de rabia, sino de excitación.

—¡Otra vez! —jadeó, y le dio una leve sacudida—. ¡Hagámoslo otra vez!

Con un gemido, Fyodor se dejó caer de espaldas en la orilla, y miró con fijeza a la incontenible drow, no muy seguro de si abrazarla o estallar en carcajadas. Hizo ambas cosas.

Esta vez, la risa de Liriel se unió a la suya.

El paseo

No volvieron a ver a Nisstyre ni a sus cazadores durante el viaje; pero fue mejor así, pues los rigores del camino fueron más que suficientes para el gusto de Liriel.

Fyodor pasó la mayor parte del primer día buscando a sus caballos y, aunque Liriel agradeció la velocidad que esto les concedió, casi deseó que las malditas bestias hubieran conseguido huir. En la Antípoda Oscura se la consideraba una jinete experta, pero los andares de un caballo eran totalmente distintos de los suaves y rápidos movimientos de una montura lagarto. Al final del primer día de cabalgada, a Liriel le dolían músculos que nunca antes había sabido que tenía. Pero a medida que transcurrían las jornadas, su cuerpo se fue acostumbrando al discordante trote, igual que sus ojos se adaptaban a la brillante luz.

El largo viaje a caballo en dirección oeste supuso también otros cambios para la drow. Liriel jamás había sido alguien que se sentara a reflexionar; ahora no tenía demasiada elección. Sin embargo, por mucho que lo intentaba, no encontraba palabras para la noche que ella y Fyodor habían compartido en el claro iluminado por la luz de la luna. Finalmente le preguntó sin andarse por las ramas cuáles eran las costumbres de los humanos en tales cuestiones.

La pregunta no pareció sorprenderlo, pero tardó bastante en responder.

—Esas cosas no se pueden explicar con facilidad. Pregunta a diez hombres lo que significa pasar una noche con una joven y probablemente recibirás diez respuestas diferentes.

—Gracias, aceptaré tu palabra al respecto —repuso ella con un escalofrío. Una vez, en su opinión, ofrecía más confusión de la que podía digerir.

Fyodor respondió con una profunda e irónica risita.

—¡Por favor, pequeño cuervo! Un hombre tiene su orgullo.

—No era mi intención... —La joven frunció el entrecejo.

—No tienes que dar explicaciones —repuso él, haciendo un ademán para acallarla—. Creo que ambos nos sorprendimos por lo que encontramos juntos. Existe un vínculo entre nosotros, para bien o para mal, y así permanecerá. Debes comprender que jamás he tomado tales cosas a la ligera, pero creo que es mejor convenir en que, dado que nos unimos como amigos, dejemos las cosas así.

Liriel meditó la cuestión. Parecía razonable y también correcto. De todos modos...

—Nunca antes había compartido pasión con un amigo —reflexionó.

—¿Con quién, pues? —inquirió él, enarcando una ceja—. ¿Tus enemigos?

—Sí, eso más o menos lo resume. —Una breve y sobresaltada carcajada escapó de los labios de la drow.

—Ah. —Fyodor asintió con solemnidad, pero sus ojos centellearon—. Eso explica muchas cosas.

Liriel aceptó su burla con una sonrisa sarcástica y se sintió más que contenta de dejar el asunto así. Hablar de ello aclaró las cosas entre ellos y eso, por ahora, era suficiente. Los desafíos que les aguardaban eran abrumadores y no podía permitirse verse distraída por cosas que no podía esperar comprender. La información que había obtenido ya era bastante perturbadora.

Pues Liriel había llegado a aceptar la posibilidad de que no pudiera recuperar jamás sus poderes drows, y todas las noches, cuando se detenían para que los caballos descansaran, convencía a Fyodor de que hicieran prácticas con la espada. Nisstyre le había dejado las armas que carecían de magia —unos cuantos cuchillos, la daga larga que había cogido del naga— y estaba decidida a empuñarlas lo mejor que pudiera. Día a día, su fuerza y habilidad aumentaban, y el manejo de la espada sin orden ni concierto de una princesa malcriada empezó a convertirse en el feroz arte de un drow. Liriel planeaba abrirse camino como hechicera; el tesoro del naga le permitiría adquirir componentes para hechizos y libros de conjuros en los mercados de Puerto de la Calavera. Con el tiempo, podría recuperar una cota de poder similar a la magia que había controlado en una ocasión; pero hasta entonces tenía que sobrevivir.

No fue hasta que se acercaron a Aguas Profundas que Liriel se dio cuenta de que no había perdido todos los dones drows que poseía. El arte de la intriga, una vez aprendido, no se olvidaba con facilidad.

Ella y Fyodor se aproximaron a la ciudad desde el norte, cabalgando con cautela a través de los verdes campos de labranza y rodeando las calzadas muy concurridas. Por fin divisaron las elevadas torres alzándose por encima de los grandes campos de hortalizas e instaron a sus caballos a acercarse. Los detuvieron algo más allá en una pequeña ladera boscosa de una colina.

Extendida ante ellos, elevándose sobre una vasta llanura y varias concurridas calzadas comerciales, estaba Aguas Profundas, la Ciudad del Esplendor. Una amplia sonrisa iluminó el rostro de la drow, que extendió los brazos a ambos lados, como si pudiera abarcarlo todo en su abrazo.

¡Qué hermosa era aquella ciudad colgada entre el mar y el cielo! El aire allí poseía un delicioso sabor salado, y transportaba un sordo y agitado murmullo que sólo podía ser la voz del mar. La ciudad misma era mayor que Menzoberranzan y llena de actividad; carretas y caballos transportaban un continuo flujo de gente a través de las puertas. Liriel dejó caer los brazos a los costados.

—Las puertas —murmuró, viendo de inmediato el problema.

—Todos los que desean entrar deben pasar ante guardias armados —añadió

Fyodor en tono preocupado, echando una ojeada a su compañera. Incluso con la capucha y los guantes, no podía pasar por humana sin la ayuda de un hechizo; y todos sus conjuros habían sido utilizados en el peligroso trayecto hacia el oeste.

La drow se mordisqueó el labio inferior mientras estudiaba los muros de la ciudad. Sin duda debía existir algún punto débil, algún modo de que pudiera deslizarse al interior sin que la vieran. Pero no, las murallas eran altas y gruesas, y la llanura que las rodeaba no ofrecía demasiado resguardo. Observó las caravanas de mercaderes y meditó la posibilidad de pasar clandestinamente. No había modo de hacerlo: los soldados registraban cada carromato con meticulosidad.

Mascullando un juramento, Liriel devolvió su atención a la planicie. Era lisa y estaba cubierta de hierba, salpicada con pequeños grupos de arbustos y unos cuantos árboles de sombra. En aquella agradable zona se habían alzado unos cuantos pabellones: tiendas confeccionadas con telas de brillantes colores y decoradas con primorosos escudos de armas. Paseando alrededor de las ociosas tiendas había una multitud de humanos, vestidos con sedas de colores intensos, pieles lujosas, y joyas, y las brisas primaverales transportaban el aroma de comidas deliciosas y el sonido de música y diversión. Gentes adineradas y ociosas que disfrutaban de una fiesta al aire libre, se dijo Liriel.

Entonces la música cambió, adoptando el majestuoso y acompasado ritmo de un paseo. Los ojos de Liriel se entrecerraron. Advirtió la mareante variedad de trajes que llevaban los humanos —algunos de los cuales estaban mejorados mediante la magia— y el modo en que los danzantes desfilaban ante una tarima tapizada de flores. Una lenta sonrisa curvó sus labios. Los elfos oscuros tenían una costumbre parecida: bailes solemnes conocidos como *illiyitrii*. La mayoría de éstos eran cuestiones políticas cargados de peligrosas posturas llenas de matices, pero de vez en cuando un paseo era una excusa para competir de un modo menos letal; se hacía ostentación de riqueza, belleza e ingenio mediante disfraces imaginativos y vestidos extravagantes.

De improviso, a Liriel se le ocurrió cómo entrar en la ciudad.

La drow observó y aguardó hasta que un hombre y una mujer, riendo por lo bajo debido a alguna agudeza inducida por el vino y abrazándose mutuamente para no caer, se encaminaron tambaleantes a la intimidad de los arbustos que se apiñaban al pie de la colina. La mujer era menuda y delgada, vestida con un traje de ceñida seda blanca, y llevaba un complicado casco en la cabeza, ahora ligeramente torcido, que imitaba las orejas, la melena y el cuerno de un unicornio.

—Espera aquí —siseó la joven a Fyodor.

Antes de que el rashemita pudiera responder, la muchacha saltó de su caballo y avanzó en silencio ladera abajo. Fyodor oyó un par de golpes sordos y, tras unos instantes de silencio, la drow hizo su aparición triunfante, con los brazos cargados de reluciente seda.

—No los habrás... —empezó Fyodor, mirándola con cautela.

—¿Matado? —finalizó ella, alegremente—. ¡Un esfuerzo malgastado! Esos dos apenas se tenían en pie; lo único que necesitaron fue un ligero empujón. Despertarán con un dolor de cabeza no mucho mayor del que ya se habían ganado mediante sus excesos. Y he dejado un puñado de monedas para cubrir las pérdidas —añadió con ironía—. Algo me ha dicho que no te haría demasiada gracia un pequeño hurto inofensivo.

La drow se desprendió rápidamente de sus desgastadas ropas y se pasó el vestido por la cabeza. Peinó sus cabellos y los dejó caer en una ondulante cascada sobre sus hombros desnudos, luego sujetó el colgante con la araña encerrada en la cápsula de ámbar alrededor de su cuello. Acallando las protestas de Fyodor, le entregó la túnica que había «tomado prestada» —con algunas manchas de hierba pero exquisita de todos modos— para que se la pusiera sobre sus ropas de viaje.

A continuación tomó un pedazo de seda roja y la ató alrededor de la cabeza del joven, a modo de turbante, sujetándola con un alfiler cubierto de joyas.

—Ya está —anunció en tono satisfecho—. Así es como quedaba en el otro hombre. No tengo ni idea de qué se supone que eres, pero imagino que los humanos sí lo sabrán.

—Deseas unirte a la fiesta y deslizarte al interior de la ciudad mezclada con los demás —dijo él—. Pero ¿qué pasa con tu disfraz?

—Soy una drow, claro está —sonrió Liriel con astucia—. Resulta un disfraz bastante exótico. ¡Y auténtico, además! —añadió con un deje de ironía.

Los ojos del hombre se iluminaron comprendiendo primero, y con burlona admiración después. Intercambiaron una sonrisa conspiradora y descendieron despacio la colina para unirse a los festejantes.

Durante la siguiente hora, Liriel danzó, bebió vino, aceptó cumplidos necios sobre su «disfraz», y observó a Fyodor con asombro. El joven encajaba en la alegre compañía con la misma facilidad de un espada en su vaina: riendo y bebiendo y contando historias. No tardó mucho en reunir a su alrededor un grupo de jóvenes nobles, cada uno esforzándose por superar a los otros con jactanciosos relatos de sus propias aventuras. Fyodor hacía circular su frasco de vino de fuego y escuchaba con profunda atención sus mentiras. La drow oyó murmurar la palabra «Puerto de la Calavera», y sus ojos centellearon con divertida comprensión; su plan los haría entrar en Aguas Profundas, pero Fyodor se ocupaba ya de la siguiente tarea.

Alguien apartó a un lado los cabellos de la joven y depositó un beso en su nuca, y ella se giró en redondo, instintivamente, con un gruñido.

Un hombre alto de ojos grises y cabellos color trigo retrocedió un paso, como sobresaltado por su vehemente reacción, y Liriel lo reconoció como uno de los nobles

que había intercambiado historias con Fyodor. Si bien su porte tambaleante y la copa casi vacía de su mano sugerían que había bebido más de la cuenta, había una expresión perspicaz en sus ojos que la joven notó y de la que receló. Entonces la aguda mirada desapareció y el joven le sonrió graciosamente.

—Oh, ya veo. Actúas como tu personaje. —Alzó las manos en burlón gesto defensivo y fingió acobardarse—. Debo reconocer, Galinda, que te has superado a ti misma esta vez. ¡Es un disfraz maravilloso! Pero ¿no deberías llevar alguna clase de arma espantosa para añadir realismo: un látigo o algo parecido?

Por primera vez en su vida, Liriel realmente envidió a las grandes sacerdotisas sus látigos de cabeza de serpiente, y le mostró los dientes en algo parecido a una sonrisa.

—El problema con los látigos es que nunca parece haber uno a mano cuando realmente lo necesitas —gorjeó.

—¡Es muy cierto! —El hombre echó la cabeza hacia atrás y rió—. A menudo he pensado eso mismo.

Su lasciva mirada de soslayo era cómica y amable, su risa contagiosa. Liriel abandonó de improviso su enojo. Una sonrisa auténtica curvó sus labios y contempló al apuesto varón con interés.

Fyodor eligió aquel momento para aparecer junto a ella y, de nuevo, la drow vislumbró un centelleo de aguda inteligencia en los ojos grises del desconocido cuando éste calibró al rashemita. Antes de que nadie pudiera hablar, un mujer sumamente achispada de cabellos de un rojo brillante y luciendo un generoso escote se tambaleó sobre ellos para apoderarse del brazo del joven.

—Ahí estás, Dan —gorjeó—. ¡Te he estado buscando por todas partes!

—¿Era éste nuestro baile? —murmuró él distraídamente.

La mujer pelirroja sonrió como un troll hambriento.

—A menos que tengas algo un poco más... interesante en mente.

La invitación era cruda e inconfundible, y obtuvo toda la atención del varón, que se hizo con la mano de la mujer y se inclinó profundamente sobre ella.

—Myrna, querida mía, *phlar Lloth ssinsrickla* —dijo con ardor, y a continuación se llevó los dedos a los labios para dedicarle un galante beso.

Liriel dejó escapar un burbujeo de regocijada risa. *Cuando Lloth ría como una tonta*, había dicho en respuesta a las insinuaciones amorosas de la mujer; lo que no era en absoluto el homenaje que la bobalicona y sobreexcitada joven aparentemente creía que era. ¡Era muy inteligente aquel humano!

Las risas de Liriel se apagaron bruscamente. Era demasiado listo.

Con tres palabras, pronunciadas en un drow con un curioso acento, el hombre de rubios cabellos había dicho mucho y revelado aún más. Sabía lo que era ella y se lo daba a conocer. También la había puesto a prueba, más allá de la evidente prueba que el reconocimiento de la frase drow ofrecía. La blasfema burla habría provocado una

mueca de desagrado en una seguidora realmente devota de Lloth, y aunque Liriel suponía que su regocijo habría hablado bien de ella, se sentía molesta por caer en la trampa de múltiples facetas del humano. Sencillamente no había esperado tal astucia entre aquellas gentes insulsas. Y ¿cómo, por los Nueve Infiernos, había aprendido un humano unas cuantas palabras en lengua drow?

Fyodor, percibiendo su agitación, deslizó un reconfortante brazo alrededor de su cintura.

—¿Mi señora? —inquirió, dirigiendo una mirada desafiante al hombre de mayor altura—. ¿Va todo bien?

El desconocido lanzó una atractiva sonrisa a la cautelosa drow y a su aparente campeón.

—Ya lo creo, amigo mío. Maravillosa historia la que nos contó Regnet, ¿verdad? Lo más curioso es que ¡la mayor parte de ella es cierta! Y a riesgo de repetirme, Galinda, ese disfraz es sencillamente el mejor que has lucido jamás. Un poco desconcertante al principio, por supuesto, pero el aspecto de Doncella Oscura te sienta bien. Bien, disfrutad de la fiesta, los dos.

Con estas enigmáticas palabras, el hombre se perdió en la multitud, conduciendo con firmeza a la mujer de cabellos rojos en dirección al círculo de danzantes y lejos de los íntimos pabellones de seda que tan evidentemente prefería. Pero Liriel había captado el mensaje en sus palabras de despedida, en todos sus niveles de significado. La tensión la abandonó, y se recostó en el tranquilizador círculo del fuerte brazo de Fyodor.

Un sirviente vestido con una ondeante túnica y un tocado en forma de medusa pasó junto a ellos con una bandeja de golosinas de marisco. Liriel, sintiéndose repentinamente hambrienta, se sirvió varios pedazos de calamar picante, y mientras masticaba contempló con atención cómo se alejaba la figura del hombre rubio.

—Sabes —dijo pensativa—, creo que podría vivir en esta ciudad.

Ratas, una multitud de ellas, se movían frenéticamente sobre Liriel con diminutas patas codiciosas. La drow arrojó a varias de las pequeñas criaturas lejos de sí y saltó desde una estrecha repisa de piedra al agua, sumergiéndose hasta la cintura. Contuvo la respiración ante el increíble hedor y resistió el impulso de arrojar un puñado de cuchillos a los chirriantes bichos que le habían obligado a introducirse en el fango del alcantarillado, pues no tenía sentido perder sus armas en el agua y el lodo de las cloacas de Aguas Profundas.

—Esta no ha sido una de tus mejores ideas —refunfuñó, dirigiéndose a Fyodor.

El rashemita no se volvió, y siguió avanzando pesadamente sin pausa, rodeado por un círculo de luz de antorcha.

—Es la ruta que el relato de Regnet sugería. Puede que no sea el mejor modo de

entrar en Puerto de la Calavera, pero al menos un drow puede utilizarla sin atraer la atención.

—¡Oh, ya lo creo! —Liriel echó una mirada malévola a la espalda del muchacho—. Yo me encuentro como en casa en cualquiera de vuestros principales pozos negros. ¡Nadie con quien nos tropecemos me mirará dos veces!

—Vamos, pequeño cuervo —repuso él en broma—. ¿Dónde está tu espíritu aventurero?

Ella respondió con una locución drow que desafiaba cualquier traducción, pero el rashemita, no obstante, captó su esencia y, muy sabiamente, puso unos cuantos pasos más de distancia entre él y su contrariada compañera.

Sin advertencia previa, algo agarró la pierna de Liriel y tiró de ella bajo el agua. Una criatura invisible la arrastró, pateando y debatiéndose, hasta un agujero en el suelo del túnel, y luego se sumergió en aguas más profundas con su presa.

La joven extrajo un cuchillo de su bota y serró frenéticamente el apéndice que la sujetaba. Otros brazos similares la rodearon, y ella comprendió cuál era la naturaleza de su atacante y se quedó inerte. Los pulmones le ardían por falta de aire, pero se obligó a permanecer inmóvil, para permitir que la cosa la atrajera hacia sí. A través de las lóbregas aguas vio los ojos bulbosos y la boca en forma de pico de un calamar gigante, y cuando tuvo al ser a su alcance, lo apuñaló con rabia en los ojos. El calamar soltó de inmediato a su mortífera «comida», y un chorro de tinta negra salió disparado por el agua mientras la herida criatura huía precipitadamente.

Liriel luchó por abrirse camino hasta la superficie y aspiró largas y agradecidas bocanadas del infecto aire; luego se arrastró fuera del agua y localizó un saliente en los irregulares bloques que formaban la pared de la alcantarilla. Un pedazo de fino tentáculo, seccionado pero moviéndose aún, estaba enrollado en su pantorrilla.

—Creo que me comí a unos cuantos parientes tuyos en el desfile de disfraces —masculló la drow con malevolencia.

Agarró la punta del tentáculo y tiró de él hacia atrás. La parte inferior estaba cubierta de ventosas de succión, y manaba sangre de varios diminutos cortes circulares en su pierna. Liriel apretó los dientes y arrancó aquella cosa con un veloz tirón. El dolor fue mayor de lo que esperaba y profirió un aullido.

—No deberías hacer tanto ruido —advirtió Fyodor, volviendo por fin la cabeza—. A saber qué podemos encontrarnos aquí abajo.

Liriel cerró la boca con fuerza y volvió a saltar al agua. Mientras chapoteaba en pos del joven, jugueteó con la idea de enrollar el tentáculo cortado al cuello de su compañero.

La luz de la luna, tan hermosa como improbable, apareció de improviso ante ellos, derramándose en una cortina plateada sobre las oscuras aguas de la alcantarilla.

Fyodor se detuvo en seco ante la inesperada visión, pero la drow, que estaba más instruida en cuestiones mágicas, lo empujó sin miramientos a través del reluciente portal.

Al aparecer por la puerta se hallaron en las orillas de un extenso río subterráneo. La tenue luz de hongos luminiscentes iluminaba la caverna situada más allá, en la que había una ciudad tallada en la roca. La ciudad era inconfundiblemente drow, más pequeña que Menzoberranzan y sin la maravillosa luz de los fuegos fatuos, pero que a los ojos de Liriel no resultaba menos bella por eso.

—¿Qué es este lugar? —murmuró Fyodor.

—Esto es el Paseo de Eilistraee —dijo una grave voz musical detrás de ellos— y os hemos estado esperando.

Los dos amigos giraron en redondo. Ante ellos encontraron a una hermosa mujer drow, más alta incluso que el rashemita, de ojos plateados y cabellos tejidos de luz de luna. Estaba flanqueada por guardas elfos oscuros que lucían magníficas cotas de malla e iban armados con espadas y arcos largos.

La mano de Fyodor se dirigió instintivamente a la empuñadura de su espada; pero, ante su sorpresa, Liriel lanzó un grito de alegría y se arrojó en los brazos de la mujer. Sin prestar atención a sus propias galas, la elfa rodeó a la enfangada muchacha en un abrazo fraternal.

—¡Qilué! ¿Cómo te enteraste de nuestra presencia tan pronto?

—La noticia de vuestra llegada nos la transmitieron los Arpistas.

Liriel se echó hacia atrás, con la frente fruncida en expresión perpleja. Había sospechado que el hombre de cabellos rubios de los risueños ojos grises y la mente tortuosa avisaría de algún modo a los seguidores de Eilistraee de su llegada. El hombre más o menos lo había dado a entender con su ambigua referencia a la Doncella Oscura, pero la alusión de Qilué a unos músicos carecía de sentido.

—¿Arpistas? —repitió la joven—. ¿Por qué tendrían que molestarse gentes que tocan el arpa con estas cuestiones?

—Hay muchos que comparten ese sentimiento —dijo la mujer de más edad en tono seco—. Pero era un relato lo bastante extraño como para transmitirlo. No se ve cada día que una drow entre en Aguas Profundas buscando un modo de llegar a Puerto de la Calavera, acompañada por un humano que lleva un frasco de vino de fuego*jhuil*d y habla con el acento de Rashemen. Tú, entonces, debes de ser Fyodor. Liriel te ha mencionado. Yo soy Qilué Veladorn, sacerdotisa de Eilistraee. Servimos a la Doncella Oscura, diosa del canto y la luz de la luna, y en su nombre damos ayuda a todos los que lo necesitan.

El joven hincó la rodilla ante la regia drow.

—La Doncella Oscura no es desconocida en Rashemen. Y yo creo que os he visto antes, señora —dijo el joven despacio; luego, recordando la insólita altura de la

oscura elfa, añadió—: o a alguien que se os parece mucho. Hace varios días, observé sin ser visto cómo Liriel danzaba a la luz de la luna. Otra persona bailaba con ella. Yo estaba muy lejos, pero no olvidaré con facilidad aquel rostro.

—¿Es eso cierto? —La elfa enarcó una nívea ceja—. Lo que viste sólo pudo haber sido la sombra de la Doncella Oscura. La tarea que os aguarda debe de ser de gran importancia para obtener una señal tan clara del favor de Eilistraee.

—¿Puede alguien decirme de qué va todo esto? —exigió Liriel.

—Más tarde, criatura —amonestó Qilué—. Dime cómo podemos ayudaros.

Liriel vaciló. Las Elegidas de Eilistraee podían viajar como desearan y llevar con ellas las bendiciones mágicas de su diosa, por lo que el Viajero del Viento no les era de demasiada utilidad. Tal vez podría confiar en Qilué y su gente. Dirigió una veloz mirada a Fyodor, y éste le hizo una señal apenas perceptible de asentimiento.

—Fyodor y yo necesitamos el amuleto Viajero del Viento: él, para domeñar la furia guerrera cuando se descontrola; yo para transportar magia de los elfos oscuros conmigo allí adonde vaya. Creo haber descubierto una manera de convertir esos poderes en permanentes. Para los dos —añadió, sosteniendo directamente la perpleja mirada de Fyodor.

—¿Con qué fin? —preguntó la sacerdotisa.

—¿Qué quieres decir con qué fin? —Liriel devolvió la mirada a Qilué—. Fyodor es un *unbersérker*, un protector de Rashemen. Yo soy una hechicera cuya magia proviene de la Antípoda Oscura, y de la herencia de los drows. Simplemente deseamos ser lo que somos.

—Tu amigo desea servir a su país —señaló ella—. ¿Cómo usarás tú el poder concedido por el Viajero del Viento?

Liriel parpadeó. El poder era el objetivo de todos los drows que conocía y era perseguido por sí mismo. Nadie reflexionaba sobre lo que haría con él, más allá de manejarlo para obtener aún más. Aunque la pregunta de Qilué era extraña, la joven descubrió que tenía una respuesta.

—Un hechicero drow llamado Nisstyre, capitán de una banda de comerciantes conocida como El Tesoro del Dragón, ha robado el amuleto. Sé lo que él quiere hacer con el amuleto: espera persuadir a los drows para que salgan de la Antípoda Oscura a fin de seguir el camino marcado por su dios, Vhaeraun. Por lo que he visto de Nisstyre y sus ladrones drows, eso no sería nada bueno —concluyó Liriel sombría—. Si debo justificar mi pretensión al Viajero del Viento, ¡entonces arrebatárselo a Nisstyre sería un buen principio!

—¡Un principio! —exclamó uno de los soldados; un drow alto, vestido con una cota de mallas y un yelmo de malla negra, fue a colocarse junto a Qilué—. Milady, ese nombre es conocido en Puerto de la Calavera. Nisstyre es un hechicero de Ched Nasad, y sus soldados son al menos casi un centenar. Lo que es peor aún, se rumorea

que el nombre de su compañía proviene de su oculta plaza fuerte: una caverna en algún lugar debajo de la ciudad que en una ocasión fue la guarida de un dragón. Muchos han seguido esos rumores en busca de tesoros. Nadie ha regresado. ¿Quién sabe qué mágicas defensas podrían proteger el refugio de un dragón?

—En ese caso —repuso Qilué con tranquilidad—, será mejor que planeemos bien las cosas.

El tesoro del dragón

En una caverna enterrada muy por debajo de las calles de Puerto de la Calavera, el sacerdote drow Henge daba vueltas por la habitación donde Nisstyre yacía en un estupor parecido a la muerte. El hechicero había mejorado un poco desde la noche en que había sido misteriosamente fulminado, y cada día, desde entonces, Henge lo había vigilado de mala gana.

No era él el único que vigilaba. En ocasiones el sacerdote percibía una inquietante y malévolamente presencia, un ansia maligna, tras el rubí incrustado en la frente del drow. Alguien, en alguna parte, había venido a través de la joya y derribado a su capitán. Si el ataque hubiera sido limpio y certero, Henge se habría sentido encantado; pero aquella persistente vigilia se estaba tornando insoportable. Las naves de El Tesoro del Dragón estaban cargadas y listas para navegar hacia el lejano sur, pero sólo el reservado Nisstyre conocía la identidad de sus contactos allí. No se podía hacer otra cosa más que aguardar, y los elfos oscuros no eran famosos por su paciencia.

La puerta del aposento del hechicero se abrió de par en par, y un drow alto penetró con rápidas zancadas en la habitación. Henge examinó el rostro tatuado del elfo, el parche sobre un ojo y la lívida cicatriz que cruzaba su garganta.

—Ah, Gorlist. Aquí estás por fin. El pendiente regenerador cumplió su cometido, por lo que veo. Tus heridas parecen estar curándose bien.

—¡Pero no sin cicatrices! —refunfuñó él con expresión torva.

—Sí, estás reuniendo una buena colección —comentó Henge—, pero si se tiene en cuenta la ubicación de esa herida de la garganta, yo diría que deberías considerarte afortunado por haber salido tan bien parado. Supongo que eso indica que la moza sigue viva.

Gorlist hizo caso omiso de las pullas del clérigo. Agarró la bolsa de viaje de Nisstyre de la mesilla de noche, rebuscó en su interior y sacó un pequeño frasco carmesí en forma de llama de vela.

—Dale esto. Esos drows entrometidos de El Paseo están haciendo indagaciones en Puerto de la Calavera. Si hay problemas, necesitaremos un hechicero.

—¡Esta poción es más probable que mate que cure! —se resistió el sacerdote—. Deberías saberlo mejor que nadie.

—Sobreviví. Puede que él también. No tienes que preocuparte si rompes tu vínculo de sangre ni temer un castigo si el hechicero muere —indicó Gorlist tajante, sacando a colación el auténtico motivo oculto tras la vacilación del otro—. Nisstyre es mi progenitor; tengo el derecho de ordenar el modo en que sea tratado. Quedas

absuelto de toda responsabilidad.

Henge se encogió de hombros y destapó el frasco. Era hora de que Nisstyre se reuniera con El Tesoro del Dragón, y observar su doloroso viaje de vuelta resultaría muy entretenido. Si algo de la agonía de la curación viajaba por el rubí hacia su invisible observador, muchísimo mejor.

En las guarniciones y arsenal del Templo del Paseo, en las calles y rincones ocultos de Puerto de la Calavera, los seguidores de Eilistraee se preparaban para el combate. Al principio, Liriel no se sintió impresionada por las fuerzas de Qilué Veladorn, pues la guardia del templo y los halflings que se denominaban a sí mismos Protectores del Canto ascendían a menos de sesenta. En Menzoberranzan la mayoría de las casas nobles menores poseían varias veces esa cantidad de soldados, respaldados por la magia de hechiceros y grandes sacerdotisas. Cierto era que cada sacerdotisa de la Doncella Oscura estaba adiestrada en el uso de la espada, pero los llamados Elegidos de Eilistraee no tenían esclavos que usar como carne de cañón ni armas mágicas de destrucción, y virtualmente ningún hechizo ofensivo clerical. Los Elegidos confiaban en su diosa, en su habilidad con las armas, y los unos en los otros. Era, en opinión de Liriel, una receta para el desastre.

Sin embargo, mientras observaba los preparativos, la joven drow empezó a comprender el auténtico poder que estaba en juego. Cada persona del templo era totalmente fiel a Qilué y estaba concentrada por completo en la tarea que les aguardaba. No se dedicaba la menor energía a intrigas mezquinas; nadie parecía preocuparse por aumentar su posición e influencia. Cada sacerdotisa tenía su papel y lo desempeñaba bien, con la mirada puesta en un objetivo más importante.

Para Liriel, aquello fue una revelación. Ella misma empezaba a adaptarse a su alianza con Fyodor. Desde su primer encuentro, pese a las enormes e innumerables diferencias, se había sentido atraída por el espíritu afín que existía entre ellos. Aquello que Fyodor llamaba amistad resultaba una paradoja sorprendente: cada uno daba y ninguno perdía. Por el contrario, juntos, los amigos se alzaban para convertirse en más que la suma de sus energías individuales. Aquello contradecía todo lo que Liriel había aprendido o experimentado jamás, pero empezaba a aceptarlo como cierto, y esbozándose en el lejano horizonte de su mente, mientras observaba cómo los Elegidos se preparaban, estaba la posibilidad de que algo parecido a la amistad pudiera existir a mayor escala. La joven drow no tenía palabras para algo así, pero sospechaba que aquel descubrimiento podría también ser parte de su viaje, podría convertirse en parte de la runa que estaba creando con cada día que pasaba.

Entre tanto, Liriel se preparaba para el combate a su manera. El templo poseía una pequeña biblioteca de pergaminos y libros de conjuros, y la joven hechicera memorizó varios hechizos que podrían resultar útiles. También pasó un tiempo

estudiando con detenimiento su libro sobre runas, en busca de un modo de adaptar el hechizo que había concebido para almacenar su magia de la Antípoda Oscura en el amuleto Viajero del Viento.

Después de dos días de frenética actividad, Elkantar, el consorte drow de Qilué y también el comandante de los Protectores, los reunieron a todos en la sala del consejo del templo. Los espías que habían sido enviados por todo Puerto de la Calavera para reunir información sobre las actividades de El Tesoro del Dragón fueron los primeros en hablar.

—A Nisstyre no se le ha visto desde el día en que su banda entró en el puerto. Se dice que está enfermo y permanece en la fortaleza de los comerciantes —informó un soldado drow.

—Eso explicaría mis noticias —añadió un fornido y bien armado halfling—. Los comerciantes de El Tesoro del Dragón tienen dos naves en el muelle. Llevan ya días listos para zarpar. Parece que esperan algo.

—O a alguien —intervino un humano de rostro sombrío—. El lugarteniente de Nisstyre, un guerrero drow tatuado llamado Gorlist, fue visto entrando en Puerto de la Calavera justo hoy. Ha representado a Nisstyre en otros viajes comerciales, de modo que podrían zarpar hoy.

Liriel y Fyodor intercambiaron una mirada de consternación.

—¡Pero tú lo mataste! —protestó el rashemita.

—Bueno, parece ser que no salió bien —repuso Liriel, alzando las manos exasperada.

—Tenemos problemas más importantes —proclamó una voz de jovencita.

Era Iljrene, una diminuta y melosa sacerdotisa con aspecto de muñeca. Con sus elegantes trajes y rizos plateados, la delicada drow parecía la más improbable de los maestros de batallas. No obstante, con su primera palabra captó la atención de todos los presentes en la estancia.

—Se ha confirmado que un dragón de las profundidades, bajo la forma de un drow, pasea entre los comerciantes de El Tesoro del Dragón.

Un murmullo de desaliento recorrió la habitación.

—No tenemos fuerzas suficientes para combatir a un adversario así. ¿Cómo podemos luchar contra un dragón? —dijo Elkantar, consternado.

De improviso Liriel recordó una promesa que había hecho no hacía mucho, sin darle demasiada importancia ni pensar realmente en cumplirla. Con una astuta sonrisa, se volvió hacia el comandante.

—Dadme dos horas ¡y os mostraré cómo hacerlo! Fyodor, necesito el libro de conjuros que has estado llevando por mí, y Qilué, ¿podría tener acceso al almacén del templo de componentes para hechizos? Necesito adaptar un hechizo conocido para crear un nuevo portal dimensional. Ello me ahorrará un viaje de vuelta a la Antípoda

Oscura.

—¡La Antípoda Oscura! —La gran sacerdotisa se inclinó al frente y clavó una mirada penetrante en la joven—. Creo que deberías explicarte.

La muchacha sonrió ante la expresión preocupada de Qilué.

—¿Qué mejor modo existe de combatir a un dragón —dijo con ironía— que otro dragón?

La ciudad de Puerto de la Calavera era un centro comercial totalmente distinto a cualquiera de los que florecían bajo la luz del sol. Allí, en cavernas situadas muy por debajo de los puertos y calles de Aguas Profundas —más profundas incluso que el fondo del mar— comerciantes de docenas de razas se reunían para ejercer su oficio. A ninguna raza, sin importar lo poderosa o rapaz que fuera, se le negaba el acceso a los muelles de la ciudad, y ningún cargamento era considerado ilegal, inmoral o arriesgado. Las normas de «terreno seguro» convertían en posible el comercio entre enemigos; sin embargo, la intriga, incluso la guerra abierta a pequeña escala, formaba parte de la vida diaria. Pocos ciudadanos de Puerto de la Calavera se dedicaban a intervenir en las disputas de otros. En el caso de las razas más mortíferas —como los contempladores, los *lilitas* y los *drows*—, los residentes de la ciudad no tenían la menor objeción en mirar a otra parte. Y si dos hembras *drows* —una de las cuales era una elfa de piel color púrpura y nariz respingona con unos ojos redondos, levemente reptilianos— querían darse el gusto de corretear por las tabernas, nadie, se sentía impelido a hacer comentarios al respecto.

—Ve más despacio, Zip —advirtió Liriel a su compañera, atrapando la muñeca color púrpura mientras la copa se hallaba aún al sur de los labios de la hembra. La *drow* púrpura había consumido vino suficiente para acabar con todo un batallón de enanos, y Liriel no deseaba dejar a una hembra de dragón borracha suelta por Puerto de la Calavera.

Zz'Pzora frunció los labios enojada, pero el centelleo de sus ojos redondos no disminuyó en absoluto. La hembra de dragón con aspecto de *drow* se lo estaba pasando en grande en aquella maravillosa cloaca de ciudad. Espléndidamente ataviada con un vestido y joyas que le había prestado Iljrene, y provista de monedas que le permitían adquirir una sorprendente variedad de potentes libaciones, la hembra de dragón era libre de deambular a voluntad por entre razas que, en la Antípoda Oscura, o bien habrían huido de ella o intentado destruirla. El dragón de las profundidades —transformado por la extraña magia de la Antípoda Oscura, que lo había maldecido con dos cabezas y personalidades contrapuestas— había vivido la mayor parte de su vida en forzado aislamiento, y cuando el mensaje mágico de Liriel llegó a la gruta de Zz'Pzora, la frívola personalidad de la cabeza izquierda de la criatura no desperdició la oportunidad de mezclarse con otras razas en aventuras y

festejos; por su parte la cabeza derecha, más tradicional y práctica, mantuvo la mirada puesta en la prometida parte del tesoro de otro dragón. En las horas siguientes a su salida al Paseo por el portal de Liriel, las dos voces del ser habían hablado como una sola, e incluso la forma drow de Zz'Pzora, que lucía una única cabeza, parecía simbolizar la rara unidad de mente y propósito de la criatura.

En aquel momento, la hembra de dragón y la drow estaban recostadas sobre divanes manchados de cerveza en una taberna desvencijada conocida como La Gárgola Risueña. Haciendo honor a su nombre, el figón exhibía docenas de horribles estatuas aladas de piedra, posadas en cada uno de los dinteles y vigas; aunque Liriel sospechaba que cualquiera de ellas podía emprender el vuelo a voluntad. Si se tenía en cuenta el calibre de los clientes, la joven casi lo consideraría una mejora. La taberna estaba atestada de elfos oscuros de toscos modales: plebeyos, antiguos soldados, gentuza de toda ralea.

Zz'Pzora señaló con su copa a uno de varios drows que estaban de pie cerca de la chimenea.

—Es ése; el que llaman Pharx. Mira sus ojos.

Liriel miró de reojo. Los ojos del varón eran rojos, como los de casi todos los drows, pero cuando la luz de las llamas dieron en ellos de cierta forma, pudo ver que las rojas órbitas estaban cortadas por verticales pupilas reptilianas.

—De acuerdo, ése es. Ahora ¿qué?

La hembra de dragón con aspecto de drow respondió con una sonrisa rapaz.

—Ahora voy a trabar amistad con el caballero. —Engulló el resto de su bebida y se alzó de la mesa.

—Lleva esta gema contigo —indicó Liriel, sujetándole el brazo—. Si consigues penetrar en la guarida del dragón, déjala allí.

—Oh, lo conseguiré —repuso Zz'Pzora en tono malicioso—. ¿En qué otro sitio tendríamos el espacio y la seguridad necesarios para recuperar nuestro aspecto auténtico? ¡Púrpura o no, soy lo mejor que hay en la ciudad! No te molestes en esperarme levantada. —La drow-dragón alisó los pliegues de su traje prestado y se escabulló a través de la sala.

Ciertamente, el «drow» llamado Pharx pareció encantado con las nada sutiles insinuaciones de Zz'Pzora, y al poco rato, los dos desaparecían por una de las puertas que ocupaban la pared trasera de La Gárgola Risueña. Liriel permaneció en la taberna durante un tiempo para vigilar a los elfos oscuros que habían estado con Phrax, tomando nota de cuántos eran y qué armas llevaban. Cuando estuvo segura de no poder averiguar nada más, regresó al Paseo para estudiar conjuros de combate.

Mucho más tarde, una Zz'Pzora pagada de sí misma y saciada transmitió su informe a una asamblea de los Elegidos.

—Hay un túnel secreto que conduce de La Gárgola Risueña a la guarida de Pharx.

Es pequeño, apenas lo bastante grande para que un elfo se arrastre por él, pero más que cómodo para un dragón de las profundidades bajo la forma de una serpiente. Pharx tiene un hogar delicioso. Me ofreció una visita a las cavernas. —Zz'Pzora sonrió y admiró su manicura—. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de la compañía de otro dragón.

—Los detalles de vuestro encuentro, por muy divertidos que sean, deberán aguardar otro momento —dijo Iljrene con su voz de niña pequeña; la maestra de batallas extendió una hoja de pergamino sobre la mesa y alargó un cálamo a la drow-dragón—. Dibuja.

Ni siquiera un dragón era inmune al poder oculto tras las melodiosas órdenes de la sacerdotisa; Zz'Pzora obedeció sin discutir. El complejo que esbozó resultaba impresionante. A la izquierda de la guarida de Pharx había una serie de túneles que conducían a tres estancias principales. La más profunda y mejor protegida era la sala del tesoro, una caverna inmensa repleta de riquezas que Pharx había reunido a través de los siglos, así como de los huesos de aquellos que habían querido hacer suya una parte del tesoro. Por encima de aquel lugar había dos cuevas más pequeñas que servían a los comerciantes como alojamiento y almacén; otros dos túneles conducían fuera de la zona de los comerciantes, uno ascendía en dirección a los muelles y el otro, una ruta de huida, descendía sinuoso hasta alguna mazmorra aún más profunda.

—Enviaremos dos patrullas a atacar las naves mercantes —anunció Iljrene, tras estudiar el dibujo unos instantes—. Eso atraerá a sus luchadores hacia arriba, por este túnel. Cuando el camino quede libre, Liriel abrirá un portal a la sala del tesoro, luego encontrará y se enfrentará al hechicero.

—No debería ir sola —protestó Fyodor—. ¿Y si quedan hombres armados?

—Eso no es probable. La gente de Nisstyre no tiene motivos para sospechar que conocemos la localización de su fortaleza —razonó Iljrene—. No verán otra cosa que el ataque a las naves. Transportan esclavos, entre otros cargamentos, y saben que esto por sí solo es suficiente para despertar la ira de la Doncella Oscura.

—Y ¿por qué debería él apostar hombres armados, viviendo allí un dragón? —añadió Elkantar, inclinándose muy cerca del hombro de la maestra de las batallas para estudiar el dibujo.

—Exactamente —coincidió ésta—. Lo que nos lleva al dragón. Zz'Pzora, te asegurarás de que Pharx permanezca en su cubil. Mantenlo ocupado, en combate o en lo que sea, hasta que el camino quede despejado y lleguen nuestras fuerzas.

La hembra de dragón con aspecto de drow miró de pies a cabeza el exquisito vestido plateado de la sacerdotisa con franca codicia.

—Préstame ese vestido, muchachita, y trato hecho.

—De acuerdo. Liriel, ¿estás preparada para enfrentarte a Nisstyre?

—Me sentiría mejor si tuviera el amuleto —respondió la joven hechicera con una

sombría sonrisa—, pero estoy todo lo preparada que se puede estar. ¿Dejaste mi gema en la sala del tesoro de Pharx, Zip?

—Sí, y casi me muero al hacerlo —refunfuñó la personalidad de la cabeza derecha del reptil, emergiendo por un instante para llorar el tesoro que había escapado de entre sus dedos de color púrpura—. ¡Un zafiro negro!

—¿Qué queréis que haga yo? —inquirió Fyodor.

El joven guerrero había pasado los últimos días observando con atención los preparativos. Lo que vio lo tranquilizó en gran manera, pues los dedicados comandantes drows le recordaban a los Colmillos de Rashemen, los astutos caudillos que defendían su diminuto país contra adversarios mucho más poderosos. No obstante, no estaba seguro de su lugar en todo aquello.

—Desde luego nos iría muy bien tu espada, sin embargo es mejor que permanezcas en el templo, lejos de la batalla. Si el frenesí combativo se apoderara de ti, ¿podrías diferenciar a un drow de otro? —repuso Elkantar.

El rashemita no podía rebatir este argumento, pero sus ojos azules reflejaron su frustración mientras escuchaba cómo los drows planeaban cada etapa de su ataque. Nunca, ni siquiera en todos los meses transcurridos desde que la magia de su furia *debersérker* se torció, se había sentido Fyodor tan impotente. Registró su depósito de antiguos relatos, con la esperanza de encontrar la respuesta allí; pero la inspiración, cuando por fin llegó, no consiguió tranquilizar su ánimo.

Cuando la reunión finalizó y los presentes se desperdigaron con el fin de prepararse para la batalla, el joven hizo una seña a uno de ellos para que fuera con él a un pasillo apartado. Mientras exponía los términos de su oferta, en su mente resonó la advertencia de un viejo proverbio rashemita: «Quien hace tratos con un dragón o es un loco o un cadáver».

Los barcos de El Tesoro del Dragón estaban bien custodiados, pues al estar completamente cargados y amarrados al muelle, presentaban un blanco tentador. Mercenarios drows recorrían los muelles, y arqueros elfos oscuros vigilaban desde los castillos de popa y torres de vigía de las naves que esperaban. Los comerciantes de El Tesoro del Dragón no ignoraban que los drows de Eilistraee habían mostrado un vivo interés por sus negocios, y no tuvieron que pensar mucho para comprender el motivo. Apiñada en la bodega de uno de los barcos había una veintena de niños drows: varones que nadie quería que alcanzarían un buen precio como esclavos en las lejanas ciudades del sur. Las sacerdotisas de la Doncella Oscura veían con malos ojos tales cosas y eran lo bastante estúpidas para intentar un rescate. Hasta el momento, habían demostrado un admirable comedimiento, pero no había forma de pronosticar lo que pudieran hacer las drows del Templo del Paseo.

No lejos de las naves, muy por debajo de la superficie de las fétidas aguas, Iljrene

y diez de sus compañeras sacerdotisas se aferraban al rocoso lecho marino y aguardaban. Según la hembra de dragón de las profundidades de Liriel, el túnel procedente de la fortaleza de los comerciantes finalizaba allí, en la roca maciza del suelo del puerto. Cada miembro de El Tesoro del Dragón llevaba un colgante mágico que le permitía atravesar el rocoso muro a voluntad, y la tarea de Iljrene era hacerse con unos cuantos de aquellos colgantes.

Armadas con espadas cortas y un hechizo que les permitía respirar bajo el agua durante un corto período de tiempo, las sacerdotisas aguardaban impacientes, aguzando los oídos para captar los sonidos del combate en la superficie. Iljrene confiaba en Elkantar —era su comandante y ella había luchado bajo sus órdenes durante casi un siglo— pero aquella tarea precisaba una coordinación perfecta. Si la patrulla de Elkantar no atacaba pronto, las sacerdotisas ocultas se quedarían sin aire. Sin embargo no podían salir a la superficie, pues hacerlo alertaría a los mercenarios de El Tesoro del Dragón y pondrían en peligro a la fuerza del comandante; así pues, Iljrene obligó a sus pensamientos a mantener una fría calma, y aguardó el momento adecuado.

Bajo el mando de Elkantar, una patrulla doble de Protectores nadó en dirección a los barcos amarrados. Habían venido desde las Cuevas Marinas, descendiendo por los portales acuosos que transportaban barcos al oculto fondeadero de Puerto de la Calavera, y desde las oscuras aguas situadas más allá de los muelles. Sus hombres chapotearon con sigilo en dirección a las naves: una veintena de drows, con las plateadas cabezas cubiertas por ceñidas capuchas oscuras, seis hombres y un halfling. Todos aventureros rescatados por las sacerdotisas de Eilistraee y que habían jurado servir a la Doncella Oscura.

Mientras nadaba, Elkantar evaluó las fuerzas dispuestas contra su grupo. Al menos una docena de bien armados mercenarios drows patrullaba los muelles, y un número igual recorría las cubiertas de cada uno de los dos barcos. Sus filas estaban respaldadas por minotauros y letales arqueros elfos oscuros. La batalla tendría un alto precio, pero Elkantar no reconsideró ni por un momento su línea de acción; pues Qilué Veladorn no era tan sólo su consorte, sino su señora. Le había jurado lealtad; haría de buen grado cualquier cosa —incluso morir— por ella. Pero aquella tarea la habría hecho a pesar de todo. Los largos años se difuminaron mientras el drow recordaba otro navío similar. En aquella ocasión, Elkantar había estado encadenado en la bodega: un joven adiestrado como guerrero, nacido noble pero demasiado rebelde para el gusto de su madre matrona. Lo que había soportado durante su esclavitud, y cómo había conseguido escapar finalmente, pesaba con fuerza sobre él en aquel momento.

Pero había llegado la hora de actuar, no de recordar.

La proa del barco más próximo apuntaba fuera de los muelles y era la zona menos custodiada. Un solitario minotauro paseaba por la cubierta del castillo de proa. Elkantar alzó un pequeño arpón en forma de ballesta y apuntó; el proyectil voló en silencio hacia su blanco, arrastrando con él una casi invisible cuerda de hilo de araña. La afilada arma se hundió en el enorme pecho del hombre-toro, y la criatura cayó muerta al instante, desplomándose contra la barandilla, con la cabeza balanceándose sobre el agua. A los ojos de cualquiera, parecía como si se tratara de un marinero mareado que reconsideraba su última comida.

Elkantar nadó hasta el barco y tiró de la cuerda; ésta aguantó, y él trepó por el curvado casco hasta el castillo de proa. Usando el cuerpo del minotauro como escudo, se izó por encima de la barandilla. La alarma se dio al instante, y una flecha pasó rauda desde la torre de vigía, sin darle a él pero hundiéndose con un carnosos golpe sordo en el minotauro que se hallaba sin vida. Elkantar devolvió el ataque con un pequeño arco, lanzando a toda velocidad un dardo tras otro en dirección al arquero.

Entre tanto, su banda había encontrado una red de cuerdas junto a las naves y había trepado a las cubiertas. Los guardias de las naves se apresuraron a presentar batalla, y los drows que custodiaban los muelles corrieron por las planchas para entrar en las naves, desenvainando sus armas mientras lo hacían. Las espadas entrechocaron mientras los elfos oscuros combatían entre sí.

Los Elegidos podrían haber contenido a los luchadores, pero los arqueros que ocupaban los puestos de vigía eliminaban a los valientes invasores uno tras otro. Elkantar contempló, impotente, cómo una flecha alcanzaba a uno de sus hombres en la garganta, y se volvió hacia su segundo —un halfling alto de aspecto lúgubre que lo había seguido por la maroma— y señaló en dirección al puesto de vigía. El halfling asintió y se dejó caer sobre una rodilla tras el cuerpo protector del minotauro, para lanzar una flecha tras otra en dirección al mástil, hasta dejar totalmente inmovilizado al diestro arquero.

Mientras, un pequeño grupo de sacerdotisas seguían a Qilué por las oscuras aguas. Una de ellas, sostenida fuera del agua por dos de sus hermanas, consiguió arrojar una soga alrededor del bauprés. Qilué fue la primera en subir, trepando con agilidad por la cuerda para saltar a continuación al castillo de proa de la nave.

El espectáculo que apareció ante sus ojos la dejó sin habla. Elkantar, su amado, corría con acrobática gracia subiendo por una soga que ascendía casi en vertical desde el castillo de popa a la punta superior del mástil. Llevaba el cuchillo en la mano, y estaba claro que intentaba acabar con el molesto arquero. Era la clase de plan arriesgado y valeroso que había llegado a esperar siempre de su consorte, y, considerando la lluvia de flechas que caía con furia alrededor del mástil, muy bien podría ser el último que llevara a cabo.

La sacerdotisa vivió un instante de desesperación. Había amado y perdido

demasiado a menudo en sus muchos siglos de vida; no podía soportar perder también a Elkantar. Pero no era ella quien podía hacer tales elecciones; de modo que Qilué desenvainó su silbante espada y la mantuvo en alto, tomando fuerzas mientras el silbido del arma —los misteriosos y obsesivos tonos de una soprano elfa entremezclados con la llamada del cuerno de caza de Eilistraee— hicieron su aparición.

El mágico sonido galvanizó a las sacerdotisas que la seguían. Cinco espadas más centellearon en la débil luz, uniéndose en un coro que resonaba puro y enérgico por encima del estrépito de la batalla y los alaridos de los moribundos.

Muy por debajo de la batalla a bordo de las naves, Iljrene y sus sacerdotisas se aferraban al suelo del puerto y observaban el oculto portal. De improviso, unos mercenarios drows, respondiendo sin duda a una llamada procedente de los asediados barcos, surgieron veloces de la piedra maciza. Los luchadores drows ascendieron hacia la superficie, con la atención fija en las oscuras formas de los navíos.

Iljrene contó con atención mientras treinta elfos oscuros pasaban raudos junto a su escondite de camino a la batalla. De toda la información que sus espías habían reunido, no parecía muy probable que quedaran más de cuarenta drows en la fortaleza. Los últimos diez, por lo tanto, eran sus objetivos. Cuando éstos hubieron pasado, la maestra de las batallas asintió con la cabeza, y cada sacerdotisa nadó rápidamente en dirección al blanco que había elegido. Las mujeres atacaron por detrás, cada una rebanando la garganta de un drow y liberando el colgante mágico de un solo golpe. Iljrene no tenía nada en contra de tales tácticas; se trataba de una emboscada, no un duelo de honor.

Triunfantes, las sacerdotisas descendieron nadando hasta el portal y, sujetando con fuerza los colgantes, las diez se lanzaron a través de la mágica puerta invisible. Rodaron, empapadas y jadeantes por falta de aire, sobre un túnel cuyo suelo era de roca viva.

Justo delante de unos cuarenta varones armados que llegaban a la carrera.

Los recién llegados se detuvieron en seco, sobresaltados por la inesperada aparición de las fuerzas del Paseo. Iljrene se incorporó de un salto y blandió una espada, aprovechando la sorpresa del enemigo para obtener un poco de tiempo para sus igualmente anonadadas sacerdotisas.

Cuatro a uno, se dijo sombría mientras se enfrentaba al varón más próximo. Desde luego, el estrecho túnel proporcionaba a las mujeres una cierta ventaja —no más de cuatro podían combatir a la vez— pero los mercenarios podían reemplazar a sus bajas tan rápido como caían. Mientras lanzaba mandobles y danzaba, la diminuta guerrera decidió reducir la desigualdad tanto como pudiera antes de que otra sacerdotisa se viera obligada a sustituirla.

Monedas de oro, una montaña de ellas, se removieron bajo los pies de Liriel. Armas mágicas, estatuas, jarrones de valor incalculable y exquisitos instrumentos musicales estaban amontonados alrededor de la base de la dorada colina tachonada de piedras preciosas. La drow dejó escapar un largo y silencioso suspiro de alivio; había penetrado en la sala de El Tesoro del Dragón.

La joven se inclinó y recogió un reluciente zafiro negro que había a sus pies, la gema que Zz'Pzora había colocado allí. Hechizada con el conjuro apropiado, el zafiro había sido el ingrediente final para abrir el portal al interior del baluarte de Nisstyre. Pero Liriel no se detuvo a saborear su triunfo y descendió con cautela del montón de riquezas, resbalando sobre las movedizas monedas a cada paso. Por lo general el más ligero alboroto en el tesoro de un dragón atraía a la maligna criatura rugiendo enfurecida para presentar batalla; pero los sonidos que provenían del cubil de Pharx sugerían que Zz'Pzora se ocupaba de la tarea asignada con inhabitual energía y entusiasmo. El dragón macho se hallaba perfectamente entretenido.

Puesto que no quería correr demasiados riesgos con la caprichosa Zz'Pzora, Liriel marchó a toda prisa por los túneles que conducían a los alojamientos de los comerciantes. En las alturas, ahogados por la piedra, oía los débiles sonidos de la batalla, pero los pasillos se hallaban desiertos. Entonces, por debajo de una de las puertas de piedra cerradas, detectó un hilillo de luz. Se aproximó con sigilo y abrió la puerta en silencio.

En un pequeño aposento se hallaba sentado el hechicero de cabellos cobrizos, envuelto en un chal y estudiando el Viajero del Viento a la luz de una única vela.

—¿Has tenido suerte? —inquirió Liriel, burlona.

Nisstyre se sobresaltó al oír el sonido de su voz y se volvió. Estaba más delgado que la última vez que lo había visto, y sus ojos negros ardían en su rostro ojeroso. El rubí incrustado en la frente llameaba con enfurecida luz roja.

—¿Cómo funciona? —exigió él, esgrimiendo el amuleto—. ¡Sus secretos no se rinden ante la magia drow!

—Te ofreceré amablemente una demostración —le desafió ella—. ¡Dame el amuleto, luego ponme a prueba en combate!

—No deseo hacerte daño.

—¿Tienes miedo de intentarlo? —se mofó Liriel.

El hechicero lanzó un bufido y alzó la mano izquierda. El anillo de oro y ónice que había pertenecido a Kharza-kzad Xorlarrin centelleó bajo la luz de la vela.

—Vencí a tu tutor. ¿Puede hacerlo mejor una estudiante?

Liriel se encogió de hombros.

—Míralo de esta forma: deseas información, y el único modo de obtenerla de mí es matándome y conversando con mi espíritu.

La gema de la frente de Nisstyre volvió a llamear, con más fuerza esta vez. El drow hizo una mueca, y su rostro se crispó de dolor y frustración. Arrojó el amuleto a Liriel, derribando accidentalmente la vela y sumiendo la estancia en una total oscuridad.

—¡Muy bien, lucharé contra ella! —gritó—. ¡Observa si debes hacerlo, pero por todos los dioses, muérdete la maldita lengua!

Liriel contempló con atención al hechicero; éste no hablaba con ella, sino con alguien que no resultaba visible. Alguien que podía oír lo que ella decía, tal vez ver lo que hacía; alguien que quería verla muerta. Su mirada se movió veloz hacia el rubí en forma de ojo de la frente de Nisstyre, y un plan empezó a formarse en su mente.

Se inclinó veloz y levantó del suelo el amuleto del Viajero del Viento. La magia drow capturada en su interior —la propia esencia mágica de la muchacha— fluyó por su cuerpo en una dichosa oleada de poder. Los conjuros de magia drow danzaron listos para ser utilizados en su mente; fuegos fatuos y oscuridad competían por un puesto en las puntas de sus dedos. Por primera vez en muchos días Liriel se sintió completa. Depositó un rápido beso sobre la diminuta funda dorada y se colgó el amuleto al cuello. Luego, con un veloz movimiento de la mano, lanzó la primera de sus armas mágicas contra Nisstyre.

Una pulsación de chisporroteante energía negra salió disparada en dirección al hechicero; pero Nisstyre fue aún más rápido. Desapareció, y el proyectil mágico pasó a través de lo que quedaba de la sombra de su sombra calórica para estallar contra la pared opuesta.

En aquel momento, las paredes de la habitación empezaron a estremecerse, y aparecieron grietas en el techo, que se extendían como ramas de árboles. El suelo bajo los pies de Liriel se combó y tembló con fuerza, y los ojos de la drow zumbaron con un apagado retumbo que sonó como si la misma piedra aullara de dolor.

El primer impulso de la joven fue dejarse llevar por el terror y por un abrumador deseo de huir. Sólo en una ocasión anterior había visto un temblor así, pero toda su vida había oído historias de los desastres que ocurrían cuando la tierra se movía. Patrullas perdidas, túneles derrumbados, ciudades enteras enterradas. Los drows, que pasaban la mayor parte de sus vidas atrapados bajo toneladas de roca, no temían a nada tanto como a aquello.

Entonces la muchacha recordó el amuleto y sus poderes restituidos, y conjurando su habilidad para levitar, se alzó por encima del tembloroso suelo y flotó veloz y con calma en dirección a la puerta. Salió justo cuando el techo se desplomaba. Las piedras cayeron con un rugido atronador, lanzando una nube de polvo al pasillo vacío.

Pero fuera de la estancia de Nisstyre, todo estaba tranquilo e inmóvil, y Liriel aspiró una profunda y tranquilizadora bocanada de aire. El «terremoto» había sido un

ataque mágico, limitado a aquella única habitación. Aplaudió en silencio al hechicero por su estrategia —el ataque estaba calculado para acobardar por completo a un adversario drow— mientras regresaba a la sala del tesoro. Pues ¿qué otro emplazamiento podía elegir su contrincante para una batalla de conjuros? ¿Y qué mejor guerrero para cubrirle las espaldas que un dragón? El hechicero contaba con la ventaja de una abrumadora superioridad. No podía saber que un segundo dragón había entrado a tomar parte en la refriega.

Sin embargo, mientras Liriel recorría veloz los silenciosos pasillos, sentía pocas esperanzas de que Zz'Pzora pudiera igualar el tanteo. Hasta ahora la mutante hembra de dragón se había mostrado útil, pero la joven sabía que la criatura podía volverse traicionera en cualquier momento. Su alianza se había formado sobre el supuesto de que no se podía confiar en ninguna de las dos, y para su pesar, Liriel conocía al ser tan bien como se conocía a sí misma.

Incluso en su debilitado estado, Nisstyre resultaba un adversario formidable. En cuanto penetró en la sala del tesoro, la joven drow se vio zarandeada por el aleteo de alas gigantescas. Liriel se dejó caer al suelo y rodó, alzándose con un puñado de cuchillos arrojadizos en la mano. Lanzó tres de las armas al murciélago gigante —un cazador de la noche, el mayor y más mortífero de los murciélagos de la Antípoda Oscura— antes de darse cuenta de que la criatura no era más que una ilusión. El auténtico peligro vino de unos cincuenta pasos más allá. Encaramado en el montón de monedas de oro, Nisstyre alzó despacio una varita y apuntó hacia ella.

—He reconsiderado tu oferta —ronroneó la joven, adoptando una pose seductora—. Si todavía deseas una consorte, me sentiré honrada de aceptar.

Como había esperado, el ojo de rubí de la frente del otro llameó con repentino fulgor. La mano del hechicero vaciló, y él drow zigzagueó con paso inseguro como azotado por la fuerza de la cólera del invisible observador.

—Todavía tengo el mapa que me diste —mintió Liriel con dulzura—. En unos pocos días podemos estar juntos en tu fortaleza del bosque. Podemos compartir el amuleto, como prometiste. ¡Piensa en el poder que podemos manejar juntos! Y tal como prometí, te ayudaré a deshacerte de eso otro. —Señaló el rubí, que a estas alturas vibraba casi de rabia.

—Ella miente —musitó Nisstyre, con el rostro crispado por un dolor insoportable—. Sí, sí... demostraré mi lealtad. —Alzó de nuevo la varita y apuntó hacia abajo en dirección a su blanco.

Pero la joven había ido en busca de un arma propia: un hechizo letal y exclusivamente drow que jamás había puesto en práctica. Agarró un diente de un montón de huesos de enanos y lo lanzó contra el hechicero. Al instante, la mano estirada de su adversario se estremeció y se convirtió en una garra flexionada y

deforme. Su varita cayó entre las monedas, pero la atención de Nisstyre estaba totalmente absorta en su espantosa metamorfosis. El pulgar se encogió para convertirse en una cabeza redondeada con una codiciosa boca en forma de pinza; los dedos se alargaron, luego se dividieron por la mitad para convertirse en ocho apéndices delgados y peludos. Lo que había sido la diestra mano de un hechicero era ahora una peluda araña negra que, pensando sólo en su hambre y en lo que precisaba, se retorció en dirección al brazo de su anfitrión y empezó a alimentarse. Por un instante, Nisstyre, horrorizado y paralizado por el dolor, se limitó a contemplar con fijeza cómo la araña asesina se iba comiendo su propio brazo; a continuación empezó a tartamudear una salmodia que disiparía el mortífero hechizo y le devolvería la mano... aunque no la carne que había sido devorada.

Liriel, entre tanto, buscó su siguiente arma. Conocía aquella varita —era una de las que Kharza había fabricado— y sabía cuál sería el próximo ataque de su adversario. Escarbó frenética por entre los tesoros amontonados. Zz'Pzora había dicho que había un espejo: ¿había mentido el traicionero reptil?

Curado ya, Nisstyre se inclinó, y resbaló varios metros por el dorado montón mientras intentaba hacerse con su varita. Consiguió agarrarla con la mano ilesa y apuntó hacia Liriel. Una llamarada, más ardiente que el aliento de un dragón rojo, salió disparada en dirección a la joven elfa oscura.

En ese momento, la drow localizó lo que buscaba. Sus dedos se cerraron sobre el dorado marco, y agarró el espejo para alzarlo ante ella a cierta distancia; luego cerró los ojos y volvió la cabeza para apartarla de la abrasadora luz. El hechizo de aliento de dragón golpeó el plateado cristal y rebotó en dirección al que lo había lanzado.

Los ojos negros del hechicero se desorbitaron de puro pánico mientras el fuego mágico chocaba contra las monedas de oro que tenía a los pies. El metal se fundió al instante, y Nisstyre se hundió profundamente en la borboteante masa derretida. Sus alaridos, mientras padecía la agonía que había pensado para Liriel, eran espantosos.

Los resultados de un ataque con aliento de dragón eran espectaculares pero breves, y en cuestión de poco tiempo, el montón de oro se había enfriado lo suficiente como para soportar el peso de la joven. Ésta trepó a lo alto de la acumulación de riquezas y se inclinó para contemplar al moribundo hechicero atrapado allí. El ojo de rubí parecía estar emergiendo de su frente, y su fulgor se apagaba al mismo ritmo que se agotaba la energía vital del hechicero; Liriel arrancó la gema y sonrió a su cada vez más tenue luz, como si lo hiciera ante el rostro del invisible observador.

—Has perdido —sentenció y, dicho esto, arrojó la inerte gema al montón.

Arrastrándose sobre el vientre, Fyodor se deslizó por el túnel que zigzagueaba por entre roca maciza en dirección a la madriguera del dragón. Zz'Pzora le había precedido bajo la forma de una enorme serpiente púrpura. Había resultado muy

curioso contemplar cómo la drow color púrpura se transformaba en una serpiente; pero su aspecto corriente resultaría sin duda más aterrador aún. Fyodor, a pesar de todo lo que había viajado y de sus muchos años combatiendo, nunca había visto a un dragón. No eran tan abundantes en aquellos días como lo eran en los antiguos relatos, y él muy pronto vería, no a una, sino a dos de aquellas criaturas. A una de ellas, había jurado matarla; la otra había jurado matarlo a él.

No era la muerte que la mayoría *debersérkers* rashemitas elegirían para sí mismos, pero Fyodor estaba contento con su destino. A pesar de hallarse lejos de su amada tierra, moriría en combate y con honor. Era suficiente.

Por fin llegó al final del tortuoso trayecto. Más allá del túnel se hallaba el cubil del dragón, una caverna enorme hendida por afiladas estalactitas con aspecto de colmillos y atestadas con los huesos de las últimas comidas de Pharx. En el interior del lugar había dos dragones enroscados en reptiliano abrazo. Uno de ellos era sin lugar a dudas Zz'Pzora: una hermosa criatura con dos cabezas, escamas de un tono púrpura irisado y alas enormes del color de la amatista. Era enorme, medía al menos quince metros desde la punta de la cola hasta sus dos hocicos gemelos, pero fue Pharx quien dejó sin aliento a Fyodor; el dragón macho tenía al menos el doble del tamaño de Zz'Pzora, iba acorazado con escamas de un oscuro color castaño y armado con dientes grandes como dagas y zarpas que recordaban curvas cimitarras. Aquélla, comprendió Fyodor anonadado, era la criatura que había jurado ayudar a matar.

Un débil siseo llegó procedente de un lejano túnel, y luego los alaridos de una agonía mortal. Pharx alzó la testa al instante, como un podenco gigante que olfatea la brisa.

—Mi oro —masculló la criatura con voz retumbante, y se desenredó de la hembra de dragón púrpura para echar a correr en dirección al túnel dando bandazos, con la cabeza gacha para evitar el bajo techo—. ¡Mi oro se funde! ¡Debemos protegerlo!

Cuando el dragón se acercó a su escondite, Fyodor saltó al interior de la cueva y desenvainó la espada, blandiéndola con todas sus fuerzas para golpear a la criatura entre los ojos. Pharx se detuvo en seco, sacudiendo la testa y resoplando sorprendido. La espada de filo embotado no había conseguido abrirse paso a través de la coraza del animal, pero por un instante el dragón quedó aturdido y bizqueó.

Zz'Pzora aprovechó la oportunidad. Desplegó las alas y saltó sobre Pharx como un halcón sobre su presa. Sus zarpas encontraron un punto de agarre en las placas verticales de la coraza del vientre del macho, y sus alas envolvieron su lomo cubierto de púas. Las dos cabezas descendieron en dirección a la garganta de la bestia. Nada, excepto los dientes de un dragón, podía perforar las protecciones de tales criaturas, y Pharx, no obstante su enorme tamaño, no conseguía sacudirse de encima a la hembra, a pesar de ser ésta más pequeña. Podría haber apartado una cabeza pero no dos; de modo que, enzarzados en un letal abrazo, las gigantescas criaturas se debatieron y

rodaron por el suelo. El macho agujereó las alas de Zz'Pzora, luego las desgarró con su puntiaguda coraza, pero ella siguió aferrada a él, rechinando los dientes y con las dos cabezas sacudiéndose con violencia mientras intentaba arrancar las escamas de su oponente.

Fyodor describió círculos alrededor de la titánica batalla, al acecho de una oportunidad para atacar, pero las dos criaturas estaban tan enredadas entre sí que no podía golpear a una sin dañar a la otra. Finalmente, la cola de Pharx se revolvió hacia fuera, lejos de la aferrada Zz'Pzora, y el rashemita saltó, golpeando con fuerza el apéndice recubierto de escamas. No era mucho, pero tal vez distraería a la bestia y serviría de alguna ayuda a la hembra de dragón.

Las inmensas fauces del ser se abrieron en un rugido de cólera y dolor que sacudió la caverna. A continuación, el reptil bajó las fauces en dirección al lomo de Zz'Pzora y exhaló profundamente. Una pernicioso bruma roja brotó de las fauces del dragón, para aferrarse al lomo de la hembra y derretir toda escama que tocaba como si se tratara de nieve bajo una lluvia de primavera. Las dos cabezas de la criatura chillaron, y Zz'Pzora soltó la garganta de su adversario.

El rashemita atacó entonces, lanzando la espada al frente. Su negra hoja se hincó con fuerza en uno de los agujeros que los dientes de Zz'Pzora habían perforado, y empujó con fuerza hasta que la espada chocó con el hueso. Fyodor sujetó la empuñadura con ambas manos y lanzó su peso a un lado, torciendo la hoja en un letal arco a través de la garganta de Pharx. La sangre empezó a brotar de las fauces de la criatura, sofocando el extraño fuego que corroía las escamas de su adversaria.

La hembra se separó de su moribundo compañero, y el feroz júbilo combativo brilló en sus cuatro ojos.

—Vamos —tronó, abandonando la caverna con paso vacilante—. Liriel está ahí dentro. ¡No tiene sentido dejar que se divierta ella sola!

Despacio y pagando un alto precio, Iljrene y sus fuerzas descendieron por el túnel en dirección a la sala del tesoro. La diminuta sacerdotisa había recibido más de una herida, y sus ropas estaban empapadas con una mezcla de agua marina y sangre. No obstante, no vaciló ni pareció sentir dolor cuando la herían o cuando una de sus sacerdotisas caía. Tenía una misión y la cumpliría. Una vez que asaltaran la nave y rescataran a los niños drows, Qilué conduciría al grupo a la fortaleza de los comerciantes, e Iljrene planeaba asegurarse de que no se encontraran en abrumadora desventaja.

Liriel alzó la mirada cuando Zz'Pzora se introdujo, agachada, en la sala del tesoro. —Acabaste con el hechicero, por lo que veo —comentó la cabeza izquierda con

voz pastosa—. Pharx también está muerto.

—Hacemos un buen equipo, Zip —sonrió la drow.

—Claro que sí —coincidieron al unísono las dos cabezas; la criatura pareció estar a punto de decir algo más, pero su cabeza izquierda se inclinó, luego cayó, balanceándose inerte sobre sus purpúreas escamas manchadas de sangre.

—Me lo temía —dijo la cabeza derecha mirando al suelo con una mueca, y a continuación la hembra se desplomó, de cara, sobre el montón de oro.

Los ojos de Liriel se abrieron de par en par al contemplar la terrible herida del lomo de Zz'Pzora. Las escamas se habían fundido, y la carne parecía devorada por un ácido corrosivo. La drow corrió hacia ella y levantó la cabeza inerte de su amiga.

—Maldita sea, Zip —se lamentó.

Un destello de luz regresó a los ojos de la cabeza izquierda.

—Mi vida ha durado más de veinte mil días —dijo la hembra de dragón, y su voz sonó satisfecha—. Este fue el mejor de todos ellos. —Con estas palabras, la mitad de Zz'Pzora murió.

La cabeza derecha se agitó y alzó de la dorada montaña.

—Un consejo —añadió la hembra en una voz que se debilitaba por momentos—. No confíes en ese humano tuyo. ¡Es un completo imbécil! Me ofreció acompañarme a la guarida de Pharx y ayudarme en el combate si era necesario. A cambio, ofreció dejar que lo matara en el caso que alzara la espada contra cualquiera de los drows de Qilué. ¡A eso se llama una situación en la que todos ganan! —La cabeza derecha sonrió de oreja a oreja, y no en dirección a Liriel—. Ahora estás sola. —Tras decir esto, los ojos del reptil se tornaron vidriosos al tiempo que la cabeza derecha se sumía junto a su compañera en la oscuridad.

Durante un buen rato, Liriel permaneció sentada y acunando la enorme cabeza en su regazo. Muy a menudo había considerado el alto precio que había que pagar por la confianza y la amistad, pero jamás se le había ocurrido que aquel precio se le pudiera exigir a otro. Entonces el sonido del combate aumentó de tono, abriéndose paso por entre el dolor y el pesar de la joven, y Liriel se dio cuenta de que las fuerzas de Iljrene sí habían encontrado resistencia.

La drow depositó con cuidado la cabeza de Zz'Pzora en el suelo y se puso en pie. Dio un paso atrás, al encontrarse cara a cara con Fyodor, y de improviso las últimas y amistosas palabras de la hembra de dragón cobraron sentido.

—¡Sal de aquí! —aulló, empujándolo hacia el túnel—. ¡Tozudo y estúpido... humano!

—Es demasiado tarde —repuso él en tono de desesperación.

La mirada del joven se volvió hacia el enfrentamiento que se aproximaba, y su mano se cerró sobre la empuñadura de su espada, y ante los ojos de Liriel, pareció aumentar en peso y poder. La furia empezaba a dominarlo, y sin duda aquélla iba a

ser la última vez.

Los dedos de Liriel se crisparon alrededor del Viajero del Viento, y durante un último instante, saboreó su herencia drow.

—¡El ritual para provocar la furia combativa! ¡Hazlo! —ordenó.

Fyodor le dedicó una mirada sobresaltada, pero estaba demasiado fuera de su propio control para poner en duda la orden. Las Brujas mandaban sobre los *bersérkers* rashemitas, y hacía tiempo que él había aceptado a Liriel como *wychlaran*. De modo que elevó su propia voz profunda de bajo en una canción, cantando en la lengua de su tierra el himno del inminente combate.

Entre tanto, la drow abrió el amuleto, y cogió rápidamente el frasco del mágicamente destilado *juild* que Fyodor llevaba en su faja. Hizo girar a toda prisa la parte superior del amuleto, a continuación destapó el frasco con los dientes y finalmente lo vertió con cuidado sobre la diminuta funda. Liriel no tenía ni idea de si el ritual sería suficiente para almacenar y controlar la magia del *bersérker*. Si funcionaba, sería de modo temporal, pero al menos permitiría a Fyodor seguir vivo y también a aquellos drows que habría matado en su frenesí. Nadie más, se juró con ferocidad Liriel, pagaría por las elecciones que ella había hecho.

De improviso, la canción de Fyodor se detuvo, y los ojos del rashemita se tornaron opacos y vacíos. Liriel lo sostuvo mientras caía, sin preocuparse de si el precioso frasco de *juild* iba a parar con un tintineo entre el tesoro. Los oscuros cabellos de la nuca del joven estaban separados por una profunda cuchillada, y por entre la veloz hemorragia Liriel pudo distinguir el hueso.

Alzó la mirada. Por encima de ellos se hallaba Gorlist, con una espada ensangrentada en la mano.

—Tu turno —anunció con lúgubre satisfacción.

Una fría cólera corrió por el cuerpo de la muchacha drow, haciendo a un lado su pena.

—Cuerpo a cuerpo —desafió, y el luchador asintió con una sonrisa afectada.

Con movimientos cuidadosos y deliberados, Liriel tapó el amuleto, encerrando perfectamente su magia de la Antípoda Oscura allí; luego se puso en pie y sacó su daga. Los dos drows cruzaron armas con un tintineo y dio comienzo el letal duelo.

Liriel comprendió al instante que la maestría de Gorlist era muy superior a la suya, y en un principio apenas si pudo contener sus enfurecidas y martilleantes cuchilladas. El varón era más alto, más pesado y tenía más experiencia; pero las horas de entrenamiento de la muchacha se hicieron notar y luchó con más habilidad de la que creía poseer. Sin embargo, sabía que no podía derrotar en combate a su adversario. Su única posibilidad era ser más lista que él.

Por el rabillo del ojo, vio cómo Qilué atravesaba el portal, seguida por sus sacerdotisas. Ellas no la vieron, ni oyeron los sonidos del feroz duelo por encima del

clamor del combate que empezaba a penetrar en aquellos instantes en la sala del tesoro. Las drows desenvainaron las cantarinas espadas y se precipitaron hacia la entrada del túnel para interceptar a los mercenarios que Iljrene conducía inexorablemente hacia abajo.

De repente, Liriel supo qué debía hacer. Despacio, con premeditación, dejó que Gorlist la fuera empujando hacia atrás en dirección al invisible portal que conducía a las naves de El Tesoro del Dragón. La presencia de Qilué allí significaba que los navíos habían sido puestos a buen recaudo, ofreciendo seguridad y un modo de escapar.

Cuando llegó al portal, la drow fingió dar un traspié, y Gorlist, con expresión triunfal, se abalanzó al frente para asestar el golpe definitivo. Veloz como el pensamiento, la joven levitó en el aire, giró, lanzó al luchador por el portal de una patada. Gorlist desapareció como si no hubiera existido jamás.

Liriel, todavía mágicamente suspendida, lanzó el hechizo que cerraría el portal y encerraría en el exterior a su adversario. Una vez hecho eso, flotó hasta el suelo y paseó una veloz mirada por la caverna. Unos cuantos comerciantes aún combatían, pero la mayoría habían caído ante las cantarinas espadas de las sacerdotisas de la Doncella Oscura. Por fin era libre de ir junto a Fyodor.

Corrió hasta él, se inclinó y descubrió que todavía respiraba. Sus brazos rodearon a su amigo, y su brillante cabeza se hundió al frente en las plegarias más sinceras de toda su vida. Sus súplicas no nombraban a la diosa, pero Liriel no tenía duda de quién escuchaba y prestaba atención.

Fue así como la encontró Qilué. La sacerdotisa posó una mano sobre el hombro de la muchacha, y Liriel alzó los ojos, indecisa sobre lo que la otra podría hacer ahora que la batalla había finalizado. Sujetó con fuerza el Viajero del Viento, y sus ojos dorados brillaron desafiantes.

—Nisstyre está muerto, los seguidores de Vhaeraun derrotados. El Viajero del Viento es de Fyodor y mío ahora. ¡Nos lo hemos ganado! —rugió.

La sacerdotisa sonrió a la feroz muchacha drow.

—Aún no —dijo Qilué—, pero sospecho que, con el tiempo, lo conseguiréis.

Sendas

El cristal de negro rubí centellaba brillante como la sangre bajo la luz de un candelabro de velas. Shakti Hunzrin se inclinó profundamente sobre el cuenco, con sus ojos miopes contemplando con deleite la escena que la magia le brindaba. Nisstyre estaba muerto, y la última provocación de Liriel resonaba aún en los oídos de la sacerdotisa; pero la escena que contemplaba era una buena prueba de que no había perdido después de todo.

En el negro círculo del cuenco de visión había un rostro monstruoso, el rostro del nuevo aliado de Shakti: una criatura procedente de otro plano. No del Abismo, sino de otro lugar menos frecuentado. Pocos drows conocían la existencia de tales seres, y menos aún osaban asociarse con ellos; pues aquellos que lo hacían recorrían una senda sumamente peligrosa. Por una parte estaba la promesa de inmenso poder; en la otra, locura y servidumbre. Los riesgos eran enormes, pero también la potencial recompensa.

Shakti Hunzrin había desarrollado una afición por ambos en casi idéntica medida.

De vuelta en el Templo del Paseo, los seguidores de Eilistraee lloraron a sus muertos y se ocuparon de los heridos según su habitual costumbre: cantaron y danzaron. La música, misteriosa y obsesiva, inundó la caverna durante días. Algunas de las canciones eran plegarias en las que se solicitaban curaciones, otras eran alabanzas a la Doncella Oscura por la victoria.

Las Elegidas hallaron fuerza y consuelo en sus bailes, pero también dedicaron un tiempo a ocuparse de cuestiones prácticas. Se añadieron las riquezas del dragón al tesoro del templo con el fin de que sirvieran para ayudar a los muchos que caían presa de los peligros de Puerto de la Calavera. Algunas de las monedas ayudarían a pagar los gastos de criar y educar a los más de una docena de niños drows que habían ido a engrosar las filas del Paseo. Elkantar se hizo cargo de aquella tarea personalmente, ocupándose de los niños con una feroz devoción que recordaba a una vigilante hembra de dragón incubando sus huevos.

Tampoco estuvo ociosa Liriel. Trabajó y danzó junto con las drows de cabellos plateados, haciendo todo lo necesario. De vez en cuando, se aventuraba por Puerto de la Calavera en busca de aventuras y planeando sus próximos pasos, pues no podía olvidar que la mayor parte de su viaje estaba por llegar, que la runa que necesitaba seguía aún sin tener forma.

También se pasaba el día deambulando por el pasillo frente a la habitación de Fyodor. Sus heridas iban cicatrizando, pero despacio, y sólo el tercer día después de la batalla se le permitió verlo. Había muchas cosas que necesitaba decirle para que pudiera comprender lo que les aguardaba.

El rashemita escuchó mientras Liriel le contaba lo que sabía sobre la magia de las runas. Primero el modelado, en el cual la runa adquiría forma a través de un viaje de descubrimiento; a continuación había que tallar la runa en el árbol sagrado, el Vástago de Yggsdrasil, usando como herramienta el cincel oculto dentro del amuleto Viajero del Viento. Finalmente se llegaba al conjuro de un hechizo que transformaba el discernimiento en poder.

—Así que, como puedes ver, tengo que ir a Ruathym. He reservado un pasaje. El barco zarpa dentro de unos pocos días.

—Es justo que lo hagas, pequeño cuervo —asintió Fyodor, tomándole la mano—. En mi país, ningunawychlaran pensaría en renunciar a su poder por otro, como habrías hecho en la caverna del dragón. Jamás olvidaré eso, ni a ti.

La drow lo miró con fijeza, y la comprensión penetró en su mente, seguida a continuación de la cólera. Liberando la mano de un tirón, Liriel se puso en pie de un salto, con la cabeza muy erguida y los ojos brillantes.

—Después de todo esto, ¿en tan mala opinión me tienes? ¿O dudas que sea un hechicera lo bastante buena como para controlar al Viajero del Viento por los dos?

—No es eso —repuso él sombrío—. No pongo en duda ni tu amistad ni tus poderes. Pero el viaje que describes no es uno que desee realizar.

La joven retrocedió un paso. Jamás se le había ocurrido que Fyodor pudiera no querer acompañarla.

—¡A ver la tierra de tus antepasados! —exclamó para engatusarlo.

—Es un digno *dajemma* —asintió él despacio, respondiendo con más calor a la súplica que leía en sus ojos—, pero no quiero ponerte en peligro de ese modo. Corres un gran riesgo viajando conmigo tal como soy.

Así que era eso, se dijo Liriel, aliviada. ¡Los humanos se preocupaban por las cosas más raras! ¡Riesgo!

—No ha sido aburrido —coincidió ella alegremente, sentándose en el borde de su lecho—. Tienes que mejorar más deprisa, pues el barco zarpará tan pronto como el capitán abandone cierta mazmorra. Yo había creído que era casi imposible que te arrestaran en Puerto de la Calavera, pero Hrolf el Desafortado posee un cierto don para estas cosas. Deja que te cuente...

Con una sonrisa, Fyodor se recostó de nuevo en los almohadones, muy satisfecho de ceder el papel de narrador de historias a otro. Su entusiasmo creció a medida que escuchaba, pues los planes que Liriel exponía excedían con mucho cualquier sueño de undajemma que él, el soñador, hubiera jamás osado forjar. Tanto si recuperaba o

no, alguna vez, el control de su magia de *bersérker*, el viaje que la joven describía era digno de llevarse a cabo.

Pero lo que más le complacía era saber que su viaje juntos apenas acababa de iniciarse.